AMARÁS A UN EXTRAÑO
KATHLEEN E. WOODIWISS




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

9 de marzo de 1833, Mississippi

## CAPÍTULO 1

Un viento circular, confuso, había azotado la tierra con una lluvia fustigante la mayor parte del día, pero al caer la noche sobre la tierra, cesaron la terrible tormenta y sus erráticas brisas. El campo tomó la serenidad de un callado alivio. El aire mismo parecía pender en suspenso, en tanto una misteriosa neblina blanca se iba formando cerca de la tierra. Aquellos vapores malévolos se retorcían, en una búsqueda sin meta, por entre los pantanos y los macizos de sombras negras, extendiéndose siempre hacia arriba, colmando leves depresiones y enroscándose a los troncos grandes. Muy por encima de los zarcillos, las ramas deformes mecían sus barbas de musgo, soltando pequeñas gotas a la masa rodante. De vez en cuando, la luna atravesaba las nubes quebradas y, con luz de plata, creaba un paisaje ultraterreno de oscuras siluetas que se elevaban de una niebla luminosa.

La decrépita mansión de ladrillos, rodeada por un grupo de árboles que crecían en el patio descuidado, flanqueada en sus cuatro lados por una alta cerca de hierro coronada de picas, parecía confundirse con la pequeña cocina de la parte trasera. Juntas vagaban a la deriva en el mar neblinoso, donde el tiempo pasaba más lentamente. Por un fugaz momento, nada se movió.

Un chirriar de goznes rompió el silencio, pero acabó casi con la misma brusquedad con que se había iniciado. Una mata se torció extrañamente junto a la puerta trasera; detrás del arbusto emergió, con cautela, una silueta en sombras. Reinaba un silencio expectante según el fantasma oteaba cuidadosamente el patio cerrado. Por fin, como un gran murciélago, la silueta del manto oscuro se filtró entre los vapores arremolinados hasta el flanco de la casa y se posó junto a la base, entre pliegues henchidos.

Allí había sido retirada una rejilla de entre sus dos soportes de piedra. Unas manos enguantadas se apresuraron a golpear pedernal y acero sobre un pequeño montón de pólvora, puesto al reparo. Las chispas saltaron a chorros, hasta que se encendió una súbita llamarada, convirtiéndose en una nube de denso humo gris, que fue a mezclarse con la neblina. Ante el fulgor surgieron a la vista tres lentas mechas, que continuaron ardiendo al acabarse la pólvora. Se alejaban al pie de la casa, siguiendo diferentes direcciones y zigzagueando lentamente hacia pequeños surcos llenos de pólvora; éstos llevaban a sendos montones de estopa empapada en aceite y mezclada con yesca. Al acortarse las mechas se oyó un parloteo nervioso; como si presintieran el desastre que se aproximaba, los peludos habitantes de ese estrecho lugar huyeron de sus nidos y guaridas para perderse en la noche.

La subrepticia sombra se alejó de la casa y se apresuró a franquear el portón de hierro. Tras levantar una cadena rota, el terrenal espectro se deslizó por la abertura y huyó hacia el límite de los bosques, donde esperaba un caballo.

Era un lindo corcel con una estrella blanca en la frente, creado para la velocidad. Una vez a horcajadas sobre su lomo, el jinete la llevó a rienda corta, obligándolo a pisar la hierba mojada para apagar el ruido de sus pasos. Cuando ya no fue necesaria su cautela, el látigo se elevó y descendió, instando al animal a la carrera. Caballo y jinete, del mismo tono que la noche, pronto se perdieron en la oscuridad.

Un silencio de muerte siguió a su paso. La casa solitaria parecía gemir, apenada por su inminente fatalidad. Mientras los diamantes de la lluvia caían como lágrimas de sus aleros podridos, de la casa comenzó a brotar un murmullo grave, confuso. Gritos suaves, gemidos dolientes y la risa loca, apagada, de algún alma demencial que desgarraba la noche con sonidos espectrales e inconscientes. La luna distante ocultó la cara tras una gruesa nube y continuó su arco en el cielo, sin parar mientes en el tiempo y en esas cosas terrenales.

La tríada de serpientes chisporroteantes se deslizaba en ciega obediencia por sus sendas previamente trazadas, hasta que brillantes destellos marcaron la llegada a la meta.

Entonces los grandes montones de pólvora escupieron luz, inundando la niebla cercana con un resplandor pálido y amarillo. El fuego se expandió, devorando la estopa aceitada y la madera seca. Pronto las llamas recién nacidas lamían, hambrientas, 1os pisos de madera. Uno de los cuartos delanteros comenzó a mostrar un vago resplandor en las ventanas, que fue aumentando con rapidez hasta que el cuarto quedó colmado con el creciente infierno; las barras negras que cubrían las ventanas sobresalían en claro relieve. El calor se intensificó hasta que los vidl1os estallaron, esparciendo fragmentos hacia fuera; así las ígneas lenguas pudieron escapar y lamer la pared de ladrillos.

Los gemidos desconcertados que provenían de la planta superior se convirtieron en agudos c1lillidos de miedo y en profundos gritos de indignación. Unos dedos torcidos sacudían frenéticamente las barras, mientras puños ensangrentados rompían los cristales. Fuertes golpes resonaron en la puerta principal, cerrada con llave, y un momento después ésta se abrió con estruendo, dando paso a un hombre enorme que, protegiéndose la calva con ambas manos, como si te- miera ser derribado por un golpe, huyó al patio; luego se volvió con una mirada sobrecogida, como un niño que presenciara un acontecimiento espectacular.

Un asistente escapó por la parte trasera de la casa y huyó en la oscuridad, dejando que los otros maniobraran apresuradamente con las recias llaves y candados tercos. Aquellos que estaban prisioneros tras puertas cerradas emitían gritos y súplicas sollozantes, hasta perforar el fuerte rugido de las llamas. Un corpulento subordinado trataba de liberar a los que tenía más al alcance, mientras otro, algo más liviano, ejecutaba hercúleos esfuerzos, espoleado por la seguridad de que nadie más liberaría a los internos atrapados en el manicomio.

Pronto se vio emerger de la casa incendiada a un arroyo viviente de seres humanos dispersos, patéticamente confundidos. Vestían de modo diverso. Algunos habían agarrado camisas o vestidos antes de que los sacaran a rastras de sus celdas. Unos pocos tenían mejor aspecto, pues habían tenido la previsión de apoderarse de las preciosas mantas. Al llegar a lugar seguro, se apretujaron en grupos dispersos, como niños desconcertados, sin comprender qué les había acontecido.

Una y otra vez, el audaz asistente desafió al infierno para rescatar a los indefensos, hasta que comenzaron a caer las vigas, bloqueándole el paso. Salió del asilo por última vez, tambaleándose; llevaba en brazos a un anciano frágil, y cayó de rodillas en el patio, llenando de aire sus pulmones doloridos. Ya sin fuerzas, exhausto, el asistente no prestó atención a los crujidos del portón ni a las siluetas que huían por él. Los fugitivos se perdieron en la maleza; el sombrío borrón de sus prendas pronto se borró en la oscuridad.

Un aura rojiza brotaba del centro ígneo, extendiéndose en el cielo nocturno; una masa densa y arremolinada de gris sofocante se henchía por encima. El rugido constante ensordecía los oídos. Por eso el golpeteo de los cascos pasó desapercibido: el caballo había vuelto a la misma colina donde estuviera antes. La silueta de manto negro que lo montaba tiró de las riendas, sofrenándolo. Entre los profundos pliegues de la capucha, unos ojos brillantes reflejaron la luz del incendio, buscando entre los grupos arrimados en el patio. Por un momento, la mirada fue fija e intensa; de inmediato, el jinete se volvió, casi sobresaltado, para otear la cima de la colina, hacia atrás. Unas manos esbeltas sacudieron las riendas y un talón volvió a azuzar al caballo, esta vez para hacerlo entrar en la sombra del bosque.

Las dilatadas narices del corcel daban prueba de la rápida huida, pero quien lo montaba no le permitió pausa alguna. Fue una carrera implacable y zigzagueante por el terreno boscoso, pero el jinete parecía dirigirla con habilidad. El animal saltó sobre un árbol caído en el camino y tocó tierra otra vez, arrojando terrones húmedos de barro y hojas; ante sus cascos precipitados se levantaba un escalofriante aliento de miedo.

El viento de la velocidad arrebató la capucha de lana, liberando largos mechones rizados que flamearon como cintas ondulantes. Las ramitas, rencorosas, tironeaban de las guedejas sedosas, lanzando zarpazos al manto agitado, al pasar la muchacha. Ella seguía galopando, ignorante de esos pequeños ataques; de vez en cuando miraba hacia atrás, apresuradamente, como si esperara ver a alguna temible bestia en esclavizante persecución. El

súbito movimiento de un venado que corría entre los árboles le arrancó una exclamación de sobresalto, pero azuzó al caballo, sin importarle lo veloz de esa marcha por un sendero desconocido.

Al ralear los árboles, una pradera abierta apareció, enmascarada por los jirones de niebla. En el pecho palpitante de la joven surgió un leve alivio. Esa pradera prometía un camino más cómodo, donde acicatear al caballo a todo galope. Casi con ansiedad, golpeó el flanco del animal con su talón descalzo, y éste respondió con un brinco en el que elevó los cascos para franquear el sitio bajo en donde las nieblas se acumulaban.

De pronto irrumpió en la conciencia de la amazona un bramido de advertencia, sin palabras, seguido por el chirrido de los frenos contra las ruedas en movimiento. Las patas delanteras del animal aún no habían tocado tierra cuando ella comprendió que había lanzado a su caballo directamente hacia un carruaje que se aproximaba. La apresó un horror frío, petrificante, al ver que los corceles se precipitaban hacia ella. Por un brevísimo instante, creyó sentir el aliento de sus resoplidos y ver sus ojos encendidos. El cochero negro luchaba frenéticamente para desviar el tiro o detener el carruaje, pero era demasiado tarde. La mujer soltó un alarido, rápidamente silenciado por el impacto que la dejó sin aliento.

Los enloquecidos tumbos del landó cerrado habían arrancado a A$hton Wingate de su somnolencia al amenazar con hacerlo caer de su asiento, dándole motivos para poner en duda la cordura de su cochero, pero cuando el vehículo se deslizó hacia un lado por el cieno resbaloso pudo ver con claridad la colisión y su resultado.

Una silueta flameante, catapultada desde el caballo, volaba por el aire como un pájaro herido. Cayó en la zanja del camino y rodó hasta el interior de ésta. Antes de que el carruaje se detuviera, Ashton había descartado su manto y se estaba descolgando ya desde la puerta... Mientras corría la ruta resbaladiza, sus ojos ansiosos miraron más allá del caballo, que pataleaba enloquecido, hasta la silueta inmóvil, parcialmente sumergida en el agua de la zanja.

La neblina se arremolinó a su alrededor cuando descendió por el terraplén, chapoteando en el agua fría, sin prestar atención al barro que succionaba sus botas. Apoyó la rodilla en tierra para tirar de la muchacha inconsciente; tras sacarla de ese arroyuelo cenagoso, la incorporó contra la rodilla cubierta de hierba mojada y alta. Una revuelta masa de pelo le cubría a medias la cara; él se acercó, pero no pudo detectar aliento alguno en sus labios. Experimentó un súbito miedo al ver que el brazo de la joven pendía de su mano, laxo. No pudo hallar el pulso de la muñeca delgada. Casi asustado, presionó los dedos contra la esbelta columna del cuello. Allí, bajo la piel helada, halló lo que buscaba: la seguridad de que ella estaba con vida, al menos por el momento.

Ashton levantó la vista y se encontró a su cochero, que estaba de pie en la ruta. Era costumbre del negro, en los meses más fríos, asegurar su precioso sombrero de castor con una larga bufanda de lana, que ataba cómodamente bajo la barbilla. En ese momento, lleno de afligida preocupación, estaba retorciendo los extremos de la bufanda con sus manazas suaves, con lo cual el sombrero iba descendiendo hacia las orejas.

-Cálmate, Hiram. Todavía respira -le aseguró Ashton.

El caballo volvió a relinchar de pura angustia, ahogando casi sus palabras, y dio un tumbo, tratando de levantarse. Ashton lo señaló con un brusco gesto de la mano.

-¡Hiram! Saca esa vieja pistola que llevas en la bota y mata a ese animal.

-¡Sí, señó! i Ya, ya mismo!

Aunque la tarea no tenía nada de agradable, para Hiram fue un alivio poder ocuparse de algo. El amo volvió a inclinarse sobre la muchacha. Sin dar señales de recobrar la conciencia yacía inerte contra el terraplén donde él la pusiera. El agua helada ya estaba afectando dolorosamente las piernas de Ashton, y ella tenía el manto completamente empapado como un frígido capullo de gusano. El hombre buscó los ojales que mantenían la prenda cerrada y los desprendió. Sus cejas se elevaron de sorpresa al tirar del manto mojado: aun a la escasa luz de las lámparas del coche, era evidente que no se trataba de una muchachita apenas púber, como

había supuesto. La adherente humedad del fino camisón exhibía su condición de mujer, aún bastante joven, pero lo bastante madura como para hacer que Ashton revisara sus ideas.

Un disparo restalló en el silencio, haciendo que el hombre levantara la cabeza con una sacudida. Los pataleos cesaron con un gemido líquido, y el caballo cayó lentamente al agua, en el fondo de la zanja. Contra el resplandor de la neblina iluminada por la luna, Lierin se recortaba oscuramente, con los hombros encorvados. Ashton sabía que el sirviente sentía hacia los animales una simpatía superior a la de los otros hombres, pero los sucesos del momento no daban tiempo para tales sentimientos: una vida más preciosa estaba en juego.

-¡Hiram! ¡Vamos! ¡Tenemos que llevar a esta muchacha a casa!

-Sí, señó.

El negro volvió corriendo, en tanto Ashton sacaba a la mujer herida el manto empapado para levantarla en sus brazos. La alzó a una buena altura, dejando que la cabeza le cayera sobre un hombro, y comenzó a subir trabajosamente por el terraplén resbaladizo hasta salir al camino. Hiram estaba allí para ayudarlo en los últimos pasos, pero corrió a abrirle la portezuela. Mientras el amo subía, el sirviente murmuró una ferviente plegaria, pidiendo que todo saliera bien.

La muerte había sido una cruel visitante de Wingate en los últimos diez años; primero había cortado la vida de sus padres durante la tormenta que barriera la casa de las Carolinas; después, tres años atrás, había vuelto en la forma de una banda de piratas fluviales, que, después de arruinar su paquebote, habían causado la muerte de su flamante esposa, ahogada en el río. Hiram estaba seguro de que ninguno de los dos tenía ganas de ver a la temible vengadora negra en el futuro inmediato.

-Dame un momento para acomodarme -dijo Ashton, por encima del hombro, mientras ponía a la mujer sobre su capa y la envolvía en ella.

-¿Está...? ¿Se va a pone bien, señó? -preguntó Hiram, ansioso, estirando el cuello para ver por encima de la espalda del otro.

-No sé, Hiram, lo siento.

Ashton levantó a su carga inconsciente para sentarla en el regazo, donde su propio cuerpo le sirviera de amortiguación; así podría protegerla de nuevas magulladuras durante el trayecto a cubrir. Al acunar aquel cuerpo, aparentemente frágil, un perfume de jazmines se abrió paso por sus sentidos. Una punzada de dulces recuerdos le vino a la memoria, dejándolo inmóvil, pero apartó la sensación con firmeza. No podía ser; no dejaría que la mente lo torturara con ansias imposibles.

Levantó una mano para apartar la maraña de mechones rojos que cubría aquel rostro. La masa enlodada resistió a sus esfuerzos, pero logró, con suave insistencia, separar las guedejas y poner una parte detrás de la oreja. Al recostarse hacia atrás, la luz dio de pleno sobre aquel semblante pálido. Entonces Ashton aspiró bruscamente. Su cerebro se detuvo, petrificado por lo que veía.

-¿Lierin? -balbuceó, atravesado por un dolor penetrante, lleno de ansiedad.

Como una avalancha, se abatieron sobre él los recuerdos de aquel período pasado en Nueva Orleans, en el que conociera a aquella joven y se casara con ella. Le habían asegurado que Lierin estaba muerta, pero en ese momento le asaltó la idea de que era una terrible equivocación, que era a ella a quien tenía en sus brazos. Cuanto menos, el parecido de esa joven con su difunta esposa era asombroso en grado sumo.

Hiram no halló nada tranquilizador en la variedad de expresiones que cruzaban la cara de su amo.

-¿Qué pasa, amo? Parece que ha visto un fantasma.

-Quizá sea así -murmuró Ashton, aturdido.

Una esperanza imponente comenzaba a crecer en él, mezclada con una extraña combinación de regocijo y temor. Si era Lierin...

Entonces recordó la urgencia del momento. Su tono transmitía una tremenda ansiedad al ordenar.

-¡Hiram! ¡Sube y fustiga a esos caballos! i Pronto !

El sobresaltado negro cerró la portezuela y trepó rápidamente a su sitio. Al rechinar los frenos liberados, Ashton apoyó las piernas contra el asiento opuesto. El grito de Hiram resonó en la noche callada:

-¡Arreeee! ¡Ho!

La yunta, bien aparejada, se lanzó hacia adelante, tomando la tarea muy a pecho. En el frío aire nocturno, sus lomos despedían vapor, en tanto que Hiram los llevaba a todo galope de curva en curva, sin sofrenarlos siquiera cuando las ruedas caían en una depresión y el landó daba un tumbo brusco. Ashton se sacudía, sujetando su preciosa carga como si llevara en las manos su propio corazón. Al inclinarse sobre ella, su ánimo se elevó con desacostumbrado júbilo; cerró los ojos, con el alma llena de una plegaria: «Oh, Dios, que sea Lierin... ¡y que esté viva!"

La luz móvil del carruaje prestaba a su piel pálida un tono dorado que desmentía su helado contacto, acosando a Ashton con la visión de sus delicadas facciones. Con los dedos temblorosos y la frente arrugada dolorosamente, tocó, tierno, la hinchazón amoratada de la frente, la misma que tal vez había besado en otros tiempos con amor. Sus emociones eran un alboroto implacable. Mientras que sus esperanzas ascendían a alturas descabelladas, en la ilusión de que aquélla fuera su amada Lierin, sus temores alcanzaban la profundidad de una caverna sin fondo, pues era imposible calcular la gravedad de sus heridas. Habría sido un destino cruel que, tras hallar a su esposa con vida, le fuera arrebatada otra vez Bien podía serle imposible soportar la repetición de aquella tragedia,

Ashton dejó escapar el aliento con lentitud, en un intento de ordenar sus pensamientos dispersos de un modo más o menos lógico ¿No estaría dejándose torturar por los recuerdos de su esposa muerta? ¿Y si se estaba volviendo 1oco? ¿Y si veía el querido semblante en otra mujer sólo por una triquiñuela de su mente? ¿Era sólo la creciente esperanza de un sueño abortado lo que le hacía pensar que se trataba de ella?

Después de todo, apenas conocía a Lierin desde hacía un mes en el momento de intercambiar los votos matrimoniales- Varios de sus amigos de Nueva Orleáns habían bromeado con él por casarse con tal fiebre ansiosa, conociendo apenas el nombre de ella. Entonces había golpeado la mano negra de la tragedia, haciéndole ver su amor arrebatado por corrientes oscuras y traicioneras Desde entonces contaba los días, hasta sumar tres años, un mes y una semana menos un día. Y ahora, allí estaba Lierin otra vez... o una joven increíblemente parecida a sus recuerdos de ella. Debía aceptar que cabía la posibilidad del error, pero se resistía a esas dudas, aun sabiendo que se exponía a más dolores, a más pena.

Con suavidad, recorrió su mejilla con sus dedos delgados, deteniéndose en la sien hasta sentir allí el leve palpitar del pulso Se le escapó un suspiro de alivio, pero no pudo calmar el batir de su corazón.

Un grito de Hiram anunció que se aproximaba a la casa de la plantación; Ashton miró el distante resplandor de las luces, que señalaba la presencia de la mansión entre los enormes robles Más allá de los prados se alzaba Belle Chene, con la magnificencia de un castillo francés, fortificada a ambos lados por amplias alas y árboles altos. Por la conciencia le cruzó la idea de que, por fin, traía a su amor hasta el hogar.

Cuando el landó se acercó al edificio, Ashton reparó en los carruajes que llenaban el camino y en varios caballos atados a los barrotes. Sólo cabía suponer que su abuela había aprovechado su regreso para dar una fiesta. Sus ojos pasaron nuevamente sobre su compañera Era difícil que la anciana esperara esas novedades lo más probable es que, si él entraba con una joven inconsciente y con atuendo tan impropio, ella tuviera un ataque. Tras su brevísimo noviazgo y su casamiento en Nueva Orleáns, Amanda Wingate desconfiaba cuando su nieto hacía un viaje río abajo, y allí estaba él, volviendo de un viaje de esos A él no le importaba que el incidente echara agua al molino de los chismes, pero era preciso tener en cuenta de que la abuela ya estaba entrada en años.

Hiram pisó el freno; los caballos atados en el camino golpearon el suelo con los cascos, desconfiando súbitamente de esa aparición que aparecía entre ellos, como cosa de locos. El landó se detuvo, patinando, frente a la galería Entonces el negro bajó y se apresuró a abrir de un tirón la portezuela del carruaje.

Ashton envolvió cuidadosamente su preciosa carga con su propio manto y le apretó la cabeza contra el hombro, para protegerle la cara del aire frío. A1 hacerlo, aquel perfume huidizo volvió a penetrar en sus sentidos, desatando todos los anhelos contenidos durante los tres últimos años. Aunque el tiempo pasado con ella hubiera sido muy breve, sabia, sin lugar a dudas, que no le hablan faltado calidad ni valor.

-Envía a un jinete rápido en busca del doctor Page -bramó por sobre el hombro, en tanto subía los escalones.

-¡i, señó! -respondió Hiram rápidamente- V'y a mandá a Latham en seguidita.

Los largos y veloces pasos de Ashton lo llevaron hasta la puerta. Luchó con el pomo hasta que la cerradura se abrió; cuando se preparaba para abrir la puerta de una patada, el mayordomo, que había oído llegar el coche, se disponía a cumplir la misma función; estaba en d vestíbulo cuando la puerta voló hacia adentro. A1 ver a Ashton, que se abría paso con su carga, Wills, habitualmente impertérrito, retrocedió con la boca abierta. Su decoro no lo había preparado para eso.

-Amo Asb… -Su voz se quebró en una nota aguda Tuvo que carraspear para volver a empezar- Amo Ashton, qué alegría volver a verlo, señó.

Su discurso se interrumpió al ver que un retorcido mechón de pelo rojo caía de entre los pliegues del manto negro. Las palabras de bienvenida que ensayara no parecían ajustarse a la ocasión; no pudo sino mirarlo, boquiabierto de asombro, en tanto el amo de la casa pasaba a grandes pasos.

Amanda Wingate compartió el horror de su sirviente cuando, al conducir a su hermana ya sus varios invitados al amplio vestíbulo, interrumpió el avance de Ashton rumbo a la escalera Su atención se fijó en el bulto esbelto y curvilíneo que llevaba y en la delatora guedeja roja; su mente y su corazón se aceleraron.

-¡Por Dios, Ashton! --exclamó, llevándose una mano temblorosa al pecho- ¿Otra vez nos has dado la sorpresa de casarte imprevisiblemente?

Wingate sentía la urgente necesidad de llevar a la muchacha a la planta superior, pero comprendió que debía dar a su abuela alguna explicación por esa entrada.

-No es tan fácil tomarte por sorpresa, grand-mere -murmuró, utilizando el apelativo que su propia madre, cariñosamente, había reservado para la anciana-. Pero en este caso...

-Amanda -susurró tía ]Jennifer, cautelosamente, apoyando una mano en el brazo de su hermana- tal vez sería mejor no analizar lo que haya hecho Ashton esta vez. Al menos, mientras nuestras visitas estén presentes.

Amanda reprimió las preguntas que bullían en ella, pero seguía preocupada y confusa. Por la inmovilidad de aquel bulto, deducía un estado de inconsciencia, para lo cual no se le ocurría explicación lógica, salvo la que había supuesto de inmediato: que Ashton llevaba a su desposada dormida a sus habitaciones. Hasta percibía la impaciencia del nieto por ponerse en marcha, pues insistía en volverse hacia la escalera. Iba a retirarse del paso cuando el manto se deslizó un poco, permitiéndole echar un vistazo a la cara sombreada bajo el forro de satén.

-Encantadora... -musitó, nada sorprendida de que él hubiera elegido una novia tan bella.

Pero en eso dilató los ojos, pues la envoltura continuaba su descenso, descubriendo unos miembros apenas vestidos. Entonces terminó su comentario con una exclamación incontenible, en tanto sujetaba la prenda que se deslizaba.

-¡Y bastante poco vestida! Amanda echó un vistazo en derredor para ver quién más había presenciado la exhibición; la horrorizó la proximidad de varias matronas entradas en años, que estaban boquiabiertas de espanto. Los susurros comenzaron como una ondulación

leve, murmurante, pero pronto se volvieron en oleadas de conjeturas que corrían velozmente entre los invitados, con las palabras «camisón» y «muchacha» que sobresalían.

-Las cosas no son como parecen, grand-mere -susurró Ashton, apresuradamente, tratando de calmar sus temores.

Amanda gimió con suavidad:

-No sé si puedo soportar la verdad. Tía Jennifer se inclinó para darle coraje.

-Recuerda, Amanda, lo que nos decía siempre papá: que se debe mantener la calma ante la adversidad.

Un hombre se abrió paso para acercarse. Habiendo oído sólo parte del diálogo, insistió en tono amistoso:

-Vamos, Ashton, déjanos ver a tu nueva esposa. Era hora ya de que volvieras a casarte.

-¡Esposa! -chilló una estridente voz femenina, desde el cuarto contiguo-. ¡Casarse! -Entre la multitud se produjo un revuelo, pues la mujer había comenzado a abrirse paso a empujones-. ¿Qué está pasando aquí? ¡Quiero ver!

La compostura de tía Jennifer también cedió un poco.

-Realmente -dijo, por lo bajo-, creo que papá se refería a ocasiones como ésta.

Una morena alta y esbelta se adelantó a tropezones y se detuvo con maltrecha dignidad, ante los recién llegados. Los ojos oscuros de Marelda Rousse siguieron la larga caída de pelo húmedo y enredado; muy dilatados, bajaron hasta los pantalones mojados de Ashton; en interrogativo espanto, se elevaron finalmente hasta la cara de él.

-Ashton, ¿qué significa esto? ¡Se diría que te has estado revolcando en el pantano con esta muchacha! ¿Es cierto que te has casado otra vez?

Ashton se irritó ante ese interrogatorio, pero no tenía intenciones de abrir su corazón y revelar sus esperanzas ante tanta gente. Su única concesión sería hacerles notar el grave estado de la que llevaba en brazos.

-Tuve un accidente con el coche, Marelda, y la muchacha se hirió al caer del caballo.

-¿Y paseaba a caballo en camisón? ¿A estas horas? -gritó Marelda-. En verdad, Ashton, ¿cómo pretendes que creamos semejante historia?

Ashton tensó la mandíbula con creciente irritación. Marelda Rousse se había atrevido a mucho, pero nunca a tanto como para poner en tela de juicio su palabra, sobre todo en su propia casa y ante tanta gente.

-Ahora no tengo tiempo para explicaciones, Marelda -respondió, secamente-. Esta muchacha necesita atención. Por favor, déjame pasar.

Marelda abrió la boca para quejarse, pero él atajó sus palabras con un gesto de fastidio; la muchacha no pudo sino hacerse a un lado, percibiendo un creciente enfado en la actitud del dueño de casa. A veces, Ashton Wingate parecía casi cruel en su reticencia, y ella sabía que de poco le serviría insistir.

Amanda, abochornada por haberse dejado llevar por su sorpresa, comprendió la necesidad de actuar con prontitud.

-El cuarto rosado, en el ala este, está desocupado, Ashton. Te enviaré inmediatamente a Willabelle. -Mientras su nieto avanzaba hacia la escalera, hizo un gesto a la joven negra que estaba observan- do los acontecimientos desde la balaustrada superior-. Luella May, corre a preparar el cuarto.

-¡En seguidita, Miz Amanda! -respondió la muchacha, y salió a la carrera.

Ashton, dejando atrás un creciente murmullo de voces, ascendió velozmente la escalinata que se curvaba hacia la planta superior. Tres antes, había soñado con llevar a su desposada por esa misma era, hasta su propia alcoba. Y allí estaba ahora, estrechando contra su corazón a la mujer que parecía ser Lierin. De haber estado ella consciente, podría haber solucionado el problema de los cuartos con una simple pregunta, dejando atrás la soledad que lo perseguía desde aquella trágica noche en el río.

Al llegar al cuarto de huéspedes encontró a Luella May retirando los cobertores de la cama adoselada. La muchacha alisó con prontitud las sábanas, blanqueadas al sol, y dejó todo preparado para acostar a la herida antes de apartarse.

-No tiene por qué preocuparse, seño – le aseguró -. Mamá va a ení en seguida, y ella sabe qué hacé. Sabe todo lo que hace falta pa atendé a un herido…

Ashton, oyendo apenas esa cháchara, dejó su carga sobre la cama. Volviéndose hacia la mesita de noche, mojó un paño en el aguamanil y comenzó a limpiar suavemente el barro de las mejillas descoloridas. Terminada su tarea, acercó la lámpara para estudiar cuidadosamente oval, buscando la verdad que allí pudiera residir. Sus ojos la línea fina y recta de la nariz, hasta los labios suaves y pálidos. Un oscuro cardenal empañaba momentáneamente la perfección de la frente, pero la piel era cremosa, por lo demás inmaculada. Las cejas, suaves y pardas, se elevaban en un delicado arco sobre las pestañas negras. Él sabia que, si en verdad se trataba de su esposa, los ojos eran de un profundo verde esmeralda, vivaces como hojas nuevas bailando al viento. El pelo espeso estaba enredado y sembrado de ramitas rotas, barro seco y hojas muertas, pero todo no podía disimular lo brillante de su color. Era la viva imagen de la que él retenía tan tenazmente en su memoria. ¡Tenía que ser su esposa!

-Lierin – susurró ansioso.

Cuantas veces había impedido que ese nombre escapara de sus ¿Se equivocaba al pronunciarlo por segunda vez en esa noche?

Una mujer alta, de generosas proporciones, entró en el cuarto y efectuó un breve análisis de la situación antes de dar instrucciones a la muchacha.

-Trae ese camisón que Miz Amanda estaba buscando, y un poco caliente, pa' que demo' un baño a esta señora.

Huella May salió, mientras su madre corría a la cama para examinar el cardenal sobre la ceja fría. Ashton la observaba desde los pies de la cama, aferrando a un poste, con tensión en los nudillos blancos.

-¿Qué te parece, Willabelle?- preguntó, afligido-. ¿Se pondrá bien?

El ama de llaves percibió la preocupación de su voz, pero se limitó a levantar el párpado a la joven.

-Vamo, no se ponga así, amo, Si Dió quiere, esta muchacha va a está vivita y coleando en uno' poco' día'.

-¿Estas segura?

Willabelle meneó tristemente la cabeza, enfundada en un pañuelo blanco.

-Yo no soy medico, amo. Va a tene que espera, a ve que pasa.

-¡Maldición! -gruñó Ashton.

Y le volvió la espalda para pasearse, agitado e inquieto.

El ama de llaves, sorprendida por esa actitud, lo estudió con creciente preocupación. Había allí más de lo que aparecía en la superficie. Cuando las aguas estaban turbulentas, se podía apostar a que había un motivo bajo esa turbulencia. Y se sintió segura cuando él volvió a los pies de la cama.

-¿No se puede hacer algo mientras esperamos al doctor Page?

-Sí, señó --respondió la negra, solemne-. La puedo lavá, ponerla fresca y cómoda, y mientra' tanto uste' va y hace lo mismo, ¿eh?

Y se enfrentó a su gesto de fastidio, sabiendo que le había ofrecido toda la sabiduría de que disponía. Ashton, contra su voluntad, cedió, pues no tenía argumentos. Con la chaqueta sobre el hombro, se dirigió a la puerta y, desde allí, contempló a la enferma. Ella seguía mortalmente inmóvil, cosa que lo llenaba de un temor helado, creciente.

-Cuídala bien, Willabelle.

-Seguro, amo, seguro -prometió ella-. No se preocupe má.

Ashton cerró la puerta tras de sí y avanzó lentamente por el corredor deteniéndose un momento junto a la balaustrada superior, con la mano sobre la barandilla lustrosa y la cabeza

inclinada. Pensativo, trató de hallar respuesta a las muchas preguntas que lo acosaban, Sabía que, para Lierin, habría sido un verdadero milagro llegar a la costa tras su caída en el río; pero si hubiera realizado semejante hazaña, ¿por qué no hacerle saber que estaba con vida? El Bruja del Río había permanecido en el banco de arena hasta concluidas las reparaciones; mientras tanto, sus hombres buscaban en río arriba y río abajo, en un radio de varios kilómetros, sin hallar rastro alguno. Si ella no se había ahogado, ¿por qué esos tres años, después del accidente, sin hacerle llegar noticias?

Como no hallara explicaciones posibles que alentaran sus esperanzas, movió la cabeza sobre los hombros, tratando de aliviar el dolor que se le había formado en la nuca, Mientras intentaba apartar las preocupantes dudas hacia el fondo de su mente, se obligó a centrar la atención en cuanto lo rodeaba. Había construido esa mansión después de acumular algunas riquezas, y se preguntó qué pensaría Lierin de su hogar: si le parecería encantador, como a tantos antes, o si
Compararía desfavorablemente con la propiedad de su padre en Inglaterra.
Su mirada vagó por el claro piso de mármol del vestíbulo interior y el delicado mural que cubría la pared. Vio cosas que había dado por seguras muchos meses, en tanto recordaba hechos descartados de su mente. Muy alta, sobre la balaustrada circular que jugaban y se perseguían entre las flores y los arabescos del techo. No quedaban rastros del daño sufrido cuando un borracho, al entrar en la casa alentado por la ausencia de Ashton, amenazara a los sirvientes utilizando la araña para prácticas de tiro. Fue Amanda quien puso en fuga al malhechor, apuntándole con un revólver cargado. Más adelante, Ashton había exigido un esmerado trabajo de los artesanos contratados para devolver al vestíbulo su anterior belleza; después había buscado al bruto que causara la destrucción para presentarle la cuenta. Sólo para compensar los peligros de aquel agujero de ratas junto al río, fue acompañado por uno de sus hombres y, entre los dos, dieron una buena lección al tonto bufón ya sus cinco o seis compinches; desde entonces limitarían sus afanes de descalabro a la orilla del río y pagarían sus cuentas cuando era debido, sobre todo cuando quien exigía el pago era Ashton Wingate, hábilmente ayudado por su corpulento capataz negro, Judd Barnum.

AShton siguió caminando hasta sus habitaciones, pero no hallaba alivio para los temores que lo asediaban. Con movimientos automáticos se quitó la ropa enlodada y procedió a lavarse, afeitarse y poner la ropa antes de volver a la puerta del cuarto de huéspedes. Willabelle lo echó suavemente, diciendo que aún estaba atendiendo a la muchacha. A su pesar, Ashton bajó la escalera. Al entrar al salón se encontró ante una verdadera pared de ansiosas caras masculinas.

-Háblanos de ella, Ashton -le instaron.

-¿Quien es?

.¿Dónde la encontraste?

-¿Es de la zona?

.¿Qué estaba haciendo de noche y completamente sola?

-¿Es cierto que sólo llevaba puesto el camisón?

Las preguntas le eran arrojadas con creciente fervor, como si fueran una bandada de murciélagos molestos. Ashton levantó la mano para pedir misericordia y les dedicó a todos una sonrisa irónica.

-Por favor, caballeros. No soy adivino. Por el momento, no puedo decirles cómo se llama. No es de esta zona y, hasta donde yo puedo decirlo, ninguno de ustedes la conoce. Explicar por qué estaba en camisón sería difícil, pero hubo un incendio en la zona, y tal vez haya escapado de una casa en llamas. Sólo puedo decir, con alguna certeza, que nos tomó completamente por sorpresa al lanzarse contra nosotros en los bosques de Morton.

-Dicen que es una verdadera belleza, Ashton. ¿Cómo haces para tener tanta suerte?

¡Stlerte! Su mente repitió la palabra en un alarido. ¿Cómo podían sugerir semejante cosa, cuando él había perdido a su amada y ahora, tal vez, en el momento mismo de hallarla otra vez, había estado a punto de matarla?

-No puedo considerarme afortunado mientras no la vea bien.

-Sí, eso es cierto -concedió un caballero entrado en años-, Si está gravemente herida, creo que todo este alboroto por su llegada a esta casa en brazos de Ashton nos pesará en la conciencia.

Marelda miraba a Ashton desde el otro extremo del salón, herida porque él no se hubiera reunido inmediatamente con ella. Estudió varios modos de hacerle notar su disgusto. Una opción era permanecer distante por un período evidente, pero como él parecía haberla olvidado, era obvio que esa estratagema sería una pérdida de tiempo. De haberse tratado de otro hombre, ella podría haber buscado su abrigo para marcharse, pero Ashton era un hombre excepcionalmente apuesto; un espécimen magnífico, en verdad. Aun con ropas más sencillas que ésas de tan buen corte, su figura era admirable, y ella no tenía el menor deseo de arriesgar su tenue relación con él. Tal vez conviniera una maniobra más directa. Después de todo, ya había ganado bastante con su audacia.

Marelda se aproximó a su anfitrión con tanta decisión como una brigada de jinetes al ataque. Había pasado muchas horas perfeccionando un lindo mohín, y lo dedicó a Ashton con su mejor esmero, mientras lo tomaba del brazo.

-Debería regañarte, Ashton, por tu pasmosa entrada de hoy. Ashton aceptó las apresuradas excusas de los otros hombres y se quedó mirando cómo se dispersaban, suponiendo, sin duda, que el enfrentamiento de Marelda llevaría a una disputa de enamorados. Era sorprendente que ella hubiera logrado establecerse como si él la eligiera entre todas. Aun así, debía admitir que él, con su condición de viudo, se mostraba bastante permisivo con respecto a las cálidas atenciones y frecuentes visitas de la dama. Probablemente, esa indulgencia había alentado muchas ilusiones sin fundamento.

-Perdona, Marelda. No era mi intención provocar una escena.

Ella giró levemente la cabeza para ofrecerle una buena visión de su perfil. Se sabía bonita y le gustaban sus propios ojos negros, sedosos, y sus rizos oscuros.

-Supongo que no pudiste evitar que la pobrecita se te arrojara

Encima en el camino, pero parece que ése es tu efecto sobre las mujeres... -Presa de una súbita ocurrencia, preguntó, esperanzada,-: ¿O es una criatura? Se le veía tan pequeña...

Ashton meneó lentamente la cabeza.

-¡Decididamente, es más que una criatura!

-Y cómo no ibas a saberlo tú -la irritación era audible en la voz de la mujer-, que la viste en camisón. Ella sabía muy bien qué ponerse para llamar la atención.

Ese comentario mereció una mirada indiferente, con un dejo de blando humor oculto en alguna parte. Ella tuvo la clara impresión de que Ashton se reía de ella, en el fondo de la mente, pero los celos ya le habían clavado sus garras afiladas y no podía liberarse. Por fin, él se dignó dedicarle un perezoso encogimiento de hombros.

-En realidad, llevaba un manto sobre su camisón.

-¡De todos modos, estaba desvestida debajo del manto!

-Como gustes, Marelda .-reconoció Ashton, con leve sarcasmo-, pero eso no cambia el hecho de que se trató de un accidente.

-oh, claro -se burló ella-. Bastó con que esperara a estar segura de que el carruaje era el tuyo para lanzar su caballo contra ti.

-Sin duda, el doctor Page pronto podrá despejar cualquier duda sobre su estado.

Desde atrás les llegó una risa aguda. Al volverse descubrieron que tenían público, representado por M. Horace Titch, un hombrecito rechoncho, cuyos ojos oscuros y líquidos parecían siempre al borde de las lágrimas. Al parecer, le encantó poder dar una noticia:

-El doctor Page no puede venir.

Ashton conocía al hombre: un individuo fastidioso, que metía las narices en los asuntos de todos, pero no en los suyos. Amanda lo invitaba sólo por consideración a su hermana, una mujer que, gracias a su sentido común, había salvado una buena parte de la herencia y la plantación familiar de los malhadados esfuerzos de su hermano. Al parecer, Horace no tenía el mismo talento para la administración ni la astucia de su hermana mayor; definitivamente, era la última persona a quien Ashton deseaba ver esa noche.

-El doctor ha ido a casa de Wilkins, que tiene otro crío en camino -anunció Horace, directamente-. Con los problemas que tuvo la mujer la última vez, el médico no quiere correr riesgos. Se me ocurre que estaría mejor si lo perdieran, con todas las bocas que ya deben alimentar.

Ashton sonrió sin humor.

-Lástima que nadie fue tan selectivo cuando nació usted, Titch. Podría haber mejorado el aspecto de Natchez.

Horace enrojeció profundamente. El pelo oscuro y tieso, erguido en la cabeza, le daba todo el aspecto de un puercoespín enfurecido.

-Le... le aconsejaría, Ashton que ha... que hable con cortesía -tartamudeó-. Recuerde que... que parte de sus cargamentos de algodón me pertenecen. .

Wingate rió ásperamente.

-Hago negocios con su hermana, Horace, y le proporciono una ganancia mayor que la ofrecida por cualquier otro barco carguero. Si ella decide alguna vez enviar sus cargamentos con otra persona, habrá otro plantador que cubra el espacio.

-Ni hablar de eso, Ashton -Corissa Titch se había unido al grupo. Algo descarada y poco femenina, no solía guardar silencio cuando había algo que aclarar-. Yo sé dónde se pagan mejor nuestras cosechas, aunque Horace no lo sepa.

Y miró enérgicamente a su ruborizado hermano. Horace reconoció, en los ojos de avellana de su anfitrión, un destello burlón que no le permitió pronunciar las amenazas deseadas. Se marchó a grandes pasos, irritado jurando silenciosamente vengarse de ese hombre. Corissa lo siguió, encogiéndose de hombros como muda disculpa ante Ashton; sabía que su hermano era propenso a la autocompasión. A veces se preguntaba adonde llevarían, un día cualquiera, sus ataques de depresión.

Un sirviente se detuvo junto a Ashton para ofrecerle champagne, y él utilizó esa pausa para calmar su irritación. Tomó dos copas de la bandeja y entregó una a Marelda. Ella levantó la suya en silencioso brindis, pero su corazón saltó uno o dos latidos al contemplar aquel semblante apuesto. Las facciones de Ashton eran clásicas, levemente bronceadas por el viento y el sol; sus labios eran, a veces, cálidamente expresivos; otras, severos e imponentes. Si descontaba el atractivo de esas densas pestañas, de esos ojos ahumados, de color pardo verdoso y veteados de gris, a veces pensaba que sus mejillas eran el rasgo más expresivo y fascinante. Por debajo de los esculturales pómulos, la carne estaba tirante, sobre los músculos que tendían a tensarse y flexionarse en momentos de enojo.

Ella sonrió con relumbrante calidez y alargó una mano para acariciarle los nudillos morenos.

-Bienvenido, querido. T e echaba de menos. Te echaba terriblemente de menos.

Las gruesas pestañas descendieron para cubrir los fríos ojos de avellana, en tanto él miraba fijamente el vino claro. Sus pensamientos estaban fijos en Lierin; tardó un largo instante en contestar:

-Siempre es agradable volver a casa. Marelda deslizó los dedos por debajo de su solapa; el contacto con el pecho musculoso le provocó una curiosa conmoción.

-Me preocupo cada vez que vas a Nueva Orleans por alguna de tus aventuras, Ashton -murmuró-. Eso te pone... demasiado audaz. ¿Por qué no te quedas en tu casa, cuidando de tu plantación, como cualquier propietario normal?

-Tengo un capataz más que adecuado en la persona de Judd, Marelda -adujo él-; no siento ningún reparo en dejar la plantación en sus manos mientras yo busco posibles clientes para mi carguero.

-Confías mucho en Judd Barnum, ¿no? En realidad, eres el único propietario de la zona que tiene un capataz de raza negra.

-Permíteme recordarte, Marelda, que también soy uno de los más prósperos. Judd ha probado que se puede confiar en él y en su buen criterio.

Pero Marelda no era de las que ceden fácilmente.

-Se me ocurre que harías trabajar mejor a tus negros si tuvieras a un blanco en el puesto de Judd.

-No te equivoques, Marelda. Judd quiere que trabajen, y de firme, pero se les da comida y descanso suficiente para compensar las horas que pasan en los sembrados. Considerando la prosperidad de Belle Chene, no hay ningún motivo para que cambie mi modo de manejar la plantación. -Ashton dio un paso atrás, con una leve reverencia de disculpa-. Y ahora te ruego que me perdones. Creo que ha vuelto Latham y quisiera saber qué noticias trae.

Marelda levantó una mano para retenerlo, con intención de acompañarlo, pero él giró rápidamente sobre un talón y desapareció. Ella, con un suspiro, lo vio abandonar el salón. A veces le dejaba atónita el modo en que ese hombre daba vida a una habitación con su sola presencia, y aun más, el modo en que se llevaba la alegría al salir.

Ashton entró en la cocina justo cuando el muchachito llegaba corriendo desde los establos. Entre jadeos, anunció que el médico no podía acudir hasta mañana, pero por motivos muy diferentes de los que ellos habían supuesto.

-Se quemó el manicomio, amo Ashton -explicó el jovencito-. Quedan sólo las brasas y ceniza, salvando la cocina. Lo vi con mi propio' ojo' cuando fui a buscá al dotor.

-¡EI manicomio! -exclamó Amanda, horrorizada, pues había entrado un momento antes con su hermana-. ¡Oh, qué espanto!

-Dice el dotor que tiene que atendé a lo' herido', y por eso no pué "venir -explicó Latham-. Alguno; se quemaron, pero casi todo' salieron vivo.

-¿Casi todos? -Ashton convirtió esas palabras en pregunta. Latham se encogió de hombros.

-Alguno' de lo' loco' se escaparon o se murieron en el incendio. Todavía no los contaron, amo Ashton.

-(Dijiste al doctor Page que necesitábamos sus servicios cuanto antes? -insistió Ashton.

-¡Sí, señó! -afirmó el joven negro prontamente. Ashton llamó a la cocinera para preguntarle:

-¿Puedes darle algo de comer a este muchacho, Bertha?

La vieja, riendo, señaló con la mano la mesa cargada de comida.

-Hay de sobra pa' ese chico, amo.

-Ya lo oíste, Latham. -Ashton inclinó la cabeza hacia el festín-. Sírvete.

-¡Gracia, señó! -respondió Latham, con entusiasmo.

Ansioso de saborear su recompensa, le costó contenerse lo suficiente para buscar un plato y recorrer la mesa, a fin de seleccionar entre aquellos deleites.

Ashton' se acercó al hogar, contemplando las llamas con el ceño fruncido. Le preocupaba la noticia que acababa de darle el muchacho, tanto como el magro atuendo de Lierin. El manicomio estaba bastante lejos de la ciudad, pero a poca distancia de los bosques donde la había encontrado. Si ella no había escapado del asilo, si iba camino a Belle Chene, ¿por qué vestía de ese modo, por qué galopaba así?

-Esas pobres almas confundidas... -se lamentó tía ]Jennifer, meneando tristemente la cabeza.

-Debemos llevar una carreta llena de comida y mantas mañana mismo -propuso Amanda-. Tal vez alguno de los invitados quiera colaborar. Sin duda necesitarán montones de ropa y abrigos...

De pronto, tía ]Jennifer frunció el ceño, pensativa.

-Ashton, ¿no te parece que la muchacha herida pudo haber salido del manicomio?

Él levantó la cabeza y la miró, sorprendido, pero no halló respuesta que darle. Fue su abuela quién acudió en su ayuda.

-¿De dónde sacas esa idea, ]Jennifer?

-Se dijo que pudo haber escapado de una casa en llamas y ahora nos enteramos de que el asilo se incendió.

-Puede ser sólo una coincidencia -sugirió Amanda-. No hay nada de que afligirse. Estoy segura de que la niña podrá explicarlo todo cuando despierte.

Ashton se quedó saboreando la palabra coincidencia. Esos dos acontecimientos no podían estar relacionados. Tampoco daba crédito a la posibilidad de que Lierin hubiera estado internada en semejante sitio. Parecía una idiotez estudiar la posibilidad y dejar que su imaginación corriera tan por delante de la lógica.

Volvió al cuarto de huéspedes y, tras abrir la puerta, se detuvo por un momento en el umbral, dejando que sus ojos se ajustaran a la media luz. En el hogar ardía un fuego lento, iluminando suavemente la habitación; una vela con tulipa, junto a la cama, lanzaba un resplandor amarillo sobre la cama alta y su ocupante. Las frágiles facciones de la muchacha permanecían serenas e inmóviles. Por un momento, el corazón de Ashton se detuvo en súbito pavor; luego detectó el leve subir y bajar del pecho y pudo volver a respirar.

Willabelle, al otro lado del cuarto, se levantó de una mecedora, descubriendo su presencia.

-Lo estaba esperando

-¿Cómo está? -preguntó él acercándose a la cama

La negra fue a reunirse con él.

-No despertó, amo Ashton, pero parece que ahora está más tranquila. Tiene un montón de golpe', claro y una hinchazón rara en la espalda que no puedo entendé Casi como si alguien le pegó.-Willabelle frotó la esbelta mano que yacía sobre los cobertores- Huella May me ayudó a lava' el pelo y se lo secamos. Despué le di un baño y le puse un camisón limpito. Con estar limpia y abrigadita se va a mejorar.

-Me gustaría estar solo con ella un rato – murmuró él.

Willabelle levantó la vista, sorprendida. La expresión distante del amo no invitaba a preguntas, pero se demoró un momento por pura preocupación. Él había sufrido tanto por la pérdida de su esposa que a la negra le preocupaba el efecto de ese nuevo accidente sobre él.

-Hace un ratito vino Miz Amanda. No le parecería bien que usté estuviera aquí solo con una extraña.

-Tendré que hablar con ella.

Esa lacónica respuesta impidió adivinar sus emociones íntimas; ella no hizo ningún otro intento y se acercó a la puerta con un comentario.

-Supongo que le interesa: Miz Mareada tiene pensado pasar la noche aquí, otra vé.

Ashton suspiró hondamente, aceptando la noticia con desilusión. Por una noche se podía soportar, pero Marelda no dejaría de prolongar su visita hasta que le conviniera partir.

-Si me necesita me llama, amo -murmuró Willabelle suavemente antes de cerrar la puerta.

Al retirarse los pasos en el vestíbulo, Ashton se volvió hacia la cama. Sentía en el pecho el dolor de la soledad, y sus ojos siguieron las suaves curvas de aquella silueta. La muchacha estaba tendida de espaldas, con la larga cabellera roja volcada sobre la almohada. El alargó una mano para tocar la de ella; la piel era suave. Las uñas largas estaban bien cuidadas, como las de Lierin, y él recordó una noche bordo de] Bruja del Río, que ella se había inclinado sobre al verlo trabajando en sus libros, para pasarle juguetonamente las uñas

por el pecho desnudo. Para continuar la tentación, le había mordisqueado la oreja, frotando el pecho apenas cubierto contra su espalda sin camisa. Después de tan dulces incitaciones, las cifras contables perdieron toda importancia.

Su mente tomó, con facilidad, el curso natural de recordar a Lierin, sin reprimirse; los pensamientos vagaron a voluntad. Él dejó caer su peso en el borde de la cama, recordando una tarde, en una habitación de hotel, en donde el sol se filtraba por las persianas, iluminando las colgaduras blancas del lecho en donde él y su flamante esposa yacían abrazados. La fragancia de jazmines tenía un efecto embriagador en sus sentidos, en tanto disfrutaban de la intimidad compartida. Los pechos pálidos, los miembros esbeltos y aquella desnudez cremosa le incitaron el apetito hasta llevarlo a tocar, gustar y poseer. En ese breve período matrimonial habían saboreado a fondo la bendición de los casados. Los momentos íntimos la maravillaban, pues, si bien había experimentado aventuras similares con amoríos pasajeros, sólo con Lierin conoció los verdaderos tesoros del amor.

La sombra de la puerta, alargada por el vestíbulo iluminado, cruzó el techo, trayendo a Ashton a la realidad. Miró en derredor: Marelda entraba cautelosamente.

-Ashton... Ashton, ¿estás aquí? -preguntó suavemente, mirando hacia la cama. Él se puso de pie-. Ah, estabas ahí. Comenzaba a preguntarme si no me habría equivocado de cuarto, pues no veía a nadie. -Hizo una pausa al captar el significado de sus propias palabras; luego miró duramente a la herida, antes de elevar hacia él una mirada escéptica-. Pensé que habría alguien más aquí, Ashton. Esto no es nada correcto.

-No hay nada que temer, Marelda -replicó él, con un dejo de sarcasmo-. No se me ha ocurrido violar a la muchacha en ese estado indefenso.

Marelda se irritó ante la burla. -Vamos, Ashton, ya sabes cómo son los chismosos. Si esto se divulgara, hablarían mal de ti desde aquí hasta Vicksburg.

-¿Si se divulgara qué cosa? -Una sonrisa suave y tolerante levantó una comisura de los labios masculinos-. ¿Qué estoy solo en el cuarto con una mujer inconsciente que es mí...?

Cortó en seco la palabra que hubiera revelado su relación con la joven. ¿Cómo pronunciar semejante afirmación, si aún quedaban tan- tas incógnitas por resolver? Pero ya había dicho demasiado, y comprendió que Marelda no la dejaría en paz hasta que terminara la frase.

-¿Tu qué? -aulló-. ¿Qué representa para ti esa pequeña descarada? -La mirada fría y tolerante de su compañero le enfureció aun más-. maldito seas, Ashton! ¡Quiero saber!

Él se acercó a la puerta cerrada, a fin de que la voz no se oyera en toda la casa. Luego se enfrentó a ella con una sugerencia.

-Harías bien en sentarte, Marelda -dijo, tranquilo-. Lo que voy a decirte no te gustará.

-¡Dímelo!

-Creo que esta dama es -sonrió como para pedir disculpas- mi esposa.

Por segunda vez en esa noche, Marelda sintió pánico.

-¿Tu esposa? -Parecía tambalearse bajo el golpe de esa revelación. Tuvo que sujetarse a una silla cercana, pero prosiguió, en tono menos agitado, aunque su voz vibraba de emoción-: Me pareció oírte que habías vuelto a casarte.

-En efecto.

Ella frunció el ceño, totalmente confundida.

-¿Qué tratas de decirme?

Ashton, tranquilamente, señaló a la mujer de la cama.

-Estoy tratando de decirte que, según creo, esta mujer es mi primera esposa, Lierin.

-Pero...pero... si dijiste que se había ahogado -balbuceó Marelda, atónita.

-Eso creía yo, hasta que vi a esta mujer.

Marelda lo estudió por un largo instante, con profunda suspicacia. Por fin apretando los dientes, se acercó a la cama y levantó la vela sobre la almohada, para ver mejor a la yaciente. Sus ojos relampaguearon al notar la belleza de su rival, para entornarse de inmediato, llenos de un odio celoso. De haber estado sola, habría agregado unos cardenales

más a ese pálido semblante, pues ésa era la mujer que le había causado mucho dolor, mucha angustia. ¿O tal vez no?

Noté entonces que Ashton había hablado en un tono de conjetura certeza. Se enfrentó a él resuelta de usar cualquier inseguridad que él pudiera sentir como ariete contra eso.

-Te equivocas sin duda, Ashton. Tu esposa murió hace tres años. Tu mismo la viste caer por la borda; dijiste que no te fue posible rescatarla porque alguien disparó contra ti. ¿No te das cuenta de que haría falta una coincidencia demasiado descabellada para que esta mujer fuera tu esposa? Debes admitir que sería absurdo pensar en la posibilidad de que Lierin llegara a Naces y fuera a chocar contra tu carruaje por mera casualidad. Alguien, de algún modo, planeó todo a hacerte pensar que Lierin está con vida; así le darías cuanto se le antojara. Caramba, apuesto a que esta pequeñita, quienquiera que sea está escuchando cada una de mis palabras. -Marelda echó una despectiva a la forma inmóvil-. Pero tendría que ser una actriz con mucho talento para que no vieras la treta desde un principio.

-Marelda -aseguró él, secamente-, es Lierin.

-¡No! -estalló la mujer, azotando el aire con el puño-. Es sólo una arrastrada que está tratando de sacarte dinero.

-¡Marelda! -la voz de Ashton se había endurecido-. Lierin no necesita mi riqueza. Su padre es un comerciante inglés de gran fortuna; ella tiene propiedades en Nueva Orleáns y en Biloxi, que le dejó su familia.

-¡Oh, Ashton, por favor! Mira las cosas con objetividad -imploró Marelda, diciendo que podía influir mejor con un cambio de táctica. Trató de abrazarlo, pero él la apartó con impaciencia. Ella dejó escapar un leve sollozo; las mejillas se le llenaron de lágrimas-. Por seguro que estés, yo estoy igualmente segura de que ella no es Lierin. Si es ella, ¿qué le mantuvo lejos de ti en estos tres años? ¿Te parece que esa ausencia es devoción conyugal?

-No tenemos por qué hablar de esto -replicó él, secamente-. Todo quedará aclarado cuando ella despierte.

-No, no quedará aclarado en absoluto, Ashton, pues ella no dejará de asegurar que eres su esposo. Pero sería una mentira, inventada por alguna mente deseosa de dinero.

-Yo sería capaz de reconocer a Lierin donde la viera.

Marelda, dramática, se irguió como si se enfrentara sola al mundo entero. El se estaba poniendo testarudo; decidió que necesitaba tiempo para pensar.

-Ahora te dejo... con ella. Voy a mi cuarto, pero no para dormir. Recuérdalo, Ashton, y recuerda cuánto te amo.

Una mártir heroica, al aceptar con valentía su destino fatal, no hubiera mantenido la cabeza tan erguida como Marelda al salir de la habitación. Hubo un momento de espera, breve, pero significativo, cuando se detuvo en el umbral. Eso permitió que Ashton se preparara. De inmediato, la puerta se estrelló con un golpe tal que resonó por toda la casa.

Ashton la imaginó flotando graciosamente por el pasillo, hasta su cuarto, y esperó el segundo portazo atronador, en la distancia. No hubo desilusión. la oleada de ruido reverberó por la mansión entera y se retiró finalmente, reemplazada por un rápido repiqueteo de tacones y la confusa cháchara de voces femeninas en el pasillo. Ashton levantó la vista ante la puerta, que se abría de par en par. No pudo contener una sonrisa al ver que las sobresaltadas ancianitas entraban jadeando.

-¡Por todos los cielos, Ashton! -exclamó su abuela, sin aliento-. ¿Qué bicho te ha picado? ¿Cómo es posible que andes por la casa golpeando todas las puertas?

-Bueno, Amanda, no seas tan dura -la tranquilizó tía Jennifer-. Con esto de que el doctor Page no vendrá hasta mañana y estando Ashton tan preocupado por la niña, ya se comprende que se sienta inquieto. -Buscó confirmación en su sobrino-nieto--. ¿Verdad, querido?

Pero las aprensiones de Amanda no eran tan fáciles de descartar.

-Debí suplicarle que no volviera a viajar río abajo --se lamentó-. Cada vez que va a Nueva Orleáns pasa algo. Es casi como un mal presagio.

-Grand-mere por favor, cálmate -la instó Ashton, suavemente, tomándola de las manos para acercarla al hogar-. Tengo que decirte algo muy importante.

Ella lo estudió con una mirada dubitativa.

-Primero dime por qué estabas golpeando las puertas; después, si tu explicación parece razonable, escucharé el resto de lo que quieras decirme.

Ashton, riendo entre dientes, le rodeó los hombros estrechos con un abrazo afectuoso.

-Me creerías si te dijera que fue Marelda quien golpeó las puertas?

-¡Marelda! -Amanda quedó atónita ante esa afirmación-. ¿Por qué, Ashton?

-Porque le dije que la muchacha herida es Lierin...

-¿Lierin? ¿Lierin, tu esposa? -interrogó Amanda, con incertidumbre-. ¡Pero Ashton, si ella murió!

-Lierin se ahogó, querido.

Tía Jennifer le palmeó el brazo, consoladora, segura de que él había perdido la cabeza.

-No. Está aquí, con vida. No puedo explicar cómo se salvó de ahogarse, pero está aquí -insistió él-. ¡En este mismo cuarto!

Ambas ancianas, aturdidas, se acercaron a la cama. Tía Jennifer tomó la vela para acercar la diminuta llama al objeto del debate.

-Es bonita --observó tía Jennifer.

-Bellísima -corrigió Amanda, preocupada.

Hizo un esfuerzo firme por dominarse, sabiendo que debía permanecer tranquila ante ese nuevo acontecimiento. Ashton llevaba tanto tiempo dominando su dolor que bien podía, involuntariamente, haber confundido a una mujer parecida con la que tanto amara. ¿Cómo estar segura de que aquello no era sino una fantasía?

Levantó la vista, asaltada por una ocurrencia. En la alcoba de Ashton había un retrato de Lierin. Tal vez sirviera para confirmar su afirmación o para rechazarla.

-Ashton, querido, creo que la muchacha tiene un cierto parecido con el retrato de Lierin. ¿Por qué no lo traes, para que podamos comparar?

Ashton, cumpliendo los deseos de la abuela, volvió de inmediato con el retrato solicitado. Le había bastado una mirada a la pintura para confirmar su esperanza de que la modelo y Lierin fueran la misma persona.

En su breve ausencia, las dos hermanas habían acercado varias lámparas a la cama, subiendo las mechas para proporcionar abundante luz al estudio del asunto. Tía Jennifer puso el retrato contra la cabeza y se plantó junto a su hermana, para efectuar la comparación.

La muchacha del retrato llevaba un vestido amarillo y cintas del mismo tono enroscadas a sus rizos de color dorado rojizo. Aun en la plana superficie de la tela, los ojos esmeraldinos parecían centellear con el anhelo de vivir. Sin embargo, a pesar de su parecido con la muchacha acostada en la cama, algo faltaba allí.

-El artista parece haber captado cierta calidez en su modelo -murmuró Amanda- pero si esta muchacha es Lierin, la pintura no le hace justicia. Las facciones del retrato no son tan finas ni delicadas.

Ashton estudió un poco más el cuadro, pero los fallos parecían tan pequeños que sólo cabía achacarlos a la poca habilidad del pintor. Tía Jennifer pareció estar de acuerdo con esos pensamientos.

-No se puede pedir perfección a los retratos, Amanda. Por lo común, debemos conformarnos con que reproduzcan bien el color de los ojos y el pelo.

-¿Recibiste el retrato después de la muerte de Lierin? -Amanda hizo una pregunta y esperó la confirmación de Ashton antes de continuar con su interrogatorio-. Pero, ¿de dónde salió?

-El abuelo dejó, en su testamento, instrucciones de que me fuera entregado. Yo no lo había visto hasta la muerte de él, pero tengo entendido de que eran dos: éste y un retrato de la

hermana, Lenore. Ambos fueron entregados al juez Cassidy cuando la familia Somerton vino de visita desde Inglaterra, antes de que yo conociera a Lierin.

-Es una verdadera lástima que no conocieras al resto de la familia, Ashton -comentó tía ]Jennifer, entristecida.

-A mí me pareció horrible no haber llegado a conocer a Lierin -declaró Amanda-. Muchas veces le dije que era su deber dar herederos a su apellido. Por muchos años, Ashton pareció preferir la libertad a la familia. Por fin, cuando se casó, estuvo a punto de paralizarme el corazón con la sorpresa. y de pronto ¡pufo-Amanda chasqueó dos dedos en el aire-. Volvió a casa herido y... viudo.

-Debes tener paciencia, Amanda -la amonestó tía ]Jennifer, suavemente-. Ashton ya no es un jovencito, cierto, pero sólo tiene treinta y cuatro años. No se puede decir que ya haya pasado la flor de la edad.

-Lo mismo daría -se quejó la abuela-. Parece más empeñado en construir un imperio que una familia.

-Señoras -protestó Ashton, riendo-. Me están destrozando como un par de gallinas que pelean por un grillo. ¡Tengan piedad!

-Piedad, dice... -La abuela la miró largamente de soslayo, pero suavizando su expresión con una sonrisa-. Debería ser yo quien la pidiera.

Cuando el último invitado se hubo retirado (o estuvo en la cama, cuanto menos) Ashton cerró la casa y se dirigió a sus propias habitaciones. Una lámpara encendida la guió por el estudio y la salita; en la alcoba lo esperaba un fuego acogedor. Willis, anticipándose a sus necesidades, le había preparado un baño caliente en el cuarto contiguo, un espacio pequeño específicamente diseñado para la higiene personal. Se quitó la ropa y, sumergiéndose en el líquido humeante, se dedicó a pensar.

La ceniza de un largo cigarro negro fue cobrando longitud, mientras él cavilaba sobre los acontecimientos del día; distraído, dejó caer las escamas grises en un plato de porcelana que, junto con un botellón de cristal y varios frascos, ocupaba una mesa junto a la bañera. Con la cabeza apoyada en el borde, contempló el humo que se elevaba perezosamente hacia el techo, mientras una serie de impresiones, largo tiempo reprimidas, corría por su mente. Parecía casi extraño saborearlas sin el tormento de lo perdido.

Recordaba vívidamente la mañana en que viera a Lierin por primera vez. Ella iba con una mujer mayor, por una calle de Nueva Orleáns donde abundaban las tiendas dedicadas a cosas femeninas y llenas de puntillas. Le llamó la atención de un modo tan poderoso que, olvidando una cita urgente, las siguió a distancia por más de seis calles. Ella parecía no haberse percatado de su presencia, hasta que se detuvo frente a una sombrerería y, por debajo de su sombrilla de seda, lo miró con la misma fijeza, enarcando coquetamente una ceja interrogante.

Para gran desaliento suyo, un coche se detuvo ante las mujeres, sin dejarle tiempo para tratar de presentarse, y ambas desaparecieron de la vista, mientras él quedaba sin la menor perspectiva de volver a verla. Con las esperanzas destrozadas, recordó finalmente su cita y detuvo un coche de alquiler para que lo llevara hasta la dirección fijada. Puesto que no esperaba una entrevista cordial, se había preparado para un acalorado debate, decidido a protestar por la confiscación de su paquebote y el arresto de su tripulación hasta lograr resultados satisfactorios. Contra ellos se había presentado una acusación de piratería, basada en pruebas sustanciales, aunque poco después se descubrió que estas eran falsas.

Al llegar a la residencia del juez Cassidy, se le hizo pasar al despacho. Estaba decidido a expresar claramente su opinión al honorable magistrado cuando, desde un cuarto contiguo, lo interrumpió un chillido furioso y decididamente femenino. Nadie le había advertido que el viejo magistrado tenía de visita en la casa a una nieta residente en Inglaterra: la misma que él

observara con tanta atención esa misma tarde. Cuando ella entró en la habitación, hecha una furia, todo el enojo de Ashton se había disipado ante la maravillosa suerte de encontrar nuevamente a la señorita. En cuanto a Lierin, dio un respingo de sorpresa al verlo, pero hizo honor a la sangre irlandesa heredada de su madre y, encendida por la indignación, le recriminó sonora- mente la conducta tan indisciplinada ante un funcionario de la ley.

Ashton aceptó el regaño con gran felicidad. Desde el primer momento en que se vio frente a los centelleantes ojos verdes de Lierin Somerton, comprendió que a su vida le faltaría algo muy importante si carecía de ella. Al poder evaluarla desde cerca, llegó prontamente a la conclusión de que se trataba de una joven de belleza excepcional. Los ojos encendidos, la nariz fina e impertinente, la boca suave y expresiva, estaban estructurados con un delicado toque de perfección que capturaban su interés por completo. Totalmente intrigado, la miró durante tanto tiempo que Lierin acabó por azorarse ante esa abierta admiración. Más tarde confesó que jamás había visto una luz tan audaz en los ojos de un hombre, pues los de Ashton relucían de pasión.

De un modo más decoroso, Ashton presentó sus corteses disculpas al abuelo y pasó a explicar, minuciosamente, los motivos de su visita. El juez Cassidy, divertido por su enamoramiento, lo invitó a cenar, con la excusa de que deseaba revisar el caso más en detalle. En realidad, sus motivos eran más taimados, tal como admitiría más tarde: quería que una de sus nietas formara su hogar muy cerca de él, para poder disfrutar de su familia con mucha más libertad que si ambas se casaban con extranjeros ingleses, tal como había hecho la madre. Contando con el favor del juez, Ashton había cortejado a Lierin con un celo cautelosamente dominado.

Salió de la bañera y se frotó el pecho velludo con una toalla en tanto su mente seguía absorta en sus recuerdos de Lierin. Se puso una larga bata de terciopelo, llenó una copa y, recogiendo el cigarro, salió al balcón. El fresco aire nocturno traía el olor penetrante de un pino cercano. Y él inhaló su fragancia, reconociendo en ella uno de los placeres de estar en su casa. Apoyó un muslo en la barandilla y se recostó contra el poste, perdido nuevamente entre sus recuerdos.

Lierin había cambiado muchas cosas de su vida. Hasta entonces, él había huido del matrimonio como de una enfermedad mortífera, pero la perspectiva de abandonar Nueva Orleans sin ella le pareció odiosa. No hubiera podido precisar el momento en que había comenzado a pensar en ella como en su futura esposa, pero la esperanza emergió muy pronto a su conciencia. Más adelante, a pesar de toda su experiencia en cuanto a tratar con mujeres y posibles clientes, cuando llegó el momento de pedir su mano lo hizo con voz entrecortada, temiendo que ella insistiera en mantener el noviazgo largo y normal hasta que tuviera bendición de su padre. Para su sorpresa, le encontró tan ansiosa como él mismo. Sintió una extraña humildad cuando los ojos de la joven se encendieron de alegría y, sin timidez le echó los brazos al cuello, gritando con total felicidad: «¡Sí! ¡Oh, sí sí!

A pesar de la prisa de ambos, quedaban problemas que resolver. La ausencia del padre significaba que éste no podía autorizar el casamiento; más aún, parecía dudoso que Robert Somerton diera su permiso, aún presente. Lierin sugirió, dulcemente, que el abuelo podía mostrarse accesible en ese aspecto. No ignoraban que los tres podían estar provocando la ira del padre. Ashton, riendo, amenazó con seducirla y dejarla embarazada, por si era preciso convencer al progenitor de que ella necesitaba un esposo.

Ashton había notado cambios en su propio carácter en su breve tiempo con Lierin. Hasta entonces no había prestado atención a las flores, pero durante un paseo, al señalar Lierin lo bellas que eran, él llegó a apreciar su delicadeza y su fragancia. Había visto muchos soles ponerse en occidente, admirando al desgaire aquellos tonos; pero cuando compartió un crepúsculo con ella, desde la ventana del fue como un glorioso final de un día casi idílico, en el que la suave voz femenina le llenó el corazón de bendiciones.

Ashton puso la copa en la barandilla; aunque sostenía el cigarro firmemente entre los dientes, la brasa se apagó poco a poco, mientras él estudiaba la noche más oscura más allá del balcón.

Tras unas semana de felicidad sin parangones, los recién casados embarcaron en el Bruja del Río con intención de viajar a Naces, donde ella seria debidamente presentada a !a familia del esposo y se pedirían las correspondientes disculpas por lo apresurado de la boda. También planeaban volver a Nueva Orleans cuando eso estuviera concluido, a tiempo para encontrarse con el padre y la hermana de la muchacha. Lierin le había hecho algunas advertencias con respecto a su padre, un inglés que no tenía aprecio a los audaces americanos. La única excepción había sido Dierdre, la madre de la muchacha, a quien él había amado profundamente. Debido a que Dierdre no aceptaba de buen grado abandonar a su padre, Robert había preferido residir en Nueva Orleans hasta la inesperada muerte de su esposa; entonces volvió a Inglaterra llevándose a las dos pequeñas y allí permaneció hasta que su hija Lenore se comprometió con un joven aristócrata del Caribe. Como era preciso hacer un viaje para visitar al novio en su isla paradisíaca, Robert cedió a las instancias de Lierin y la acompañó a Nueva Orleans, dándole autorización para permanecer con su abuelo, mientras él partía con la hermana para organizar la boda.

Desde el principio de las relaciones, Ashton había adivinado que lo más difícil sería explicar a Robert Somerton cómo, mientras él planeaba la boda de su hija, la otra se había casado con un perfecto desconocido. Sin embargo, el viaje a Natchez había terminado con una tragedia; la reunión de Ashton y su suegro no llegó a materializarse, pues la noticia de la muerte de Lierin llegó a Nueva Orleans antes de que su herida hubiera curado lo suficiente como para permitirle el viaje. Cuando pudo trasladarse a la ciudad portuaria, el juez estaba ya en su lecho de muerte. Ashton recibió información de que los Somerton, tras su rompimiento con el abuelo, habían embarcado hacia Inglaterra sin demora, sin molestarse siquiera en averiguar si el esposo había sobrevivido o no a los ataques de los piratas.

Una suave brisa se agitó en la noche, devolviendo a Ashton al presente. Volvió el rostro al soplo caprichoso, sintiendo en la cara el escozor de las gotitas de niebla. Una ráfaga helada infló la bata, tocando su cuerpo desnudo. Su frescura le trajo el recuerdo de una noche similar en el río, el último momento de felicidad en su vida, que se había convertido en dolor.

Aunque con su propio barco, entre varios más, había revisado el río corriente arriba y abajo, a lo largo de varios kilómetros, había tardado más de una semana en aceptar lo inevitable. Tras recuperar los cuerpos descompuestos de varios piratas, no había aún rastro alguno de Lierin: ni un fragmento de ropa, ni un harapo cenagoso. Por fin tuvo que enfrentarse al trágico hecho de que el río se había llevado otra víctima, como tantas veces, barriendo a su amor de la faz de la tierra, en tanto continuaba serpenteando con su perezosa e insensible arrogancia.

Desde hacía tres años le hundía en la tristeza la pérdida de su esposa. Ahora cabía nueva esperanza. A partir de la mañana siguiente, la vida volvería a empezar. Lierin estaba en casa.

## CAPITULO 2

Cobró conciencia de sí como si surgiera lentamente a la vida desde un vacío total sin saber de existencia previa más allá del momento presente, indeterminado. La razón y la memoria no desempeñaban parte alguna en el vacío intemporal. Era un embrión, flotando en la oscuridad, vivo, respirando, pero como separado del mundo por una película distante, neblinosa, que existía fuera de la esfera de su ser. Allá relumbraba un aura de luz, tentándola a acercarse.

Su mente, con un movimiento natural, se elevó poco a poco hasta a conciencia, pero al acercarse al límite impreciso en donde penetraban los primeros rayos de una débil realidad, unas garras de dolor empezaron a perforarle las sienes. Retrocedió ante ese tormento, flotando apenas por debajo de ese nivel huidizo, reacia a romper sus lazos con una nada despreocupada e indolora para aceptar las agudas punzadas de la conciencia total.

Una voz llegó hasta ella como por un largo túnel, alcanzándola con palabras borrosas y apagadas, instándola al esfuerzo de responder.

-¿Me oye?

La pregunta se repitió en tono más alto.

-Señora ¿me oye?

Su aflicción se acrecentó al verse llevada hacia arriba contra su voluntad, hacia un reino de agudas molestias. Lanzó un débil gemido de protesta. Un potro de tormento hubiera podido producirle agonía semejante, pues todo el cuerpo le dolía como si hubiera recibido un castigo cruel. Un gran cansancio le paralizaba los miembros; cuando quiso moverse, tuvo que luchar contra una rigidez casi insuperable. Abrió los ojos, pero lanzó un grito y se apresuró a cubrirlos con la mano desviándolos de la ventana por donde entraban los rayos de sol matinal.

-Que alguien corra las cortinas. -La orden partía de un hombre sentado junto a ella-. La luz le hace daño a los ojos.

Las dolorosas astillas de luz fueron expulsadas y el cuarto quedó en una cómoda penumbra. Ella se dejó hundir otra vez en las almohadas, pasándose una mano estremecida por la frente, pero hizo un gesto de dolor al tocar un sitio magullado. Ese cardenal era desconcertante; no podía recordar cómo se lo había hecho. Parpadeó hasta que la sombra indistinta se convirtió, gradualmente, en la silueta de un hombre entrado en años, de barba entrecana. Las grandes patillas presentaban una densa escarcha de blanco; el rostro estaba arrugado por la edad. Sin embargo, el paso de los años no había apagado la chispa vivaz de sus ojos grises, que chisporroteaban al mirarla, tras los anteojos con marco de metal.

-Comenzaba a pensar que le disgustaba nuestra compañía, joven- cita. Por si tiene alguna desconfianza con respecto a mí, soy el doctor Page. Me llamaron para que la atendiera.

Ella abrió la boca para hablar, pero sólo brotó un graznido áspero. Deslizó por los labios apergaminados una lengua seca; el médico, adivinando su necesidad, alargó una mano para recibir un vaso de agua de la negra que tenía a la espalda. Entonces deslizó un brazo por debajo de los hombros de su paciente y, después de incorporarla, le oprimió el borde de cristal contra los labios. Cuando su sed se calmó, volvió a dejarla sobre la almohada y le puso un paño frío y mojado contra la frente. Las palpitantes oleadas de dolor aminoraron un poco, permitiéndole mantener los ojos abiertos sin bizquear.

-¿Cómo se siente? -preguntó él, con amabilidad.

Un ceño fruncido sirvió de respuesta, antes de que la mirada de la paciente estudiara el cuarto en derredor. Yacía en una cama grande, con un montón de almohadas a la espalda. Por encima de su cabeza, un estallido de seda rosada irradiaba desde un tapiz oval, colmando las dimensiones del dosel. Las paredes del cuarto estaban cubiertas de un fresco diseño floral, que combinaba tonos rosados, amarillo claro y verde tierno, entre leves briznas pardas. Las cortinas pesadas eran de seda rosa pálido, adornadas con borlas y cordones trenzados. Había varias sillas en la enorme habitación, tapizadas en los mismos tonos.

El cuarto estaba bellamente amueblado, pero una creciente desorientación comenzaba a socavar su breve comodidad: se encontraba en un mundo totalmente desconocido. Nada de cuanto veía le era familiar: ni un florero, ni un cuadro, ni siquiera el abrigado camisón de franela o la gente que la miraba desde distintos puntos de la habitación.

Dos ancianas estaban junto a las ventanas; una negra corpulenta, con delantal blanco almidonado y limpio pañuelo en la cabeza, esperaba tras la silla del doctor. Detrás de ellos, otro hombre miraba el fuego del hogar. A menos que se arriesgara a mover los músculos, dolorosamente tiesos, sólo veía de él su nuca morena, la camisa de seda blanca y los pantalones grises, con rayas apenas perceptibles. Ella sintió una suave extrañeza con respecto

a ése, pues, frente a la curiosidad de los otros, permanecía de espaldas a ella, como si deseara mantenerse ajeno a la paciente ya su público.

Entró una muchachita negra, llevando una bandeja con una taza de caldo y un servicio de té. El doctor Page tomó la sopa y la ofreció a su paciente.

-Beba esto, si puede -le instó--. Le dará fuerzas.

Le ahuecaron las almohadas hasta mantenerla en una posición más elevada. Mientras sorbía el caldo caliente, su mirada estudió nuevamente la alcoba, sobre el borde de la taza.

-¿Qué hago aquí?

-Hubo un accidente con el carruaje -replicó el doctor Page-; usted cayó de su caballo y la trajeron aquí.

-¿Mi caballo?

El médico volvió a proporcionar información, pero observándola con cuidado.

-Lo siento, señora. Hubo que sacrificarlo.

-¿Sacrificarlo? -La joven buscó en su mente algún recuerdo de aquello, pero el sondeo no hizo sino acelerar las palpitaciones de su cabeza hasta que pensar le resulto Imposible. Entonces apretó sus dedos temblorosos a las sienes doloridas.

-No puedo recordar.

-Ha sufrido una mala caída, jovencita. Relájese y descanse, que ya volverá todo.

La mirada de la muchacha recorrió la habitación, buscando desesperadamente algo familiar.

¿Dónde estoy?

-En Belle Chene... -El médico la estudió con atención-. Es la plantación de Ashton Wingate.

-¿Ashton Wingate?

Lo miraba con ojos dilatados, investigadores. Percibía la atención alerta de los presentes, que parecían estar esperando su reacción.

El hombre de los pantalones grises dejó el atizador del fuego en su soporte y con ese gesto le robó la atención. Inexplicablemente, una aguda punzada de ansiedad la recorrió toda, aun antes de verle la cara. Desconcertada se hundió en las almohadas, mirándolo con cautela. Venía cruzado la habitación.

Hurgó en su memoria, pero no pudo descubrir la causa de ese súbito horror. Ese perfil apuesto, limpio, hubiera debido despertar calidez y admiración en su pecho femenino. Pero algo en ese momento hizo que su corazón diera un vuelco y se le enfriara de pronto. Cuando él se detuvo a los pies de la cama, la fuerza de su mirada inmovilizó la de ella. Con la vista fija en esos ojos oscuros, apartó la taza de caldo como si estuviera deslumbrada.

Una extraña sonrisa jugaba en los labios del hombre.

-No puedo comprender qué milagro te ha traído de nuevo a mí, amor mío, pero mi gratitud es inmensa.

Ella lo miró fijamente, llena de pánico, preguntándose cuál de los dos estaría loco. No podía echarle la culpa al alcohol, pues él parecía muy sobrio y no tenía el aspecto de un borracho. Por el contrario, su porte orgulloso revelaba a un hombre con perfecto dominio de sus facultades. ¿Por qué, entonces le hablaba como si la conociera?

Si en la mente de Ashton existía la más pequeña duda, la incertidumbre se disipó abruptamente al mirar aquellos ojos de color verde oscuro. Los conocía bien: pertenecían a su esposa.

-Anoche sufrí un verdadero golpe al verte. Te creía muerta. Y ahora, después de tres largos años, apareces de pronto y yo descubro, lleno de alegría, que no soy viudo, después de todo.

¡La loca era ella! ¡Era forzoso! Los otros no habrían tolerado esos desvaríos si él hubiera estado expresando sus demencias. Un súbito temblor se apoderó de ella; se encerró en

su propia mente, buscando un refugio seguro donde aliviar tanta inquietud. Asustada por la posibilidad de estar perturbada, comenzó a estremecerse sin remedio. La presión de las sienes aumentó hasta que el dolor fue insoportable y la hizo retorcerse en la cama, apretándose la cabeza, con los ojos fuertemente cerrados para excluir de su vista a ese mundo extraño.

-¡Lierin!

El nombre resonó con tonos huecos en el resplandor, entre súplica y mandato. Aun así, no despertaba recuerdo alguno; no hizo sino confundirla más. No hallaba anclas para sus pensamientos, ni soga que la rescatara de esa horrible negrura de lo desconocido, para traer- la a sitio firme, con la memoria intacta. Sólo existía ese momento y los breves minutos vividos desde el despertar. Lo visto y 'oído hasta entonces sólo la alejaba más aun de sí misma. El cuarto giró a su alrededor, vertiginoso; tuvo que alargar los brazos contra la cama para sostenerse, pero el esfuerzo fue inútil y se vio lanzada por un barranco oscuro y sin fondo.

-¡Rápido! -indicó el doctor Page a Willabelle-. Tráigame las sales que tengo en el maletín. -Alargó una mano para detener a Ashton, que trataba de acercarse-, Ha sufrido un shock, Ashton. Déle tiempo.

El hombre se retiró, con el ceño fruncido en un gesto de preocupación, para presenciar con impotencia la dura prueba de la mucha- cha. El médico le levantó la cabeza con una mano y, con la otra, acercó a su nariz una ampolla de polvos. El súbito impacto de los vapores ardientes apartó las telarañas de su mente. Los ojos de la paciente se abrieron pronto. Entonces volvió a ver el cuarto con clara, brillante, dolorosa intensidad. Cada detalle se recortaba audazmente. Vio a su torturador aferrado al poste de la cama, con una fuerza tal que le ponía blanco los nudillos, como si fuera el único afligido y preocupado.

Débil y exhausta, cayó en la cama, sin notar que el cubrecama de satén y la sábana con bordes de encaje habían resbalado un poco. Tenía la piel húmeda de transpiración, por la que recibió con gratitud la refrescante frescura que se filtraba por el camisón. Empero, la atenta mirada del hombre le hizo comprender que la prenda no protegía su pudor, a pesar del grosor de la tela, pues se adhería a su piel húmeda revelando sus curvas femeninas. Se le encendieron las mejillas. Ese granuja además de acosarla, también quería molestarla con los ojos. Buscando protección bajo las sábanas, movió la cabeza en la almohada preguntando con un susurro afónico:

-¿Puedo tomar otro poco de agua, por favor?

-Claro niña-respondió el doctor Page, tomando un vaso.

Rechazando cortésmente su ayuda, ella tomó la copa en su mano temblorosa y sorbió con lentitud, en tanto sus ojos volvían a la silueta que esperaba a los pies de la cama. El hombre era bastante alto, de hombros anchos y cintura estrecha. La camisa de seda, de buen corte mostraba la amplitud de su pecho duro y ahusado; los pantalones revelaban caderas estrechas, muslos largos y musculosos. No era delgado ni corpulento; parecía estar en estupendas condiciones físicas. Obviamente tenía mucho de que enorgullecerse.

Ella volvió el vaso al médico y, como necesitaba aclarar las cosas, inquirió con cierta timidez:

-¿Conozco a alguno de los presentes?

El doctor Page quedó boquiabierto de asombro. Al levantar la vista hacia Ashton descubrió reproducido su asombro en quien aseguraba ser su esposo. Ashton estaba totalmente confundido. Estaba seguro de que era Lierin. La mujer a quien amaba, aquella con quien se había casado. Habría apostado su vida en ello.

-¿Usted no es Lierin?

Ella frunció las cejas, desconcertada, pero reacia a pedir conmiseración y respondió con un gesto confuso:

-Yo… en realidad... no sé quién soy.

Atormentada por la incertidumbre, esperó la reacción del hombre, temiendo que la creyera loca por esa confesión. Vio la primera reacción de espanto reflejada en su rostro. Sus compañeros parecieron igualmente sobresaltados.

Tía Jennifer se acercó a la cama y le tomó la mano para darle unas palmaditas consoladoras.

-Bueno, bueno, querida. Ya recordarás todo, dentro de un momento.

-Jenny, nadie olvida su propio nombre -intervino Amanda-. La i niña necesita descanso, eso es todo.

-Tal vez hay algo más que eso, Amanda -comentó el doctor Page, pensativo-. Existen antecedentes de casos en que los pacientes perdieron la memoria. Amnesia, creo que se llama. Por lo que he leído, puede tratarse de una pérdida de memoria parcial, en que el paciente olvida una breve fase de su vida o un acontecimiento en particular. En otros casos, más acentuados, olvida su nombre, su dirección y toda su vida, reteniendo sólo la capacidad de leer y escribir y ese tipo de cosas. Unos pocos han experimentado una amnesia total; en esos casos, no se tiene noción de haber existido antes de despertar. -El médico abrió las manos en un gesto de impotencia-. Confieso que no sé cómo actuar. Nunca me he encontrado con un caso de éstos.

-Si usted no sabe cómo actuar, Franklin, piense en esta pobre c criatura -declaró Amanda, algo alterada.

Había pensado que la cuestión de la identidad quedaría rápida- i mente resuelta cuando la joven despertara; no podía menos que preocuparse por el efecto de esa novedad sobre Ashton.

-Bueno, Amanda, no puede pretender que yo lo sepa todo -replicó el anciano.

-No me venga con excusas, Franklin -le amonestó Amanda, palmeándole el hombro, como si reprobara a un estudiante irresponsable-. Lo que debe hacer es averiguar qué problema tiene esta muchacha y curarlo.

-Temo que no será tan simple, Amanda. Hay varias causas que pueden provocarlo: una sorpresa desagradable, una enfermedad..., En este caso, me atrevería a decir que lo provocó el accidente, pero no conozco métodos determinados para curarlo.

-Pero pasará, sin duda -lo presionó Ashton.

El doctor Page se encogió de hombros.

-Lo siento, Ashton. Realmente, no sé qué pasará. Tal vez dentro de algunos días, cuando ella esté descansada, vuelva la memoria. También es posible que tarde un tiempo... o que no vuelva jamás. Sólo se sabrá con el tiempo. Tendremos que esperar y ver qué pasa.

La paciente miraba fijamente al médico barbudo. Todo parecía una terrible pesadilla de la que no podía escapar.

-¿Eso significa que yo podría ser Lierin, realmente, y no saberlo?

-Ashton insiste en que usted es Lierin Wingate -le informó el doctor Page suavemente-. De entre nosotros, nadie puede asegurarlo, porque no la conocimos.

Ella arrojó una mirada incierta al hombre joven, en tanto dirigía su pregunta al mayor.

-¿Se supone que él es Ashton?

-El es Ashton -afirmó Amanda-. De eso sí estoy segura.

La joven se volvió hacia Ashton, con evidente consternación. : Pero ¿está seguro de quién soy yo?

Los ojos de color avellana estaban llenos de suavidad al contestar.

-¿Que hombre puede olvidar a, su propia esposa?

-Esposa.

La palabra surgió en un arrebato sobresaltado. Experimentaba un pánico creciente, al comprender el aprieto en que esa situación la ponía. SI lo que el declaraba era cierto, ella estaba casada con un perfecto desconocido. Elevó una mano temblorosa para cubrirse la cara y, aceptando la oscuridad tras las pestañas bajas, lo borró de su vista.

-¡Pero si yo no lo conozco!

-¿Me permite presentarme, señora? -La cálida respuesta ganó la atención de la muchacha. Pasó un largo instante, mientras la mirada del hombre sondeaba las profundidades oscuras de sus ojos. Luego. Abruptamente, él se inclinó en una breve reverencia, sonriente-. Ashton Wingate, a sus órdenes, señora. -Señaló a las ancianas con la mano-. La dama es mi abuela, Amanda Wingate. Y su hermana, Jennifer Tate. Y allí tenemos a Willabelle, nuestra ama de llaves -agregó, señalando a la negra. Con actitud más seria, continuó-: Creo que tía Jenny y Willabelle atestiguaran con respecto a mi identidad, como ya lo ha hecho mi abuela. Ellas también pueden decirle que, hace tres años, les informé de mi casamiento con Lierin Somerton.

El aturdimiento de la muchacha iba en aumento. Lo que él relataba parecía contradictorio, y resolvió expresar sus dudas:

-Pero si estamos casados desde hace tres años y sus parientes viven en la misma casa que usted, ¿por qué no pueden identificarme?

-Es sencillo, en realidad: porque no tuvieron la oportunidad de conocerte.

Ella elevó una ceja delicada, pero renunció, pues el gesto aumenta- ha su incomodidad. Mientras esperaba que él continuara, se preguntó qué clase de juego era ése. Después de todo, era el único que aseguraba reconocerla.

Ashton, viendo su escepticismo, trató de aliviar sus temores. No comprendía del todo ese estado, pero estaba seguro de que ella era la misma a quien amara lo suficiente como para contraer matrimonio.

-Viajábamos hacia aquí cuando el paquebote fue atacado por piratas. Durante la lucha caíste por sobre la borda y yo recibí un disparo. Nadie se dio cuenta de que faltabas hasta que yo recobré la conciencia. Te buscaron por el río más de una semana, pero no se te halló. Supusimos que te habías ahogado.

-¿Y usted dice que pasó tres años con esa seguridad?

-Sólo anoche comprendí que no era cierto.

Ella no quería mostrarse terca, pero había otros puntos a tener en cuenta.

-Tal vez su esposa murió, señor, y yo soy sólo una chica parecida. Después de tres años es difícil recordar exactamente cómo era una persona.

Tía Jennifer sugirió: -Ashton, querido, ¿por qué no le muestras el retrato de Lierin? Eso podría convencerla.

Él lo hizo, tomando el retrato, que estaba sobre la mesa, y lo sostuvo para que la joven lo observara. Su gesto perplejo no lo alentó mucho.

-¿Así soy yo? -pregunto ella, con expresión intrigada.

¡Querida niña! -El asombro de Amanda era completo-. ¡No me diga que no tiene idea de cómo es usted! -Tomó un espejo de mano del tocador y se lo entregó-. Aquí tiene, querida -dijo, sonriendo con placer-. Como sin duda verá, está algo magullada por el accidente pero sigue siendo encantadora.

La joven clavó la vista en el vidrio plateado y se encontró con el semblante de una desconocida. Aunque los cardenales que le marcaban la frente y la mejilla le eran familiares, al menos al tacto, el rostro no era reconocible. Examinó críticamente la cara pálida, ovalada, de pómulos altos y delicados, de facciones finas. El pelo rojo dorado, caía sobre los hombros en enredado desorden. Los ojos oscuros brillantes, se dilataron de curiosidad al volverse hacia el retrato. La pintura ofrecía pruebas sustanciales de que esa gente la conocía desde antes del accidente, pues había una decidida semejanza en los ojos verdes, de gruesas pestañas, en la nariz estrecha y la boca de suaves curvas. El parecido existía, aunque no perfecto, y ofrecía pruebas irrefutables de que el hombre estaba en lo cierto.

-Todo esto es demasiado brusco -se quejó, en un débil susurro. Una profunda fatiga se apoderó de ella. Se dejó caer en la blanda suavidad de las almohadas, emitiendo un suspiro tembloroso.

-Descanse, querida -le pidió el doctor Page-. Aquí está a salvo y la cuidarán bien.

Un paño húmedo, frío, le cubrió la frente y parte de los ojos ardorosos, doloridos. De inmediato, el médico se puso en pie.

-Y ahora, Amanda, creo que usted me había ofrecido un desayuno.

-Las tres mujeres lo siguieron hacia la puerta. Allí él se detuvo para mirar a Ashton y, al ver la preocupación en sus ojos, no tuvo ánimos para hacer que se retirara-. No se demore demasiado, Ashton.

La puerta se cerró tras él, y en el silencio siguiente los dos que quedaban en la alcoba se miraron con fijeza. En los ojos de la mujer

Había algo más que incertidumbre. Ashton, al acercarse, contempló aquel rostro que habla visto en sueños tanto tiempo y sintió un fuerte deseo de tomarla en sus brazos y estrecharla contra sí. Con notable dominio de sí mismo, se sentó en el borde de la cama y se limitó a tomarle la mano.

-Mi querida Lierin, espero tu recuperación con muchísima impaciencia. Se que eres la que he amado, y si Dios quiere tú también lo sabrás pronto.

Con lentitud, como si temiera perturbarlo, ella retiró la mano y subió el cubrecama hasta su mentón.

-Usted me llama Lierin, pero el nombre no me despierta recuerdo alguno. No recuerdo nada más allá de estos últimos momentos desde que oí que una voz me llamaba. Necesito pensar... -Sus cejas finamente arqueadas, se unieron en una arruga-. Pero no tengo nada en que pensar. Estoy cansada... me duele la cabeza. El médico dijo que debía descansar... y voy a obedecerlo. -No pudo interpretar el fugaz fruncimiento de ceño de su compañero y le tocó el dorso de la mano con dedos leves-. No lo conozco, Ashton. -Una sonrisa insegura le tembló en los labios-. Tal vez ésta sea mi casa. -Su voz se elevó apenas, como para convertir la frase en una pregunta, en tanto miraba en derredor-. Tal vez lo que usted dice sea cierto. En mi estado actual no puedo protestar mucho. Si eso le satisface, aceptaré el nombre de Lierin... mientras no me dé cuenta de que no es el mío. -Deliberadamente, bajó los párpados hasta que los detalles se borraron un fondo opaco, indistinto, contra el cual sólo se veía el rostro de él. -Ahora voy a descansar, Ashton.

La mirada hambrienta del hombre se alimentó de su belleza, aplacando los anhelos de años .anteriores, pasados en la seguridad de que jamás volvería a verla. Se inclinó para dejarle el beso más ligero en los labios y cruzó la habitación. No pudo ver que los ojos esmeraldinos se abrían para seguir su marcha. Cuando la puerta quedó cerrada detrás de él apoyo un codo contra la pared del pasillo Y con la frente apretada contra el brazo, luchó por dominar el salvaje martilleo de su corazón, Tras un largo instante pudo respirar rítmicamente otra vez y a paso lento, pensativo fue a reunirse con los otros en el comedor.

La abuela levantó la vista al verlo entrar en la habitación, pero esperó a que ocupara la cabecera de la mesa antes de abordar el tema que la preocupaba.

- He visto el retrato con mis propios ojos y reconozco que tienes buenos motivos para pensar que esa muchacha sea Lierin, pero ¿No existe en tu mente la menor duda de que ella no es Lierin?

-No veo cómo podría ser otra persona -suspiró él-. Cuando la miro, veo a Lierin.

-Querido, ¿qué sabes de la hermana de Lierin? -preguntó tía Jennifer.

Ashton hizo una pausa para servirse una loncha de jamón de la fuente que Willis le ofrecía.

.-A estas alturas, Lenore debe de estar viviendo en una plantación del Caribe. Cuando conocí a Lierin, ella estaba haciendo planes para casarse, pero no sé qué fue de ella cuando volvió a Inglaterra. No volví a tener noticias.

Amanda tomó un sorbo de cate, levantando su taza de porcelana.

-Debes reconocer que tu apresuramiento en casarte con Lierin nos provocó a todos cierta inquietud, Ashton. Sin duda, para Robert Somerton hubo de ser un golpe terrible enterarse, simultáneamente del casamiento y la muerte de su hija.
-Teníamos intención de arreglarlo todo, grand-mere -replicó Ashton-; como sabes, nos atacó el desastre antes de que pudiéramos hacerlo.
Eso me lleva a un punto intrigante, Ashton: la muerte de Lierin ¿Cómo tardaste tanto en descubrir que estaba con vida? ¿Por qué no trató ella de encontrarte? ¿Y dónde estuvo todo este tiempo?
-Marelda me ha hecho las mismas preguntas.
-Bueno, debes admitir que necesitan aclaración. ¿Acaso esta amnesia es una enfermedad recurrente? ¿Se debe a eso que no hayal intentado hallarte? -Se volvió hacia el doctor Page en busca de respuesta-. ¿Qué piensa usted, Franklin?
-Me parece dudoso. -El anciano dejó caer un terrón de azúcar en su café y se despejó la garganta, como azorado por lo que iba a decir.- Todos ustedes saben que se incendió el manicomio, pero ¿saben que las autoridades no han podido hallar a algunos de los internos?
Ashton alzó la mirada hacia el médico.
-Latham mencionó algo de eso, anoche. ¿Qué tiene eso que ver con Lierin?
El doctor apoyó los brazos en el borde de la mesa, con las manos unidas casi en actitud de plegaria. Sabía lo mucho que había sufrid Ashton por la pérdida de su joven esposa y esperaba poder expresarse sin causar resentimientos.
-Cuando tenemos en cuenta los hechos que rodearon el accidente, como el sitio en que ocurrió, la proximidad del manicomio y casi ropas que llevaba Lierin, ¿no se les ocurre que pudo haber huido del asilo?
La actitud de Ashton se tornó seca.
-¿Sugiere acaso que mi esposa está loca?
Franklin se sintió impotente ante la pétrea mirada de su anfitrión.
-¿Quién sabe qué ocurrió hace tres años, Ashton? Lierin pudo sufrir un grave shock.
Al ver los músculos tensos en la mandíbula de su interlocutor, comprendió que pisaba un terreno peligroso y prosiguió precipitadamente, esperando calmar la tormenta-. Escúcheme, Ashton: a veces a una persona se la interna en un manicomio por las causas más simples y hasta cuando no debe estar allí. Es como sepultarla en vida. Puede pudrirse en ese infierno sin que los familiares sepan, siquiera, que está allí.
En el vestíbulo se oyó un repiqueteo de tacones. Ashton agitó una mano para advertir al médico que guardara silencio.
-Es Marelda. No quiero que se entere de esto.
-No se preocupe, Ashton -le aseguró el doctor Page-. Yo traje a esa niña al mundo y la conozco bien. Tengo mucho cuidado con las armas que le pongo en la mano.
-Entonces nos comprendemos -replicó el dueño de la casa. La morena entró en la habitación con un susurro de sedas, deteniéndose en el umbral para que los otros pudieran admirar los resultados de su cuidadoso arreglo. Cuando todas las miradas estuvieron fijas en ella, rodeó la mesa para depositar un beso leve en la mejilla de las ancianas y, luego de saludar a su anfitrión, ocupó la silla vecina a la suya, a la derecha.
-¿Cómo te has levantado, Ashton? -atacó. Y no le dio tiempo de contestar-. Viendo al doctor Page aquí, supongo que habéis estado arriba, con tu huésped. -Dedicó entonces su atención al médico-: ¿y cómo está su paciente, doctor Page? ¿Ha recobrado el sentido?
Franklin tardó en contestar.
-Todavía sufre una especie de trauma.
-Nada muy grave, sin duda -comentó Marelda, con todo el sarcasmo que se atrevió a demostrar.
-Sólo se sabrá con el tiempo. La joven no se dejó apaciguar por esa taciturna respuesta. Sus ojos recorrieron la mesa, demorándose en las mujeres. Tía Jennifer, inquieta ante el silencio, intentó dar una explicación.

-Franklin quiere decir que, en estos momentos, Lierin tiene cierta dificultad para recordar. Tal vez tarde un tiempo en recobrar la memoria.

Los ojos de Marelda se volvieron duros y fríos.

-¿Lierin? -Logró esbozar una sonrisa, no más cálida que las gélidas pupilas de azabache-. Seguramente, recuerda lo bastante como para identificarse como la esposa de Ashton, pero ha olvidado convenientemente lo demás.

Ashton entregó la taza al sirviente que esperaba, desatendiendo deliberadamente a la muchacha hasta que Willis la hubo llenado de café humeante. Luego, con desgana, volvió a prestarle atención.

-Lierin no recuerda siquiera eso -reveló-. Fui yo quien le dijo cómo se llamaba.

El verde monstruo de los celos apuñaló a Marelda en lo más vivo. Le costó fingir algún interés al contestar:

-¿O sea que no recuerda siquiera su nombre? Caramba, nunca oí hablar de semejante cosa.

Los labios finos de Amanda se curvaron en una sonrisa.

-No tienes por qué avergonzarte de eso, Marelda. El mismo Franklin no había atendido a ningún paciente con esos síntomas hasta hoy.

-Se explica, siendo tan descabellados. A quién se le ocurre olvidar su propio nombre. Vamos, si es ridículo hasta pensarlo.

-No tanto como crees, Marelda -dijo el doctor Page-. Al menos, la medicina tiene un nombre para ese estado. La amnesia no es frecuente, pero al menos sabemos que existe.

-¿y cómo sabe que ella padece de... esta... amnesia? -arguyó Marelda-. Es decir, podría estar fingiendo.

El anciano respondió con un lento encogimiento de hombros.

-Creo que no puedo estar seguro de nada, pero todavía no veo motivos para que ella finja.

-Y tal vez no los vea nunca, si ella es astuta.

La joven notó que las facciones de Ashton se ponían tensas y optó por un enfoque más sutil para calmar esa irritación-. Claro que el aprieto de esa pobre chica podría ser muy real.

-A estas alturas no hay por qué dudar de la muchacha -dijo el médico. Puso las dos manos sobre la mesa y saludó a Ashton ya sus parientes-. Les ruego que me disculpen, pero después de tan buena comida estoy sintiendo la falta de sueño. Voy a echar una siestecita en el coche hasta llegar a casa. -Se levanto-. Volveré más tarde para ver cómo está Lierin. Cuiden de que duerma mucho y se alimente bien, si lo tolera. Es el mejor consejo que les puedo dar por ahora.

Ashton se levantó también.

-Voy a pensar en ese asunto que estábamos discutiendo. De todos modos, tengo que ir a Natchez y podría hacer algunas averiguaciones, aunque no les encuentro sentido.

-Espero que todo salga bien -dijo el médico, sinceramente.

A Marelda le dolió que el dueño de casa no creyera conveniente informarla de sus intenciones y no pudo resistir una pregunta sarcástica:

-¿Y vas a dejar sola a tu preciosa florecita?

Ashton se volvió a medias, con una sonrisa levemente burlona.

-Mi querida Marelda, no dudo que en Belle Chene te atenderán mientras yo no esté, pero si insistes...

La indirecta dio en el blanco. Marelda, ante la pulla, le corrigió altaneramente.

-Me refería a la de arriba, Ashton, querido.

-Mil disculpas, Marelda.

Dedicándole una breve reverencia, Ashton se retiró con el doctor Page. En su ausencia, Marelda picoteó su comida con aire petulante. Al fin suspiró.

-Como me gustaría que Ashton prestara oídos a la razón.

-¿Cómo es eso, querida? -preguntó tía Jennifer, obviamente desconcertada.

Marelda señaló la planta superior con la mano.

-Ashton trae a su casa a esa cualquiera. -Sin prestar atención a las exclamaciones de las mujeres, prosiguió con su diatriba-. La acuesta en una buena cama y la trata como a una invitada de honor. -Su inquietud era notoria en la voz, que cobraba agudeza y pasión-. Y termina asegurando que es su esposa perdida.
Tía Jennifer salió rápidamente en defensa de su sobrino.
-Querida, bien sabes que Ashton no diría semejante cosa si no estuviera totalmente seguro de que es cierto.
-Y yo digo que esa muchacha es una oportunista parecida a la esposa -atacó Marelda.
-Sea como fuere -replicó Amanda-, está malherida y merece, cuando menos, unos pocos días de reposo.
Marelda levantó dramáticamente las manos y el rostro hacia el techo suplicando a alguna potencia mística:
-Oh, perverso destino, ¿hasta cuándo vas a asaetearme con tus crueles dardos? ¿No basta con haber sido rechazada una vez? ¿Debes castigarme dos, quizá tres veces? ¿Cuánto más deberé soportar?
Su voz se estremeció con un sollozo apenas contenido. Con los ojos cerrados, apoyó la frente contra los nudillos, perdiéndose así la mirada de horror que Jennifer dirigió a su hermana, quien respondió fingiendo un mudo aplauso.
-Querida Marelda, ¿nunca pensaste dedicarte a las tablas? –preguntó - Tienes tanto garbo para expresarte...
Algo azorada, la muchacha se dejó caer en su silla con un mohín.
-Ya veo que soy la única a quien esa buscona no ha podido engañar.
Una luz seca centelleó en los ojos de Amanda, que se limpió los labios con la servilleta, conteniendo el enfado.
-Por favor, deja de aplicar esos epítetos a la niña. Tengo muchos motivos para pensar que estás difamando a la esposa de mi nieto, y ya deberías saber que mi lealtad a esta familia se antepone a todo lo demás, incluida tu amistad, Marelda.
Aun en su celo, por corregir una injusticia visible sólo para ella, Marelda reconoció que estaba en peligro de perder una aliada valiosa. No era tan imprudente, de modo que se llevo una mano a la frente y comenzó a sollozar.
-Me pone fuera de mí la idea de que perderé otra vez a Ashton. Estoy dejando que el miedo me haga decir tonterías.
Amanda asintió en silencio, pero le pareció que era mejor cambiar de tema para evitar otra exhibición dramática.

La mujer que había tomado el nombre de Lierin puso las manos frente a su cara y estudió aquellos dedos delgados. En el anular izquierdo llevaba un fino anillo de oro, prueba de que era casada. Eso no la tranquilizó; se preguntaba cómo iba a aceptar las aseveraciones de ese hombre, si no se sentía en absoluto esposa suya.
Las cortinas todavía estaban corridas, evitando la entrada de la luz matinal, con lo que el cuarto parecía oscuro y sombrío. De pronto tuvo el deseo de sentir el cálido sol sobre la piel, bañarse en su luz y dejar que sus aflicciones se perdieran en los rayos tranquilizantes. Con mucho cuidado, se deslizó hasta el borde de la cama. El dolor del movimiento la convenció de que estaba hecha trizas, pero apretó los dientes con terquedad y siguió adelante.
Logró incorporarse y descansó un momento, presionando los dedos temblorosos contra las sienes, hasta que el palpitar de su cabeza se redujo a un dolor sordo. Cautelosamente, pasó el peso del cuerpo a las piernas y se apoyó contra la cama, pues estuvo a punto de perder el sentido. Cuando el cuarto detuvo sus demenciales giros, caminó hasta el extremo de la cama, arrastrado los pies con paso vacilante, pues mantenía las manos apoyadas en el colchón.
Una vez allí rodeó con ambos brazos el fuerte poste, mientras frotaba la frente dolorida contra las tallas suaves y frescas, esperando que volvieran sus fuerzas. Finalmente juntó el coraje para deslizar el pie hacia afuera, alejándose de la cama. Sus rodillas tendían a vacilar; le costó

un gran esfuerzo mantenerlas firmes. Sin ceder al miedo, se propuso metas sucesivas para lograr un avance cauteloso por la habitación.
Una vez junto a la ventana apartó la doble capa de cortinas y se protegió los ojos del resplandor que entraba en torrentes por los vidrios. El sol la tocó como un delicado y afectuoso amigo; cuando sintió el calor dentro de su pecho, momentáneamente alejó de sí los temores. Con la cabeza apoyada en el marco, dejó que sus ojos vagaran por el vasto césped, bien cuidado.
A buena altura sobre la tierra, las ramas formaban enormes doseles aéreos, por entre los cuales penetraba el sol. Aunque el invierno había desnudado las ramas, quemando el color verde del prado, era obvio que esos terrenos se cuidaban con esmero. Unos senderos de ladrillo, muy pulcros, zigzagueaban por entre un laberinto de arbustos y de canteros cubiertos de hiedra, formados alrededor de los troncos más grandes. Detrás del follaje perenne, bien podado, se veía sólo la parte superior de una adornada glorieta, bien protegida de las miradas curiosas: un sitio adecuado para amantes.
Lierin se volvió cuidadosamente, apoyando la mano en el respaldo de la silla cercana para caminar hacia la cama. Al apartarse del mueble, un movimiento a la izquierda le llamó la atención. Algo sobresaltada volvió la cabeza con rapidez, olvidando las agudas púas que estaban listas para arañarle el cerebro. Los penetrantes dardos del dolor se le clavaron en el cráneo, haciéndole pagar muy caro ese movimiento imprudente. Se agarró a la silla, en tanto se llevaba la otra mano a los ojos para apretarlos con fuerza, hasta que las púas del tormento retrocedieron y el pensamiento coherente volvió a ser posible.
Cuando abrió los ojos otra vez, se encontró ante su propia imagen reflejada en el espejo alto. La curiosidad la llevó hacia el cristal, pero aquella nueva actividad exigía más esfuerzo del que ella podía realizar. Cediendo a la creciente fatiga, se detuvo a alguna distancia para estudiar su imagen, esperando descubrir algo que apresurase el regreso de su memoria.
Lo que vio no la impresionó mucho. En realidad, llegó a la conclusión de que aparecía tal como se sentía. El único color de su cara estaba sólo a un lado, bajo la forma de un azul purpúreo. Su frente presentaba la misma coloración, sólo que más intensa, en agudo contraste con su piel clara. Con el pelo revuelto y los ojos verdes muy abiertos por la preocupación, era la viva imagen de un niño abandonado. Aunque la mente no le daba idea alguna de su edad, el cuerpo, debajo del adherente camisón de franela, tenía las curvas y la plenitud de la femineidad adulta, aunque también lucía esbelta firmeza que delataba una vida activa.
A la lengua le vinieron con facilidad varios idiomas; los números fluían con desenvoltura en sus pensamientos, pero los orígenes de ambos conocimientos parecían casi místicos. Sabía como presentar adecuadamente una mesa, los cubiertos adecuados a utilizar, el modo de hacer una reverencia con gracia y los intrincados pasos de varias danzas, pero su maltratado cerebro no era capaz de identificar la fuente de todo este saber.
-¿Lierin Wingate? -balbuceó-. ¿Eres, de verdad, la que veo?

Su mente no le dio respuesta, pero el dilema acabó cuando la distrajeron unos pasos en el corredor. Al oír unos apresurados golpecitos a la puerta, Lierin buscó el refugio más cercano, pues no tenía deseo alguno de recibir visitas en camisón. Tenía un nudo en la garganta, y su intento de contestar produjo sólo un graznido débil, que no bastó para detener la intromisión. La puerta se abrió de par en par, sin más demora.

Ella giró, con una exclamación de sorpresa, pero el brusco movimiento .desquició su tenue estabilidad. El cuarto dio un tumbo. A través de un remolino deslumbrante, vio que Ashton se detenía en el vano de la puerta, sin duda sorprendido de verla levantada.

Cerró los ojos para evitar perder el equilibrio, como si estuviera tambaleándose en el borde de un cráter sin fondo, que la atraía hacia sus fauces abiertas. Dio un tropezón, y la alcoba giró en otra órbita desconcertante. Entonces sintió que unos brazos fuertes se cerraban en torno a ella, atrayéndola hacia un pecho amplio.

Estaban solos en el cuarto. Ella comprendió que esa debilidad le hada extremadamente vulnerable a los caprichos del hombre. Trató de liberarse, muy consciente del roce de aquellos muslos duros contra los suyos, del cuerpo viril que la marcaba a fuego a través de sus ropas ligeras. Pero ella retuvo en la implacable tenaza de sus brazos de acero. Aquel brazo suave, pero tenaz, acrecentó los temores de la joven. ¡Ya no dudaba de su propia cordura, sino de la de ese hombre! Sin duda estaba loco para asediarla ante las narices de su familia.

Lo empujó con una mano y forcejeó, golpeándolo débilmente con un puño.

-¡No, por favor! ¡No puede hacer eso! Esa ínfima resistencia no era nada contra la fuerza de él. Sus pies dejaron el suelo: se vio levantada en vilo. La cama describió un giro ante sus ojos cerrados, obligándola a imaginar los forcejeos que pronto tendrían lugar allí, para acabar, sin duda, en su violación. Un miedo atroz la asaltó al sentirse depositada en el colchón. Con los ojos muy apretados, se llevó la frazada hasta el mentón, desesperada.

-Si me posee será sólo por la fuerza -le espetó rechinando los dientes-. No me entregaré a usted, monstruo.

Oyó una risa sofocada. Una mano fresca le apartó el pelo de la frente. Sus ojos se abrieron de pronto y vio unas pupilas de avellana. Él, sonriendo, se sentó en la cama.

-Mi queridísima Lierin, sueño con que volvamos a compartir, algún día, la copa de la pasión. Cuando eso suceda no será posesión. Hasta entonces, señora, le ruego que se cuide mejor. Todavía no ha recobrado las fuerzas; si persiste en tanta actividad, seguramente retrasara su recuperación.

La muchacha, percibiendo que no tenía nada que temer, soltó un tembloroso suspiro de alivio Ashton estudió sus pálidas facciones, las sombras bajo los ojos, el ceño fruncido que sugería un dolor persistente. Humedeció un paño en el aguamanil y. después de agitarlo en el aire para enfriarlo, se lo puso en la frente Ella soltó un suspiro placentero al ceder el dolor, disfrutando de la comodidad un largo instante. De pronto se le ocurrió una idea y volvió a abrir los ojos. Él la observaba con una expresión tan cariñosa, tan llena de dedicación, que le ablandó el corazón.

-Al hablar, usted dijo...cuando eso suceda -murmuró, cautelosamente-. ¿No quería decir...si sucede?

Él retiró el paño y le apartó un rizo mojado de la frente. Con toda deliberación retuvo la respuesta, en tanto le seguía con un dedo perezoso la línea de la mejilla y del mentón. Pasó un brazo al otro lado de ella y se reclinó levemente. Aunque su tono era ligero, no había humor alguno en su rostro al pronunciar la tardía respuesta.

.Mi querida señora. No hablo por hablar. Habitualmente expreso lo que deseo decir.

De pronto, la palidez de la joven se convirtió en un rubor carmesí. Con esfuerzo. Apartó los ojos de su mirada firme e hizo un valiente esfuerzo por cambiar de tema.

-¿Fue usted el que me trajo aquí?

Él asintió.

Y te acosté ahí, tal como acabo de hacer.

Ella hizo lo posible por evitar la mirada de esos ojos implacables.

-¿Qué llevaba puesto cuando me trajo? -Con un gesto indefenso señaló el resto de la habitación-. No veo ropa aquí.

-Tu ropa estaba muy desgarrada y llena de lodo, de modo que la envié a lavar y componer, por si la necesitabas más adelante.

Ella elevó una ceja, pero el esfuerzo le arrancó un gesto de dolor.

-¿Qué ropa era?

Él pellizcó la manga del camisón, atrayendo su sorprendida mirada.

-¿Un camisón? -exclamó, asombrada, posando una mano sobre la sencilla prenda-. ¿Como éste?

Él meneó la cabeza. Una lenta sonrisa le curvó hacia arriba las comisuras de la boca.

-Más… ejes... cómo decirlo... Más de esposa, o mejor, de recién casada… como para la noche de bodas.

La consternación de la muchacha iba en aumento, al punto de cavar un pequeño surco entre sus cejas.

-¿De recién casada?

Con obvio placer, él pasó a describirle la prenda con detalle.

-Mucho más transparente. Sin mangas y bien escotado por aquí... y…por aquí.

La cara de la muchacha enrojeció perceptiblemente, en tanto su mirada seguía la dirección del índice. Aunque no la tocaba, ese único dedo estaba lo bastante cerca como para dejar1a sin aliento.

-…con un poco de encaje aquí... y hacia abajo, en los lados, así. Ella comenzó a hablar, pero se vio obligada a carraspear para hacerlo.

-¿Y usted...ejes... me lavó?

Ashton se apartó de la cama y lanzó una mirada soñadora a la distancia, antes de contestar, abultando la mejilla con la lengua:

-No, por desgracia. Willabelle se encargó de eso y me hizo salir. Lierin soltó el aliento con lentitud, para no suspirar de alivio. Al menos, mantenía un resto de dignidad ante ese entrometido extraño. Él dijo por encima del hombro, en tanto se acercaba al fuego: -Estaré ausente varias horas, pero Willabelle se encargará de atenderte mientras yo no esté. -Recogió el atizador y comenzó a acomodar los troncos en el hogar-. Si necesitas algo, no tienes más que pedírselo.

De pronto, el mundo de Lierin se volvió sombrío. Una amarga bilis de miedo le subió a la garganta: algo oscuro y delgado se abría paso desde el fondo de su memoria. La mente se le llenó de súbito con visiones caóticas. Delante de todas veía una cara retorcida por el terror, para siempre petrificada en un alarido mudo. Lanzó un gemido y se acurrucó, tratando de escapar de la pesadilla que la oprimía.

Ashton, ante esos gemidos, levantó la vista, extrañado, y encontró a su esposa apretada contra la cabecera de la cama, con los ojos vidriosos de miedo.

-Lierin... -Dio un paso hacia ella, pero la muchacha sacudió frenéticamente la cabeza, sin poder liberarse de la aparición.

-¡Váyase!...-gritó-. ¡Por favor!

-Lierin, ¿qué pasa?

Completamente confundido, él dio varios pasos más, pero se detuvo al ver que la muchacha se alejaba arrastrándose en la cama.

-¡Váyase! ¡Déjeme en paz! -sollozó, suplicante-. Por favor, váyase...

-Está bien, Lierin -Ashton retrocedió-. Ya me voy.

Volvió a colgar el atizador en su sitio y, en tanto ella se dejaba caer sobre la cama, exhausta dé alivio, avanzó hacia la puerta. Ese abrupto cambio de actitud lo desconcertaba por completo, pues no veía explicación posible. Salió al pasillo, cerrando la puerta con suavidad, y soltó el aliento en un suspiro largo, tembloroso. Sólo entonces cobró conciencia de que el corazón le palpitaba locamente y de que tenía un hueco frío en la boca del estómago.

Al mediar la tarde, la casa quedó tranquila; las señoras se habían retirado a sus respectivas habitaciones para dormir una siesta. Marelda utilizó la excusa para estar sola, a fin de cavilar sobre su dilema.

Estaba librada a sus propios recursos para buscar una solución, pues el pequeño volumen de poemas abierto sobre la cómoda no le proporcionaba ningún esclarecimiento. Antes bien, en ese momento su mente circulaba por entre las líricas notas de amor como un toro enfurecido por un arriate de flores. Ciñéndose el chal a los hombros, recorrió en toda su longitud la alfombra gruesa y suave que cubría las generosas dimensiones de su cuarto, para girar con creciente indignación al llegar al límite de cada circuito. Por fin se detuvo ante la cómoda, levantó el libro y hojeó bruscamente las páginas, leyendo uno o dos versos aquí y allá. Su ira llegó al colmo; rechinando los dientes, arrojó lejos el tomo ofensivo.

-¡Qué idioteces dicen los poetas! -graznó, con los labios torcidos. Dio otra vuelta por la habitación, sin dejar de rabiar-. Di demasiada importancia a las divagaciones de locos enamoradizos. Y ahora me veo forzada a ver la realidad tal cual es: una basura fría y amarga. -Su rostro se convirtió en una dura máscara de odio-. Esa pequeña buscona ha desempeñado tan bien su drama de mujercita indefensa que tiene hechizado a mi Ashton. ¡Le ha hecho creer que es su esposa! Si al menos yo pudiera idear un plan tan brillante que él me viera como su verdadero y único amor...

Hizo una pausa, clavando la vista en el fuego siseante que lamía los restos de los leños. Las llamas moribundas parecían retratar sus esperanzas, antes dolorosas y potentes, ahora lánguidas y decaídas.

-¡Maldición! -exclamó, reanudando sus agitados paseos-. Esa pécora se saldrá con la suya... a menos que... a menos que yo les haga ver a todos la falaz de sus pretensiones. ¿Cómo pudo aturdir a Ashton de un modo tan fulminante? Quizá conocía a Lierin y planeó esto desde el momento de su muerte.

Mordiéndose los labios, contemplaba, pensativa, la puerta de su habitación. La alcoba donde descansaba el huésped estaba en el mismo pasillo, un poco más allá.

-Tal vez si le hablara directamente... -Sus ojos oscuros despidieron un destello. La idea iba echando raíces-. No tengo nada que perder, es cierto, y bien puede ser mi única oportunidad.

Marelda abrió suavemente la puerta y escuchó unos segundos. La casa estaba en silencio, exceptuando los ruidos lejanos que provenían de la cocina. Se deslizó por el pasillo hacia la puerta de aquella habitación, que estaba algo entreabierta. Al abrirla vio que Luella May se levantaba de una silla, cerca de la ventana.

-¿Qué haces aquí? -interrogó Marelda.

La muchacha quedó confusa ante ese tono de enfado y parpadeó varias veces antes de recuperar el uso de la voz.

-Pues... el amo Ashton me dijo que acompañe a Miz Lierin mientras él no está... por si necesita algo.

-Yo la cuidaré un rato. -Marelda hizo un brusco gesto hacia la puerta-. Ve a buscarte algo que beber. Si te necesito te llamaré.

La joven sirviente asintió con cautela y cruzó el cuarto, mientras la otra agregaba:

-Y cierra la puerta cuando salgas.

Marelda se sentó cómodamente en una silla, frente a la que Luella May había dejado vacante, y apoyó el mentón en los nudillos para observar a su adversaria. Se preguntó si la otra tejería planes en sus sueños, pues se la veía muy inocente entre las almohadas de encaje. Un pensamiento lejano se abrió paso hasta su mente, antes de que pudiera descartarlo por demencial, saboreó la idea de tomar una de esas finas almohadas y asfixiar a aquella pequeña mentirosa. Nadie se enteraría. Aunque fuera realmente Lierin la que dormitaba allí, disfrutó con la idea de verse por siempre jamás libre de ella.

-Por siempre jamás... -musitó, en deliciosa ensoñación.

Las suaves campanadas del reloj interrumpieron los sueños de Lierin, recordándole que aún no había hallado su sitio en la vida. Le habían dejado una jarra junto a la cama. Después de incorporarse con trabajo, buscó el paño tendido a un lado.

-Bueno, ya era tiempo de que despertara. -La voz de Marelda cortó el silencio, sobresaltando a la enferma-. Por lo visto, no está habituada a los horarios regulares.

Lierin se incorporó sobre un codo, pero tuvo que cerrar los ojos, pues el cuarto dio un vuelco, una presión aplastante le oprimió las sienes. Un momento después, las palpitaciones disminuyeron poco a poco. Entonces pudo levantar cautelosamente los párpados para mirar a la mujer.

-Me desconcierta, señora.

Marelda se burló, despectiva.

-Lo dudo.

Lierin quedó sorprendida por ese sarcasmo. No recordaba conocerla; mucho menos, por cierto, haberle dado motivos de animosidad.

--Temo que no comprendo. ¿Quién es usted y qué desea de mí?

-Soy Marelda Rousse. Quiero que usted diga a todos quién es y por qué ha venido.

Lierin oprimió el canto de la mano contra la frente, tratando de absorber aquellas palabras.

-No sé cómo me llamo, señora, y aunque en ello me fuera la vida no puedo decirle por qué estoy aquí.

Marelda rió fríamente. Sus palabras se hicieron cortantes como un cuchillo.

-Querida mía, sea usted quien fuere, su comedia ya ha convencido a un hombre angustiado de que usted es su esposa, cuando en realidad Lierin Wingate murió hace tres años.

-¡Mi comedia! -Los ojos de esmeralda se dilataron de confusa extrañeza, pero volvieron a cerrarse lentamente. Lierin se dejó caer en las almohadas-. Oh, señora -suspiró-, si esto es comedia, espero que pronto caiga el telón. Así me vería libre de este aturdimiento. Estoy tan abrumada por la situación que sólo puedo escapar durmiendo.

-Y, naturalmente, nadie de la familia se atrevería a interrumpir su descanso para formular las preguntas pertinentes -replicó Marelda con rencor.

Los ojos verdes volvieron a abrirse, esta vez con un tono más oscuro bajo la arruga del ceño, y clavaron en la otra una mirada interrogativa.

-¿Acaso cree que me hice todos estos cardenales y después, como dicen, lancé estúpidamente mi caballo contra el carruaje?

Marelda le espetó:

-Conozco a muchas capaces de hacer algo así por lo que usted busca conseguir. -Contempló sus largas y bien cuidadas uñas-. Aun- que se queja de tener el cerebro afectado, parece bastante alerta cuando se la desmiente.

Lierin meneó la cabeza, inquieta; su ceño se arrugó más aun, en busca de la clave que le ayudara a resolver ese acertijo.

-No sé por qué me tiene tanto odio. Aunque no podría jurarlo, no creo haberla visto hasta ahora. Y no le deseo ningún mal, por Cierto.

Marelda no pudo soportar más aquella belleza clásica, visible a pesar de los cardenales, y se levantó para mirar por la ventana.

-¿Ningún mal, dice? -Su voz revelaba un despecho inconfundible-. Si usted es, en verdad, quien dice ser...

Lierin, que se estaba cansando, protestó débilmente.

-No fui yo, sino ese tal Ashton quien lo dijo. Yo no podría decir si me llamo así o de otra...

La morena se volvió, furiosa, con un gesto que cortó en seco las palabras de Lierin. -Si usted es realmente su esposa... en ese caso me ha apuñalado una, dos, tres veces. Fue a mí, que iba a comprometerme con él, a quien traicionó hace años, cuando viajó a Nueva Orleans y se encaprichó tanto con otra que se casó con ella, dejándome llorar a solas i con mi almohada. Después volvió viudo, y pasaron meses antes de que yo pudiera volver a forjarme esperanzas. -Marelda se paseaba a los pies de la cama-. Estaba tan afligido, tan angustiado, que no veía I más allá de sus recuerdos. Aunque yo trataba de consolarlo y estaba siempre a su lado, ni siquiera reparaba en mí; me prestaba tanta atención como a la última de las criadas. Por fin volvió a ser hombre, y una vez más mis esperanzas alzaron al vuelo. Anoche nos reunimos para darle la bienvenida; yo anhelaba sentir sus brazos fuertes en un abrazo de afecto. Y vino... pero con usted entre los brazos. Así que, en su inocencia (si en verdad es Lierin, y yo digo que no) aun así me ha herido.

-Lo siento -murmuró en voz baja.

-¿Que lo siente? -bramó Marelda. Luego, algo más serena, curvó los labios en una mueca desdeñosa-. Es muy dulce para balar sus disculpas, pero a mí no me engañará con esa

inocencia llena de hoyuelos. Diviértase mientras pueda, querida. Ya me encargaré de que se sepa la verdad, aunque no deje piedra sobre piedra para sacarla a relucir. Cuando arroje a la cara sus mentiras me sentiré en la gloria. Buenas tardes, querida. Que descanse... si puede.

Giró en redondo, con un revuelo de faldas, y abrió bruscamente la puerta para marcharse, dejando el cuarto en silencio, tal como un día de primavera después de la tormenta.

Lierin quedó estremecida por el venenoso odio de esa mujer. No tenía modo de saber la verdad del asunto ni de apreciar lo justo o lo injusto de ese juicio, pero en esos momentos le costaba imaginarse que ella era la causa de tanto furor.

## CAPÍTULO 3

El carruaje de los Wingate salió del bache inundado que surcaba la carretera y tomó el breve camino de entrada. Unos portones anchos, herrumbrados, impedían la entrada a la senda que llevaba a las ruinas humeantes del manicomio. El tejado del porche pendía, precaria- mente suspendido sobre la fachada, amenazando a todo el que se acercara. Las paredes ennegrecidas por el humo constituían un peligro similar. Enormes secciones de mampostería se habían desprendida derrumbarse el techo, dejando la silueta mellada contra el cielo y una planta alta sin forma. Las aberturas de las ventanas perdían el contorno, debido a los marcos retorcidos por el calor, y parecían mirar con ojos legañosos. Los árboles próximos a la estructura, extrañamente truncados, se erguían como gigantescos deudos alrededor de una cripta. Todavía brotaba allí gruesos trazos de humo, que se arremolinaban indecisos, como reacios a partir de esa concha ahumada.

Unas tiendas de campaña dispuestas en el patio ofrecían albergue temporal a los parias; dos auxiliares bregaban por extender un toldo de tela impermeable en la parte trasera, cerca de la pequeña cocina. Cerca de las ruinas habían encendido una hoguera, frente a la cual varios dementes mostraban una extática fascinación. Una corpulenta matrona de cara severa les impedía acercarse demasiado a las llamas, ejerciendo su autoridad mediante una varita larga y pesada, que blandía con imparcial fervor, castigando a veces a los que, provistos de escudillas encontradas, esperaban la distribución de alimentos. La confusión de esos inocentes era comparable al aturdimiento de quienes vagaban por las cercanías, en desconcertado estupor, ignorantes de todo. Otros, de naturaleza más violenta, estaban encadenados a fuertes estacas hundidas en el suelo.

Ese espectáculo no era el más apropiado para alegrar el corazón de Ashton, pues los internos le parecieron un grupo conmovedor y patético, cuyo tratamiento, por lo visto dependía de los caprichos del personal. En conciencia, jamás habría podido condenar a ese destino a Un ser amado. Ya estaba tomando aversión a la matrona de la varita, y se preguntaba si podría evitar una acalorada discusión con ella antes de concluir su visita.

Descendió del carruaje y se acercó con Hiram a la parte trasera, donde ambos comenzaron a descargar cestos de comida, ropa y vajilla. Uno de los auxiliares los saludó en voz alta y corrió a abrir el pequeño portón, al que ellos se aproximaban con su carga. Unos pocos pupilos lo siguieron despacio, con pasos vacilantes. Cuando Ashton cruzó el portón, le dieron palmadas en la espalda, dándole la bienvenida que corresponde a un amigo después de

muchos años. Él entregó un cesto a cada uno, y el encargado les indicó que llevaran la mercancía a la cocina. Todos salieron apresuradamente, felices de obedecerle.

-Dentro de unos días traeremos otras cosas -informó Ashton al empleado canoso.

El hombre mostraba un semblante perpetuamente afligido y parecía no prestar ninguna atención a las ampollas que le descarnaban los brazos y las manos. Ashton las señaló con un gesto.

-Debería curarse eso.

El hombre levantó los brazos, mirando las quemaduras como si las viera por primera vez, pero las descartó encogiéndose de hombros.

-No me duelen, señor. Estos pobres diablos, en su mayoría, no pueden cuidarse solos. -Habla un acento gaélico en el modo de arrastrar las erres-. Cuando todos hayan comido algo y tengan dónde dormir, entonces podré curarme.

Ante un nuevo restallido de la varita, Ashton estuvo a punto de hacer un gesto defensivo. Le fue imposible contener el comentario sardónico:

-A esa altura, a sus internos no les quedará pellejo del que ocuparse.

El hombre, extrañado, siguió la mirada de su visitante y presenció por sí mismo un ejemplo del tratamiento que aplicaba la mujer, con la varilla de sauce.

-¡Señorita Gunther! -gritó, ásperamente-. ¿No tiene idea de lo que podrían hacerle estas personas si se les ocurriera la idea? y bien que me gustaría mirar hacia otro lado, ya que usted me desobedece de este modo.

La matrona pareció asustada ante esa amenaza y dejó caer la varilla, a su pesar. El hombre canoso, ya satisfecho, se volvió hacia Ashton con la mano tendida.

-Me llamo Peter Logan, señor -se presentó--. Hace más o menos un año que trabajo en el asilo. Ahora, como faltan dos del personal, he quedado a cargo de todo, para disgusto de la señorita Gunther. -Se alzó de hombros y los dejó caer, fastidiado--. Antes de que pasara esto creía estar haciendo un buen trabajo por aliviar los apuros de estos pobres diablos.

-¿Sabe cómo pasó esto?

Meter Bogan metió los largísimo faldones de la camisa arrugada en el pantalón y vaciló un instante.

-No estoy seguro, señor. Estábamos todos durmiendo, salvo el viejo NC que hacía la ronda nocturna. Creo que él anda huyendo por el bosque.

¿Se perdió alguna vida? -preguntó Ashton, observando los trozos de humo que se elevaban de la estructura ennegrecida.

-Calculamos que faltan seis de los internos. No hay señales del viejo NC... y esta mañana huyó otro. Supongo que no soportó ver a tanto loco suelto por el patio, y él encerrado con los peores. -Su boca hizo un gesto sombrío-. Claro que, mientras no hayamos revisado las ruinas no sabremos cuantos internos son los que debería haber aquí.

El visitante esbozó una irónica sonrisa de espanto.

-Preferiría que hubieran escapado.

-No todos piensan como usted, señor. Me reconforta saber que queda algún alma bondadosa en este mundo.

-¿Acaso alguien se ha quejado? -preguntó Ashton.

El hombre rió brevemente, sacudiendo la cabeza.

-Ni se imagina cuántos, señor. Un tal señor Tita estuvo por aquí, esta mañana. Temía que mis pupilos escaparan a Naces ya las ciudades vecinas poniendo en peligro a los buenos ciudadanos de la zona.

-Es típico de Érase Tita complicarlo todo y causar todos los problemas posibles.

El asistente echó una mirada furtiva en derredor; luego, bajando la voz, le dijo torciendo la boca hacia un lado.

-Ya que usted tiene buen corazón, señor, le voy a contar un par de Cosas que le pondrán los pelos de punta. Y también al comisario, cuando venga. -Golpeó el pecho del visitante con un nudillo velludo-. Tengo mis buenas sospechas. Descubrí que habían puesto unas mechas por allí; no terminaron de quemarse. Creo que esto no fue un accidente, señor, sino un acto deliberado contra esta pobre gente. Y otra cosa: ayer yo mismo limpié el suelo de la cocina, pero esta mañana, cuando entré había sangre en el piso, frente al fogón, y unas marcas, como si hubieran arrastrado algo. El atizador estaba caído en el hogar y faltaba un cuchillo grande. Estoy pensando que aquí hubo una mano negra, pero no estoy seguro. Esto queda entre nosotros, señor.

-El jefe de policía es amigo mío. Lo que usted dice le interesará. Si el incendio fue provocado, habría que capturar al responsable para castigarlo.

-Sí. El desgraciado que hizo esto debió armar otra hoguera para destruir su obra. Hay pruebas suficientes para mostrar al jefe de policía y convencerlo.

La mirada de Ashton se paseó por las desarrapadas figuras reunidas alrededor de la fogata.

-Veo que también hay mujeres aquí,

-La locura es una desgracia que no ataca sólo a los hombres, Señor -respondió Peter, lacónico-. Hiere a voluntad... hasta a los niños.

Ashton había prometido al doctor Page que haría averiguaciones pero cumplió con desagrado, sintiéndose desleal a Lierin sólo pensar las preguntas.

-¿Falta alguna de las mujeres?

-En realidad, señor, falta una. Creo que escapó de la casa, pero no estoy seguro. ¿Quién sabe? A lo mejor se asustó y volverá. –Hizo una pausa para morderse pensativamente el labio-. Era una mujer extraña... No parecía estar muy mal, en general, pero a veces se ponía lunática delirante. Cuando algo le provocaba creo que hubiera podido matar a alguien.

Algo helado corrió por la espalda de Ashton al recordar la reacción de Lierin, presa del pánico antes de que él la dejara. Trató de convencerse de que había un motivo razonable, pero aun así tuvo miedo de seguir preguntando.

-El asistente que falta la cuidaba un poco -continuó Peter-. Una vez en cuando le traía alguna cosa bonita: algo para ponerse, un peinecito, cosas así. No era fea, cuando estaba bien.

-¿Y era joven?

Ashton aguardó la respuesta conteniendo el aliento, sin saber por qué sentía inquietud al respecto. Sin duda no era Lierin la mujer de quien estaba hablando.

-Bastante joven, diría yo, pero estos lugares envejecen. Vaya a saber qué edad tenía. Cuanto menos, aún no tenía canas.

-¿y de qué color tenía el pelo?

-Si mal no recuerdo, rojizo.

Ashton miró fijamente al hombre; en el estómago se le estaba formando otra vez un nudo de miedo. A fuerza de voluntad, logró cambiar de tema para no despertar las sospechas del hombre.

-Y ahora, ¿qué harán?

-No sé, señor. En Memphis hay un lugar adonde podríamos pero no tengo medios para llevar a esta gente.

-Yo sí -dijo Ashton, después de una pausa pensativa. Ante la sorpresa de Logan, explicó-: Puedo hacer que los lleve un barco estos momentos tengo uno en los muelles.

Peter quedó atónito ante su generosidad.

-¿Haría esto por esta gente? -preguntó, señalando a los desdichados que formaban su campamento.

-Hasta el día de hoy, los apuros de estas personas me parecían algo muy lejano. Me, gustaría hacer algo más que dar unos pocos cestos de ropa y comida.

Una súbita sonrisa quebró el semblante de Peter. -Si lo dice en serio, señor, lo acepto de muy buen grado. En cuanto usted lo indique estaremos listos para partir.

-Haré los preparativos. Ya le avisaré, pero no creo que tarde más de unos pocos días. Hay que descargar el vapor y embarcar pro- visiones.

Peter contempló las instalaciones improvisadas esa misma mañana.

-Los del ferrocarril me prestaron estas tiendas, pero pidieron que devolviéramos todo antes de fin de mes. No sabía cómo nos íbamos a arreglar después. Al parecer, Dios oyó mis plegarias. No sé cómo darle las gracias, señor.

Después de estrecharle la mano, Ashton volvió al carruaje y se reclinó en el asiento, con un largo suspiro. Probablemente las cosas resultaran bien para todos si Peter Logan llevaba a su grupo de inadaptados a Memphis. De ese modo, él y Lierin no se verían jamás.

El sol se puso en el horizonte, tras una henchida espuma de colores vivaces, antes de que Ashton concluyera sus diligencias en Natchez. Cuando su carruaje apareció por el camino de entrada, la casa resonó con el estridente aviso de Luella May, instando a Marelda a revisar apresuradamente su aspecto.

Se aplicó un toque de su perfume favorito a las sienes ya los lóbulos de las orejas. Estaba decidida a acaparar en lo posible la atención de Ashton, y pensaba prolongar su estancia en la plantación para luchar por la que consideraba suyo por derecho. Una vez que su adversaria hundiera las garras en Ashton, convenciéndolo totalmente de que era su esposa, habría perdido la partida. Las invitaciones a visitar Belle Chene serían limitadas. Ashton se convertiría otra vez en un esposo embobado y, si se podía tomar como ejemplo la ocurrido la última vez, ninguna otra mujer podría captar su atención sino por un rato limitado.

Marelda bajó por el pasillo, pero se detuvo entre las sombras de la balaustrada al oír un murmullo de saludos en el vestíbulo principal. Allí estaba Ashton, seguido de Willis y Luella May, que cargaban varias cajas atadas con cintas. La envidia de Marelda cobró nuevo vigor al identificarlas. El contenido no había sido comprado en cualquier tienda, sino en la casa de modas más cara de Natchez. Al parecer, Ashton estaba ansioso de acicalar a su supuesta esposa con I" atuendos más finos.

-Miz Lierin duerme, amo Ashton -informó Luella May-. Casi no se ha despertado desde que usté se fue. Vino el doctor Page y dice que mejor la dejemo', no má'.

-Entonces no la molestaré -respondió Ashton, indicando a los negros que dejaran las cajas en el aparador-. Willabelle puede subir todo esto más tarde.

Luella May dejó los paquetes, sin resistir la tentación de acariciar los lazos de seda.

Parece que le ha comprado algo lindo a Miz Lierin.

-Apenas lo esencial para que esté presentable hasta que la señorita Gertrude pueda enviarle el resto. Lo entregará más avanzada la semana. -Levantó el extremo de una caja pequeña, con una mueca melancólica-: Al menos, cuando salí del negocio parecía ser lo esencial.

Los sirvientes se retiraron. Marelda alisó su vestido y se acomodó el pelo, preparándose para aparecer a la vista de Ashton en cuanto él llegara a la planta alta.

Apenas había subido tres escalones cuando tronó una profunda voz de bajo en la parte trasera de la casa. Para gran desilusión de la muchacha, Ashton giró en redondo y se apresuró a descender o vez.

Un negro enorme apareció a grandes pasos y se encontró con e dueño de la casa en medio del vestíbulo, donde se estrecharon 1 manos en un caluroso saludo, que revelaba una estrecha amistad.

-¡Judd! ¡Cuánto me alegro de verte!

-Bienvenido a casa, señó.

Los labios de Marelda se curvaron de repugnancia al observar des su escondrijo. No comprendía esa relación; en ese momento juró que, si alguna vez se convertía en ama de Belle Chene, se encargaría de que ese negro dejara de ser capataz y de terminar con esa amistad. Semejante familiaridad con un sirviente era algo degradante.

-Estuve pensando mucho en la siembra de primavera -decía Ashton al capataz-. Tengo varias ideas que comentar contigo.

-Pero ahora quiere ver a Miz Lierin, claro. Vuelvo después ofreció Judd.

-Dice Luella May que ella está durmiendo; no quiero molestarla.

Ven a mi despacho y hablaremos de la siembra. Supongo que te enteraste del accidente...

Los dos hombres se alejaron de la escalera, dejando a Marelda echando chispas de indignación. Por lo visto, si quería pasar un momento a solas con el dueño de la casa, no tendría más remedio que esperar.

¡Y qué espera! Ashton se dedicó a disponer el viaje del vapor a Memphis. A veces llegaba a casa demasiado tarde para cenar con la familia. Mientras se descargaba el barco, habría hecho correr la noticia de que el vapor viajaría río arriba, con sitio suficiente para algunas mercancías. Se firmaron apresuradamente los contratos, y la nueva carga comenzó a llegar aun antes de que la anterior fuera retirada. Al parecer el viaje no daría pérdidas...

Lierin apenas pod1a hacer otra cosa que dormir. Era su único modo de escapar al dolor implacable que perturbaba sus momentos de vigilia. El menor esfuerzo la llevaba de nuevo a la cama, en ciego tormento. El dolor mermaba sus fuerzas y la asediaba cuando estaba despierta.

Sin embargo, por la mañana, después de un baño ligero, se ponía un camisón limpio y dejaba que la negra, con su gentileza habitual, le cepillara la cabellera. Aunque no las utilizaba mucho, tenía al alcance de la mano una bata de terciopelo verde y pantuflas de satén. Lierín tenía una vaga conciencia de que esos artículos eran nuevos y de su medida, pero no contaba con fuerzas ni voluntad para averiguar a quién pertenecían.

Lenta, casi imperceptiblemente, iba recobrando energías. Con cada amanecer podía pasar algunos minutos más de pie, antes que el dolor intolerable la llevara de nuevo a la cama. Cuando el dolor cesaba en intensidad, solía incorporarse sobre las almohadas para leer, o conversar con Willabelle o Luella May en tanto ellas limpiaban la habitación.

A Ashton lo veía poco. Iba a su cuarto después de la higiene matutina, para intercambiar con ella algunas frases sin importancia, pero parecía observarla con cierta inseguridad, casi intranquilo. Permanecía de pie junto a la cama; alto, esbelto, apuesto, bien vestido y de impecables modales; en esos ojos de avellana se veía una mirada hambrienta que sugería emociones contenidas. Sólo cabía suponer que era el súbito pánico de Lierin lo que provocaba esa reticencia, pero ella no hallaba modo de interrumpir sus diálogos corteses para preguntarle qué estaba pensando.

Durante el día, cuando despertaba de su somnolencia, él estaba en Natchez o trabajando en algún sector de la plantación. A veces Lierin sentía su presencia, durante la noche, pero no llegaba a interrumpir el sueño para hablarle. En una de las ocasiones en que pudo levantarse, lo vio por la ventana, montando en uno de los sementales. Su figura le despertó admiración, pues el oscuro y lustroso corcel trotaba cadenciosamente, arqueando el cuello, y su jinete parecía dominarlo con tanta desenvoltura que ambos se fundían en una sola Cosa.

Los días de la semana fueron pasando, sin éxito para Marelda. Ya desesperaba el poder pasar un rato a solas con Ashton, yeso le provocaba renovada preocupación, pues veía consumirse rápidamente el tiempo en que podía llevar a cabo su campaña sin interferencias. Al planear la maniobra, había confiado en que Lierin no arriesgaría su papel de inválida para correr detrás de Ashton, con lo que ella tenía el terreno libre. Pero al pasar una semana sin que pudiera al menos poner en marcha sus planes, su pánico fue en aumento.

Las excusas eran variadas. Por dos noches consecutivas, después del accidente, hubo invitados venidos de las Carolinas. Marelda ex- haló un suspiro de alivio al verlos partir, a la mañana siguiente. Pero esa noche, cuando la familia se reunió en la sala para esperar la cena, Latham entró a la carrera para informar a su amo que una de las yeguas parecía a punto de

parir. No bastó que Ashton hubiera estado ausente todo el día: terminó el coñac de un trago, pidió disculpas y fue a cambiarse de ropa, dejando a Marelda muy acicalada, sin más perspectiva que una cena con dos ancianas parlanchinas.

La quinta noche Ashton no llegó a tiempo para cenar. Aunque Marelda lo esperó levantada, escuchando atentamente para percibir sus pasos en el vestíbulo de la planta alta, se quedó dormida sin saber que él había pasado silenciosamente.

Habría podido consolarse con la idea de que Lierin lo veía aun menos, pero resultaba duro aceptar que la buscona lo tendría a su disposición cuando ella se marchara.

La casa quedó silenciosa y recogida. Cuando se apagó la última vela, Ashton se tendió en su cama solitaria y, por fin, halló el sueño que buscaba entre vueltas y más vueltas.

Más tarde despertó con un respingo. Con la vista perdida en la oscuridad, se preguntó qué lo habría arrancado tan abruptamente de un sueño profundo. Su cuerpo desnudo estaba húmedo bajo la sábana; apartó las mantas para que el aire fresco le secara el sudor y se pasó la mano por el pecho velludo, inquieto, como si despertara de una horrible pesadilla. ¿Qué había visto en su sueño, tan desagradable para él?

Siguió el rumbo que tomara su mente al adormecerse. Un par de ojos verdes aparecieron ante él, tentándolo con su brillo seductor. Los labios suaves se partieron en una sonrisa sensual, mientras una cabellera roja, revuelta, se arremolinaba alrededor de tentadoras curvas, entre sábanas arrugadas. Su imaginación pudo vagar libremente por el cuerpo sedoso; aun notando que esos pensamientos lo excitaban, se dejó llevar. Unos brazos delgados apartaron densos mechones; ella le clavó una mirada insinuante, que lo invitaba a acercarse para acariciar el pecho de pleno, las caderas esbeltas, los muslos torneados. En su mente, Ashton alargo los brazos para estrecharla, pero un momento después lo atacaron crueles garras afiladas. Una bruja rugiente lo fulminaba, con ojos llenos de odio. ¡Ésa no era Lierin! ¡Era una loca aparecida en sus sueños! ¡Una bruja de pelo rojo!

De pronto comprendió el motivo de su abrupto despertar. Al soñar con Lierin había caído en dudas torturadoras. Volvió a sentir una desesperación familiar, en tanto los recuerdos fragmentados corrían por su mente. Había visto a Lierin arrebatada de su lado por las fuertes comentes del río, un no que se negaba a soltar la presa aun bajo las mejores condiciones. Una incógnita no dejaba de perseguirlo. ¿Cómo era posible que una mujer delgada hubiera podido llegar a la costa sana y salva, si en las circunstancias más favorables habría sido imposible ver la orilla del río?

Junto con ese razonamiento surgió un breve temblor de miedo: existía alguna remota posibilidad de equivocarse. Después de todo, aún quedaban muchas preguntas sin contestar, y quizá las respuestas no siguieran el ritmo de sus deseos.

La incertidumbre lo atacó sin misericordia, arrastrándolo por las brasas de la lógica. Sacó de la cama sus largas piernas Y. con loS codos apoyados en las rodillas. Bajó la cabeza presa del pánico.

« ¿Cuál es la verdad?» La mente no le dejaba paz al respecto. «Esa mujer, ¿es mi Lierin o alguna mujer retrasada que sólo se le parece?»

Se levantó para encender la lámpara junto a su cama y se puso un par de pantalones. Después de acercar la mecha de una vela a la llama encendida, abandonó su alcoba para avanzar, descalzo hasta la puerta de Lierin. La pesadilla había dejado su cerebro sumido en dudas. ¿Encontraría el amado rostro que buscaba o sería sólo una cruel ilusión óptica lo que la aguardaba?

Movió cuidadosamente el pomo y, sin ruido abrió la puerta. El Cuarto estaba oscuro, iluminado sólo por las llamas que morían en el hogar. Avanzó hasta la cama con paso silencioso y dejó la vela en la mesita de noche para que iluminara con su resplandor a la joven. Al contemplarla la cara así retratada lo inundó el alivio.

Tal vez un siglo antes vagando en lo más oscuro de la noche se había detenido ante una cama, en un hotel de Nueva Orleáns para contemplar esas mismas facciones refinadas asombrado de que su belleza pudiera quemarle la mente Y en el mismo instante, petrificarlo de aturdido respeto. Era sin duda, su Lierin, perdida hasta entonces, pero encontrada ahora por algún insondable giro de la casualidad.

Lierin suspiró suavemente en su sueño y movió un poco el brazo, apartando con él la sábana y la colcha, con lo que sólo quedó cubierta por el camisón. La fina prenda, tensa sobre el cuerpo como un apretado sudario, atrajo la mirada de Ashton hasta la curva plena del seno, que subía y bajaba, y la estrecha curva de la cintura. Una lujuria ardiente se apoderó de su cuerpo, haciendo que la sangre le palpitara con fuerza en las venas, hasta casi abrumarlo con su apetito, en tanto recorría con la vista la planicie del vientre hasta donde la prenda se había deslizado hacia arriba, revelando los muslos desnudos y una cadera arqueada.

Se contuvo de pronto, notando que había dado un paso adelante, con la mano extendida, lista para acariciar un miembro largo y esbelto. Mientras luchaba con sus deseos, lo congeló el horror de que, si la presionaba, podía arrojarla aun más hacia su mal, destruyendo para siempre el sendero de la reconciliación.

Con cierto disgusto por su propia falta de control, Ashton se frotó las palmas húmedas y se apartó varios pasos. Una gota de sudor le corría por la sien, en tanto combatía contra los furiosos anhelos que lo desgarraban, dejándolo tembloroso y tenso. Fue una batalla laboriosa; pasó una breve eternidad antes de que lograra alcanzar cierta victoria. Entonces se le escapó un largo suspiro y sacudió la cabeza, pensando en lo cerca que había estado de emplear su fuerza. Siempre le habían asqueado los hombres que se jactaban de su dominación violenta o de no poder contenerse. Hasta entonces se había creído por encima de eso, pero comenzaba a captar un perfil totalmente distinto.

Levantó poco a poco la cabeza, en tanto forzaba la razón para que tomara el mando, y se encontró con la mirada fija en una imagen reflejada en el espejo, a poca distancia. Allí vio a su amada flotando detrás de la frágil barrera, con la luz de la vela a manera de halo, rodeada por un mar de oscuridad, profundamente recogida en el sueño, ajena a la batalla que se libraba a pocos pasos de ella. Lo asaeteó una punzada de angustia. Sentía deseos de romper el espejo para destruir las barreras, pero era un antojo estúpido, pues los obstáculos no estaban allí, en realidad; no haría sino perder la visión de la joven.

Gradualmente recuperó una deliberada calma. Tenía mucha fuerza de voluntad; no se dejaría gobernar por la lujuria, por mucho que lo atormentara. Con serena resolución, volvió a la cama y se inclinó para depositar un beso liviano en los labios entreabiertos. Pudo ser su imaginación, pero tuvo la impresión de que ella respondía por un momento; sin embargo, cuando él se retiró, una ligera arruga perturbaba la frente de Lierin, y sus labios se movieron brevemente, en un murmullo ininteligible.

Con la tristeza desgarrándole el ánimo, Ashton abandonó la habitación. No era grato saber que debería soportar esa hambre dolorosa, corrosiva. Demasiado consciente del dolor que sentía en la parte inferior del vientre, soltó un suspiro. Tendría que confiar en el tiempo. Tiempo y paciencia eran lo necesario. Al menos, toda la paciencia de que pudiera convocar.

Un nuevo amanecer llegó, subrepticiamente, por entre las cortinas semicerradas de Lierin, tocándola con su luz para sacarla suavemente de las profundidades de Morfeo. Al principio se sintió animada y mucho más repuesta, pero cuando trató de estirar los brazos por encima de la cabeza, todo volvió en un torrente, recordándole los músculos doloridos y su falta de memoria.

El entusiasmo por el nuevo día menguó, pero sólo por un momento. Desde algún sitio, dentro de ella, se elevaba un espíritu ligero, aéreo, que le daba nuevo vigor y una sólida fortaleza, desconocida para sus limitados recuerdos. No habría podido decir de dónde provenía, pero tenía un perfume familiar. Sintió que respondía a sus instancias, adquiriendo más energía y más decisión.

Volvió a desperezarse, buscando deliberadamente cada dolor para probarlo, moviéndose hacia aquí y hacia allá. Cualquiera fuese la fuente de su nueva energía, también proporcionaba la seguridad de que nunca había evadido los problemas.

Como realidad inevitable, debía reconocer que los suyos no la abandonarían mientras ella no les hiciera frente. Entre la multitud que le venía a la mente, eligió el primero y más obvio. No podía pasarse el resto de la vida en cama; cuanto antes acabara con esa inmovilidad, antes recobraría algún dominio de su vida. Un largo baño caliente le ayudaría a aflojar los músculos entumecidos, pero podía parecer algo presuntuoso pedir semejante cosa en un sitio extraño. Sin embargo, Ashton Wingate insistía en que ella era su esposa. Tal vez no quedara demasiado mal que pidiera el servicio.

Se levantó de la cama y, al no ver su bata por ninguna parte, avanzó cautelosamente hasta el hogar. El fuego estaba muy bajo y en el cuarto reinaba decididamente el frío. En el cajón de bronce había una pequeña provisión de leños. Ella arrojó unos cuantos sobre las brasas y estiró la mano hacia atrás para tomar el atizador. Cuando sus dedos se cerraron sobre el objeto, por la mente le cruzó la imagen de un atizador levantado. La visión fue breve, pero la dejó extrañamente debilitada. Temblorosa, se dejó caer en una silla cercana, frotándose las sienes con dedos helados. No veía motivos para esa reacción; trató de apartarse de sí, pero le había dejado un vacío gélido, pegajoso, desagradable.

Lierin irguió la espalda, decidida a soportar la perturbadora sensación. Las llamas bailoteaban alegremente sobre los leños. Se arrodilló ante el hogar, dejando que el calor apartara los dedos frígidos de la aprensión. Un golpe leve sonó en la puerta; sin pausa alguna, como si no se aguardara respuesta, la hoja se abrió. Willabelle dio un paso o dos hacia la cama antes de notar que estaba desierta. Consternada, se detuvo a mirar en derredor, hasta que Lierin se puso de pie, con un carraspeo cortés. Entonces el ama de llaves giro su corpulenta silueta.

-Por Dios, Miz Lierin, no sabía que ya estaba levantada -se disculpó la mujer, con tono de regocijo.

-Sí. Hoy me siento mucho mejor.

Willabelle emitió un cacareo jubiloso.

-Cómo se va'alegrá el señó, cuando se entere. Estaba medio loco esperando que uste' se curara. -y comenzó a alisar las sábanas ¿Quiere algo pa' comé, señora?

Lierin respondió con una sonrisa de tanteo.

-La verdad... estaba pensando si no podría darme un baño...

Willabelle sonrió con toda la cara.

-Sí, señora, claro que sí. -Levantó la bata de terciopelo, caída a los pies de la cama, y la sostuvo para que la muchacha pasara los brazos por las mangas-. Usté se queda tranquilita aquí, señora, yo v'y abajo a traé la' cosa'.

Cuando la mujer volvió, lo hizo acompañada por una verdadera procesión de sirvientes. Algunos llevaban cajas atadas con lujosas cintas; otros, baldes de agua caliente; el último entró con una bañera de bronce en los brazos. Le prepararon el baño y, al salir los criados Willabelle preparó toallas limpias, aceites perfumados y un plato de porcelana con jabones aromáticos sobre su mesita, al alcance di bañera.

Lierin, pensativa, probó las fragancias de los frascos hasta hallar uno que olía agradablemente a flores. Cuando lo dejó gotear el agua, el perfume de los jazmines llenó el cuarto, en tanto ella agitaba los dedos por el líquido humeante y cerraba los ojos, placenteramente, para saborear el olor. Después de recogerse la cabellera sobre la coronilla, estudió las cajas con bastante curiosidad.

-¿Qué es todo eso?

-De la modista, señora. El amo le hizo prepará otro poco de ropa hace un día', y la trajeron anoche. Se los v'y a mostrá mientras usté se remoja.

De inmediato, Willabelle la ayudó a desvestirse, mostrando una suave preocupación por su estado. Aunque ya había visto las magulladuras, se las veía aún más feas, pues los

tonos amarillos iban mezclándose con púrpura y azul. Otros cardenales, invisibles antes, se habían oscurecido y .resaltaban contra la, piel blanca. El tajo de la espalda tenía varias cicatrices y estaba mas ancho.

-Por DIOS, muje, parece que le pasaron por encima los caballo' y el coche, todo junto.

Lierin se sumergió en el líquido reconfortante, soltando un suspiro ante el calor, que hacía desaparecer sus últimos escalofríos.

-¿Y no fue así?

La negra rió entre dientes.

-Lástima el oló feo. Si no, le pondría linimento de caballo. Pero con tanta ropa linda que le compró el amo, no es cosa de que ande oliendo a caballo. le v'y a poné un poco de ungüento en esa espalda, eso sí. No me gusta ná.

Mientas Lierin dejaba que el agua se llevara en parte sus dolores, Willabelle fue abriendo las cajas de la modista para exhibir varias camisas delicadas, un corsé con ballenas, medias de seda y enaguas con bordes de encaje. De las cajas más grandes salieron varios vestidos a la moda, que la negra dejó sobre las sillas para presentarle los zapatitos haciendo juego. Para esperar la salida de la bañera, el ama de llaves puso un camisón con encajes sobre la cama y se acercó llevando las toallas.

-¿Fue el señor Wingate el que eligió todo eso? -preguntó la joven.

-Creo que sí, señora, y parece que no se equivoca.

-Sí, al parecer no tiene dificultades para elegir los atuendos adecuados para una mujer.

Willabelle, al detectar una inflexión levemente satírica en su voz, se interrumpió brevemente en la tarea de sacarla.

-¿No le gusta esa ropa, señora?

-¡Por supuesto que sí! ¿A quién podría disgustarle? Decía justamente, que todo está muy bien elegido. -Se pasó el camisón por la cabeza, hablando a través de la tela-. Al parecer, tu amo tiene mucho talento para vestir mujeres.

Willabelle sonrió para sus adentros, al captar un rayito de comprensión. No era raro que las esposas sospecharan de tales habilidades por parte del marido, del modo en que podía haberlas adquirido, sobre todo si el hombre era tan buen mozo como el amo.

-No se preocupe por el amo Ashton. Nunca vi un hombre tan loco por una mujé como él por usté. Casi se nos muere cuando creyó que usté se había ahogado.

Lierin ató los cordones de satén a 1a estrecha cintura.

-¿Estás segura de que yo soy su esposa?

-Si el amo lo dice, pa' mí está bien. y si usté tiene dudas, échele una mirada a ese cuadro. Así se va' convencé.

-Al parecer, la señorita Rousse no piensa lo mismo. Tengo entendido que ella estaba comprometida con Ashton cuando él viajó a Nueva Orleans y se casó de improviso.

-¡Hum! -La negra puso los ojos en blanco-. Si Miz Marelda Se creía comprometida con el amo, es porque se le metió en la cabeza, nomás. Esa mujé le anda atrá desde que era una chiquilla y venía con el papá. Los viejo' murieron hace cinco año', má' o meno', y le dejaron esa casa grande de la ciudá. Y entonce' parece que a ella le atacó fuerte lo de casarse. Cualquiera se imagina que lo tiene al amo Ashton entre ceja y ceja, porque se pasa la vida aquí. Y yo que la conozco, le digo que va' seguí viniendo, aunque el amo diga que su mujé es usté. Parece que no se le puede decí que se vaya sin ofende'la.

-Quizás el señor Wingate no desea que ella se vaya. Es muy hermosa.

-Será la primera vé que el amo no se pueda decidí -murmuró Willabelle, por lo bajo.

-¡Te parece que seré prudente si abandono mi habitación? -inquirió Lierin-. La señorita Rousse parece realmente resentida conmigo.

Willabelle gruñó:

-Usté no se preocupe por eso, señora. Y le digo má': mejó que salga lo ante' posible. Si no, ésa se va' creé que tiene al amo Ashton pa' ella sola. Se ha pasao la semana trepándose por la parede'.

-¿Y sugieres que yo también lo persiga? -pregunto Lierin, atónita-. ¡Pero si apenas lo conozco!

-Bueno, hija, si no le molesta que le dé un consejo, yo que le conozco, le va costá encontrá otro como él. Es todo un hombre, sí, y usté tan bonita. Pero ya lo ha dicho, Marelda también es bonita.

Lierin no se sentía inclinada a discutir con el ama de llaves. Tampoco se dejaría convencer de que le convenía correr detrás de un hombre que aún seguía siendo un perfecto desconocido. Había asuntos importantes a tener en cuenta. Una vez que levantara las barreras y lo aceptara en su papel de esposo, tendría que enfrentarse a la posibilidad de acostarse con él, ya esa altura no estaba dispuesta a lanzarse de cabeza a una situación que le inspiraba reservas. Prefería tomar las cosas poco a poco y evitar errores, en lo posible. Cabía esperar que el problema se solucionara pronto, con la recuperación de la memoria.

Aun así, la intrigaba ese hombre que se decía esposo suyo. Era excepcionalmente apuesto y se comportaba bien. Eso quedó en evidencia, una vez más, cuando él fue a visitarla a su alcoba, como todas las mañanas. Con caballeresco decoro, esperó en el umbral a que Willabelle anunciara su presencia. Lierin notó que su propio corazón latía más de prisa al saberlo allí. El calor de sus mejillas difícilmente podía ser interpretado como falta de interés.

Willabelle había dejado la puerta abierta de par en par, permitiendo a Ashton una amplia visión del cuarto. Su mirada encontró a Lierin enmarcada por la luz matinal que entraba por los cristales. Su larga cabellera parecía fuego, suelta sobre los hombros. Cuando los ojos de ambos se encontraron, una sonrisa vacilante apareció en sus labios.

-Quiero agradecerle sus regalos -murmuró-, Todo es encantador, Es muy generoso conmigo.

-¿Puedo pasar? -pregunto él.

-Oh, por supuesto.

A Lierin le sorprendió que pidiera permiso. Willabelle escapó inmediatamente del cuarto, anunciando al cerrar la puerta.

. -V'y a buscá comida.

Ashton cruzó el cuarto, atraído por su esposa tal como un hombre helado hacia el fuego ,o un hambriento al festín, La belleza de esa mujer le colmaba la mirada sedienta, encendiéndole fuego en la sangre, apartando de sus entrañas los escalofríos de la incertidumbre. ¿Era demencia despertar en un mundo donde nada tenía el toque de la familiaridad, donde todas las caras eran desconocidas, donde hasta la cama en que uno estaba y las ropas que vestía no mostraban señales de ser suyas? Peor aun, no poder decir cuál era el propio mundo, no tener recuerdos anteriores al momento de despertar. ¿Cómo pensar en la demencia al mirarla?

-Permítame decirle, señora, que esta mañana se la ve excepcionalmente hermosa.

¿A pesar de los cardenales? -preguntó ella, dudando.

-Mis ojos llevan tanto tiempo sedientos de ti que apenas los veo.-Él levantó los dedos para rozarle la mejilla-. Además, ya se están borrando; desaparecerán pronto. .

Ashton bajó la cabeza, acercándola a la masa de rizos dorados, y cerró 1os ojos ante la fragancia que lo recorría con efectos intoxicantes arrebatándole los sentidos para fundirlos con antiguos recuerdos.

Lierin sentía su proximidad con cada fibra agitada en su ser, con cada oleada de escozores que le recorrían el cuerpo. Bajó apresuradamente los ojos al sentir la calidez de su aliento en la oreja, mirando con fija atención el sitio en donde se abría la camisa, revelando parcialmente un pecho de músculos firmes y vello oscuro. Cuando él se acercó más, los nervios de la joven dieron un salto; apoyó una mano contra aquel torso firme, pero el contacto

fue explosivo. Su quedó fuera de control. Con las mejillas acaloradas por el rubor, se apartó rápidamente, frotándose la palma como si se hubiera quemado.

- Me abruman las ropas que me ha comprado -manifestó sin aliento, echando una mirada nerviosa por encima del hombro, en tanto aumentaba la distancia. Así se sentía más a salvo-. Estaba pensando que, en alguna parte, debo tener ropas propias.

-No importa que las tengas o no -replicó él-. No voy a caer en insolvencia de proporcionarte un

guardarropa. Tendremos que completarlo cuando te sientas en condiciones de salir de casa.

Lierin experimentaba algún desconcierto.

-¿No teme que yo sólo busque sus regalos y su riqueza? Sobre todo considerando que aún quedan dudas de que yo sea su esposa.

Ashton rió suavemente.

-¿Quién tiene dudas?

Ella respondió encogiéndose un poquito de hombros.

-Hay quien piensa que usted se deja engañar.

-¿Ha venido Marelda a visitarte? -preguntó él. Como Lierin asintiera con desgana fijó en los grandes ojos de esmeralda la intensidad de su mirada-. Marelda te vio por primera vez la otra noche, y ser la última en admitir que eres mi esposa.

-Ojalá eso estuviera tan claro en mi mente como parece estar en la suya. -Lierin le volvió la espalda y se oprimió las sienes con dedos, sacudiendo la cabeza en un gesto de frustración-. Sé que el recuerdo está allí, esperando que lo saque a la superficie, pero parece haber una barrer que lo impide. Son muchas las cosas que necesito saber sobre mi vida. -Soltó un suspiro-. Soy una desconocida h para mí misma.

-Yo puedo decirte algunas cosas -murmuró él, acercándose-.Pero dado el poco tiempo que pasamos juntos, temo que no serán muy importantes.

Ella le hizo frente, estudiando a fondo su rostro.

-Por favor, dígame todo lo que pueda.

Un cálido resplandor apareció en aquellos ojos profundos, al observar él su cara afligida. largó la mano y, con suavidad, le apartó de la mejilla un mechón suelto. Luego retrocedió un paso para relatar los hechos, como si los supiera de memoria.

-Naciste hace veintitrés años, en Nueva Orleans. Te bautizaron Lierin Edana Somerton. Tu madre, Dierdre Cassidy, era de ascendencia irlandesa; tu padre había venido de Inglaterra. Tienes una hermana, Lenore Elizabeth Somerton, quien también nació en Nueva Orleans...

-¿Cuál de las dos es la mayor?

Ashton hizo una pausa y le dedicó una sonrisa de disculpa.

-Lo siento, amor mío, pero estaba tan enamorado de ti que no presté atención a algunos detalles.

El tono cariñoso volvió a encender las mejillas de Lierin Su voz fue apenas un susurro al instarlo.

-Siga.

Ashton se acercó a las ventanas y apartó las cortinas para contemplar el jardín.

-Cuando tu madre murió, dejó para ti y para Lenore una casa en la costa de Biloxi. También tienes una casa en Nueva Orleans, que te legó tu abuelo. Redactó el testamento mientras estabas con él y, si bien murió creyéndote ahogada, no lo cambió. -Dejando caer la seda sobre el vidrio, se volvió hacia ella, con las manos en la espalda-. Ya ve, señora: tiene posesiones propias y, como su padre es un rico comerciante inglés, no necesita de mi dinero. -Una lenta sonrisa afloró a sus labios-. Por el contrario, si yo fuera un caza fortunas, usted sería buen blanco para mis intenciones.

Lierin respondió a esa humorada con una réplica algo tímida:

-Debo considerar eso como posible causa de su insistencia en asegurar que soy su mujer. -La sonrisa pícara que él le dedicó le dio más coraje-. Por cierto, me doy cuenta de que usted ha sido algo libertino.

-¿Cómo, señora? -inquirió él, arqueando la ceja. Los ojos de la muchacha señalaron brevemente los regalos puestos sobre la cama.

-Por lo visto, sabe vestir a las damas. -Y lo miró de soslayo-. ¿O desvestirlas ?

Ashton protestó con una sonrisa.

-He sido un santo del cielo, señora. -Hum...

-Lierin se paseó por el cuarto, mirándolo por encima del hombro-. No estoy muy segura.

-Puedes estarlo, amor mío -aseguró él, con una chispa vivaz en los ojos-. Te juro que no gusté de otra mujer mientras tu recuerdo me quemaba en la mente.

-¿Qué es eso de quemar en la mente? -Ella giró con una sonrisa intrigada-. ¿Cuánto duró el fuego de mi recuerdo? ¿Una semana, un mes, un año?

-Ashton rió de placer, animado al ver en ella destellos de una personalidad más parecida a la de su Lierin. Sus ojos se entibiaron al recorrerla.

-Si no estuvieras tan magullada, amor mío, te demostraría lo desesperado que he llegado a sentirme.

La sonrisa de la muchacha se evaporó lentamente...

-Sin duda, señor, usted ha sabido encantar a muchas mujeres, haciéndoles perder su virtud. Sólo espero no caer víctima de alguna estratagema.

Ashton se puso serio, percibiendo que esa preocupación era auténtica.

-¿Qué temes Lierin?

Ella dejó escapar un suspiro tembloroso. Pasó un largo momento : antes de que contestara:

-Temo no ser realmente su esposa. Si dejo que usted ocupe ese lugar, algún día puedo darme cuenta de mi error, pero por entonces tal vez sea muy tarde. Podría estar encinta. Podría enamorarme de usted y tengo miedo a sufrir.

Ashton se acercó a ella, resistiendo el impulso de tomarla en los brazos.

-Te amo, Lierin, y no juego con tu corazón. Me casé contigo porque te quería por esposa. Si de nuestro amor nacen hijos, tendrán un apellido digno y el derecho a todas mis propiedades. Te lo prometo.

Aunque ella deseaba mantenerlo a distancia por su propio cada vez sentía más intensamente su presencia de hombre. Se sentía reconfortada por el consuelo que él prodigaba con tanta facilidad y
deseaba dejarse socorrer.

-Es difícil aceptar la idea de estar casada, Ashton, cuando sé tan poco sobre mí misma.

-Eso es comprensible, amor mío. Pasamos juntos un período muy breve; apenas tuviste tiempo de acostumbrarte a la idea.

-Sin embargo -murmuró ella, pensativa, contemplando el anillo de oro que llevaba en el dedo-, uso alianza. ¿La reconoce?

Él le tomó la mano para estudiar el círculo de oro por un largo instante.

-No tuve tiempo de comprar otra cosa que una simple alianza. Si la memoria no me falla, ésta es la que te di.

Ella sintió el calor de su mirada sobre la cara y se atrevió a levantar la vista.

-Tal vez estamos casados, Ashton, y estoy dejando que mis temores me cieguen.

-No te atormentes, amor -le instó él-. Es de esperar que, con el descanso, vuelva tu memoria y recuerdes la verdad.

-Espero con ansias ese momento.
-También yo, amor mío. También yo.

## CAPÍTULO 4

Era en la sala donde se reunía la familia Wingate antes de cenar. Dedicaban el momento a la conversación ya goces tranquilos: una copa de jerez, unos sorbos de alguna bebida más fuerte, unas cuantas puntadas más al tapiz o alguna tintineante melodía tocada en el clave. A veces, las sonoridades del violoncelo fluían por la casa, ya a dúo con el otro instrumento, ya solo, como esa noche.

Las esperanzas de Marelda aumentaron al oír los compases, pues sabía que sólo Ashton, en la casa, podía dar vida al instrumento con tanta calidez. Era hombre de muchos talentos, un perfeccionista que se esforzaba por tener éxito en todo.

Se detuvo frente al espejo del vestíbulo para una última mirada apreciativa. Llevaba el pelo negro peinado con arte, para acentuar su seducción: lo había recogido en densas ondas hacia un costado, donde pendía en un manojo de bucles que oscilaban bellamente detrás de su oreja. Llevaba su vestido de tafetán de color rojo oscuro, con la esperanza de que Ashton estuviera presente en la cena; al saber que no tendría una desilusión, esbozó para sus adentros una sonrisa presuntuosa.

Estaba segura de que la elección de ese vestido era un golpe genial por su parte. La sensación de voluptuosidad estaba creada por sendas almohadillas cosidas por dentro de la camisa, que levantaban sus pechos pequeños. El corpiño parecía incapaz de contener aquella estructurada plenitud y amenazaba con descender por de- bajo de la línea pudorosa, revelando tonos más oscuros del seno. Cualquier hombre tendría dificultad para no prestar atención a escote tan atrevido, y como Ashton era un digno representante de su sexo, era de esperar que se mostrara susceptible. Claro que semejante exhibición podía escandalizar a las ancianas, pero si logra- ha ganar la consideración de Ashton y despertar sus instintos varoniles, la exposición habría valido la pena. No pensaba permanecer cruzada de brazos mientras la pelirroja se aprovechaba de su Invalidez.

Después de avanzar subrepticiamente hasta la puerta de su adversaria, arrimó el oído a los pulidos paneles para escuchar cualquier movimiento en el interior. Se oía la voz de Willabelle, pero en tono bajo y apagado, que hacía inaudibles las palabras.

No tenía importancia. Marelda estaba segura de que la perezosa no se dignaría salir de la cama para participar de la cena. No había hecho el esfuerzo en toda la semana, como si se regodeara en su fragilidad.

« ¡La muy tonta!», se burló Marelda. «Mientras ella languidece, débil y pálida, entre las almohadas de encaje, yo me quedaré con Ashton. Él no dejará de arrepentirse por haberla presentado como su esposa perdida.»

Descendió la escalinata canturreando alegremente. Se sentía animosa al tener a Ashton tan a su alcance. Después de todo, ella era muy hermosa y nada ignorante en cuanto a seducción, pues la había empleado a capricho con otros hombres. Aunque se permitía ciertos placeres, se guardaba bien de perder la virginidad, por lo cual se había ganado la reputación de mujer cruel. No se trataba de que fuera adversa a las aventuras amorosas, pero conocía los peligros de la rendición total y no quería arriesgar sus posibilidades de casarse con Ashton.

Como deseaba que la sorpresa fuera completa, amortiguó sus pasos al acercarse a la sala y buscó un punto ventajoso ante la puerta, sin que nadie la viera. Amanda y tía] Jennifer ocupaban sendas sillas cerca del hogar, concentradas en sus bordados mientras escuchaban la música. Ashton, más cerca de la entrada, parecía igualmente absorbido por sus esfuerzos. La expresión levemente melancólica de su rostro sugería un anhelo oculto, profundo, que ella no pudo sondear del todo. Temió a medias que se relacionara con la mujer del piso de arriba. ¡Eso era algo que no podía permitir!

-Buenas noches -saludó, cálidamente desde la puerta.

De inmediato consiguió la atención que buscaba. Ashton giró la cabeza y la música se detuvo abruptamente, haciendo que las dos hermanas levantaran los ojos, extrañadas. Los de tía] Jennifer se dilataron, para luego entornarse en una súbita mueca de dolor, al pincharse el dedo con la aguja. Mientras succionaba el dedo herido, miró a la joven con un gesto de perturbación.

-Dios del cielo -exclamó Amanda por lo bajo, hundiéndose en el sillón con la mano apretada al cuello.

Sólo Ashton tomó con naturalidad la aparición de la joven. Se levantó con una sonrisa de tranquila diversión.

-Buenas noches, Marelda.

Ella señaló el clavicordio.

-¿Te molestaría que tocara contigo?

-Oh, por favor -replicó Ashton, levantando también la mano a modo de respuesta cortés.

Esperó a que ella se hubiera instalado y volvió a su silla. Marelda deslizó los dedos sobre el teclado, como leve práctica; luego le hizo una señal con la cabeza, para que recomenzara, y la encantadora melodía se reinició, llenando la casa con sus sones.

De pronto irrumpieron las teclas del clavicordio, y los fluidos acordes de las cuerdas quedaron prontamente sofocados bajo las notas fuertes, resonantes, que parecían ir medio compás adelantadas o atrasadas con respecto al violoncelo.

Tía} Jennifer puso mala cara ante ese ataque al teclado; aunque trató de seguir con su tapiz, su esfuerzo sólo sirvió para conseguir nuevos aguijonazos de la afilada aguja. Amanda desviaba la cara para que no se viera su ceño, fruncido del dolor, pero tendía a marcar el compás con la cabeza, como en un intento inconsciente de indicar el tiempo a Marelda. Ashton, al notarlo, contuvo una sonrisa y, por misericordia hacia las dos ancianas, llevó la pieza a un gracioso final.

Por un momento se dedicó a probar las cuerdas, como si estuviera descontento con su propia ejecución. Marelda, mientras la esperaba, dejó el banquillo y se aproximó al aparador, donde había una bandeja de plata con botellas de cristal. De espaldas a Ashton, tomó una copa de vino y se sirvió una generosa medida de coñac. Luego fue a detenerse ante el hombre que atraía todo su interés.

Ashton echó una mirada aprensiva hacia su huésped: el busto de Marelda tensaba el escote de su vestido. Sus propias mejillas enrojecieron ante esa impúdica exhibición de un valle azul magenta aso- mando por el vestido. El gran reloj de péndulo dio la hora, hecho que la anciana aprovechó para distraer la atención de los demás.

-¿Dónde se habrá metido Willabelle? A esta hora debería estar entrando y saliendo para vigilar la mesa o para dar prisa a la cocinera.

Ashton respondió sin molestarse en levantar la vista.

-Probablemente está en la cocina, fastidiando a Bertha hasta ponerla frenética.

Aquel tópico había irritado siempre a Marelda.

-Das demasiadas alas a tus sirvientes, Ashton. Willabelle maneja la casa como si fuera suya.

El anfitrión, deliberadamente, hizo que el violoncelo chirriara, con lo que aquella arpía retrocedió un paso. Luego, como si estuviera muy atento a su tarea, inclinó el oído hacia las cuerdas que estaba afinando.

Pero Marelda no estaba dispuesta a descartar el tema.

-Mimas demasiado a los sirvientes. Cualquiera diría que son de la familia, por el modo en que los malcrías.

-No los malcrío, Marelda -afirmó él, con serena firmeza-. Eso sí: empleé una buena suma de dinero para adquirirlos y no veo ningún motivo para devaluar mis inversiones maltratándolos.

-Se dice que hasta les das dinero por sus servicios, para que, al cabo de varios años, tengan la posibilidad de comprar su libertad. ¿Sabes cuáles son las leyes sobre la manumisión de esclavos?

Ashton levantó poco a poco la mirada, notando apenas su exhibición, sin escándalo ni interés.

-Cualquier esclavo que prefiera su libertad a todo la demás deja de tener valor para mí, Marelda. Escapará a la primera oportunidad, y si la encadeno me es inútil. Cuando alguien está decidido a irse, le permito pagar su propio valor con su trabajo y los embarco hacia sitio seguro. Es así de simple. No falto a ninguna ley.

-Lo que me extraña es que alguien trabaje para ti.

-Creo que ya hemos analizado el éxito de Belle Chene. No veo motivos para entrar en más detalles.

Para evitar más discusiones, volvió a acariciar las cuerdas con el arco y se dedicó a tocar a un aire delicado, que fue calmando su irritación. Tenía la cabeza llena de Lierin. Había pasado por su puerta antes de bajar, sólo para enterarse, por intermedio de Willabelle, de que su esposa estaba indispuesta. Dada su necesidad de verla y ese fracaso, estaba pensativo; se preguntaba por cuánto tiempo se le ocultaría ella, si alguna vez aceptaría su condición de esposa.

Al levantar la vista creyó por un momento, que estaba imaginando la aparición surgida en el vano de la puerta. Sus manos se detuvieron, su aliento se hizo más lento, al morir lentamente la última nota de una cuerda pulsada en el súbito silencio de la sala. Muchas veces, en los últimos tres años, había formado en su mente imágenes como ésa, pero en ese momento la veía con una maravillosa realidad.

-¡Lierin! ¿Había pronunciado el nombre o sólo estaba articulado en su mente?

Marelda giró en redondo, sorprendida, salpicando de coñac sus faldas amplias. Se quedó mirando fijamente a la mujer detenida en la puerta. En su interior rabiaba con abierta frustración.

Un paso detrás de Lierin, lista para prestar una mano o dar ayuda estaba Willabelle, muy sonriente, llena de obvio orgullo ante esa creación y la parte que a ella le tocara desempeñar. El ama de llaves, después de resolver para sus adentros lo relativo a la identidad de esa joven, la había aceptado como ama sin reservas y deseaba hacer la que estuviera a su alcance para ayudarla a lograr ese puesto.

Ashton se puso de pie, sintiendo el acelerado latir de su corazón, en tanto saboreaba en detalle la belleza de su esposa. La cabellera roja, recogida sobre la coronilla en un remolino flojo, bajaba en ondas suaves, apartándose de la cara. El efecto era tan seductor como el vestido, que parecía flotar a su alrededor como una nube rosada. Las mangas largas y voluminosas, de seda pura, se ajustaban a las muñecas con puños de satén que combinaban con la cinta ceñida al cuello. De ese cuello estrecho brotaba un volante espumoso, de apariencia gazmoña. Ashton sabía que las curvas plenas dibujadas por el corpiño eran humanidad pura. Aunque pálida por el esfuerzo de llegar a la sala, Lierin era la viva imagen de la belleza femenina. La imagen de Marelda desapareció inmediatamente de su cabeza. Era como si sólo ellos estuvieran en la habitación. Cuando sus ojos se encontraron, él sólo pudo ver su rostro adorable, con verdes pozos gemelos que amenazaban tragarlo.

Una sonrisa preocupada se dibujó en los labios de Lierin, pero su mirada no se apartó de él, aunque el comentario fue para todos los presentes.

-Willabelle dijo que no habría problemas si cenaba con ustedes -murmuró, como pidiendo disculpas-. Pero no quiero molestar. Si tenían planeado otra cosa, puedo cenar en mi cuarto.

-¡Ni pensarlo! -Las palabras de Ashton fueron casi un estallido. Dejó el chelo a un lado y se adelantó para tomarla de la mano-. Willabelle, encárgate de que pongan otro cubierto.

-No hace falta, amo Ashton. -La mujer, riendo entre dientes, entregó a su pupila al cuidado del amo y se marchó, agregando por encima del hombro-: Ya me encargué de eso. ¡Í, señó!

-Por favor. -Lierin levantó los ojos hasta las cálidas pupilas de Ashton-. Te oí tocar. ¿No querrías continuar?

-Si me acompañas -murmuró él.

-Acompañarte... -Lierin sintió un momento de confusión hasta que él señaló el clave. Entonces se apresuró a negar la posibilidad-. OH, no puedo... al menos, creo que no sé...

-Veremos si recuerdas algo. Ashton la condujo hasta el instrumento y tocó una breve melodía en el teclado, mientras ella se sentaba en el banquillo. A modo de tentativa, la joven apoyó los dedos en el sitio que ocuparan los de él y repitió las mismas notas. Festejando con una risa su propia victoria, levantó la vista. Ashton, acentuando la sonrisa, tocó un fragmento más largo, que ella reprodujo con creciente entusiasmo. Como él rozaba sus faldas, se apresuró a hacerle lugar en el banquillo y ambos tocaron a cuatro manos. Los dedos pálidos de Lierin se ocupaban de las notas altas, mientras él tocaba las graves. Para sorpresa de la muchacha, unos versos divertidos le vinieron a la mente y los cantó, con voz cadenciosa, encogiendo los hombros en un gesto de sorpresa ante esas palabras, que parecían fluir de alguna fuente desconocida. Al terminar, ambos se deshicieron en risas. Cuando el brazo de Ashton la rodeó para acercarla a sí, la reacción natural fue relajarse.

-Eso ha sido delicioso, señora. Muchas gracias.

-El placer ha sido mío, caballero -respondió ella, alegremente.

Marelda, rechinando los dientes, vio que todos sus planes para la velada rodaban a sus pies. Como esfuerzos malgastados. Aquellas risas alegres, aquellos mutuos manoseos daban náuseas. Era toda una humillación permanecer allí sentada, con el busto asomando por escote, mientras todos la ignoraban, mientras ese hombre devoraba con los ojos a la pelirroja. De no ser por su orgullo, se habría levantado para abandonar la habitación.

Pero no todos compartían su repugnancia. Amanda se sentía agradecida por la presencia de Lierin, que la animaba tanto como a Ashton. Viéndolos juntos, tan bien aparejados, olvidaba el atuendo de Marelda. Lierin era tan bella y femenina como su nieto apuesto, viril, y el contraste realzaba la belleza de cada uno. En verdad, formaban una pareja perfecta.

Intercambió con su hermana una sonrisa complacida; no hacían falta palabras para comunicar la mutua satisfacción. Sólo cabía lamentar que hubiera tardado tanto en conocer a ese delicioso ser agregado a la familia.

Cuando anunciaron la cena, Ashton acompañó a su esposa hacia el sitio reservado para la señora de la casa, en la cabecera opuesta a la suya. Marelda se vio obligada a caminar sola hasta el comedor, aguijoneada por los agudos cuernos de los celos, al ver que la mano de Ashton se detenía sobre aquella cintura estrecha, acariciándola. Rechazó con gesto petulante la ayuda de Willis y esperó que Ashton le apartara la silla. Cuando él lo hizo, por fin, Marelda dejó caer el pañuelo, fingiendo descuido, y aguardó deliberadamente a que él se adelantara a recogerlo para inclinarse a su vez ofreciéndole así una amplia visión de su seno. Las dos ancianas que estaban entrando, en ese momento, se perdieron ese despliegue pero Lierin reconoció la estratagema y comprendió que Willabe había dicho la verdad con respecto a Marelda. La morena estaba decidida a conquistar a Ashton, sin reservas en cuanto a las tácticas empleadas.

La mirada del dueño de la casa pasó sin emoción sobre los pechos azulados y se clavó en el pañuelo. Después de devolverlo, miró hacia atrás para observar la reacción de Lierin. Al ver su expresión intrigada, arqueó rápidamente las cejas, sin hallar otro modo de tranquilizarla en presencia de la otra.

-Nos alegramos mucho de tenerte a la mesa, querida mía -comentó Amanda, deteniéndose en la silla de Lierin para darle un palmaditas afectuosas en el brazo.

-oh, ya lo creo -concordó tía Jennifer.

Aquella sinceridad conmovió a la muchacha, que parpadeó para aclarar su vista empañada con una sonrisa de gratitud.

-Son ustedes muy amables. La comida no trajo alivio para las aflicciones de Marelda. Aunque interpretaba como cautela y astucia la timidez y el recato de Lierin, observándola con la ansiedad de una serpiente lista para devorar a su presa, no lograba detectar ningún fallo definido que señalar con dedo acusador. La preocupaba la idea de que las cosas siguieran siempre así: con la usurpadora como centro de atención, mientras ella miraba desde lejos. Era difícil ignorar la alegría con que la familia y la servidumbre aceptaban a la pelirroja como esposa de Ashton.

Al terminar la comida, a Lierin comenzaron a flaquearle las fuerzas; entonces rogó que la disculparan, comprendiendo que el agotamiento podía hacer presa en ella en cualquier instante. Ashton también se disculpó y, sin prestar la menor atención a la fulminante mirada de Marelda, acompañó a su esposa. Lierin, entumecida por haber estado sentada, caminaba con cierta dificultad; él, al notario, se detuvo en el vestíbulo para alzarla en brazos. Tampoco dejó de reparar en la mueca que cruzó brevemente las facciones de la joven.

-Disculpa -le dijo, afligido-. ¿Te hice daño? -No es nada-lo tranquilizó ella, apresuradamente-, sólo un cardenal que tengo en la espalda.

Con las mejillas acaloradas, se acomodó contra él, deslizándole los brazos al cuello. Cada vez que lo tocaba se sentía abrumada por la ardorosa conciencia de su virilidad. Empezaba a comprender que Marelda se negara a dejarlo. En verdad, la idea de ser su esposa comenzaba a presentar multitud de aspectos agradables.

Ashton frunció las cejas al recordar los comentarios de Willabelle sobre la magulladura de la espalda.

-¿Sabes cómo te hiciste ese cardenal? Lierin respondió con un leve encogimiento de hombros. -En el accidente, supongo.

-Willabelle opina que alguien puede haberte golpeado. ¿Recuerdas algo así?

-No, en absoluto. Y tampoco se me ocurre por qué podrían hacerme semejante cosa.

-¿Te molestaría mostrarme la contusión? -preguntó él. Al ver la mirada sorprendida, algo cautelosa, de la muchacha, sus ojos chisporrotearon-. Sólo para calmar mi curiosidad, querida.

Lierin sonrió, juguetona.

-Mi estado no me permite asegurarlo, caballero, pero estoy segura de haber oído excusas mejores de varios patanes.

La sonrisa de Ashton se tomó levemente pícara.

-No he olvidado que usted tiene una bella espalda, señora, muy digna de admiración. Es forzoso disculparme si busco excusas para contemplarla. -Al llegar a la puerta de Lierin, la abrió de un empellón y cruzó el umbral con ella en brazos-. En realidad, recuerdo con mucha claridad que toda tú eres notable, suave y femenina.

Lierin se apresuró a distraer su atención hacia algo menos perturbador.

-Temo que esta noche me he convertido en una carga. Te aparto de tu familia y de tu invitada.

-Por el contrario, amor mío: te estoy en deuda por proporcio11 me una excusa para escapar.

Ella le echó una mirada de soslayo, sin resistir la tentación lanzarle una suave pulla.

-Me pareció que disfrutabas con el juego de tu invitada.

Los ojos de Ashton se posaron en su seno con llamativo brillo -He visto cosas mejores, sobre todo al mantener tratos con mi acompañante actual.

Lierin se estremeció ante ese acalorado estudio; no pudo evitar un rubor al sentir aquel estremecimiento. Con voz débil, le recordó;

-Creo que ya podrías bajarme.

A pesar del dolor sordo que le roía el estómago, Ashton retomó actitud jovial, en tanto la dejaba en el lecho, ya preparado.

-La dejo sana y salva en su cama, señora, esperando no haberle hecho ningún otro cardenal. Pero me parece que está demasiado vestida para acostarse. ¿Necesita ayuda?

Ella rechazó el ofrecimiento con una risita divertida.

-Prefiero esperar a. Willanbelle.

-¿Cómo? ¿Piensa despreciar estas manos bien dispuestas? Sin duda señora, los esposos podemos cumplir con esas funciones sin perjudicar la buena reputación de nuestras mujeres.- Los blancos dientes relumbraron en una ancha sonrisa-. Prometo comportarme como un caballero.

Lierin arqueó una ceja para expresar su desconfianza.

-Como un caballero casado, que se toma sus libertades en serio-adujo.

-Por supuesto ¿Cómo podría tomarlas si no?

Ella se echó a reír.

-En realidad no me siento segura aquí, con usted.

-Vamos, señora. ¿Acaso cree que uno es capaz de violar a su propia esposa?

-Dado cierto nivel de desesperación, sí – respondió ella, pícara.

-Y lo he alcanzado, señora – admitió él, de buen grado-, pero ¿Dónde comienza la confianza? Si puedo contenerme al desabrocharle el vestido, ¿se convencerá de que sólo pienso en su rápida curación?

-Ese argumento no me convence.

Pero Lierin se resignó, con menos resistencia de la que requería la cautela. En realidad, sentía casi que estaba arrojando al viento la razón y la prudencia. ¿Qué tenía ese hombre, que la hacía tan dócil? Era apuesto, sin duda, pero además poseía una virilidad que le resultaba muy atractiva.

-Tenga en cuenta mis palabras, señor. La confianza es muy importante en el matrimonio.

Ashton, riendo entre dientes, comenzó a luchar con los diminutos botones. Un momento después quedó súbitamente serio: el vestido, al abrirse, había puesto en relieve una fea hinchazón. Apartó la tela un poco más para observar aquello, con lo que Lierin lanzó una exclamación.

-Calma, querida -la tranquilizó, serio-. Sólo quiero examinar bien esto. Acercó la lámpara para inspeccionar la línea de carne amoratada y abierta que le cruzaba la espalda, desde el hombro izquierdo hasta la parte media, cerca de la cintura. Su frente se arrugó con aspereza al recordar a la matrona de la varilla, pero eso había sido hecho con algo más pesado que una rama de sauce.

-No creo que esto sea consecuencia de haberte caído del caballo.

Lierin quedó totalmente confundida ante la idea de que podía haber sufrido un ataque intencional antes del accidente. No podía imaginar algo así, mucho menos recordar las circunstancias. Cuando se volvió para analizar el asunto con él, sufrió cierta sorpresa al encontrarse bajo la fija mirada de esos ojos ardientes.

Al parecer, Ashton había cambiado de actitud, como si su afectuosa preocupación desapareciera, barrida por el deseo rabioso. Estaban tensos los músculos de su rostro bronceado; la nariz se dilataba por efectos de la respiración agitada. Lierin sintió que su corazón daba un vuelco, en frenética palpitación, y que sus sentidos despertaban abruptamente.

El calor de esa mirada le encendía una llama dentro, pero al mismo tiempo se estremeció. Tenía miedo de que él la tocara, pues entonces cedería, temblorosa, anhelante. Para escapar de esa muda seducción, se levantó de un salto y corrió a refugiarse detrás del biombo.

Ashton tardó un momento en dominarse.

-¿Quieres que te envíe a Willabelle?

-No, no creo que sea necesario.

-Quizá yo pueda ayudarte con ese vestido.

Ella rió, nerviosa, mientras desataba las cintas de sus enaguas para quitarlas de entre los pliegues rosados.

-Me parece que usted es un libertino, señor Wingate. Ashton rió entre dientes, paseándose por et cuarto.

-Eso mismo me dijiste hace tres años.

-Eso significa que no he perdido del todo el juicio. Los ojos de ambos se encontraron por encima del biombo.

-Sigues siendo tan hermosa como siempre.

-¿Quieres alcanzarme la bata y el camisón que están en el armario? -pidió ella, para desviar la conversación.

Ashton eligió las prendas que mejor descubrieran sus curvas y las puso sobre el biombo. Mientras esperaba que ella saliera, se quitó chaqueta y desabotonó el chaleco y la camisa, arrojando la corbata al respaldo de la silla.

Cuando Lierin salió de detrás del biombo, su mirada hambrienta devoró aquella espalda, apenas cubierta, aquellas caderas cimbreantes que se acercaban al tocador. La siguió como un gato salvaje tras hembra.

Lierin, al percibir su proximidad se puso rígida. Una mano se apoyó en el brazo, tensándole todo el cuerpo. Invadida por una oleada de excitación, no pudo dominar el ritmo acelerado de su corazón y se volvió para enfrentarse a toda la fuerza de aquel apetito.

Ashton estudió su reacción, acercando la cara a la de ella. Los ojos verdes parpadearon, llenos de incertidumbre, pero antes de que boca abierta pudiera capturar los labios femeninos, los párpados se alzaron y Lierin, casi entrecortada, rindió su boca.

El beso se inició como una suave búsqueda. La boca de Ashton movía con lentitud sobre la de ella, pero sus ardores encendieron como la yesca, en un chisporroteo de pasión. La mente de la joven abrió, descubriendo necesidades que ella no había sospechado. Una mano se deslizaba por sus nalgas, estrechándola contra él. Con I suave gemido, alzó el cuerpo contra el de Ashton, moldeándose a sus líneas.

Un golpecito en la puerta los volvió bruscamente a la realidad. Ashton levantó la cabeza, murmurando una maldición, y fulminó con la mirada la puerta ofensiva. Aunque se sentía tentado a ignorar la llamada, ésta se repitió con más energía e insistencia. Soltando un gruñido, se apartó de Lierin para acercarse a la ventana y abrió los cristales, a fin de que el aire de la noche le refrescara mente cuerpo.

Lierin tuvo que calmar sus propias emociones para poder pronunciar, con aparente calma:

-¿Sí? ¿Quién es?

Una voz demasiado familiar respondió a través de la madera:

-Marelda Rousse. ¿Puedo pasar?

Ashton, furioso, se pasó los dedos por el pelo, murmurando agriamente:

-¡Un día de éstos le voy a retorcer el cuello!

-Un momento, Marelda -pidió Lierin, y esperó a que él le hiciera una señal de asentimiento para abrir la puerta.

-Hace algunos días olvidé aquí un libro de prosa -dijo la visitante, muy de prisa, mientras entraba-. Quería leerlo antes de acostarme. No sabes cómo me relaja. -Sus ojos recorrieron la habitación hasta hallar lo que buscaba-. ¡Oh, Ashton! -Se las compuso para fingir sorpresa, a pesar de sus sospechas. Cuando reparó en la poca ropa que llevaban ambos, sus ojos se tomaron fríos, aunque no perdió la sonrisa-. Si interrumpí... algo, ejem... lo siento, querido.

La irritación de Ashton no cedió. La miraba con el ceño fruncido. Ella adivinó su fastidio y prosiguió:

-Dónde dejé ese libro... Estaba aquí, junto a la silla.

Cruzó el cuarto y recogió el volumen que había visto sobre la mesa en su primera visita a Lierin. Aunque había inventado la mentira por pura desesperación, sabiendo que Ashton aún debía estar allí, eso le proporcionaba una excusa para interrumpir cualquier juego amoroso que pudiera estar desarrollándose.

-Ah, Ashton... -se detuvo ante la puerta-. Antes de subir me pareció oír alboroto en los establos. ¿Puede haber algún problema con los caballos? Si quieres, enviaré a alguien para que averigüe. ¿O prefieres ir tú?

-Iré yo -gruñó Ashton, ya completamente furioso.

-¿Deseas que me quede con Lierin mientras vas? -ofreció ella, fingiendo dulzura.

Lierin contestó por su propia cuenta, con cierta rigidez.

-No es necesario, Marelda.

-Bueno, que duermas bien, entonces. Buenas noches.

Y, después de canturrear el saludo, Marelda salió graciosamente. Ashton, rechinando los dientes, recogió su chaqueta y se la echó sobre el hombro.

-Vino a propósito.

Lierin estaba muy de acuerdo, pero no quiso aumentar su enojo.

-Ojalá no haya ningún problema con los caballos.

-Lo más probable es que sea un invento de Marelda -aseguró él. Su actitud se suavizó al estrechar nuevamente a Lierin-. Será una tortura dejarte.

.-Será una tortura si te quedas -susurró ella-. Todavía no estoy lista para eso. Vete. Cuida de tus caballos y dame tiempo para pensar.

Unos suaves golpecitos a la puerta hicieron que Ashton apartara la vista de sus registros contables. Casi al mismo tiempo, las campanadas del reloj comenzaron a dar las once. Se levantó, estirando los brazos para desatar el nudo que se le formara entre los omóplatos. Después de haber hecho un viaje inútil a los establos, ¿qué otra crisis le esperaba ante la puerta del dormitorio?

Caramba, era mucho más de lo que esperaba. Allí estaba Marelda audazmente ataviada con un peinador flotante, abierto sobre un diáfano camisón. La gasa no ocultaba nada a la vista; era poco más que una telaraña sobre el cuerpo. La cabellera oscura colgaba en un torrente sobre los hombros. Cuando ella entro en la habitación una fuerte fragancia, aplicada con liberalidad, asaltó los sentidos de Ashton.

Marelda cerró la puerta con una sonrisa seductora y se apoyó contra ella, irguiendo los pechos pequeños hasta hacerlos tensar la tela. Sus ojos eran una invitación a extender la mano hacia todo lo ofrecido. Como él no hiciera el intento, Marelda avanzó con un movimiento ondulante, pensado para cautivar a su público.

Ashton retrocedió ante la inminente amenaza del contacto, arqueando las cejas al estudiar a la mujer.

-Creo que te has equivocado, Marelda.

-No me equivoqué, Ashton. -Los labios rojos se entreabrieron en una sonrisa seductora, mientras ella se quitaba el peinador y lo dejaba caer al suelo-. Estoy harta de perseguirte entre tu vida marital y' tus amoríos. He venido a ofrecerme, para que sepas con claridad qué tengo para darte. Ninguna otra mujer puede satisfacer tus necesidades y deseos tanto como yo... porque te conozco mucho *mejor,* que las desconocidas a quienes buscas. Sólo son caprichos pasajeros... Tarde o temprano te cansarás de ellas, pero yo siempre estaré aquí, amándote.

Él sacudió a cabeza, desconcertado por esa insistencia. Si la hubiera perseguido con acalorada pasión en algún momento, sólo así se habría justificado esa negativa a dejarlo en paz.

-Lo siento, Marelda, pero... no soy el hombre que te conviene. Y aun si lo fuera, no estoy libre para aceptar tu ofrecimiento.

Ella no estaba dispuesta a ceder terreno.

-Eres bien libre si lo deseas, Ashton -suplicó, suavemente-, y yo he venido dispuesta a entregarme. Sabes que me amas. ¿Por qué lo niegas?

Ashton la miró fijamente por un instante, algo estupefacto ante ese razonamiento. Por fin dejó escapar un largo suspiro, tratando de suavizar sus palabras con una sonrisa poco sincera.

-El error es tuyo, Marelda. Sólo tuyo. Debes comprender que amo a mi esposa. -Dejó que su sonrisa se borrara y dio un énfasis lento, deliberado, a las palabras siguientes-: Amo a Lierin.

La verdad de esa frase acabó por penetrar. La metamorfosis fue instantánea. Aquella sonrisa sedosa, cautivante, se convirtió en una mueca de cólera. Los ojos negros echaron chispas. Marelda se lanzó contra él con las uñas en ristre, casi bufando, dispuesta a arañarle la cara.

-Tranquilízate, Marelda -ordenó él, con aspereza, mientras le sujetaba las muñecas a distancia-. Con esto no vas a conseguir nada.

De la garganta de Marelda surgió un gruñido. La muchacha se liberó con una sacudida y recogió bruscamente su bata. Pasó los brazos por las mangas y se ató el cinturón con energía. El colorete y el rimel» se marcaban en su cara, torcida por la furia, dándole el aspecto de una prostituta rechazada, en amoroso desaliño. Con movimientos rápidos y coléricos, se apartó la cabellera del cuello y dio rienda suelta a varios epítetos malsonantes con voz aguda y penetrante.

Ashton enarcó las cejas, más o menos divertido por aquella breve disertación sobre posibles aspectos de sus antecesores, su nacimiento y su crianza. Ella no se dejó ninguna etapa de su vida hasta llegar al pasado reciente.

-¡Pedazo de imbécil, vagabundo del río! ¡Me tientas con esos malditos pantalones ajustados, andas retorciendo las nalgas por ahí hasta obligarme a la deshonra de venir a tu cuarto! ¡Te pongo entre las manos mi tierno corazón, como una ofrenda, y tú lo haces pedazos para arrojarme como a la fruta medio comida! ¡Y después me vuelves la espalda, presumiendo, lleno de vanidad, para que busque consuelo en el capricho de cualquier desconocido! -Ya con la mano en el pomo de la puerta siguió arrojándole insultos-. ¡Basura infame! ¡Hijo de mala madre! ¡Vagabundo! ¡Hombre, bah! ¡Idiotas hasta el fin!

La puerta se cerró con un fuerte golpe detrás de ella. Un momento después, también la de su cuarto golpeaba con resonante determinación.

## *CAPÍTULO* 5

Marelda partió de Belle Chene con la furiosa energía de una tormenta estival. Después de dedicar una mínima despedida a las algo aturdidas por esa súbita decisión, hizo cargar un

enorme baúl en la parte trasera de su landó. Cuando Ashton apareció para despedirla, ella inclinó secamente la cabeza, desdeñando la mano que él le tendía, para aceptar, en cambio, la ayuda del cochero. Al marcharse el carruaje, Amanda y] Jennifer lanzaron una mirada hacia el dueño de casa, pero su sonrisa lenta y amplia no les dio ninguna pista.

Con Marelda hizo todo el trayecto hasta Natchez hirviendo de rabia y murmurando maldiciones contra el amo de Belle Chene; deseaba, cuanto menos, que la tierra se abriera para devorarlo junto con su bendita esposa. Al aumentar su cólera y su frustración, decidió que recibiría de buen grado la noticia del fallecimiento de ambos. Desde luego, si alguna vez llegaba a sus oídos semejante anuncio referido a Lierin Wingate, no dejaría de bailar sobre su tumba. Demasiado había sufrido a manos de esa arrastrada. Sus mejores esfuerzos nada podían ante la familia, tan dispuesta a dejarse engañar por esa fingida inocencia, y eso parecía a Marelda sumamente injusto. Había sido ella, la maltratada, no esa sinvergüenza.

En su mente se repetía, una y otra vez, la escena de la noche anterior, ayudando a acrecentar la animosidad, extrayéndola del foso más profundo del infierno. No sólo maldecía y castigaba mentalmente a la pareja, sino que la desnudaba para ponerla en imaginarios potros de tormento y les ponía contra la piel una brasa encendida por cada ofensa que le habían hecho sufrir. Le encantaba, sobre todo, la idea de azotar a esa ramera, mientras Ashton presenciaba la tortura en situación de impotencia.

Las ideas de venganza no hicieron sino agravar su odio. Entonces comenzó a conjurar modos reales para aniquilarlos. Sin embargo, para contrariedad suya, no parecía haber modo de escapar a las consecuencias de sus planes. La justicia se mostraría ciega a sus motivos; hiciera lo que hiciese, sólo cabía esperar el castigo de sus acciones, tarde o temprano. La amenaza de la represalia le quitó las intenciones de seguir adelante. Mientras no hallara el modo de vengarse sin que la condenaran, la pareja estaría a salvo.

El carruaje bajó por una calle de Natchez, pasando frente a una taberna, ante la cual conversaba un grupo de hombres. Marelda no prestó atención a la concurrencia sino al reconocer, en el límite exterior del grupo, la silueta bajita y rolliza de M. Horace Titch. El hombre se empinaba sobre sus piernas cortas y volvía a bajar, como un pájaro, maniobrando para lograr una mejor situación, pero los demás parecían ignorarlo. Ella siempre lo había tenido por un personaje cómico y solía burlarse a sus espaldas. Pero también había notado sus miradas de adoración. Tal vez le fuera posible convencerlo de que la obedeciera, con una sonrisa como única recompensa. Parecía muy difícil fallar.

Marelda dijo una palabra a su cochero, que detuvo el landó cerrado ante la acera de tablas. Ella, asomada a la ventanilla, agitó el pañuelo para llamar la atención del hombrecito.

-¡Señor Titch! ¡Yujuu! Señor Titch?

Horace miró en derredor y, al ver quién lo saludaba sonrió con súbito deleite. De inmediato se disculpó ante sus compañeros y corrió hacia el carruaje, sofocado de regocijo.

-Mi querida señorita Rousse! ¡Que enorme placer verla!

En verdad, las tablas habían perdido a una gran actriz al elegir, Marelda la vida cómoda de heredera. Su mejor papelera el de señorita recatada. Claro que, aun si su representación hubiera sido menos hábil, Horace jamás lo habría notado. Aquellos ojos oscuros bajaron con una sonrisa tímida.

-Que galante es usted, señor Titch. Hace que una se sienta muy especial.

-Pero si usted es especial, señorita Rousse -respondió él, ansioso- muy especial.

-Caramba, señor Titch. Qué cosas tan agradables dice. Tendré que andarme con cuidado para no perder la cabeza con tan dulces halagos.

Horace estaba casi estallando de entusiasmo.

-¡Pero si no son halagos! ¡Usted es la señorita más hermosa de toda Natchez! La mejor de todas, podría decir.

Marelda volvió a bajar la vista y sonrió, fingiendo un azoramiento nervioso.

-Creo que, si sigue hablando, me hará ruborizar, señor Titch.

Horace sacó el pecho, poniendo en peligro los botones de su chaleco a cuadros. Hasta entonces nunca había hecho ruborizar a ninguna mujer, como no fuera de cólera, y la idea de cumplir semejante hazaña con la bella Mareada Rousse era un buen impulso para su vanidad. Mientras se regodeaba en ese momento de felicidad, comenzó a notar, poco a poco, que la sonrisa había sido reemplazada por un gesto de preocupación; la muchacha estaba retorciendo el pañuelo entre las manos, como presa de inquietud. Por fin recordó que ella lo había llamado e hizo una pregunta cautelosa.

-Eh... ¿puedo ayudarla en algo, señorita Rousse?

-oh, señor Titch, no quisiera molestarlo...

-Le aseguro que sería un placer.

-Bueno, si está seguro de que no es demasiada molestia...

¡Claro, señorita! -declaró él-. Pida cualquier cosa y, si está a mi alcance, puede contar con ello.

Marelda afectó una actitud reacia, en tanto inventaba una mentira.

-Es que no sé a quién acudir. Fíjese, mi tío viene de visita... y tiene por costumbre tomar algo fuerte por las noches... con propósitos medicinales, como usted comprenderá.

-¡Oh, por supuesto! Exagerando la dulzura de su voz, que chorreaba miel ella prosiguió:

-Me olvidé de pedir a los criados que compraran un par de botellas para la despensa, y él viene esta misma tarde. Dése cuenta, como en la casa no hay ningún hombre que se ocupe de esas necesidades, estoy desconcertada. El armario no contiene nada para beber, y si no le sirvo algo, mi tío pensará muy mal de mi hospitalidad. No me animo a entrar sola en una taberna. Usted comprende, ¿verdad? Se trata de un territorio masculino... Pero si envío a mi cochero, tendrá que dejar el carruaje sin atención.

-¡Oh, por favor! Permítame, señorita Rousse. Horace se había tragado el anzuelo con todo vigor.

-¿Haría eso por mí, señor Titch? -Marelda aflojó el cordón de su bolso; unas pocas monedas tintinearon en el fondo-. Si espera un momento, señor, aquí tengo el dinero.

Titch, asombrado por la oportunidad de ser útil a esa bella mujer, se apresuró a objetar.

-Ni hablar de eso, señorita Rousse. Le ruego que me permita cumplir como un auténtico caballero. Es lo menos que puedo hacer.

Y se marchó, ansiosamente, con sus pasos cortos y rápidos, tan parecidos a los de un pato al cruzar un estanque helado. Atento a ese momento de gloria, se dijo que, si la señorita quería una botella, apreciaría más recibir dos, tal vez tres.

Los ojos de Marelda tomaron un resplandor cruel, asaltados por una serie de pensamientos. Su amor por el dinero no estaba saciado con la pequeña fortuna que le dejara su padre; allí tenía una fuente que hasta entonces no había tomado en consideración; valía la pena aprovecharla. La familia Titch tenía dinero suficiente para compensar los fallos de ese hombrecito, y Horace parecía increíblemente dócil a sus deseos. Muy al contrario de ese demonio de Ashton, siempre tan difícil de manejar. Encantada por la perspectiva de conseguir un mayor bienestar económico, tuvo la sensación de que apenas habían pasado unos segundos cuando la puerta de la taberna volvió a abrirse y el hombrecito salió dando tropezones, llevando en los brazos una gran bolsa de tela. Con su paso rápido llegó hasta el carruaje. Después de abrir la portezuela, depositó la ofrenda a los pies de la joven.

-Bastará para una quincena O más, señorita Rousse -Abrió la boca del saco para mostrar las cuatro botellas-. Su... eh... tío no pasará necesidades durante su visita.

-Vaya, señor Titch, de veras... estoy muy en deuda con usted. ¿Querría subir a mi coche? Tal vez pueda dejarlo de paso.

-Acompañarla, tan sólo, será un placer, señorita Rousse. Puede dejarme donde quiera. -Hizo una seña a cierto negro, que esperaba sentado en un coche-. Mi carruaje nos seguirá.

Y Horace subió para acomodarse en el asiento, frente a ella, emocionado por verse en compañía de la joven.

Marelda señaló con el pañuelo al grupo de hombres a los que había dejado.

¿No estaré interrumpiendo alguna conversación importante con sus amigos?

-Tan importante que destrozaría el corazón de todos los hombres, mujeres y niños de Natchez, si supieran la verdad. Lo que necesitamos ahora es algún tipo de acción.

-Caramba, eso parece muy importante. -Marelda parpadeó para demostrar asombro-. De qué habla, señor Titch?

-¡Caray, de esos locos que escaparon del manicomio! .Marelda quedó auténticamente sorprendida.

-¿Escapó alguien del asilo?

-¿No se enteró? -Horace quedó impresionado al saber que podía informarla de algo- El asilo se incendió y escaparon varios internos. En este mismo instante están vagando por el campo, en total libertad. No se puede saber qué peligros estarnos corriendo.

-Pero ¿cuándo ocurrió todo esto?

-La misma noche en que fuimos a Belle Chene, a esperar el regreso de Ashton Wingate.

Marelda se reclinó en el asiento, mirándolo con fijeza, en tanto su mente trabajaba en un círculo Ashton había dicho que Lierin podía haber escapado de una casa en llamas, y al parecer el manicomio se había incendiado. ¿Era sólo coincidencia? ¿O un golpe de suerte para ella? Estuvo a punto de reír, frotándose mentalmente las manos. Quizás había hallado el modo seguro de vengarse, después de todo.

Asumió una expresión preocupada, en tanto fijaba la vista en hombrecito rechoncho.

-¿Acaso supone que esa muchacha, la que Ashton llevó a su casa pudo haber escapado del manicomio?

Las gruesas cejas de Horace se elevaron, sorprendidas. Ni siquiera había pensado en la joven.

-Bueno, supongo que pudo ser...

-Ashton dice que es su esposa, fallecida tiempo atrás, que ha vuelto sana y salva, pero ¿quién puede creer semejante cosa? -Marelda casi veía el cerebro de aquel hombre, que se iba tragando los cebos tendidos. -¿Cómo puede ser Lierin Wingate si todos sabemos que murió hace tres años?

-¿Por qué... por qué dice que es su esposa, si no la es?

Marelda logró fruncir el ceño, preocupada. Luego se encogió de hombros.

-No me gusta decir esto, pero ya sabe usted como es Ashton Wingate cuando se encuentra con una cara bonita. Sabiendo que ella podría ser del asilo, y considerando que la muchacha afirma haber olvidado todo, probablemente él ha dado esa excusa para disponerlo todo según su conveniencia.

Horace se acarició el mentón, pensativo. Lo que decía esa damisela bien podría ser verdad, pero él jamás se atrevería a enfrentarse a Ashton para acusarlo de mentir.

-Supongo que ésa consiguió un refugio seguro.

Marelda quedó horrorizada al ver que él no se lanzaba hacia oportunidad ofrecida.

-¿A qué se refiere?

-Con Ashton nadie se entrometerá -dijo él, simplemente.

-¡Pero la muchacha pudo haber escapado del manicomio! -Disgustada por la falta de celo, ella le devolvió sus propias palabras- ¡Puede que todos estemos en peligro!

-Tendremos que esperar a que ella haga algo para sacarla de Belle Chene.

-¿A que haga qué? -Marelda tuvo que dominar su creciente irritación contra ese hombre-. ¿A que mate a alguien?

-O cause una herida.

Hacía falta algo drástico para que Titch actuara contra ese hombre y era de imaginar que los otros pensarían igual.

-¡No voy a pegar ojo! – declaró ella, aunque sus íntimos sabían que, después de unas cuantas copas, el poderoso Mississippi podía alterar su curso para arrasar su casa sin que ella se enterara -¡Esa mujer podría asesinarme en mi cama sin que nadie corriera a defenderme!

-Yo le prestaría con gusto mi protección, señorita Rousse -ofreció Horace, magnánimo-. Si con eso se siente mejor, puedo ir casi todos los días... o... por la noche... y... y ver que usted esté a salvo.

-Oh, ¿haría eso por mí, Horace? -Con una cálida sonrisa, apoyó su mano enguantada sobre la de él-. Usted es un verdadero amigo, por cierto.

El enamoramiento de Mumford Horace Titch por Marelda, así alimentado, creció fuera de toda proporción. Con la excusa de que se había provisto, fue a visitarla en cuanto se le aseguró que no estorba- ría la visita del tío, dejando pasar una semana, a su pesar, antes de llamar a su puerta.

La criada que lo hizo entrar lo estudió con cierto escepticismo antes de conducirlo a la sala, pidiéndole que esperara allí hasta que la señora estuviera informada de su presencia. Aunque el reloj de la repisa indicaba que no faltaban siquiera dos horas para el mediodía, Horace, en su diligencia, había olvidado que la dama acostumbraba a levantarse tarde.

Le llevaron una bandeja con cafetera de plata para ayudarle a pasar el rato, y él se dedicó a tamborilear nerviosamente la taza de porcelana, mientras el reloj iba marcando los minutos. Cuando comenzaba la segunda taza de aquel brebaje amargo, Marelda apareció finalmente en la sala.

La espera parecía haber valido la pena, al menos en opinión de Titch; Ella se había echado una bata por encima, apresuradamente. El fino camisón que asomaba por debajo exhibía tal porción de seno que el café se le subió a la cabeza.

-¡Mis más humildes disculpas, mi querida señorita! -tartamudeó, levantándose, con lo que estuvo a punto de volcarse el líquido humeante en el regazo-. ¡No era mi intención interrumpir su sueño!

Marelda cruzó la habitación, perezosamente, y se sirvió una taza de Café, que endulzó con varias cucharadas de azúcar y una liberal porción de crema. Sólo entonces notó que la cara del huésped tenía un tono de color rojizo. Los ojos parecían sobresalir de la cara, clavados en su escote. Como parecía a punto de estallar, ella le dio garbosamente la espalda para tomar un sorbo.

-No se aflija ni por un instante, señor Titch. Simplemente, no esperaba a nadie a esta... eh... hora. -Echó una mirada lánguida al reloj de la repisa, brindándole una buena visión de su perfil izquierdo, el que ella consideraba más favorable-. De haber tenido la menor sospecha de que usted iba a venir para ocuparse de mi bienestar, me habría arreglado mejor.

Eso no era cierto, pero ella pasó por alto la falsedad, disfrutando del efecto que su poca ropa estaba provocando en el hombrecito.

-Por favor -murmuró, amable, señalando la poltrona de donde *él* se había sentado-, póngase cómodo.

Mientras él obedecía, Marelda ocupó una silla frente a él, ofreciéndole un vistazo de su tobillo antes de cerrar la bata.

Horace tenía la cabeza llena de pechos generosos, soñolientos ojo oscuros y labios de rubí cuando esa última visión le arrancó una gotitas de sudor del labio superior. Tuvo que aflojar su corbata par aliviar la súbita tensión del cuello.

-Yo... es decir... si vamos a ser amigos, eso de «señor Titch. Suena demasiado... formal. Tal vez...

No pudo expresar tan audaz proposición, y fue un alivio que la damisela pareciera comprender.

-Por supuesto. -Ella sorbió su café y lo miró por encima de borde de la taza-. Usted puede llamarme Marelda y yo... -se inclinó hacia delante, con una sonrisa seductora-, podría llamarlo Murnford.

A Titch le costó un decidido esfuerzo apartar los ojos de aquel camisón para mirarla a los ojos. Era muy difícil sugerir que esa adorable criatura podía disgustarlo en modo alguno.

-Yo... eh... -Ya totalmente sudoroso, pasó un dedo por debajo del cuello duro; sentía necesidad de aire fresco-. Mi segundo nombre... es Horace, y yo...

-Pero, querido -adujo ella, con un mohín-, me gusta el de Mumford, y hasta...

Horace estuvo a punto de hacer una mueca al ver venir aquello.

-¡... Mummy!

-Yo... eh... siempre he preferido Horace. -La voz del hombrecito se redujo a un murmullo al revelar el desacuerdo con esa deliciosa mujer-. Mi madre y Sissy siempre me han llamado Mummy, y los otros muchachos...

El recuerdo de-algunas pullas era demasiado doloroso. Se irguió en el borde de la poltrona, contemplando las heridas de los zapatos, en tanto jugaba con su taza, buscando el modo de cambiar de tema.

-Por supuesto, querido mío. -Marelda dejó su taza para levantarse-. Como usted guste.

Horace se puso trabajosamente en pie. Aquella dulce fragancia de espliego le daba vueltas la cabeza.

-Ya ve usted que aquí está todo bien y no corro ningún peligro -afirmó ella, tranquilamente. Deslizó una mano por el costado del cuerpo, alisando la bata de terciopelo, como para dar énfasis a sus palabras, pero no dejó de notar que los ojos del huésped seguían el ademán-. Ya que estamos tan cerca del mediodía, tengo que vestirme y ocuparme del almuerzo. -Era de esperar que la cocinera ya lo tuviera medio listo, se dijo. No tenía por costumbre desayunar, salvo cuando estaba en la casa de los Wingate, y la estremecían los horarios de esa gente-. ¿Deseaba alguna otra cosa? ¿Ha descubierto alguna información sobre esa mujer que está con los Wingate? -Marelda lo tomó del brazo y comenzó a llevarlo hacia la puerta, presionándole casualmente un pecho contra él-. Le apuesto cualquier cosa a que es uno de esos locos escapados del manicomio. ¿Por qué, si no, apareció en camisón esa misma noche? Es una lástima que nadie se lo haga notar a Ashton. Se está arriesgando mucho al tenerla allí. Imagínese, podría haber sido ella quien incendió el asilo y repetir la hazaña con Belle Chene.

M. Horace Titch se encontró en el umbral, sin recuerdo alguno de cómo había llegado hasta allí. Tenía una vaga impresión de dulces labios curvados en una tentadora sonrisa, antes de que la puerta, al cerrarse, los ocultara de su vista. Pero el recuerdo de aquella dúctil suavidad contra el brazo borraba todo lo demás, dejándole con el corazón palpitante.

El aire fresco lo despejó poco a poco, lentamente. Descubrió que tenía un sombrero en la mano. Como tenía todo el aspecto de ser el suyo, se lo puso en la cabeza y echó a andar hacia el centro de la ciudad. Un traqueteo de ruedas, a su lado, le recordó que había ido en coche. Mientras ascendía al carruaje, estudió la idea de enfrentarse con Ashton Wingate por lo de la misteriosa muchacha, calculando las posibles reacciones del hombre si lo hacía de un modo indebido.

Los elementos del problema daban vueltas en la cabeza de Horace Titch, pero cuando lograba planear una táctica aparentemente acorde con la diplomacia, su imaginación terminaba la escena con escalofriantes imágenes de Wingate cometiendo diversas formas de horrendo destrozo con su persona. Aún seguía pensando en ese dilema cuando el coche pasó junto a un grupo de hombres, reunidos en una esquina. Una palabra suelta le llamó la atención:

-¡... manicomio!

Horace se apresuró a dar unos golpecitos en el techo para que su cochero detuviera el vehículo. Con gran curiosidad, avanzó hacia la multitud y puso toda su atención en lo que decían allí. Un hombre estaba relatando la noticia, sin aliento, con las riendas del caballo en la mano.

-Sí, lo encontraron en uno de los cuartos traseros, con el mango chamuscado de un cuchillo asomándole por la espalda. El jefe de policía supone que era uno de los vigilantes y que el

incendio se inició deliberadamente para ocultar el asesinato. Yo apostaría a que uno de los internos fugados lo pescó distraído, se apoderó de las llaves y huyó después de prenderle fuego a todo.

Los hombres murmuraban entre si, cada vez más enojados, en tanto las conjeturas sobre los internos fugados se tomaban más lúgubres. Horace, al escuchar, fue cobrando conciencia de que, si se proporcionaba a esos tipos un incentivo adecuado, le ahorrarían la necesidad de enfrentarse a Wingate, pues lo harían ellos.

Miró en derredor, identificando a algunos de los presentes que solían frecuentar las tabernas y desempeñaban tareas aquí y allá para mantenerse. Por lo tosco de su atuendo, era fácil apreciar que no pertenecía a la clase adinerada; bien podía impresionarlos la presencia de un caballero bien vestido entre ellos. Horace se había puesto sus mejores ropas en beneficio de Marelda, y estaba en condiciones de imponer respeto a esos indigentes. Su chaqueta y *sus* pantalones de fina tela gris, teman estrechas rayas de color ciruela: el chaleco de brocado lucía un diseño de florecitas en el mismo tono, y su corbata, de seda, a cuadros grises y rojos, habría hecho retorcerse de envidia: hasta al arrogante Ashton Wingate.

Carraspeó para llamar la atención de los otros, percibiendo que aquélla era la oportunidad de expresar *sus* sospechas.

-Señores, escúchenme por favor. Tenemos que hacer algo con respecto a esos locos que están sueltos en nuestra comunidad. Ninguno de nosotros está a salvo, y es una verdadera vergüenza que las mujeres de Natchez deban salir arriesgando la vida.

Un grave murmullo de asentimiento acompañó los gestos afirmativos. Al cabo de un momento se hizo el silencio y todos dedicaron a Horace su total atención. El improvisado orador, entusiasmado con el tema, hinchó el pecho y se colgó los pulgares en los bolsillos del chaleco. No le parecía raro que varios lo miraran boquiabiertos; sin duda, su actitud autoritaria y su costosa vestimenta los impresionaban. No dio señales de haber oído el comentario de un hombre a su compañero:

-¡Por Dió! ¿Quién se viste así a esta hora de la mañana? -El hombre se rascó el mentón barbudo-. Seguro que se pasó la mañana bebiendo ginebra y durmió la mona con las muchachas de Maggie, i allá en el puerto.

-¡Qué cada uno cuide de sí mismo, hombres! -bramó Horace-. No sólo las mujeres corren peligros. Los entendidos dicen que los locos suelen tener la fuerza de cinco o seis hombres. Son capaces de destrozar a un prójimo para robarle unas monedas. -Buscó palabras mágicas que los encendieran de fervor justiciero-. Yo les digo: ¡Es hora de que nos agrupemos para buscar a esos locos fugados, antes de nos hagan daño!

El silencio se adueñó del grupo; todos acababan de comprender que se les estaba pidiendo acción. Unos pocos curiosos se habían unido a la multitud; alguien estaba pasando una jarra para humedecer las gargantas sedientas.

-Todos piensan que los locos escapados eran hombres, pero tengo entendido que también había una mujer entre ellos. Más aun: la misma noche en que se incendió el asilo, Ashton Wingate llevó a su casa a una muchacha herida, vestida sólo con un camisón, llena de barro y cubierta de cardenales por haber caminado por los pantanos, ¿Qué puede uno pensar, si todos sabemos que hay sólo unos pocos kilómetros entre Belle Chene y el manicomio?

-No se puede saber qué hará ella con esa pobre gente, con esas ancianas que quedan solas, cuando Ashton viaja por negocios. ¿Iniciar otro incendio, acaso?

La multitud no sentía mucha lástima por las ancianas, sobre todo al pensar en el capataz negro y corpulento que cuidaba la casa. Ashton había dejado en claro, tiempo antes, que nadie podía entrometerse en él, con sus parientes, sus esclavos o su propiedad. Cierta vez había llamado al jefe de policía para que se llevara a unos muchachos que invadieran su propiedad, confundiendo una de sus vacas con un venado, en la oscuridad de la noche. También se decía que contrataba a jornaleros para que trabajaran junto con los esclavos y era de dominio público que nadie se ganaba allí el jornal sin arrimar el hombro. Cualquier excusa

para pisotear el césped de los Wingate era bien acogida, y ésa parecía excelente. Sería grato fregarle la nariz a Ashton en su propio prado.

Horace gritó, como si la idea le causara horror.

-¡No podemos permitir que sigan pasando esas cosas! La loca en cuestión -era fácil pasar de las sospechas a las conclusiones- podría asesinar a diez o doce personas más. Hay que detenerla.

Hubo un grito de asentimiento. En cuanto se apagó, Horace siguió perorando con su voz aguda.

-Les haremos un favor a todos y cumpliremos con nuestro deber, logrando que todos podamos dormir tranquilos y que las mujeres y los niños puedan caminar por la calle.

-¡Tiene razón! -se repitió el grito-. ¿Quién sabe cómo ir allá? ¡Necesitamos un guía!

Horace, preocupado, notó que la confusión parecía a punto de apagar el entusiasmo de la muchedumbre.

-¡Yo! -chilló, pero de inmediato comprendió su estupidez-. Puedo dibujarles un mapa. Eh... iría personalmente, pero no tengo caballo.

-¡Tome el mío! ¡Alguien tiene que mostrarnos el camino! Horace se quedó mirando la mano, donde acababa de aparecer un par de riendas. Cuando levantó la vista, el dueño del caballo había desaparecido. El huesudo animal sujeto por aquellas tiras de devolvió a Horace la mirada. Parecía construido por un neófito que hubiera juntado al azar unos huesos largos, retorcidos, dentro de un pellejo flojo, más o menos cubierto de pelo. Sus ojos estrechos parecían albergar un claro deseo de venganza contra cualquier estúpido capaz de montar en él. Horace se estremeció al recordar el dolor que le había causado su último intento de cabalgar; en esa ocasión había jurado no separarse jamás de los cojines del coche.

-Yo... eh... no... -murmuró, débilmente, apartándose de aquella, mirada perversa. Por fin logró aparentar algún coraje-. No saben hasta qué punto puede ser violenta esa mujer. Alguien debería...

-¡Tome! -Se encontró con un rifle antiguo y herrumbroso, del doble cañón-. Está cargado, así que trátelo bien, ¿quiere?

Las armas eran otro de los temas que Horace no lograba comprender. Siempre lo habían dejado dolorido, de un modo u otro. Al principio, su padre lo había regañado porque no sabía disparar; más adelante trató de enseñarle a manejar debidamente las armas, pero al' cabo de una hora, ante los restos de su sombrero, estuvo de acuerdo con el médico que le estaba quitando municiones del trasero: su hijo se las arreglaría perfectamente sin esos conocimientos. El tema no había vuelto a tocarse... hasta ese día.

-¡Vamos! -gritó alguien-. ¡Pongámonos en marcha! Todo el mundo estaba montado a caballo, como si los animales hubieran salido de la nada. Horace se encontró en la montura, con el rifle bajo el brazo. Sintió el dolor casi de inmediato y echó una mirada en torno, buscando a su cochero o a su carruaje. Notó que el ayudante del jefe de policía observaba la escena desde cierta distancia, pero no parecía que fuera a poner fin a la excursión. Varios hombres subieron a una carreta, mientras todos se reunían tras el elegante hombrecito. M. Horace Titch se juró que arreglaría cuentas con su cochero cuando lo encontrara, pero mientras tanto no tenía salida.

Alguien dio una palmada a su caballo, que partió entre gritos y mucho bullicio. Horace quedó atónito ante el trote de aquella bestia, capaz de mellar los huesos. Las comisuras de su boca se curvaron hacia abajo, en una mueca atormentada. Para escapar a los rebotes de su trasero contra la silla, trató de erguirse sobre los estribos, pero en esa posición corría el peligro de caer de cabeza sobre el cuello del animal. Cuando ciñó las piernas al vientre del caballo, sólo consiguió incitarlo a trotar de prisa.

Sacudió las riendas para frenarlo, pero lo único que hizo el confundido animal fue tomar un trote medio, con las patas rígidas. El jinete se convirtió en una masa de estremecimientos desde la mandíbula hasta la punta de los pies.

El trayecto era largo hasta Belle Chene, y Horace tenía motivos para, temer que pasara directamente por el infierno.

El clavicordio tomó nueva vida bajo los dedos ágiles que acariciaban el teclado. Lierin, entusiasmada, al saberse capaz de tocar el instrumento, había bajado a la sala, mientras las ancianas dormían la siesta, para probar la amplitud de sus conocimientos. Las notas dulces y fluidas atrajeron a Ashton al cuarto en cuanto llegó a la casa, después de arreglar hasta el último detalle del viaje río arriba, mientras el capitán y el señor Logan se encargaban de embarcar a los pasajeros.

Se reclinó en el sillón, contemplando el humo de su largo cigarro negro, que ascendía poco a poco hacia el techo, mientras la música ligera resonaba por toda la casa. Se sentía bañado por un mar de serenidad. No conocía a otra mujer que pudiera agitar tan a fondo sus emociones y dar tanto placer a sus sentidos. Su mera presencia lo llenaba de felicidad, aun comprendiendo que ella seguía siendo, en gran parte, un enigma. Quedaba mucho por saber sobre dónde había pasado los últimos años.

La calma se quebró cuando alguien llamó a la puerta de un modo súbito e insistente. Lierin dejó de tocar, mirando en derredor como si hubiera olvidado que existía otro mundo más allá de la sala. Cuando Ashton levantó la voz para ordenar que entraran, se llevó la sorpresa de ver a uno de los peones del establo, que entraba con el sombrero en la mano. No era habitual que Hickory fuera a la casa. El amo comprendió de inmediato que se avecinaba una crisis.

-Amo -jadeó el peón, agitando un dedo en dirección a Natchez-, amo viene un montón de gente pa' quí, muy corriendo, y tienen pinta de no queré nada bueno. -El negro hizo una pausa para recobrar el aliento antes de continuar-. Y estoy seguro de que vienen pa' quí. No hay otra tasa, ¿no?

Ashton estudió el asunto, en tanto dejaba la ceniza en un cuenco.

-Tal vez debamos preparar una recepción. ¿Todavía puedes hacer correr un poco a esas largas piernas?

-Sí, seño, amo. -Hickory, muy sonriente, sacudió la cabeza en señal afirmativa-. Estaba en el pajá cuando los vi vení. Bah, todavía puedo levantá una buena polvareda.

-Judd está limpiando la maleza en el arroyo. -Ashton lanzó sus órdenes en rápida secuencia-. Bajas hasta allí y le dices que venga Inmediatamente, con todos los hombres que pueda conseguir. Diles que se preparen para algo gordo. Dejaré instrucciones en la cocina por medio de Willabelle. Corre, Hickorv.

La puerta se cerró de inmediato. Ashton se acercó a Lierin, que había abandonado el banquillo, y sonrió para tranquilizarla, tomándole las manos.

-No hay por qué afligirse, amor mío -la consoló-. De vez cuando, algunos muchachos de la ciudad beben de más y buscan querella en *el* campo. Nosotros sabemos manejarlos sin que nadie salga herido, así que tranquilízate y sigue tocando. Tu música me agrada mucho; Ahora voy a hablar con Willabelle y después te escucharé desde el porche.

Depositó un rápido beso en el dorso de la mano femenina y se marchó. Lierin volvió a su música, pero con la retirada de Ashton había terminado aquel delicioso interludio. Definitivamente, él llevaba consigo la luz de aquel momento.

El grupo de jinetes se aproximó al porche, donde los esperaba amo de Belle Chene. Allí se esparcieron, pues cada uno buscó mejor puesto. Naturalmente, el perdedor de esa confusión fue menos hábil en el arte de montar; en este caso, un tal Mumford Horace Titch, quien había concluido la bullanguera banda hasta detenerse allí, cuando los cascos de su gallarda cabalgadura estaban punto de golpear contra el último peldaño. Una expresión horrorizada le contrajo la cara al notar el postrer rebote, y aspiró profundamente, con los



Librodot

dientes apretados, ante el tormento de la ocasión, trató subrepticiamente de desenredar la culata de su arma, liada con las riendas. Las bocas de los largos cañones giraron en una amplia parábola; se produjo una serie de corridas, ya que los compañeros del señor Titch decidieron, llenos de prudencia, que su portavoz necesitaba más espacio.

Por fin, Horace logró liberar la recalcitrante culata y, al buscar apoyo con la mirada, descubrió que sus aliados se habían retirado varios pasos hacia atrás, dejando que corriera de su cuenta la presentación de la queja al señor Wingate. Como todos parecían esperar que diera inicio a los procedimientos carraspeó y a pesar de su magu11ada condición, se irguió en toda su estatura, sólo para descubrir que aun así debía levantar la cabeza para mirar a Ashton a los ojos. Las facciones bronceadas de éste último expresaban cierta diversión lo cual perjudicó seriamente la compostura de Horace. Volvió a carraspear, nervioso, pero a pesar de sus esfuerzos no hallaba una sola palabra sensata por donde comenzar.

Ashton Wingate salvó la situación al ser el primero en saludar a sus visitantes:

-Buenas tardes, señor Titch, caballeros... -Se reclinó contra una columna, indolente, con los dedos metidos en los bolsillos-. Parecen haber elegido un buen día para pasear por el campo.

M. Horace Titch trató de erguirse un poco más, pero tuvo que dar un manotazo al rifle, que se le estaba deslizando.

-Dudo, señor, que pueda tratar con estas buenas personas mediante el uso de tontas cortesías.

Ashton arqueó una ceja condescendiente.

-Tengo la sensación de que quiere corregir mi equivocación, señor Titch. Puede comenzar por decirme qué están haciendo todos ustedes, aquí, en mi prado.

El arma se estaba haciendo pesada; Horace la cambió de posición. -Justamente es lo que voy a hacer, señor, y le advierto que sea cauto. Le aseguro que representamos a todo el condado de Natchez y Davis.

-¿De veras? -Ashton dejó que aquellas únicas palabras expresaran sus dudas.

-Se ha perpetrado una acción que perjudica a la buena gente de nuestra zona. -Horace sudaba profusamente; se habría enjugado la cara, pero no disponía de las manos libres-. Como bien sabe usted, señor, varios locos escaparon del asilo al incendiarse el establecimiento. Sé de muy buena fuente que usted se ha visto involucrado en este acontecimiento. -Notó un endurecimiento casi imperceptible en los ojos de color avellana, pero continuó, alentado por la presencia de sus compañeros. Ni siquiera Ashton Wingate se atrevería a oponerse a tantos-. Al parecer, usted ha recogido a uno de esos dementes en su casa. -Casi sin respirar, aguardó la reacción del otro a esa audaz afirmación. Aparte de una leve tensión en la mandíbula, no vio cambio alguno en él. Llegó a la conclusión de que Ashton Wingate no lo había oído o no captaba el significado de su declaración-. Me refiero, señor, a la... eh... joven que usted trajo hace un par de semanas. Bien puede ser uno de esos locos.

A espaldas de Horace se elevó un murmullo de asentimiento. Ashton se limitó a mirar el sol, cosa que hacía por segunda vez, y consultó su reloj de bolsillo. Horace, al no ver amenazas inminentes, se animó.

-Realmente, señor Wingate, no comprendo que usted haya corrido el riesgo de albergar en su propia casa a uno de ellos. Insistimos en que se la entregue a las autoridades. -M. Horace Titch notó que, por fin, había logrado captar la atención de Ashton, pues sus ojos pardo-verdosos lo miraban sin vacilar. Entonces se apresuró a añadir-: Siquiera hasta que pueda sólo por la seguridad de las mujeres y los niños habitantes de la zona.

Ahora que la exigencia estaba expresada, el resto de los hombres se relajó un poco. Hubo todo un coro de asentimientos y gestos afirmativos.

-¡Eso!

-¡Así se habla, Titcb!

-¡Tenemos que llevarla!

Ashton parecía extrañamente impertérrito.

-Todos ustedes han andado mucho para llegar aquí, y el día muy caluroso para la estación. -Alzó la voz-. Además, parecen muy incómodos sobre esos caballos. ¿Por qué no desmontan y descansan un rato?

Siguió una pausa, en tanto los hombres cavilaban. Entre ellos se elevó un suave murmullo. Ashton Wingate no era tan ogro, después de todo. Aceptando la invitación, todos desmontaron.

M. H. Titch se alegró mucho ante la perspectiva de volver a pis la buena y sólida tierra. En sus partes posteriores y anterior sentía un dolor considerable, y no estaba seguro de que no fuera preferible: volver a Natchez caminando, antes que seguir montando esa condenada nada bestia. Intentó varias veces pasar la pierna sobre la montura como los otros estaban haciendo con tanta facilidad, pero el largo rifle se le interponía. Acabó sentado sobre el arma; por suerte, el gatillo estaba bien asegurado; de lo contrario habría perdido su virilidad o, cuando menos, parte de una pierana.

Horace estudió su situación por un instante, sin prestar atención a la asombrada expresión de los que lo rodeaban. Si lograba sostener el arma en alto podría pasar la pierna derecha. ¡Sorprendente! De pronto se encontró de pie en el estribo izquierdo, sin nada que le estorbara.

No tenía mucha conciencia del peligro que representaba tener el pie profundamente hundido en la pieza de hierro, pero cuando comenzó a bajar el cuerpo se iniciaron sus sospechas; la otra pierna era demasiado corta para llegar al suelo. Quedó colgado, estudiando la maniobra siguiente, pero el asunto se resolvió solo. El arma se escapó de la mano y cayó entre el caballo y él; en su descenso, el desproporcionado percutor lo arañó desde la clavícula hasta el vientre.

Olvidando la mano que se aferraba tenaz, a las crines del animal, lanzó un manotazo a esa arma maligna. Al mismo tiempo, su pie derecho salió disparado por debajo del vientre del caballo. Con un golpe y un fuerte resoplido, Horace cayó a tierra, en posición decúbito dorsal.

El cauteloso corcel estiró el cuello para contemplar esa nueva dignidad con buena medida de desprecio. El rifle se balanceaba precariamente sobre el pecho del hombre aturdido, y pasó casi un minuto antes de que Horace recobrara el sentido. Súbitas visiones, en las que se imaginó llevado a rastras hasta la ciudad, lo impulsaron a actuar de inmediato. El polvo se arremolinó en torno del hombrecito, que forcejeaba frenéticamente para liberar el pie del estribo.

Uno de sus compañeros tuvo piedad y acudió en su ayuda. Cuando la bota quedó en libertad, Horace se levantó lentamente, utilizando el rifle a modo de muleta, y sacudió tristemente su traje nuevo, con lo cual provocó una epidemia de estornudos entre los más cercanos. Golpeó el sombrero de castor contra la pierna, hasta devolverle un tono parecido al original, y volvió a acomodárselo en la cabeza.

Al terminar ese simple arreglo, levantó la mirada hacia el dueño de casa; y de inmediato le fue evidente que Ashton Wingate lo miraba con algo semejante a la piedad. El odio le habría sido más soportable; al menos, no se habría sentido tan ridículo.

-Debo advertirle, señor... -comenzó, furioso. Pero tuvo que interrumpirse para escupir el polvo que le llenaba la boca-. No nos dejaremos disuadir fácilmente. Hemos venido para que nuestra comunidad vuelva a estar a salvo.

La tropa de truhanes comenzó a intercambiar timoratos comentarios, en tanto se reagrupaban detrás del conductor, levantando palos y rifles para afirmar su acuerdo con las declaraciones de Horace.

Ashton, con tranquila deliberación, estudió la multitud. Luego, con aire indiferente, pidió un balde de agua fresca, traída del pozo, y una jarra de ron. Sin alterarse, esperó que le trajeran ambas cosas y vació ostentosamente la bebida oscura en el cántaro. Después de



Librodot

revolver el líquido con un cazo, tomó un largo sorbo, terminando esa acción con una sonrisa de obvio placer.

La multitud, en extraño silencio, seguía cada uno de sus movimientos con ojos envidiosos. Las lenguas secas lamían, nostálgicas, labios apergaminados, mientras las narices se estremecían ante ese aroma. Ashton, seguro ya de haber logrado una atención absoluta, levantó el cazo y dejó que el líquido corriera en un chorro, lento, tentador.

-La ruta desde la ciudad es polvorienta y calurosa. Sin duda todos ustedes aceptarían con gusto un poco de agua fresca.

Los suspiros de alivio quedaron rápidamente apagados por los gritos de asentimiento. Una masa de cuerpos macizos se reunió cerca del porche, en tanto algunos codos empujaban a las siluetas de menor peso para recibir su ración. Ashton los miró fijamente, casi sonriendo.

-Eso es, muchachos. No hay nada como un buen trago para limpiar el polvo de la garganta.

Todos asintieron, anhelantes, con exclamaciones de aprobación.

Por fin. Horace cedió a su propia sed y se dignó acercar a sus labios el cazo rebosante. Paseó el primer sorbo por toda la boca y lo escupió al camino antes de saciar su sed. Después de pasar el utensilio, volvió al asunto que traía entre manos.

-¡Señor Wingate! -La escéptica atención del otro se centró en casi de inmediato-. ¿Piensa entregarnos a esa mujer, para que la pongamos a disposición del jefe de policía?

Súbitamente, sus cohortes recordaron el motivo de su visita. que el cántaro estaba casi vacío, se amontonaron en derredor del portavoz elegido.

Horace, que nunca había sido jefe de nadie, sintió un arrebato importancia. Con el arma en los brazos, se volvió para inspeccionar a sus compañeros. Se produjo una alocada huida en busca de lugar seguro ante el giro que describió la boca del arma.

Si Ashton hubiera estado de mejor ánimo, habría hallado cierto humor a la escena, pero apenas logró esbozar un sonrisa fría y tolerante. Llevaba algunos segundos sin oír el clavicordio; era de esperar que Willabelle hubiera tenido la precaución de acompañar a Lierin a su ***cuarto.***

Horace se aclaró la garganta.

-Usted ya comprende por qué hemos venido, señor. Si tiene la amabilidad de entregarnos a esa muchacha, la daremos en custodia a la policía para que ella decida que hacer. Yo me encargaré de que no se tomen medidas contra usted.

Ashton no .dijo nada ni cambió de expresión pero los -ojos de Horace se abrieron perceptiblemente al fijarse en la puerta de entrada. Allí estaba el corpulento capataz negro de Belle Chene, Judd Barnum, con un par de tremendas. pistolas en el cinturón. En el hueco de su brazo descansaba un trabuco antiguo, pero bien conservado; le cruzaba el pecho una ancha banda de cuero, de la que pendían diez o doce cargas para el arma imponente.

El negro guardó silencio, pero separó un poco los pies y procedió a revolver el hondo bolsillo de su chaleco, retirando un puñado de pequeñas piezas metálicas, que introdujo ceremoniosamente boca del trabuco. Después de apoyarlo otra vez sobre su brazo enorme,

levantó la vista hacia el hombrecito, que lo miraba perturbado, y recorrió luego el resto de la multitud.

Más de un concurrente se estremeció al conjurar una imagen mental de los destrozos que podía causar esa carga. Hubo vientres tensos y gruñidos de súbita consternación. Por algún motivo, la nota divertida y despreocupada había desaparecido de la excursión. La ge comenzaba a arrepentirse de haber molestado a los habitantes Belle Chene.

-Caballeros, están bajo el efecto de una mala interpretación -anunció Ashton, con aire casi agradable.

Horace trató de formular una pregunta, pero descubrió que tenía la boca seca, ahora de horror. Sabía que Ashton Wingate gustaba de invertir posiciones cuando alguien intentaba perjudicarlo, pero no hubiera esperado que se enfrentara a semejante fuerza, mucho menos para sacar ventaja. Muy consciente de la amenaza que tenía delante, se limitó a permanecer inmóvil, boquiabierto.

Los ojos de color avellana se fijaron brevemente en él. -y usted más que nadie, señor Titch.

-¿Por qué...? -fue la única palabra, estrangulada.

-La dama de la que habla con tan poca prudencia es mi esposa, y usted ha de conocerme lo suficiente como para saber que no suelo dejarme arrebatar nada por la fuerza, mucho menos tratándose de algo precioso para mí.

-¿Y por qué no la vimos nunca, si es su mujer?

La pregunta provenía de un hombre barbudo, al que le faltaban algunos dientes, próximo a la retaguardia.

-Si el jefe Dobbs desea formularme alguna pregunta, contestaré con el mayor de los respetos, pero a ninguno de ustedes le debo explicaciones.

-Ah... el jefe de policía es amigo de él. El viejo Harvey no levantará un dedo contra el señor. Tenemos que encargamos nosotros de esto si queremos justicia.

Una vez más, las cabezas se sacudieron afirmativamente, expresando la opinión general.

-¡Eso! ¡Pudo ser ella la que mató al asistente, y podría matar a alguien más! ¡Quién sabe si después no nos tocará a nosotros!

-¡Si no quiere entregarla, nos la llevamos igual!

Se produjo un súbito movimiento hacia el porche, pero Judd dio un paso adelante, sacando una de las pistolas del cinturón. Todo el mundo retrocedió de inmediato.

-Que yo sepa, el amo Ashton no invitó a nadie a pisá su lindo porche -dijo, casi cordial. Su gran sonrisa exhibía una dentadura reluciente y completa-. Yo que ustede' me

cuidaría mucho de ensucia', porque el amo tiene un carácter horrible cuando se enoja. A lo mejó vuelan unas cuanta' cabeza. Sería feo, claro, pero yo tengo que hacé lo que él dice. Él manda, ¿no? Se entiende.

-¡EI que debe entender eres tú, negro de porquería! Si matas a un hombre blanco te colgarán. ¡Mejor piénsalo dos veces!

La ancha: sonrisa de Judd no vaciló ante aquella mirada.

-Con eso usté no va arreglá nada, señó, porque estará un metro ochenta bajo tierra cuando me agarren.

-¡Negro arrogante! -bramó un hombre desaliñado-. ¡Cualquiera diría que es conde o algo así!

-No pueden hacer nada contra todos nosotros -instó otro, desde el centro.

-Bueno, el año pasado los vi limpiar la taberna, ellos dos solo -argumentó alguien, en favor de la prudencia-. Mejor será pensarlo bien.

-Buen consejo, caballeros -aseguró Ashton-. Estudien cuidadosamente las posibilidades antes de dar decisiones apresuradas.

-No nos asusta, Ashton --se burló un tipo corpulento-.. Los vamos a hacer puré, a usted ya su negro.

Ashton levantó un brazo para hacer señas a derecha e izquierda levantando la voz:

-¡Muchachos! ¡Será mejor que se muestren, antes de que esto tontos salgan heridos!

En la retaguardia un hombre dio un codazo a otro y desvió la cabeza a un lado. Otras cabezas comenzaron a girar, cautelosas, sobre los cuellos súbitamente tensos, mientras las bocas comenzaban a entreabrirse. Si la aparición del corpulento negro no había bastado par; calmar el espíritu de aventura, esa novedad estaba bien calculada par; causar efecto.

Por ambos costados de la casa estaban surgiendo sendas filas di negros sudorosos. Algunos llevaban hoces; otros, horquillas o hachas; unos cuantos habían hallado pistolas u otras armas que podían herir al hombre común. Por sus amplias sonrisas era fácil adivina que esperaban divertirse. Willis, con los ojos bien abiertos, apareció por la puerta principal, con un arma igual a la que el señor Titch custodiaba tan celosamente. Hiram surgió por el lado opuesto, también armado con un arma poderosa.

Ashton caminó tranquilamente hasta el frente del porche y estudió los rostros de sus visitantes, súbitamente preocupados.

-Ya saben ustedes que no me gustan los intrusos, menos aún los que vienen a robar o destruir algo de mi pertenencia. Algunos dicen que soy duro, que exijo compensación por la más leve ofensa. Ahora bien, es obvio que no puedo ahorcarlos a todos, porque no hal1 robado nada ni matado a nadie. Son demasiados para que se los encarcele, y de todos modos no harían sino abusar de la hospitalidad de la policía.

»Podría dar a cada uno de ustedes los azotes que merecen por venir a mi casa de este modo, pero hay otros asuntos que requieren mi atención. Sin embargo, creo que una buena caminata hasta Natchez, con tiempo para pensar, se ajustara a mis propósitos.

Con una sonrisa tolerante, miró a Judd e inclinó apenas la cabeza. El negro soltó una risa sofocada y descendió un peldaño antes de descargar simultáneamente la pistola y el trabuco al aire. La metralla y la bala ascendieron con un rugido. En inmediato acompañamiento los negros armados lo imitaron.

Los disparos provocaron una horrenda cacofonía que asustó a los caballos. Para aumentar el caos. La metralla cayó sobre ellos como un enjambre de abejas. El alboroto fue inmediato, casi increíble. Los animales asustados resoplaban relinchando y corcoveando bajo aquella lluvia. Horace perdió las riendas; el viejo caballo, percibiendo la libertad, inició la huida.

El resto de los hombres corrió a sujetar riendas, crines o colas antes de que todas las cabalgaduras imitaran ese ejemplo. Volaban cascos herrados en todas direcciones. Y para

escapar a su ataque halda falta un buen baile. Algunos patanes, decididos a insistir acabaron chillando, dando saltos, mientras otros se apartaban renqueando. Todo esto, para gran diversión de quienes presenciaban la escena.

Por fin, hasta el último de los caballos se alejó galopando por la ruta, tras una nube de polvo. Acababan de perderse de vista cuando otro grupo de jinetes se acercó a la casa por la alameda. El jefe Dobbs iba en su carro; entre quienes lo seguían uno hizo fruncir el ceño a Ashton: era Peter Logan, el del asilo. La presencia del hombre dio al dueño de casa motivos para lamentar el retraso del barco en zarpar.

Harvey Dobbs detuvo su caballo cerca del porche. Mientras mascaba pensativamente los restos de su cigarro, contempló a aquella chusma desharrapada ya los negros que seguían empuñando sus armas. Por fin fijó la vista en la colilla, antes de arrojarla a distancia.

-Debí imaginar que usted no necesitaba ayuda. -Harvey dedicó a Ashton una sonrisa de lado, señalando a su ayudante con la cabeza-. Este viejo Foss oyó la conmoción de la ciudad y decidimos venir a echar un vistazo.

El canoso ayudante arqueó una ceja ante el jefe del grupo, ahora desmontado, antes de lanzar un largo salivazo de tabaco junto a sus pies. Titch se apartó de un salto, indignado.

-¡Oiga! -protestó.

Y sacó un pañuelo del bolsillo para limpiar las salpicaduras de sus botas. Al inclinarse, el cañón de su rifle se deslizó hacia abajo. Al tratar de sujetarlo, se enganchó los dedos en el gatillo. La fuerza resultante de ambos cañones al dispararse contra el suelo, a quemarropa, lo arrojó directamente en el diminuto charco que había esquivado con tanto remilgo.

Por un momento se produjo un silencio aturdido; luego en los rostros circundantes comenzaron a asomar unas sonrisas, al cundir la risa contagiosa, del jefe de policía. Cuando las. Carcajadas cobraron más volumen, las mejillas de Horace tomaron un color de las remolachas. Con los labios fruncidos en un gesto de repugnancia apartó de su piel la pernera del pantalón, en tanto se incorporaba.

El jefe Dobbs se pasó la mano por la boca, como para carcajada, y bajó de su caballo; con una señal de la cabeza, Peter Logan que hiciera otro tanto y subió al porche, señalar asilo con el pulgar, por encima del hombro.

-El señor Logan aceptó venir a arreglar esto antes de zarpar, para que nadie –hizo una pausa para mirar a Horace, con el ceño muy fruncido- pueda venir otra vez a pasar por tonto. Bastará con que vea a la muchacha para acabar con estos rumores. -Para beneficio quienes escuchaban el diálogo, explicó-: El señor Logan es del asilo y está en condiciones de identificar a los escapados.

Ashton miró brevemente al encargado.

-Mi esposa ha pasado la semana indispuesta. No me gustaría molestarla.

Harvey Dobbs arqueó las cejas.

-¿Su esposa?

Ashton asintió rígidamente.

-Ahora no puedo explicarle, Harvey, pero es Lierin.

-Pero yo creía... -comenzó Harvey. Luego, con un gesto de confusión, se enderezó-. ¿Está seguro, Ashton?

-Sí.

Esa única palabra satisfizo al policía, pero era preciso tener cuenta a los demás.

-Para su seguridad futura, Ashton, creo que deberíamos permitir que el señor Logan la viera, a fin de terminar con esto ahora mismo. Se ha cometido un asesinato, y a estos hombres podría metérseles la cabeza venir cuando usted no estuviera.

-No quiero hacerla pasar por esto, Harvey.

La puerta de entrada crujió levemente al abrirse, llamando la atención inmediatamente a Ashton. Su corazón dio un súbito vuelco ver a Lierin en la estrecha abertura. Willabelle, atrás, intentaba ansiosamente hacerla entrar otra vez.

-¡Tengo que saber! -susurró Lierin, resistiendo a sus esfuerzo Después de abrir un poco más, salió a la luz del sol poniente.

Hubo varias exclamaciones ahogadas, pues, al aproximarse a los tres hombres reunidos, parecía casi angelical. Ashton se dijo que nunca la había visto tan hermosa. Los rayos rojos y dorados le encendían la cabellera. El peinado alto, el azul claro de su vestido pudoroso, creaban un suave y encantador engarce para su delicada belleza. Su llamativa



Librodot

hermosura hizo que los presentes pusieran en duda la cordura del jefe, pues, a ojos vista esa mujer no era una lunática, una loca delirante. Era sólo una muchacha pálida y asustada.

Unos cuantos de los valientes que emprendieran la aventura recordaron los rudimentos de la cortesía caballeresca y se apresuraron a descubrirse la cabeza. Hasta Horace quedó abrumado, pero la necesidad de disculparse ante esa mujer quedó prontamente sofocada por la seguridad de que Marelda no aprobaría el gesto.

La sonrisa de Lierin vaciló al detenerse ante Ashton. Levantó la vista hacia el jefe de policía, que le llevaba más de una cabeza de altura.

-¿Usted deseaba verme, señor? -preguntó suavemente.

Harvey Dobbs carraspeó, mirando a Peter Logan de reojo. El asistente miraba a la muchacha boquiabierto. De pronto, recordando los buenos modales, se quitó la gorra blanda y echó una mirada al ceño tenso de Ashton Wingate. Esa expresión pareció devolverle la conciencia: miró al policía con un rápido gesto negativo y repitió la sacudida de cabeza para beneficio del dueño de la casa, agregando una sonrisa y un guiño.

Aunque la actitud de Logan confundió a Ashton, haciéndole dudar de que ese hombre pudiera identificar a alguien, sintió una oleada de alivio.

Ashton había rechazado tercamente la idea de que Lierin fuera una interna escapada del asilo, pero también existía la posibilidad de que la hubieran encerrado injustamente allí. A partir de entonces, nadie podría poner en duda aquel aspecto, pues Peter Logan había dado su respuesta y la muchacha estaba a salvo. Ya tranquilo, Ashton la rodeó con un brazo para presentarla.

-Esta señora es mi esposa Lierin -afirmó con el orgullo hinchándole el pecho-. Tesoro, te presento al jefe Harvey Dobbs, amigo mío, y al señor Logan, que esta noche viajará a Memphis a bordo de uno de nuestros vapores.

-Si no comprendí mal, ¿usted es del asilo? -preguntó ella, sobre- saltando a los tres hombres con la reacción.

-En efecto, señora -respondió Peter Logan. -Los oí sin querer... porque las voces eran tan altas... -Indicó con la mano al grupo de hombres, ya medio dispersos-. Oí lo suficiente para saber que he sido bien defendida de estos ciudadanos. -Sus ojos se posaron tranquilamente en Horace, quien dejó caer la mirada y, con súbita incomodidad, frotó las suelas contra la tierra. Su bochorno aumentó cuando ella dirigió sus comentarios al jefe de policía-. Señor, si no soy la que busca, le ruego que considere en qué aprieto están esos pobres seres que efectivamente escaparon. Este delito no debe repetirse.

-Bien, señora -concordó Dobbs, respetuosamente-. Me encargaré de eso.

-Si se ha cometido un asesinato, debemos pensar que pudo una persona ajena al asunto quien lo hizo. ¿Trataría como culpar a los internos antes de escucharlos?

-Por supuesto que no, señora. -El tono terminante del policía echaba por tierra semejante posibilidad.

-Sus afirmaciones me tranquilizan. Confío en que los internos no sufrirán ningún daño mientras usted esté al mando.

-Haré lo posible por no desilusionarla, señora -manifestó él con una sonrisa.

Lierin, amablemente, dijo:

-No lo dudo, señor Dobbs. Pero ¿y qué harán estos hombres? -Estudió las caras del público con el ceño levemente fruncido-. Han perdido sus caballos y no veo cómo volverán a Natchez. ¿Hay mucha distancia?

Ashton rió entre dientes, mientras los del grupo contrario, al recordar su situación, comenzaron a murmurar y a gruñir. Sus torpes movimientos levantaron una nube de polvo en el camino pero como ya se les había informado de lo que les esperaba, nadie se atrevió quejarse.

-Lo bastante como para que piensen, tesoro.

-¿No deberíamos llevarlos a la ciudad, cuanto menos?

-Es una santa del cielo -exclamó un hombre, en tanto a su alrededor se elevaba un murmullo esperanzado.

Los seguidores de Titch estaban más que dispuestos a aceptar benevolencia de esa mujer, y contuvieron el aliento al ver que dueño de la casa miraba a Judd con una ceja arqueada.

-¿Tenemos alguna carreta donde quepan todos?

El enorme negro estudió el asunto con aire serio hasta que se ocurrió la idea; entonces, una amplia sonrisa se dibujó en su cara oscura, al captar la dirección en que corrían los pensamientos d amo.

-Bueno, hay una, amo Ashton, pero lo' muchacho' la tienen atra del granero. No creo que sirva para esto' señore'.

-¡Cualquier cosa es preferible a caminar! -declaró un hombre grueso, al que ya le dolían los pies.

Ashton se volvió hacia Hickory, que estaba cerca del porche.

-Ve a traer la carreta del establo. No podemos permitir que el señor Titch camine hasta Natchez y gaste sus zapatos nuevos.

Comenzaron a sonreír ya soltar algunas risas, hasta que una exclamación de Horace les hizo mirar hacia un extremo de la casa.

Sin duda, la carreta tenía el tamaño necesario, pues estaba construida con gruesas tablas agregadas a un fondo fuerte montado sobre ejes vigorosos. Las grandes ruedas saltaban con tremendo impacto en cada hoyo del camino. Lierin se llevó un pañuelo perfumado a la nariz ya la boca, pues la brisa traía hasta ellos un fuerte olor de estiércol fresco. Grandes trozos de esa materia cubrían la compuerta trasera y parte del interior. Una nube de moscas inquietas seguía al vehículo de cerca, como decididas a no dejarse privar de casa y sustento.

Fue Titch quien se manifestó muy ofendido al contemplar ese artefacto.

-¡Es una broma!

-No tengo otra cosa de ese tamaño y ustedes son muchos -le recordó Ashton-. Si usted es muy remilgado, puede caminar. Quizá la próxima vez prefiera esperar a que lo inviten; así me encontrará mejor preparado. Por ahora, le sugiero que emprenda la marcha de un modo u otro.

El jefe Dobbs se dirigió a los descontentos con una amplia sonrisa.

-Ya han oído, muchachos. Es hora de irse. Yo también debo advertirles algo: la próxima vez que quieran encargarse de mi trabajo, les impondré una multa tal que deberán venir a trabajar para Judd Barnum si quieren pagarla. -Y festejó su propia chanza con una risita-. Ahora se van a la ciudad y ¡mucho cuidado con detenerse en las tierras del señor Wingate, los que decidan caminar! Dentro de un minuto iré a ver si cumplen. ¡Andando!

Hickory se encaramó en lo alto del pescante, lejos del hedor y de las moscas, silbando entre dientes, con una inocente sonrisa para quienes preferían subir. Después de todo, el camino a Natchez era largo.

El señor Titch se demoraba. Tercamente, resolvió caminar detrás de la carreta. Mientras el vehículo de alejaba por el camino, él lanzó varias miradas sombrías hacia el dueño de casa.

El jefe Dobbs, riendo, observó a aquella sucia pandilla. -Unos pocos kilómetros más allá dejarán de sentir el olor, pero que Dios ayude a los de la ciudad, cuando lleguen.

-Es algo que recordarán largo tiempo -comentó Ashton. Harvey arrugó la frente.

-Algunos de ésos no perdonan, Ashton. Será mejor que se cuide y vigile a los suyos, por un tiempo. A veces, los que parecen más inofensivos son los que guardan los más grandes rencores.

Ashton dejó caer una mano en el hombro de su amigo.

-Me encargaré de eso. Harvey ...y gracias.

-No hay de qué.



Librodot

El policía, sonriente, se volvió a vigilar a la turba que se retiraba. Algunos de los que habían preferido caminar iban renqueando. El gallardo Mumford Horace Titch, que llegara a la vanguardia, había quedado relegado al final del grupo.

Mucho más adelante acabó por ceder y trepó a la carreta para aferrarse tenazmente a su precario lugar hasta que la incomodidad lo obligó a caminar otra vez. No es necesario decir que tuvo tiempo suficiente para meditar el error de haber invadido la propiedad de Ashton Wingate.

## *CAPITULO* 6

El traqueteo de los cascos se apagó en la distancia al desaparecer el jefe de policía con sus hombres. La casa volvió a asentarse en una apacible tranquilidad, pero Lierin no tenía paz.

Había vuelto a la sala, dando a Ashton la oportunidad de hablar en privado con su amigo, pero permanecía tensa en el borde de la silla y no podía dejar de temblar. La había invadido un gran miedo interior al oír las furiosas acusaciones, pues temía que Horace Titch y su banda de rufianes tuvieran razón: que ella fuera la mujer fugada del manicomio.

Desde el día en que despertara del vacío, no había sentido con tanta fuerza la angustia y la frustración de su amnesia. Era como enfrentarse a una puerta lisa, sabiendo que del otro lado había algo, pero sin hallar la cerradura o pomo con que abrirla. Más allá de la barrera yacía casi toda su vida, oculta y fuera de su alcance. Deseaba desesperadamente saber de dónde venía, quiénes eran sus parientes y amigos, qué acontecimientos le habían llevado a su colisión con el coche de Ashton.

El señor Logan había hablado en su defensa, y era de esperar que el asunto estuviera aclarado. Pero al observar la escena desde el vestíbulo había notado algo que los otros, tal vez, no vieran. Si bien Ashton daba muestras de estar decidido a protegerla hasta la muerte contra esa turba, parecía reacio a dejar que el asistente canoso la viera, como si también él sufriera la comezón de la duda con respecto a su identidad.

Lierin posó sus manos temblorosas sobre el regazo y miró fijamente esos dedos delgados, la simple alianza de oro, hasta que una dolorosa punzada le hizo cerrar los ojos. Se frotó lentamente el ceño con la punta de los dedos, tratando de calmarla con masajes. Detrás de los párpados comenzó a formarse una visión: la de una mano que sujetaba un atizador largo, fino, con un pico en la punta. El instrumento se levantaba a gran altura para bajar luego, cruel, como un azote, una y otra vez. De pronto, en la mente de la muchacha apareció una máscara contraída que se fue convirtiendo, progresivamente, en la cara de un hombre. El semblante se contrajo en un grito; le

El traqueteo de los cascos se apagó en la distancia al desaparecer el jefe de policía con sus hombres. La casa volvió a asentarse en una apacible tranquilidad, pero Lierin no tenía paz.

Había vuelto a la sala, dando a Ashton la oportunidad de hablar en privado con su amigo, pero permanecía tensa en el borde de la silla y no podía dejar de temblar. La había invadido un gran miedo interior al oír las furiosas acusaciones, pues temía que Horace Titch y su banda de rufianes tuvieran razón: que ella fuera la mujer fugada del manicomio.

Desde el día en que despertara del vacío, no había sentido con tanta fuerza la angustia y la frustración de su amnesia. Era como enfrentarse a una puerta lisa, sabiendo que del otro lado había algo, pero sin hallar la cerradura o pomo con que abrirla. Más allá de la barrera yacía casi toda su vida, oculta y fuera de su alcance. Deseaba desesperadamente saber de dónde venía, quiénes eran sus parientes y amigos, qué acontecimientos le habían llevado a su colisión con el coche de Ashton.

El señor Logan había hablado en su defensa, y era de esperar que el asunto estuviera aclarado. Pero al observar la escena desde el vestíbulo había notado algo que los otros, tal vez,

no vieran. Si bien Ashton daba muestras de estar decidido a protegerla hasta la muerte contra esa turba, parecía reacio a dejar que el asistente canoso la viera, como si también él sufriera la comezón de la duda con respecto a su identidad.

Lierin posó sus manos temblorosas sobre el regazo y miró fijamente esos dedos delgados, la simple alianza de oro, hasta que una dolorosa punzada le hizo cerrar los ojos. Se frotó lentamente el ceño con la punta de los dedos, tratando de calmarla con masajes. Detrás de los párpados comenzó a formarse una visión: la de una mano que sujetaba un atizador largo, fino, con un pico en la punta. El instrumento se levantaba a gran altura para bajar luego, cruel, como un azote, una y otra vez. De pronto, en la mente de la muchacha apareció una máscara contraída que se fue convirtiendo, progresivamente, en la cara de un hombre. El semblante se contrajo en un grito; le llenaba los ojos un terror que se metía hasta el alma Lierin, retrocediendo ante ese horrible fantasma, gimió de pánico; hubiera querido liberarse de esas fantasías que no dejaban de atormentarla.

Se levantó con un grito estrangulado al sentir una mano en el hombro. En un desesperado intento de recobrar la libertad, se apartó de esa silueta alta, pero un brazo la sujetó por la cintura, atrayéndola hasta un pecho sólido.

-¿Lierin? -Ashton le sacudió la cabeza un poco, para devolverle el sentido-. Lierin. ¿qué pasa?

Ella lo miró con ojos grandes y asustados, apretándose la boca estremecida con la mano.

-No sé. Ashton -balbuceó sacudiendo la cabeza-. Veo algo, siempre... o recuerdo. --. Desvió la cara para ocultarse de las miradas afligidas del hombre, hablando entre lágrimas-. Veo una mano levantada que golpea... golpea... -Le temblaban los hombros; comenzó a sollozar-. Tal vez he herido a alguien. ¡Tal vez debiste dejar que me llevaran! ¿y si soy la que buscan y el señor Logan mintió?

-¡Tonterías! -Ashton la tomó por los hombros para mirar intensamente aquellos hondos charcos de esmeralda, como instándola a confiar en él-. Tú no tienes nada, salvo una simple pérdida de memoria. Sufriste un golpe y no puedes recordar. Estás dejando que las acusaciones de eso truhanes influyan en tu memoria.

-¡Nooo! -gimió ella-. No comprendes. Tuve una visión parecida antes de que vinieran esos hombres.

Ashton la estrechó contra sí, envolviéndola en sus brazos, en tanto le rozaba la sien con los labios.

-Probablemente es sólo un sueño que tuviste alguna vez; no debes tomarlo en serio.

-Ojalá pudiera creer eso. -Lierin apoyó la frente contra el cuello masculino, donde se percibía el lento y fuerte latir del pulso. Su seguridad parecía una sustancia casi tangible en sus brazos, y dentro de ella, muy hondo, iba creciendo un anhelo. Como si el alma le ordenara hablar, sus pensamientos ascendieron sin trabas a la lengua-. No sabes cómo deseo creer que esa pesadilla nunca fue realidad. Yo... quisiera creer que soy tu esposa, Ashton. Quiero... quiero ser parte de ti, de tu familia. estar segura de que pertenezco a t1 hogar. Debo conocer la verdad.

Ashton, firme en su esfuerzo de tranquilizarla, le tomó la cara entre las manos para sondear las traslúcidas profundidades abiertas su mirada.

-Entonces créelo. Lierin -le instó en un susurro-. Acepta como cierto la que te digo y confía en mí. No quiero hacerte daño. Si supieras lo mucho que te amo no tendrías miedo.

Con deliberada cautela, su boca descendió a cubrir la de ella en un beso lento, conmovedor, que continuó sin ceder hasta que los miedos se retiraron a lo más alejado de la conciencia. Los labios de Ashton se movían sobre los de ella, separando, jugando y exigiendo una respuesta, con sutil persistencia. Las brasas dormidas cobraron vida, calentándola, y lentamente le alteraron los pensamientos. Subió las manos por la espalda de él, rindiendo los labios a su ardor. Era el paraíso en la tierra, un dulce néctar que sólo los enamorados podían gustar, una poción que debía ser saboreada con lentitud, a fondo.

Y así habría sido, de no acercarse un ruido de tacones. Ashton levantó la cabeza y los ojos de avellana ardieron en los de ella, en una muda promesa. Se apartó de Lierin y abandonó la habitación a grandes pasos, dejándole ruborizada.

Pero no deseaba que la encontraran en ese estado. Levantó las faldas para seguir a Ashton por el comedor, hacia el vestíbulo más lejano. Y allí se ruborizó, confusa, pues él se había detenido para mirar hacia atrás. Su mirada pareció tocarle por doquier, desnudando su cuerpo, arrancándole el aliento con la audacia de esos ojos. Al parecer, juzgaba correctamente su situación, pues comenzó decidido, a desandar el trayecto. Sobre el palpitar de su corazón, Lierin oyó el parloteo de las ancianas, que entraban en el salón, y comprendió que el camino hacia la escalera estaba despejado. Huyó, sabiendo que, si se dejaba tocar otra vez, perdería toda lógica.

Sin aliento ascendió a la carrera, buscando la seguridad de su cuarto. Cerró la puerta con llave y clavó la vista en la madera de la puerta, mientras aguzaba el oído para captar el paso tranquilo de las botas. Éstas llegaron hasta su puerta, sin vacilar, y se detuvieron al1í. Unos nudillos golpearon levemente la puerta.

Lierin se mordió los labios, esperando la segunda llamada. Siguió una tercera. El pomo se movió lentamente, como si lo probaran, pero los pasos acabaron por retirarse. Lierin hubiera podido suspirar de alivio, pero en ella se insinuaba una especie de desilusión que desplazaba cualquier posible sensación de victoria.

Un viento helado llegó desde el norte, trayendo consigo una masa de nubes negras que apagaron el último resplandor del horizonte. Comenzaron a caer algunas gotas; primero fue una leve llovizna, que asentó el polvo y trajo el dulce aroma de la lluvia al interior de la casa. Más adelante, en tanto los relámpagos brillaban más cerca des- plegando el poder de la tormenta, un aguacero torrencial cayó en los campos de Belle Chene. Los sirvientes se apresuraron a cerrar las ventanas ya reavivar el fuego que habían dejado morir en el calor del día. Hubo especulaciones divertidas sobre los aprietos del señor Titch y su banda de truhanes. Todo el mundo estaba de acuerdo en que Hickory, con su sentido común, buscaría refugio contra la tormenta, pero quedaba por ver si el resto podía pasar la noche en un granero sin que se librara una verdadera guerra.

Willabelle se presentó para ayudar a su joven ama con el tocado para la cena. Aunque Lierin hubiera preferido esconderse como una cobarde, se entregó al cuidado de la negra. La elección del vestido era simple, pues no había acudido la modista, y el verde esmeralda era el único que le quedaba por usar: Era una creación para la noche, muy bonita, pero cuyo escote le descubría los hombros por encima de las mangas abullonadas, descendiendo mucho hacia el seno, al tiempo que las ballenas del corsé presionaban las curvas de los pechos, poniéndolas a la vista. Como se había convencido de las ventajas de la prudencia, Lierin se preguntó si no era arriesgado lucir semejante atuendo en presencia de Ashton. El escote era, quizá, más pudoroso que el de Marelda, pero teniendo en cuenta la mayor plenitud a exhibir, no podía considerarse recatado. Sin embargo, parecía difícil que Ashton le hiciera ciertas proposiciones en compañía de sus parientes.

Su confianza se acentuó cuando, al descender la escalera, oyó una suave melodía que provenía de la sala. Mientras Ashton siguiera tocando el violoncillo, ella estaría a salvo de esas miradas que le aflojaban las rodillas y de las caricias hechas como al azar. Además, mientras él se concentraba en la música, le daría la oportunidad de observarlo a voluntad.

El cuarto estaba levemente iluminado por diminutas llamas que bailaban sobre diez o doce velas. En el hogar ardía un fuego alegre, agregando su calidez y su luz vacilante al interior, amueblado con tan buen gusto. Más allá de las ventanas, los relámpagos seguían cruzando el cielo nocturno; salvajes vientos caóticos se arremolinaban en las esquinas de la casa, agitando las ramas de los árboles próximos al edificio.

Ashton estaba sentado de espaldas a la puerta, tocando, y ella se acercó sin mirar más allá. Aunque sólo le veía los hombros, se dio cuenta de que estaba impecablemente vestido, lo cual, por supuesto, no era raro. Parecía tener muy buen gusto para elegir ropa elegante y de

corte irreprochable. Tal era el caso de la chaqueta azul intenso que llevaba puesta en ese momento: las líneas pasaban suavemente de los hombros anchos a la cintura estrecha, sin la menor señal de arrugas que afearan el corte. Pero el mérito no era sólo de la prenda, pues la estatura del hombre su musculosa esbeltez, resaltaban hasta con los viejos pantalones de montar que usaba para el trabajo.

Lierin, que no deseaba molestar, había puesto cuidado en suavizar sus pasos, pero al acercarse ella la música se interrumpió y Ashton se puso de pie. Dejando el instrumento, se encaminó hacia ella con una sonrisa. Su mirada saboreó aquella belleza, deteniéndose en obvia apreciación sobre el seno henchido. La tomó de las manos y bajó la cabeza para capturarle los labios con la boca abierta; ella se sobresaltó de inmediato ante e] leve roce de su lengua. No esperaba que la saludara tan apasionadamente en presencia de las ancianas.

-Tu abuela se escandalizará -protestó, sin aliento, apartándose. Una sonrisa perezosa curvó los labios de Ashton.

-Dígame, señora, ¿cómo es posible eso, si ella no está aquí?

-¿Que no está? -La mirada de Lierin buscó el par de sillones que solían ocupar las damas Y. al verlos vacíos, se elevó a aquella cara sonriente.-¿A dónde…?

-Un vecino las invitó a cenar. -Se encogió de hombros-. Nosotros estábamos incluidos en la invitación, pero yo presenté disculpas por los dos.

-Entonces... -Lierin echó un vistazo preocupado al cuarto. Un relámpago cegador pareció mostrarle la verdad-. ¿Estamos solos?

-Exceptuando a los sirvientes. -Él arqueó una ceja-. ¿Te preocupa eso, amor mío?

Ella respondió con un lento ademán afirmativo.

-Usted es muy pícaro, señor Wingate.

Ashton, riendo, la acompañó hasta el aparador, donde centellea- han los botellones de cristal, y le sirvió un poco de vino de jerez con agua.

-¿Qué temes que haga?

Ella tomó un sorbo y soltó un largo suspiro antes de contestar:

-Creo que piensas seducirme.

Los blancos dientes brillaron en una sonrisa maliciosa.

-La diferencia entre seducción y violación, amor mío, es el simple no. Basta con que lo pronuncies.

Lierin no pudo hacerlo. Esa palabra se parecía mucho a la cautela que iba perdiendo poco a poco su sabor para convertirse en una costra seca, insípida, incapaz de dar placer. Aunque simple, cada vez le estaba costando más pronunciarla ante él.

La mirada de Ashton descendió al escote curvado, dejándola sin respiración. Bajó la cabeza y, haciendo estremecer el corazón de la joven, depositó un beso en el hombro desnudo.

-Está usted muy apetitosa esta noche, señora... un deleitoso bocado que saborear. -Le tocó brevemente la piel con la lengua, arrancándole una exclamación de sorpresa; el pulso volvió a acelerarse en las venas de la muchacha. Él sonrió ante su mirada atónita, contemplando e] color que se esparcía hacia abajo, hasta los blancos pechos-. No basta con probar una vez -murmuró, y se inclinó un poco más para deslizar levemente la lengua contra la curva más alta de esa tentadora redondez.

-¡Ashton! -Lierin dio un salto ante el roce de una rama contra los vidrios y aplicó una mano restrictiva contra el pecho de él, con un susurro estremecido--: ¡Los criados!

Ashton se incorporó, riendo, para darle un beso más correcto en ***la*** sien, reconfortado al ver que ella no la rechazaba.

-Ah, amor, tengo tanta hambre que apenas puedo contenerme para no sentarme al festín, aun con tanta gente en la casa. Quisiera llevarte otra vez a Nueva Orleans, al mismo cuarto en donde hicimos el amor por primera vez, donde podamos estar juntos y solos.

Una puerta se cerró bruscamente en la parte trasera de la casa. Ambos se separaron al ver que Willabelle entraba en el comedor, bufando.

-¡Diosito, ese viento va'cé vo1á la casa, si no para! -y rió por lo bajo, sacudiendo la cabeza-. Caramba, a lo mejó lleva al señó Titch derechito hasta Naschez. Seguro que en su vida se dio semejante baño. Claro que le hacía falta si subió a esa carreta. Como me gustaría ve'lo ahora. ¡Ja! Debe está medio loco pa' creé que se podía llevá como si fuera un trapo. Pero usté lo puso en su sitio, amo. El ama de llaves volvió a reír antes de verificar la preparación de la mesa. Luego se encargó de pasar el cubierto puesto en un sitio más próximo a la cabecera. Por fin, con un gesto satisfecho, salió del cuarto. Un momento después aparecía Willis para anunciar que la cena estaba servida. Mientras el criado volvía a la cocina, Ashton ofreció el brazo a su joven esposa y la condujo hasta el sitio dispuesto por Willabelle, donde una vez sentados, la tendría bajo su estrecho escrutinio. Le acarició levemente las costillas al ella para ocupar el asiento; ante su mirada inquisitiva, la por un momento largo, eterno.

Ashton no era de los que dejan pasar las oportunidades; una vez más, sus labios buscaron los de ella. Cuando levantó la cabeza nuevamente fue para sondear aquella profundidad verde y centelleante. Lierin se sentía como hipnotizada por la fuerza de esos ojos; temblorosa, se apartó de su contacto y ocupó la silla. No podía pronunciar las palabras que deseaba, las súplicas que le harían tratar con sus emociones. Deseaba amor, pero todo estaba acelerándose demasiado. ¿Como discernir con claridad el bien del mal, Si no estaba segura de quién era?

Durante la comida, la mirada de Ashton no se apartó mucho de aquella que le despertaba el apetito. En cuanto a Lierin, el jerez había servido para apagar sus reparos; comenzaba a disfrutar de esa cena íntima y del suave contacto de aquella mano en su brazo.

Cuando volvieron a la sala, Ashton cerró tras de sí las puertas de cristales, para aislarse del comedor, en segura intimidad. Lierin volvió al clavicordio, tratando de investigar el fondo de su memoria al mover los dedos sobre el teclado. Ashton, a su lado, le apuntaba las notas olvidadas cuando ella se detenía, confundida, pero sobre todo admiraba aquellos hombros desnudos que descendían hacia el seno suave.

La joven le sonrió, con ojos brillantes, cuando él le rozó la nuca con los nudillos, pero su contento disminuyó un poco al notar que él se apartaba. De pronto le vio tomar el atizador y un espanto súbito se apoderó de ella, petrificándole la mano sobre el teclado. El breve destello de un hierro que descendía hacia la cabeza de un hombre le robó bruscamente la paz del momento.

Ashton levantó la vista, sorprendido ante el discordante final de la melodía. Al ver su expresión asustada y los dedos temblorosos que apretaba a sus sienes, dejó el atizador en su gancho y corrió hacia ella. Sabía muy bien lo que la atormentaba; la hizo poner de pie para estrecharla contra sí, murmurándole al oído:

-Todo está bien, amor mío. Todo está bien. Trata de no pensar en eso.

-El atizador... -Lierin temblaba contra él-. ¡Es siempre igual, una y otra vez! Un hombre golpeado por un hierro. Oh, Ashton, ¿cuándo acabará?

Él la apartó para preguntarle:

-¿Conoces a ese hombre? ¿Sabes cómo es? ¿Lo viste alguna vez?

-Todo es muy borroso. -Por las mejillas comenzaban a correrle las lágrimas-. Oh, Ashton, tengo mucho miedo. No sé por qué sigo viendo eso, a menos... a menos que me atormente el recuerdo de algo que he hecho. ¿Estás seguro de que el señor Logan...?

-No tienes nada que ver con eso, Lierin -insistió Ashton-. Ese hombre fue apuñalado con un cuchillo. y era corpulento; pesaba más del doble que tú. Aun con el atizador, con todas tus fuerzas, no habrías podido con él. Te habría rechazado antes de que pudieras hacerle mucho daño.

-Pero lo que tengo en la espalda... tú dijiste que era como un golpe. Tal vez...

Ashton acentuó sus palabras, mirándola fijamente a los ojos.

-Peter Logan dijo que no eras la mujer del manicomio, Lierin. Acéptalo.¡No eres esa mujer! Tú eres Lierin Wingate, mi esposa.

Su tono autoritario pareció poner las cosas en la perspectiva debida, y ella dominó sus temores con creciente determinación. Si quería sobrevivir a esa parte de su vida con el juicio intacto, debía actuar con firmeza, sin dejarse abrumar por el peso de sus temores. Cuando logró calmarse, a fuerza de voluntad, limpió la humedad de sus mejillas. Ashton fue a servirle un poco de coñac.

-Toma, bebe esto -la instó-. Te hará bien. -Le vio tomar un sorbito cauteloso del fuerte licor y sonrió ante su estremecimiento de asco. Con un dedo bajo la copa, se lo nevó a los labios otra vez. – Todo, amor mío.

Lierin obedeció, tragando a su pesar el fuerte líquido a pequeños sorbos, hasta que sólo quedaron unas gotas. Con un último estremecimiento, devolvió la copa; sentía ya el calor del coñac esparciéndose por ella. Ashton la tomo de la mano para llevarla al sofá, donde ocupó el rincón para atraerla hacia sí. Las emociones de la muchacha se calmaron al descansar contra él, suspirando. Necesitaba esa ternura que el le prodigaba tan liberalmente. Parecía natural acurrucarse, contra él, apoyar la mano contra su pecho.

Pasó un rato, largo, silencioso, apacible en tanto las llamas se elevaban por un instante para morir después poco a poco. El cuarto comenzó a enfriarse; por fin, Ashton la dejó, contra su voluntad para arrojar más leños al fuego. Al volver se sentó en cuclillas ante la joven y le puso una mano en el muslo, acariciándoselo con suavidad

-Pasó?

-Creo que sí-

Le llamó la atención la intimidad de esa caricia, pero no vio motivos para apartarse de ella y aceptó aquellos tiernos sentimientos, Sus mejillas se fueron encendiendo bajo aquella mirada silenciosa; por fin apartó la vista hacia el fuego para calmar su confusión.

-Hay otro dormitorio contiguo a mis habitaciones -dijo él, y esperó a que ella lo mirara, en extrañado silencio, para continuar-: Me gustaría que esta noche te trasladaras a él. -Una sonrisa perezosa acompañó sus palabras-. Sé que la tentación será más fuerte para mí pero lo prefiero... al menos por el momento. -Sus labios se abrieron en una sonrisa pícara.- Creo que a estas alturas está bien claro lo que deseo. Y no tiene nada que ver con habitaciones separadas.

Con los ojos profundamente fijos en los de él, Lierin susurró:

-Ten cuidado conmigo, Ashton. -Su sonrisa se tornó melancólica-. Tienes un modo de ser que... No estoy segura de resistirte.

Él arqueó las cejas, sorprendido. Le asombraba esa admisión por parte de la muchacha, tan enterada de que él quería poner a prueba su resistencia.

-Señora, ¿sabe lo que está poniendo en mis manos?

Lierin fingió una dulce inocencia.

-¿Confianza?

Él arrugó la frente en un gesto de fastidio, pues aquella única palabra parecía ahogar sus esperanzas.

-Hum... -Se levantó para ofrecerle una mano-. Venga, señora. La acompañaré a su nueva alcoba para no violarla aquí mismo.

-Pero, ¿no dijiste que la confianza era importante en el matrimonio? -señaló ella, en tanto se levantaba.

Ashton respondió con un gesto de incertidumbre.

-Esa palabra está surgiendo con demasiada frecuencia para mi comodidad. Terminaré con tu idea de lo que es confianza llevándote a Nueva Orleans. Si eso falla, seguramente pereceré allí de tanto desearte.

Ella no pudo interpretar su expresión.

-.¿Lo dices en serio? Lo de Nueva Orleans, quiero decir.

-Sí, en realidad, sí -afirmó él, en tanto la idea iba echando raíces.

-Pero si acabas de volver de allá.

-Este viaje será sólo de placer para ambos, señora -le aseguró él calurosamente.

Lierin lo miró con aire de escepticismo.

-Y piensas, naturalmente, completar tu seducción.

-Sí, señora. Cuanto antes, mejor.

Ashton se inclinó para tomarla en brazos, y le besó el cuello, mientras ella se acomodaba contra él, satisfecha. Él quedó fascina- do por la manera en que el vestido se ahuecaba en su seno al levantar los brazos para echárselos al cuello. Era un espectáculo tentador, y lo disfrutó largamente mientras la llevaba hasta la puerta de su propio dormitorio. Allí abrió con un hombro y franqueó el umbral llevándola en brazos. Atravesaron el conjunto de habitaciones y se detuvieron en el cuarto de baño, donde él la dejó sobre sus pies.

-Seguramente quieres desvestirte aquí. El dormitorio ha de estar un poco frío, todavía. -Ashton inclinó la cabeza hacia el pequeño armario, donde se veía un montoncito de ropas bien plegadas-. Hice que Willabelle te trajera algunas cosas mientras cenábamos.

Lierin reconoció las prendas: su propia bata verde y el camisón de batista. Entonces comprendió que la invitación a mudarse no había sido tan espontánea. No sólo estaba pensada de antemano, sino que él había tomado ciertas medidas, dando por sentado que ella acepta- ría. Lo miró con cierta sorpresa.

-Creo que te he subestimado. Ashton le devolvió la sonrisa.

-Me pareció que no te opondrías.

-¿Siempre tienes tanta seguridad en ti mismo?

-Es cuestión de lógica, señora. Aquí hay más comodidad.

-Y todo te queda más a mano.

-Eso también -reconoció él, con pícaro aplomo. Se quitó la chaqueta, la corbata y el chaleco y los dejó en un perchero. Luego be las manos de Lierin-. Atizaré el fuego mientras te desvistes.

La puerta se cerró tras él, permitiendo a Lierin unos pocos momentos de intimidad para pensar. Cada vez tenía mayor conciencia de que, al estar con él, apenas pensaba en resistir. Ashton era como un fuerte imán que la atraía progresivamente. Era un hombre total. y puesto que en ella existía todas las ansias femeninas, mostraba muy susceptible. A pesar de sus intenciones de mantener la lógica y el autodominio comenzaba a disfrutar de la idea de estar casada con él. Razonable o no, deseaba la intimidad de la relación conyugal.

La bata de Ashton pendía del perchero, con otras prendas. Bajó caricia de su mano, el terciopelo despidió una fragancia limpia, masculina, llenándola de suaves anhelos. Contuvo el aliento, prendida ante su propio capricho, y trató de concentrarse en el acto de desvestirse. El camisón se deslizó con suavidad por su cuerpo desnudo. Lejanamente, se preguntó cómo sería hacer el amor con Ashton, si el momento sería placentero o si la expectativa era mucho más entretenida que la realidad. Paseó la mirada soñadora por pequeña habitación, poniendo en duda la posibilidad de que así fuera. Ese hombre exudaba una incesante e innegable corriente viril. Aunque cabía imaginar esos ojos de color avellana llenos de fría cólera, él ardía un fuego que no dejaría de fundir cualquier resistencia femenina.

Lierin sacudió la cabeza, enojada. Una vez más se estaba dejando llevar por los pensamientos. En vez de sofrenarlos, les estaba dando rienda suelta. Era ilógico pensar en hacer el amor Con un 1 que todavía era casi un extraño. ¿Por qué insistía en esas ideas, sabiendo que lo más prudente era mantener las distancias?

Después de anudar la bata a su estrecha cintura, entró en el dormitorio contiguo y avanzó, descalza, por la lujosa alfombra, admirando los muebles finos y el colorido suave. Era todo lo que una mujer podía desear.

Ashton la observaba desde el hogar. Ella se aproximó para tomarlo del brazo, dándole su respuesta con una suave sonrisa.

-Es una bella habitación, Ashton. Tenías razón: no hubiera podido rechazarla.

Y se alzó de puntillas para imprimirle un beso en la empero, giró la cara para presentar los labios. Lierin, sin deseos de resistirse, saboreó lentamente el calor de aquella respuesta. El abrazo se tornó más estrecho, el beso se intensificó por un largo momento. Indecisa entre la rendición y la negativa, la joven tembló en los brazos de Ashton, sabiendo que él se excitaba cada vez más. Si no lo detenía inmediatamente el tiovivo de sus emociones, no tendría fuerzas para negarse.

-Necesito tiempo, Ashton -susurró, suplicante, al deshacer el abrazo-. Por favor, deja que me encuentre a mí misma.

Las cejas de Ashton se unieron en un gesto dolorido. Ella vio el tormento de esa negativa. Sin saber cómo aliviarlo, lo siguió hasta la cama y le permitió apartar las sábanas. Cuando volvieron a mirarse, él dejó escapar un suspiro entrecortado y levantó las manos, como para tomarla por los hombros. Ella esperaba, llena de expectativa, deseando el contacto, pero lo vio apartarse con fuerte suspiro.

-Me voy.

-Por favor Ashton... -Sus ojos le imploraban que comprendiera-. ¿No te quedarías a conversar un rato?

-Señora, usted subestima sus encantos o sobreestima mi capacidad de resistirlos. La tentación es demasiado para mí. Si me quedo un momento más, el simple «no» dejará de ser suficiente. -Escondió las manos en los bolsillos del pantalón y apretó los dientes, apartan- do la vista-. La pasión me asedia. Por eso, señora... tenga cuidado. Acuéstese antes de que pierda la cabeza.

Lierin no se atrevió a pasar por alto esa advertencia y se apresuró a introducirse bajo los cobertores, sin perder tiempo siquiera en quitarse la bata. Ashton se acercó a la estufa, arrojó otro leño a las brasas encendidas y se quedó estudiando las llamas, con el ceño fruncido.

Lierin lo observaba contra el resplandor del fuego; asombrosamente había llegado a desearlo en muy poco tiempo. En algún fondo oculto de su ser, estaba segura de haber experimentado momentos de intimidad con un hombre. Si cerraba los ojos, casi le era posible imaginar a un hombre que se levantaba desnudo de una cama y se apartaba de ella. Aunque imprecisa, la silueta le dejaba la impresión de una alta estatura, hombros anchos que descendían hacia las caderas estrechas y pelo corto, rizado contra un cuello de bronce. Willabelle le había asegurado que Ashton era un hombre incomparable, y ella estaba llegando rápidamente a la misma conclusión. En realidad, si se podían apreciar los méritos de alguien en tan poco tiempo, él era justo lo que necesitaba para vivir eternamente amada y protegida.

-¿Ashton? -Su voz fue un murmullo suave en la oscuridad.

Él se volvió a mirarla.

La respuesta fue un silencio que lo llevó a acercarse a la cama.

-¿Qué pasa, Lierin?

Ella estudió aquel atractivo semblante a la escasa luz del cuarto. Sabía que arriesgaba mucho en ese momento, pues era muy vulnerable a su persuasión viril. Podía salir muy herida de todo aquello, pero deseaba hacer el amor con él. Ansiaba sentir ese cuerpo musa firme contra el suyo, entregarse sin reservas.

Sus ojos fueron límpidos charcos de verde esmeralda al levantar la mano hacia el borde de la cama, para retirar las ropas con un gesto de invitación.

-No hace falta que me lleves a Nueva Orleans, Ashton. Puedes tomar lo que deseas ahora mismo.

El corazón de Ashton dio un brinco que lanzó la sangre en por sus venas. Sus pasiones, por largo tiempo hambrientas, se apoderaron de su cuerpo. En un momento, sus hombros desnudos relumbraban a la luz de las velas. Mientras se sentaba en la cama para

quitarse las botas, Lierin se irguió de rodillas y dejó caer la bata para apretarse contra él, rodeándole los hombros con sus brazos.

Ashton sintió vértigo ante el éxtasis de esos pechos suaves frotándose contra su espalda, tentándolo, agitando sus pasiones hasta convertirlas en un dolor cálido y dulce en el hueco del vientre. Lierin, tentadora, tibia, dúctil, capaz de incendiarlo por entero. La segunda bota cayó al suelo con un golpe seco, en tanto las manos femeninas se deslizaban por el torso duro, deteniéndose momentáneamente al hallar una cicatriz, y acariciando luego los músculos henchidos y la espesa mata de vello.

-Apresúrate -le susurró al oído mientras le recorría la oreja lengua.

Reacio a separarse de ella, Ashton se dejó caer hacia atrás, contorsionándose levemente para poder atraerla hacia sí. Lierin soltó una exclamación de sorpresa al sentir que él le desgarraba el camisón, liberando la madura plenitud del busto. Se estremeció, consumida por el lento lamer de la lengua, y todo su ser latió con cada lánguida caricia.

-Creo que me he enamorado de ti -susurró, curvando los en la nuca de -.Te quiero... Oh, Ashton, te quiero de verdad…

Con decidida firmeza, él pulsó las cuerdas de sus sentidos, respondió con melódicos suspiros. Arrebatada por la pasión, comenzó a temblar. Luego vino el éxtasis, la forja de un nudo amoroso. Volaron juntos por un mundo iridiscente, hasta que por fin las esferas celestes los liberaron de sus órbitas y los dejaron descender en ligeros cojines. El contento dio fragancia a los suspiros, en tanto unían los labios en el cálido resplandor postrero de la pasión.

La lluvia seguía goteando contra los paneles de la ventana, pero la pareja no le prestaba atención, dedicada a sorber el dulce néctar de los deseos saciados.

La habitación principal estaba protegida del sol matinal; sólo un mínimo de luz *se* filtraba por la, cortinas de terciopelo Lierin *se* movió alargando una mano inquisitiva al otro lado de la cama. Al encontrar el *sitio* vacío, se incorporó para mirar apresuradamente por la habitación, sin resultado.

Aunque escuchó con atención ningún ruido indicaba que Ashton estuviera en *sus* habitaciones En algún momento de la noche le había llevado a su propia cama terminando así con el asunto de los dormitorios separados Era un cuarto enorme, decorado y amueblado con *gusto.* Abundaban *los* azules suaves y *los* tostados; terciope*los,* tapices cueros y madera, de colores intensos daban a la habitación una calidez masculina. El hecho de que ese ambiente perteneciera al hombre de quien ella se había enamorado daba mayor atractivo a la perspectiva de alojarse allí.

Apartándose el pelo revuelto de las mejillas se recostó en la almohada con un suspiro soñador. Tenía de las horas pasadas recuerdos suficientes para vivir satisfecha hasta que él volviera. El amo de Belle Chéne se había apoderado de su mente y de su cuerpo con encanto irresistible; ahora *su* corazón estaba irremediablemente atado a él.

Envuelta en el rapto de ese enamoramiento conjuró una imagen mental de su silueta esbelta y bronceada completándola con detalles *más* íntimos; sus labios se curvaron en una sonrisa llena de secretos al recordar el calor que él desplegaba bajo su mano exploradora.

Una puerta que se abría y se cerraba en el otro dormitorio sacó a Lierin de sus cavilaciones; arrojó a un lado los cobertores, reconociendo el paso pesado de Willabelle pero de pronto recordó su desnudez Se echó encima la bata de Ashton que estaba a los pies de la cama pero el ama de llaves entró en el cuarto de baño. La puerta al cerrarse permitió a Lierin dejarse caer otra vez en la cama aliviada. No le gustaba idea de enfrentarse a la mujer en tal desnudez poco tiempo después de haber jurado no apresurarse en aceptarlo como esposo. Sin embargo antes de que pasara mucho tiempo debería admitir su condición de señora del hogar No podría ocultarse largamente de Wil1abelle, aun en una casa tan grande.

La actividad iba en aumento en el cuarto contiguo: los otros sirvientes estaban trayendo agua para un baño. El ama de llaves los dirigía en tono apagado; luego las voces se callaron. Un momento después sonó un ligero golpe a la puerta.

Lierin hizo una pausa para recuperar su compostura antes de responder a la llamada y aprovechó para mirarse en el espejo grande. Por su aspecto quedaban pocas dudas de que había pasado la noche en proezas sensuales con el señor Wingate y sería difícil mantener dignidad alguna si Willabelle no se mostraba discreta.

Resuelta a dedicar sus mejores esfuerzos a la ocasión, Lierin abrió la puerta y encontró a Willabelle preparando ropa y sábanas limpia mientras tatareaba. De inmediato se volvió para saludar a su joven ama con la alegre sonrisa habitual, con lo que devolvió la calma Lierin. Parecía aceptar su presencia en el dormitorio del amo como cosa natural y parte de la rutina.

Al poco tiempo, Lierin estaba disfrutando de un delicioso baño caliente. Apenas se había instalado en el agua cuando en el vestíbulo resonaron los tacones de unas botas. Ashton subió rápidamente haciendo que Luella May corriera por el pasillo para dar un golpecito de advertencia a la puerta de la alcoba principal. Willabelle se retiró apresuradamente, dejando a su ama librada a lo que viniera.

Cuando Ashton entró en sus habitaciones, se vio atraído hasta puerta del cuarto de baño por una suave y cadenciosa melodía que brotaba de allí. Apoyando el hombro contra el marco de la puerta, se permitió contemplar aquella belleza sin ropajes, tan encantadoramente presentada ante su vista. La escena era perfecta. La señora se estaba bañando y, con la suave luz matinal filtrada por la ventana, para dar a su piel de marfil un brillo propio, parecía una ninfa de los bosques dedicada a su aseo en un oculto claro de la selva.

Por fin Lierin levantó la vista; presentía una presencia, esperaba que fuera Willabelle. Dio un respingo ante el saludo de una sonrisa muy pícara y de los cálidos ojos castaños.

-Usted me lleva a la gloria, señora. ¿Ya otro lado?

Ella se ruborizó ante es frase del hombre lleno de confianza en sí. Por desviar su mirada y permitir que su pulso aminorara el señaló el atuendo de él.

-¿Estuviste paseando a caballo?

-Sólo para observar una parte de los terrenos que estoy ha despejar -replicó él, observando la espuma que caía por el se tanto ella trataba de bañarse y cubrirse al mismo tiempo-. Para hoy tengo pensado llevarte a Natchez. Necesitas ropa para el viaje a Orleans.

-Yo pensaba que no iríamos.

-Por el contrario, amor mío. -Ashton se adelantó para sentarse en el banquillo de madera puesto cerca de la tina y le quitó la esponja con la que comenzó a frotarle la espalda-. Tal vez un viaje a Orleans te ayude a recordar. Además, necesitamos un poco de tiempo para volver a intimar. ¿Hay mejor sitio para eso en la ciudad donde comenzó todo?

Lierin volvió a medias la cabeza, suspirando con obvio placer en tanto aquellos dedos comenzaban a acariciarle espalda y hombros.

-¿Te gusta así? -preguntó él, suavemente.

-Hum, sí, mucho -murmuró ella, olvidando su timidez.

Y se inclinó hacia adelante para recibir mejor aquellas atenciones. Ninguno de los dos notó que el traje de montar se estaba empapando pues el calor del momento se había apoderado de ambos. Eran dos seres mutuamente arrobados. Y el resto del mundo desapareció.

Un suave repiqueteo de tacones que se aproximaban al descansillo superior hizo que Ashton levantara la vista, para encontrarse con un espectáculo que satisfacía plenamente su espíritu. Para aquella salida, Lierin se había puesto uno de los vestidos que él le comprara, con resultados sorprendentes. Tiempo antes, Ashton habla comprendido que ella era en todo los aspectos lo que él consideraba la mujer deseable. La memoria había permanecido fiel a ella en esos tres últimos años, pero al contemplar a la mujer de carne y hueso comprendió que no había retenido toda la realidad de su belleza. ¿Era acaso una triquiñuela de su mente, que la hada parecer más adorable aún?

Como Lierin se detuviera en lo alto de la escalera, indecisa, él sonrió lentamente y le tendió una mano. Sus ojos la miraron con calidez mientras descendía, apreciándola en todos sus deliciosos detalles. El vestido parecía agregar un toque a su perfección, con su tafetán verde azulado, iridiscente.

-Señora -juró-, las antiguas sirenas se desharían a coletazos sobre las rocas, gimiendo de envidia al verla.

Lierin rió con alegría, rodeándole el cuello con los brazos para un beso ardiente. Al fin, él suspiró.

-Si me respondes así, me tientas a llevarte otra vez a la cama. Ella le acarició el chaleco.

-Podemos postergar el viaje.

Ashton gruñó, fingiendo angustia.

-oh, señora, nunca tuve tantos deseos de seguir acostado durante un rato más, pero recuerde que le debo un camisón. -y sonrió-. Necesitamos una buena provisión para el resto de las noches que pasemos juntos.

Ella se puso de puntillas para susurrarle al oído:

-Comprendo que Marelda me odie tanto. Es muy grato ir a la cama contigo.

Ashton la miró escépticamente, en tanto cruzaban el vestíbulo.

-Señora, Marelda no tiene patrón por el que medirse, porque nunca mantuvimos relaciones íntimas.

Lierin se apretó a su brazo.

-Eso me hace muy feliz.

Hiram los esperaba junto al carruaje, con la portezuela abierta.

Cuando los vio salir de la casa, los saludó con amplio gesto de su sombrero de castor y una gran sonrisa.

-Caramba, qué acicalados están.

-Gracias, Hiram -replicó ella, amablemente-. ¿Verdad que el señor Wingate está muy elegante? -Sí, señora, como siempre, pero no tanto como usté.

El viaje a Natchez adquirió para Ashton un nuevo deleite, aunque había hecho ese trayecto en muchas ocasiones. Por primera vez en muchos meses se sentía tranquilo, tanto en mente como en espíritu. La noche de lujuriosos placeres, había sido un alivio muy necesitado pero el motivo de su satisfacción era esa persona que se estrechaba contra él de tan buen grado. Por fin, Hiram detuvo el vehículo frente a la casa de la costurera.

La señorita Gertrude salió a recibirlos desde la parte trasera de su tienda, estirando el cuello para mirar por encima de las piezas de telas amontonadas sobre las mesas.

-Oh, estaba deseosa de conocer a su esposa, señor Wingate... –dijo.

Después de las presentaciones, inspeccionó a Lierin desde el sombrero hasta los suaves zapatitos de cuero. Por fin sonrió, aprobadora.

-Ayer por la mañana estuvo aquí su abuela, señor Wingate. Por el modo en que ponderaba a su esposa, pensé que estaba exagerando mucho, pero ahora veo que todo era cierto. -Tomó una de las finas manos de Lierin en las suyas y le dio unas palmaditas afectuosas-.¡Cuando las señoras la vean luciendo mis creaciones, me inundarán con pedidos, pues todas querrán vestir exactamente igual que usted. He hecho más de un milagro en mi vida, señora Wingate, pero eso no lo puedo conseguir, porque usted es muy hermosa. Preveo que tendré problemas.

Lierin festejó con una carcajada el extraño cumplido, bromeando.

-Tal vez convenga buscar otra modista, si vamos a traerle problemas.

La señorita Gertrude se irguió de pronto, clavando en ella un mirada incrédula.

-¿Qué? ¿Vestirse en otra casa? Por Dios, eso es ridículo. No hay otra capaz de igualar esa silueta. -Su boca esbozó una sonrisa-. Aquí vendrán, llenas de envidia, pero no tenga miedo, que yo sé arreglármelas.

Sobre la envidia futura, la señorita Gertrude no tenía dudas. Llevaba mucho tiempo oyendo hablar del atractivo del señor Wingate de las bellas mujeres que trataban de tenderle el anzuelo. La más persistente era Marelda Rousse, que solía jactarse ante ella de lo mucho que ese hombre la adoraba. El apresurado casamiento de Ashton la había abochornado mucho, llevándola a murmurar que, probablemente había sido obligado a casarse por algún padre enfurecido, después de abusar de alguna doncella en estado de embriaguez. Esas explicaciones hedían a envidia, pero ante la dama en cuestión perdían cualquier apariencia de veracidad.

Ashton había notado ya que los hombres miraban mucho a su joven esposa, admirando su belleza. La reacción fue la misma entre los clientes masculinos de una posada cercana, donde fueron más tarde a disfrutar de una comida ligera. Ya había pasado el mediodía; sólo quedaba un puñado de hombres, diseminados por el salón. Unos cuantos eran conocidos de Ashton e insistieron en ser presentados, entre palmadas a su espalda y deseos de felicidad. Los desconocidos los miraban con muda apreciación; otros, más audaces, devoraban a Lierin abiertamente con los ojos.

Ashton la acompañó a una mesa, cerca de la trastienda, y la instaló donde sólo él pudiera disfrutar lo que no deseaba compartir con otros. Aun allí tuvo que aguantar las curiosas miradas del posadero, un individuo torpe, que nunca parecía mostrar mucho interés por las mujeres y sí, en cambio, por cuidar de su magra riqueza. Ese interés por Lierin pareció muy fuera de su costumbre, y Ashton se llevó una sorpresa cuando el hombre se dirigió a ella.

-Perdón, señora, pero me pareció oír al señor Wingate que usted era su esposa.

-Sí -respondió ella, vacilante. El posadero se rascó la cabeza, intrigado. -Supongo que fue un error. Se me ocurrió que usted era la dama del señor Sinclair.

-¿El señor Sinclair? -repitió Lierin, en tono de interrogación.

-Sí, señora. El señor Sinclair dijo que su esposa había sido secuestrada de su hogar y traída aquí por su secuestrador. Pero supongo que no ha de ser usted, si está casada con el señor Wingate.

-No creo conocer a ningún Sinclair -murmuró Lierin, en voz baja, algo inquieta-. ¿Por qué pensó usted que se trataba de mí?

-oh, ella estuvo aquí y la vi desde lejos. Era una linda mujer, igual que usted, señora. Al principio pensé que ese hombre era su cochero, porque venía conduciendo su carruaje, pero después pidió un cuarto junto al de ella y ambos se mantuvieron medio encerrados. Ella parecía muy afligida por algo, pero no pude hablar ni verla de cerca. No sé qué estaba pasando, pero debía ser algo raro, porque los dos parecían medio nerviosos. Él no era gran cosa. Ese señor Sinclair, en cambio, es un caballero muy apuesto, sí. Bueno, cuando él apareció, el otro hombre desapareció de la vista, y supongo que se la llevó con él. El señor Sinclair los buscó un rato; después cargó los baúles de su esposa en el coche, contrató a un hombre para que lo condujera y se fue. Lo he visto por aquí un par de veces, desde entonces, pero no es de la zona y habla poco.

-¿Cuándo ocurrió todo esto? -preguntó Ashton.

El posadero se rascó el mentón barbudo, pensando. -Creo que fue poco antes de que se incendiara el manicomio. -Caviló un momento más e hizo un gesto afirmativo--. Sí, justo.

Un retortijón nervioso atacó el estómago de Lierin. Trataba de pensar que el hombre la había confundido con otra a quien no conocía de cerca, de que ella era, en verdad, Lierin Wingate, pero la asaltaban súbitas dudas. Si ella no se hubiera parecido a esa desconocida, ¿qué motivos había para esa pregunta? Por otra parte, el retrato le había dado pruebas indiscutibles de que ella era, justamente, quien Ashton afirmaba. Se aferró con tenacidad a esa idea y logró dominar sus reparos.

Ashton, que la había observado con suave preocupación durante la comida, se animó al notar que recobraba la alegría. De eso tuvo pruebas cuando, al salir de la posada, Lierin se detuvo en la galería, bajo el emparrado, y le echó los brazos al cuello con una sonrisa deliciosa. El, más que dispuesto a cooperar, prolongó el momento con un beso apasionado.

Los sobresaltó una exclamación ahogada. Ambos se separaron para enfrentarse a un hombre alto, de pelo pajizo, que los miraba con los ojos dilatados de estupor, como petrificado por la sorpresa. Lierin, con una risita avergonzada, pasó corriendo junto al intruso, mientras Ashton la seguía, murmurando una disculpa sonriente. Llamó con una seña a Hiram y muy pronto estaban intercambiando divertidos comentarios sobre el atónito joven, tan bien atildado, en la intimidad del carruaje.

El mismo caballero estaba todavía en la galería cuando, pocos minutos después, pasó Horace Titch, con Marelda del brazo. La mujer había visto huir a los Wingate y estaba compartiendo sus quejas con su compañero.

-No me explico cómo hizo esa mujer para convencer a Ashton de que ella era Lierin Wingate, mientras aseguraba desde un principio haber perdido la memoria por completo. Caramba, dice que ni si- quiera recuerda quién es, de dónde ha venido. Y quién sabe si alguna vez volverá a recordar. Yo sigo convencida de que huyó del manicomio.

-Pero querida mía, el señor Logan juró que no era de allí -se atrevió a argüir Horace.

-Bueno, tengamos en cuenta la ayuda que Ashton dio a ese hombre. ¿No crees que el señor Logan pudo decir eso sólo por no molestar a Ashton? Cuando fuiste allá, con todos esos hombres, debiste haber insistido en que la detuviera por el asesinato de ese ayudante. Pero no, dejaste que Ashton te hiciera pasar por tonto.

Horace cerró los puños regordetes, murmurando:

-No le perdonaré eso jamás. Y juro que algún día me vengaré.

-La próxima vez que te enfrentes a él -aconsejó Marelda, con tono seco- será mejor que vayas con todo un ejército. Parece que le gusta sacar ventaja en tales situaciones.

Los ojos de Marelda se posaron en el hombre alto, con un destello de audaz admiración. Era más joven y más grueso que Ashton, pero algo en ese desconocido le recordaba al otro. Resultaba fácil adivinar, por el corte de sus ropas, que gozaba de una fortuna relativa, pero aun sin ese atractivo adicional, era mucho más atractivo que su compañero de esos momentos.

El hombre alto la saludó levantándose el sombrero, pero su bigote, bien recortado, apenas se torció al sonreír levemente. Marelda, desilusionada por esa falta de reacción, se preguntó si le aquejaba algún problema enorme. Estaba acostumbrada a provocar respuestas más ardientes con sus coqueteos y sus miradas seductoras.

## *CAPITULO 7*

¡Nueva Orleans! El portal del Mississippi, lustrosa perla del Delta: una ciudad amada por santos y pecadores a la par, sitio, de días perezosos y noches apasionadas, rica, siempre en expansión, con una mezcla inigualable de culturas y costumbres. Paraíso donde cada uno podía buscar el propio, donde el tiempo pasaba sin esfuerzo, como el río amplio y lodoso que chapoteaba en sus riberas. Paisajes y sonido daban sabor a la ciudad, en tanto los aromas

incitaban los sentidos de quienes paseaban por sus calles. Era, sin duda, un edén para los amantes.

Desde el momento en que los Wingate desembarcaron, su estancia se convirtió en una aventura que, en vez de traer recuerdos a la mente los originaba. En el puerto no había un solo sitio donde el ritmo: fuera apacible; por todos lados se veía una frenética actividad. Al: bajar por la planchada, del protector brazo de su marido, Lierin se sentía como si volara alto, con las aves marinas que chillaban sobre su cabeza. Miró a su alrededor, con el entusiasmo de una criatura estudiando a un grupito de vistosas cuarteronas que esperaban en un carruaje cercano. Vestían con bastante elegancia. La fascinaron con su colorido atuendo y su aspecto, hasta el momento que notó hacia dónde se dirigían sus sonrisas coquetas y sus miradas brillantes: en dirección a Ashton. Entonces comenzó a comprender los celos que atusaban esas mujeres. Ashton rió al notar que ella se acercaba, y satisfizo su deseo de demostrar la posesión pasándole un brazo por los hombros.

-Parece no importarles que seas casado -comentó ella fastidiada.

-Pero me importa a mí -murmuró él con suave fervor. Le levantó el mentón y, a la vista de todo el mundo, la besó en los labios entreabiertos, con todo amor, provocando un arrebato de risitas en el vehículo cercano.

Cuando Ashton levantó la cabeza, las preocupaciones de Lierin se habían calmado por completo. Lo acarició con una mirada tibia.

-¿Esta felicidad cesa en algún momento, Ashton, o sigue aumentando sin cesar?

Él sonrió

-A veces hace falta mucho esfuerzo y tenacidad para que el amor dure. La falta de uso puede tornarlo rancio.

-Ha sido tan fácil amarte, en este último mes -suspiró ella-. No me imagino esforzándome para eso.

-¿Te gustaría ver el lugar donde te vi por primera vez?

Lierin asintió, ansiosa.

-Oh, sí. Quiero saber todo lo que hicimos juntos. Quiero revivir contigo esos momentos.

Ashton se inclinó hacia adelante y dio instrucciones al cochero pata que los llevara a Vieux Carré. Luego se reclinó para disfrutar del paseo, en tanto los caballos hacían resonar sus cascos en el adoquina- do muelle. Había tenido ciertos temores de hacer ese viaje con Lierin en el vapor, pues no sabía cómo reaccionaría la joven; acaso el navío podía provocarle nuevas pesadillas. La observaba con atención dispuesto a dar, en cualquier momento, la orden de amarrar, pero ella no mostraba inquietudes. Esperando que algo estimulara la memoria de su esposa, había hecho arreglos para que el hotel St. Louis les diera la misma suite donde, algo más jóvenes, exploraran los deleites de los recién casados. La vista de las calles sería la misma, con similares ruidos al abrir las altas puertas de cristales. La llevaría a los restaurantes donde habían cenado, caminarían pasando por las mismas tiendas, visitarían los mismos parques y los mismos teatros. Hasta donde estuviera a su alcance, todo sería igual. No podía hacer nada más y sólo cabía confiar en que eso bastara.

Lierin se recostó contra él, muy cómoda, apreciando el panorama que pasaba a cada lado, siempre cambiante. No sabía adónde iban, pero se sentía feliz allí, del brazo de su esposo. El coche pasó por una calle donde abundaban los hoteles y restaurantes; por fin tomó por una callejuela donde había muchos locales adornados con hierro forjado y balcones salientes. Ashton le señaló un grupo de tiendas de ropa femenina.

-¡Por allí! Allí te vi por primera vez, pero tú tardaste un rato en saber que yo existía.

Lierin respondió con una risita divertida:

-Probablemente lo supe desde un principio y me limité a hacerme la ingenua. No creo que mujer alguna deje de reparar en ti.

-De todos modos, señora, me dio un susto. Cuando subiste a *ese* coche y te alejaste con tu acompañante, estaba seguro de que mi vida había llegado a su fin.

-¿Y dónde nos conocimos?

-Ah, la providencia estaba de mi parte. -Él, sonriendo, dio otra dirección al cochero--. Una banda de facinerosos había echado una sombra de culpas sobre mi tripulación, probablemente para escapar de las penas que merecían en justicia. Sobornaron a un hombre para que hiciera un falso relato, diciendo que los piratas habían atacado otros vapores y buscado refugio en mi barco. Cuando los funcionarios reconocieron la estratagema, los malhechores ya había escapado dejándome furioso y decidido a enfrentarme a cierto juez, que estaba considerando las pruebas contra mis hombres.

-¿Mi abuelo? ¿El juez Cassidy?

-Sí, señora. Un hombre sabio, que me dejó hablar a gusto, hasta que cierta jovencita acudió en defensa suya. Le estaré eternamente agradecido por eso.

El coche entró por un pasaje que se desviaba en ángulo muy agudo, con cercas de ladrillo a cada lado. Bajo las arcadas de ladrillo había portones de hierro forjado, que permitían ver jardines en flor y senderos serpenteantes. El vehículo pasó a una calle más ancha, donde las casas se apretaban entre sí. A medida que avanzaban, las mansiones ganaron tamaño y se fueron espaciando; los jardines se convirtieron en prados, cada vez más amplios, con robles y otros árboles de sombra. Por fin se detuvo ante una vivienda al estilo de las Antillas.

Reconocerla era algo difícil, pues las persianas estaban cerradas con tablas y clavos, pero el interior era poco más acogedor, oscuro y bastante morboso. Ashton abrió varias ventanas y desclavó las celosías, para que el sol entrara en los cuartos. Las siluetas fantasmales de los muebles, cubiertos de sábanas, parecían temibles centinelas, pero la presencia de esas formas inertes no había impedido que la entrada de un visitante, en tiempos recientes, que había dejado señales de su paso en la capa de polvo que cubría el suelo. Pisadas masculinas vagaban sin sentido por la parte inferior de la casa, pero en el estudio del juez las pisadas parecían llevar un rumbo determinado, pues se encaminaban directamente desde la puerta hasta un armario, para volver a la entrada sin el menor desvío. En la pared, sobre la mesa, había un par de clavos a buena distancia, como si allí hubieran pendido, en otros tiempos, dos cuadros. Ashton sólo pudo suponer de qué se trataba.

-Cuando recibí tu retrato, venía con una carta en la cual se me explicaba que correspondía a un par de cuadros regalados al juez por tu padre. El otro era de tu hermana, Lenore, y ambos estaban en posesión de tu abuelo en el momento de su muerte. El de Lenore pudo haberle sido enviado a ella, pero estas huellas son bastante recientes y, como verás, en cuanto el hombre entró a este cuarto fue directamente hacia la mesa.

-¿Qué interés puede tener alguien en llevarse un retrato, habiendo tantas cosas de más valor para un ladrón? -preguntó ella, señalando el estudio con un ademán

Ashton rió entre dientes. -Yo no vi esos retratos en esta casa, pero si Lenore se parece a ti, comprendo que alguien quisiera llevárselo.

-No bromees, Ashton. Alguien debió tener razones más lógicas para robar ese retrato.

Ashton se encogió de hombros. -No se me ocurre ninguna razón lógica. Nadie tenía derecho a entrar aquí, salvo con tu permiso. Tu abuelo te dejó esta casa con todo cuanto contenía. No hizo intento alguno por cambiar el testamento, aun al enterarse de que te habías ahogado.

-¿Y por qué no lo alteró?

-Lenore y tu padre se marcharon disgustados con el anciano. Tal vez, a su modo de ver, yo era el único familiar que le restaba. Al menos, eso es lo que dio a entender cuando vine a visitarlo. Estaba en su lecho de muerte; murmuró algo relacionado con que yo heredaría cuanto era para ti. Por eso supongo que sabía lo que estaba haciendo. -Ashton pasó una mirada pensativa por la habitación, como si la viera por primera vez-. Mientras te creí muerta, no soporté la idea de volver aquí. Esta casa contiene demasiados recuerdos. .

-Yo no recuerdo haber estado aquí, y sin embargo... -Lierin se estremeció recorrida por un súbito escalofrío y miró en derredor, con creciente fastidio--. Percibo algo aquí... -Bajó la mirada bajo el gesto interrogante de su esposo y continuó, en un susurro--: Es casi como si la casa lanzara gritos de dolor... o de advertencia...

-Ven, amor mío -la instó Ashton, con suavidad, llevándola hacia la puerta-. Ahora volveremos al hotel. No veo motivos para seguir aquí si eso te altera.

Lierin se dejó conducir afuera, pero ante el portón de entrada se volvió para mirar la casa, con su tejado en declive y las sombreadas galerías que ocupaban la parte frontal. Bajo los amplios aleros del porche más alto, las ventanas oscuras, sin brillo, parecían devolverle la mirada en medio de tristes reflexiones, como instándola a quedar- se para volver a darles vida. Las persianas de la galería inferior, cerradas con candado, estaban polvorientas y necesitaban reparación; el jardín se había llenado de hierbas secas. Una enredadera de campanillas parecía aprovechar la fertilidad del suelo, pues extendía sus tentáculos hacia el cielo, sobre el tejado. Sus ojos siguieron las espesas masas hasta el porche inferior, para volver en seguida a una de las ventanas altas. El vidrio era un vacío oscuro, que frustró sus esfuerzos de ver más allá, pero Lierin hubiera jurado que había visto un movimiento allí. La curiosidad la llevó a examinar las otras ventanas, pero todas estaban igualmente en blanco; nada se veía más allá de sus vidrios. ¿Había sido sólo su imaginación? ¿O, simplemente el reflejo de un pájaro en vuelo?

-¿En que estas pensando?

Lierin se volvió con una risa ante la voz masculina que interrumpía sus cavilaciones.

-¡En fantasmas! Me acosan cuando miro esta casa. -Deslizó un brazo por el de él-. Mi abuelo debe haber amado mucho esta vieja mansión. Se nota que, en otros tiempos, todo se cuidaba con atención.

Ashton estrechó la mano esbelta posada en su brazo.

-Él lo hubiera dado todo para tenerte otra vez consigo. Lierin suspiró con tristeza.

-Es una pena dejar que se deteriore.

-Podemos abrirla y contratar a unos cuantos sirvientes para que se encarguen de cuidarla, si quieres. Así, en nuestros viajes futuros podremos venir a quedarnos.

-Me gustaría.

-Quién sabe, tal vez alguno de nuestros hijos quiera vivir aquí. Lierin se abrazó a la cintura delgada de su marido y sonrió ante sus ojos chispeantes.

-Primero hará falta tener un bebé.

-Estoy a su completa disposición, señora -ofreció él con gallardo celo.

-Podremos hablar un poco del tema... en el hotel, digamos. En los ojos de Ashton bailaban luces verdes al mirarla. -Lo mismo estaba por sugerir.

-¿Nos ponemos en marcha? -inquirió ella, con una sonrisa traviesa-. Muchas veces has dicho que nos divertimos mucho juntos. Tengo curiosidad por esa suite del hotel.

Ashton, sonriendo, la ayudó a subir al coche que esperaba. En tanto ellos se reclinaban en los asientos, el conductor azuzó a los caballos, haciéndolos tomar un trote rápido. El carruaje circuló por el camino, entre manchas de sol y de sombra. Lierin parpadeó: aquella luz desigual evocaba recuerdos dispersos de otro viaje semejante; ella estaba sentada junto a un hombre alto, de traje oscuro, que le i palmeaba la mano... ¿para consolarla? Bajó la cabeza tratando de captar sus sentimientos de aquel instante. Parecía asociado con la muerte de otra persona, pero no estaba segura; las sensaciones eran tan huidizas como la identidad de su compañero. Su figura le era extrañamente familiar, pero alguna fuente interior le revelaba que no se trataba de Ashton; era algo más corpulento... ¿y no tenía bigote? Las imágenes la perturbaron; trató de apartarlas de su mente, tratando de que nada empañara su felicidad. Pero eran como fantasmas del pasado que jugaran al escondite en su memoria. Le pasaban velozmente por el cerebro, dejando impresiones de una silueta oscura aquí, de un murmullo de voces allá, pero siempre resistiendo a sus esfuerzos de atraerlos a la luz de su conciencia.

Soltó un suspiro de frustración. Como Ashton la mirara con una ceja arqueada en un gesto de interrogación, ella le sonrió, apoyando el brazo sobre el muslo de él.

-Me gustaría acordarme de haber estado aquí contigo. Temo haber olvidado muchas aventuras maravillosas.

-En efecto, señora, pero viviremos otras para que las lleves a casa.

La luz de la tarde se filtraba por las cortinas de la cama, encendiéndolas de blancura brillante. De vez en cuando, una corriente de aire henchía las sedas traslúcidas, acariciando los cuerpos desnudos que yacían entrelazados. La brisa se entremezclaba con las preguntas murmuradas quedamente y los suaves juramentos de amor, mientras los besos y los suspiros caían sobre los labios bien dispuestos. Dedos masculinos rozaban un torso desnudo y acariciaban pechos dúctiles. Otros dedos, más tímidos, seguían el contorno del cuello musculoso y los fuertes contornos de un brazo bronceado. Muslos claros cedían a otros oscuros, en tanto el amor surgía con un torrente de emociones. Era el festín apacible de los placeres sensuales, un interludio feliz que se llevaba a cabo en los límites de una tienda de seda. Era la unión de hombre y mujer, la renovación de cuanto había sido y cuanto volvería a ser.

La noche era negra y algo fría; unos nubarrones bajos ponían un resplandor neblinoso sobre la ciudad. Ashton dejó a su esposa dormida y, con una bata sobre el cuerpo desnudo, salió al balcón. Una lámpara ardía con un halo de pálida luz amarilla, como un faro solitario en la oscuridad, mostrando las calles desprovistas de vida al acercarse la medianoche. Desde lejos se oía una música huidiza y ruido de festejos, atestiguando que algunos se aferraban al momento, resistiendo el paso del tiempo. Lo mismo haría él si podía cumplir semejante hazaña. Pero disfrutaba tanto de ese presente encantador que casi temía verlo nuevamente arrebatado de sus manos.

Atraído por la que amaba, Ashton volvió al cuarto y se detuvo a los pies de la cama para contemplar a Lierin. Yacía acurrucada, de costado, perdida en el sueño profundo de los inocentes. Al parecer, nada había despertado aún los recuerdos. El hecho de que ella hubiera olvidado todos los placeres que una vez compartieran era como un dolor en el fondo de la mente.

Por su parte, aquellos tres años estaban bien grabados en su memoria, aun cuando hubiera preferido olvidar unas cuantas cosas. Por ejemplo, la noche de horror en el río y, después, los días largos, atormentadores, que pasara en cama sin poder moverse. Aun cuando la tensión lo abrumaba, obligándolo a una somnolencia exhausta y despertaba siempre con la misma palabra en los labios resecos:

-¿Lierin?

Y la respuesta era siempre la misma:

-No hay señales de ella. Ningún rastro. El río se la ha tragado. Después vinieron semanas de cicatrización. Cuando pudo volver a caminar, se paseó por el cuarto en inquieta angustia. Los pensamientos desquiciantes no le permitían descansar sino unas pocas horas; había terminado gritando, implorando que el alba llegara de una vez. Cuando llegaba, el día era peor que la oscuridad, pues entonces veía la silla desocupada ante su mesa, la cama donde dormía solo, el sitio a su lado que ninguna otra mujer podía llenar. Y en la fría luz del alba debía asumir, por fin, la angustiosa realidad de que su amor había desaparecido para siempre.

El viaje a la casa del abuelo había sido un dolor que se obligó a soportar después de su convalecencia. Encontró al anciano enfermo, recluido en lecho, la noticia era que Lierin no volvería a alegrar sus días fue demasiado para el juez. Aunque en la boca de Ashton esas palabras tenían un gusto amargo, lo afirmó: «Lierin ha muerto.» luego compartió el dolor con el anciano. Poco después le llegaba la noticia de que el abuelo de su esposa había fallecido.

En busca de alivio para su angustia, viajó al este y más lejos aún: a Europa. No quiso esa parte del universo donde Robert Somerton alimentaba su odio; no porque el hombre le diera miedo, sino porque necesitaba dejar atrás todos los recuerdos de Lierin... si le era posible.

Los viajes no lograron calmar su dolor. Entonces se entregó de lleno al trabajo. Los negocios de la familia prosperaron bajo su redoblada atención. Se dedicó a mejorar la línea de vapores que recorrían el mismo río donde perdiera su más preciada posesión.

Y entonces, cuando los dolores comenzaban a perder su filo, Lierin le había sido devuelta, por algún milagro, como un fantasma surgido de la noche. Allí estaba, reposando suavemente, donde él podía regodearse la vista con ella. Pero lo torturaban aquellos años perdidos, pues no hallaba la explicación posible para su prolongada ausencia. ¿Por qué no había vuelto a él?

-Dulce amor que me acosas, ¿adónde me llevarás ahora? -Su murmullo fue apenas audible en el cuarto silencioso-. He sido liberado de mi tormento, pero si me fueras quitada otra vez, ¿que haría? -Era imposible pensar en la existencia sin ella. Si llegaba a ocurrir semejante cosa, revolvería el mundo entero buscándola, sin descansar hasta que la muerte le diera paz-. Ten misericordia de mi, Lierin, y quédate a mi lado por siempre jamás. No desaparezcas nuevamente pues yo dejaría de ser hombre.

No hubiera podido decir cuánto tiempo pasó a los pies de la cama. Por fin se quitó la bata y volvió a ella, apoyando sus brazos a cada lado. De pronto se dio cuenta de que la joven había abierto los ojos y lo estaba observando los brazos se alzaron para rodearlo. Cuando el cuerpo desnudo descendió sobre el suyo, sus labios se movieron, calientes y ansiosos bajo el beso. Una vez más comenzó el éxtasis, como aquella noche en que él hallara su amor.

En la bandeja que Ashton llevó a su esposa, con el desayuno, se veía una diminuta caja de madera, nada llamativa. La ocultaba un ramo de flores amarillas, hasta que Lierin lo levantó para aspirar su fragancia. Al descubrir aquella cajita tallada, estudió los ojos de color avellana en busca de una clave que le revelara de qué se trataba, pero sólo vio un destello sobre la sonrisa muda. Con todo cuidado, como si tuviera en las manos un gran tesoro, levantó la tapa y quedó asombrada ante el contenido de la cajita. Sobre un fondo de terciopelo, se veía un anillo de esmeraldas y diamantes, de inigualable belleza.

-oh, Ashton... -Las lágrimas le nublaron la mirada-. Es precioso.

-Cuando te compré el anillo de bodas tenía mucha prisa. Espero que esto sirva como compensación. -No hacía falta ninguna compensación. Me siento feliz con sólo ser tu esposa.

Ashton le tomó la mano para deslizarle la joya en el dedo.

-Con este anillo yo te desposo... -Ashton bajó la cara, y los labios de Lierin se entreabrieron, esperando el beso-. Y lo que Dios ha unido -susurró-, que el hombre no lo separe... nunca más.

Aunque las ricas comidas, el alojamiento lujoso y los alegres panoramas no provocaban en ella recuerdos de cosas pasadas, Lierin florecía bajo el cuidado y las amorosas atenciones de su marido. Los arbustos de azaleas y camelias no podían igualar su luminosidad. Como suele suceder cuando los momentos son placenteros, el tiempo pasó Con alas de Mercurio. Pronto quedó atrás el mes, y el *Bruja del Río* los llevó corriente arriba, una vez más. Allá se establecieron, sin esfuerzo, en la diaria rutina de amos de Belle Chene.

Se planeó una gran fiesta para presentar a Lierin a los amigos de la familia ya la comunidad, en general. Sería una ocasión festiva, con refrescos y comida en abundancia. Hicieron levantar un pabellón en los fértiles prados, donde los músicos tocarían piezas vivaces y valses románticos para quienes quisieran bailar. Las invitaciones se repartieron de boca en boca y por medio de carteles pegado en todos los postes del condado. Pronto la zona se agitaba con los preparativos.

Las costureras trabajaban día y noche, pues las damas preparaban sus prendas más finas u ordenaban otras nuevas según su condición social.

El frenesí se incrementó al acercarse la fecha fijada, y la colmena de actividad se centraba en Belle Chene. Allí se elaboraba una amplia variedad de golosinas y se sacaban de las bodegas vinos fermentados y barriles de sidra. Sobre las parrillas, donde ardían maderas aromáticas, giraban en los asadores reses de puerco y vacas. Cuando ya faltaban pocas horas para el comienzo de la fiesta, asaron sobre las fogatas grandes cantidades de pollos, gansos y pavos, mientras los sirvientes llevaban frutas a las mesas.

Comenzaron a llegar los primeros carruajes, y pronto los extensos prados se poblaron de niños que corrían y parejas que paseaban. Lierin acogió a la multitud del brazo de su esposo, aceptando con vacilación las primeras presentaciones. La animó la abierta aceptación de los joviales invitados y, con creciente sensación de estar en su i hogar, los saludó con gentil calidez.

La pareja se abrió por entre la multitud que aumentaba rápidamente para saludar a otros, hasta que al fin sólo pudieron permanecer en i un mismo sitio y dejar que los recién llegados se les acercaran como mejor pudieran. En un momento de respiro, Ashton se preguntó si alguno de sus conocidos estaría ausente en la muchedumbre. Por el contrario, experimentó cierta irritación al reconocer entre todos a unos cuantos que hubiera preferido saber lejos de su casa.

Aun así, poco le sorprendió ver allí a Marelda. Venía del brazo de M. Horace Titch, quien se aproximaba a la línea de recepción con mucho menos vigor que ella. En realidad, se le veía intimidado. Se sometió a las presentaciones de Ashton con gestos nerviosos y se alejó de inmediato, lleno de prisa torpe. Marelda le tiró del brazo desilusionada: no había tenido tiempo para irritar a la pareja con pullas sutiles, y comenzó a regañarlo sonoramente por su falta de i buenos modales.

-En realidad, Horace, no te comprendo. Actúas como si no tuviéramos derecho a estar aquí, cuando todo el mundo sabe que Ashton ha invitado a todos los vecinos a esta fiesta. ¿Por qué eres tan cobarde?

M. Horace TItch hizo un gesto de miedo ante esos ataques, mirando en derredor, por si alguien presenciaba esos ataques verbales. A veces, el dolor de estar con Marelda era casi demasiado; pero adorándola como la adoraba, no le era posible negarle nada, aun cuando ella, descuidadamente, lo hería en su orgullo.

Mientras se efectuaban las presentaciones y se consumía el festín, Lierin cobró conciencia de que un hombre la miraba fijamente, sin haber hecho el menor intento por adelantarse para que lo presentaran. Creía reconocerlo, vagamente. Por fin recordó: era el mismo hombre a quien ella escandalizara en la posada, al besar a Ashton. Hizo un esfuerzo por no prestar atención a su descarado interés, atribuyéndolo a fantasías del hombre, pero era difícil pasar por alto esa mirada incesante. .

Los ricos tonos del crepúsculo se habían extendido por el cielo cuando los sirvientes comenzaron a instalar y encender lámparas. Como obedeciendo a una orden tácita, los invitados guardaron silencio y todas las miradas se dirigieron hacia el pórtico de la mansión.

A11í vieron a la pareja en CUyo honor se daba la fiesta. Los dos se habían puesto atuendos de gala. Por una vez siquiera, las ancianas de Belle Chene quedaron mudas de asombro, contemplando a sus descendientes con silencioso respeto. Willabelle sollozaba audiblemente mientras Luella May se hada a un lado, con los dedos entrecruzaos contra los labios, como si rezara para que nada destruyera la emoción de ese momento.

Los ojos de Ashton acariciaron orgullosamente el rostro de Lierin por un breve instante. Luego se adelantó, guiando a su dama lentamente por la escalinata, dando a todos amplia oportunidad de admirar su gracia y belleza. LoS invitados le abrieron paso hasta que llegaron al gran pabellón.

A una señal de cabeza hecha por él, los músicos iniciaron un vals. Con un brazo en tomo de aquella cintura frágil, él la guió en los primeros pasos de la danza. Bañados por los colores rosados del ocaso y la seguridad del mutuo amor, describieron sus giros, en tanto los invitados se reunían en derredor para mirarlos, entre murmullos de admiración. Cuando se

apagaron las últimas notas, los espectadores estallaron en un aplauso entusiasta. Ashton retuvo la mano de su esposa, que se inclinaba en una profunda y graciosa reverencia. Su voz resonaba con Orgullo al iniciar el anuncio.

-Damas, caballeros, amigos míos: quisiera presentarles a mi esposa, Lierin...

-Señor -intervino la Voz de un hombre--, creo que hay un terrible error.

El desconocido alto, de pelo pajizo, se abrió paso a codazos hasta detenerse en los escalones del pabellón, donde atrajo las confusas miradas de la pareja Wingate. Ashton lo miró con el ceño fruncido, preocupado por esa afirmación. El desconocido echó una mirada por sobre el hombro, a los rostros desconcertados que lo rodeaban, y volvió a dirigirse a su anfitrión.

-Temo, señor, que está bajo el efecto de una equivocación. La mujer a quien ha presentado como su esposa no es Lierin...

De todos cuantos escuchaban brotaron exclamaciones de sorpresa; Lierin se aferró al brazo de Ashton, súbitamente débil.

-Es Lenore Sinclair, hermana gemela de su difunta esposa.

-¡No! ¡Eso es imposible! -La negativa de Ashton estalló-. ¡Es Lierin¡

-Lo siento, señor -se disculpó el desconocido, secamente-. Pero es usted quien está equivocado.

-¿Qué sabe usted? -acusó Ashton-. ¿Quién es?

-Soy Malcolm Sinclair -afirmó el hombre audazmente-, el esposo de la señora.

Lierin dejó escapar el aliento bruscamente, como si alguien le hubiera dado un fuete golpe y cayó desmayada. Las luces giraban alrrredor, como si el pabellón hubiera iniciado una órbita alcohólica. Apenas se dio cuenta de que Ashton la tomaba en sus brazos, pero tenía una vaga conciencia de las confusas conjeturas que se agitaban entre los invitados. En algún punto de la multitud se alzó una carcajada femenina, con el sonido de una victoria triunfal; supuso que era Marelda regodeándose. Ashton la llevó a una silla, y ella se dejó caer debilitada, contra el alto respaldo. El doctor Franklin Page se había separado de la muchedumbre para prestar ayuda con un frasco de sales de olor. Cuando Lierin apartó la cara de aquellos cáusticos vapores, se encontró ante los ojos pardos de Malcolm Sinclair, que estaba uno o dos pasos detrás de Ashton.

-¿e sientes bien? -susurró Ashton, preocupado, oprimiéndole un paño húmedo contra la frente.

-¿Es cierto? -La pregunta era apenas audible-. ¿Soy esposa de él en realidad, o lo soy tuya?

Ashton le apretó la mano, en un gesto tranquilizador, y se enderezó para enfrentarse al hombre con el mentón decidido y la mente firme.

-Estoy seguro de que ella es Lierin --declaró tozudamente-. Me casé con ella hace tres años, en Nueva Orleans.

-No puede ser -replicó Sinclair, igualmente decidido-. Su esposa se ahogó en un accidente, en el río, hace justamente tres años, señor. Le digo que ésta es Lenore, la mujer con quien yo me casé. Se la llevaron de nuestra casa por la fuerza; tras una cuidadosa búsqueda descubrí un rastro que me condujo hasta Natchez. No pude, hallarla y la creí perdida para siempre, hasta que, por casualidad los vi a ambos ante la posada. La impresión de ver a mi esposa besando a otro hombre me dejó atónito, demasiado aturdido para explicarme. -Se volvió hacia Lierin alargando la mano con el sombrero, en una súplica-: Lenore, amor mío, aclara esto. Diles que eres mi esposa.

-Yo... no puedo -tartamudeó Lierin, en un torbellino de confusión-. Sé que... es decir... creo..., en verdad creo que soy Lierin.

-Tu hermana ha muerto -insistió él-. ¿No lo recuerdas?

-No -susurró ella, angustiada-. No recuerdo nada.

-¿Qué te ha hecho ese hombre? -gritó Malcolm, girando hacia Ashton, acalorado y furioso-. No sé cómo se las compuso para que pasara esto...

-Ashton no tiene nada que ver con su pérdida de memoria -intervino el doctor Page, casi serenamente, mirando al joven-. Pero lo que ella dice es cierto. No lo recuerda a usted, no recuerda nada y tal vez nunca recupere la memoria de lo sucedido antes del accidente.

-¿Qué accidente? -Malcolm parecía desconcertado-. ¿De qué accidente se trata?

Ashton le dio la información, contra su voluntad.

-Fue atropellada por mi carruaje.

-No lo sabía -murmuró Malcolm. Y se volvió hacia Lierin, con ojos oscuros y preocupados-. Tan cierto como que estoy aquí, te juro que eres Lenore Sinclair, mi esposa.

Lierin se retorció las manos en el regazo, apartando la vista de ese rostro suplicante; las lágrimas comenzaban a correrle por la cara. Luchaba contra sus crecientes temores y la presión acumulada, que amenazaba con obligarla a huir por los prados, sollozando.

-¿Tiene algo con qué apoyar su afirmación? -desafió Ashton-. Obviamente, usted sabe algo sobre la familia Somerton, pero ¿qué pruebas tiene? Yo digo que ella es Lierin y usted jura que es Lenore. ¿Debo aceptar, simplemente, su palabra? -Rió cáusticamente-. Perdone usted, señor, si requiero más pruebas que su simple palabra.

-No tengo nada en estos momentos. Ashton sonrió, sardónico.

-Podría haber muy buenos motivos para que no tenga nada.

-¡Tengo pruebas! -insistió Malcolm Sinclair-. Si me permite volver, le presentaré evidencias suficientes para convencerlo.

-Me interesaría verlas -aseguró Ashton-. Vuelva cuando le sea cómodo, pero no olvide que hará falta mucho para hacerme cambiar de opinión.

Malcolm se plantó el sombrero en la cabeza y, girando sobre sus talones, marchó por entre los invitados, que le iban abriendo paso. En el doloroso silencio siguiente, Ashton puso una mano en el tembloroso hombro de su esposa, apenas consciente de que los huéspedes se estaban alejando del pabellón. Tía Jennifer y Amanda se acercaron para ofrecerles consuelo, pero sus palabras tranquilizadoras parecían vacuas, sin sustancia. La velada habla perdido su alegría. Sólo la sonrisa presumida de Marelda Rousse saludó a la pareja que volvía hacia la casa.

-¿No lo dije yo? -comento, echando la cabeza atrás con una risa sofocada, al ver la angustia reflejada en el rostro de Ashton-. ¿Qué pasa, querido? ¿Te comieron la lengua los ratones? ¿No tienes nada que decir?

Al ver los músculos que se tensaban en el delgado mentón del dueño de casa, Horace Titch se retorció, intranquilo, tirando a Marelda de la manga.

-Sería mejor que nos fuéramos.

La joven morena le arrojó una mirada impaciente.

-Vamos, Horace, ¿no tienes la menor dignidad?

El hombre bajito se encogió más, avergonzado, sin poder pasar por alto esa última puñalada, lanzada desde donde Ashton Wingate podía oír.

Se apartó con torpeza, palpándose la chaqueta a cuadros, como si no supiera qué hacer con las manos. Marelda, con un fuerte suspiro, cedió, aceptando su brazo para retirarse en su compañía. Debía tener en cuenta que aún quedaba mucho por conseguir mientras tuviera a este hombre bajo su dominio.

Lierin volvió al dormitorio principal y Ashton cerró silenciosamente la puerta detrás de ambos. Ella se movía por el cuarto como si estuviera deslumbrada, desvistiéndose como por costumbre. Ashton con el corazón lleno de miedo, se sentó en una silla para observarla, sabiéndola confusa, pero sin poder agregar nada a lo ya dicho.

Ella salió del baño con la cara recién lavada y el pelo suelto sobre los hombros. El peinador de satén que se había puesto ceñía sus curvas suaves, revelando el seno tentador. Aunque parecía no reparar en su apariencia, él sí la notó. El efecto era, tal vez, más devastador ahora que Malcolm Sinclair había lanzado una sombra de duda sobre ellos.

-¿Crees que jugué sucio? -murmuró él, al ver que ella se detenía ante la ventana para mirar hacia fuera, pensativa.

Lierin se volvió lentamente, sacudiendo la cabeza.

-Malcolm Sinclair todavía no ha probado nada. Se acercó a él, y su mirada le llegó a lo más profundo del alma. Él separó los muslos para recibirla y le deslizó los brazos por las caderas, estrechándola contra sí. Oprimió un beso contra la curva interior de un pecho y echó la cabeza atrás para saborear la dulzura de sus labios. El corselete de seda que cerraba la prenda quedó suelto bajo suS dedos activos y la bata se abrió, dejando que su boca vagara por las colinas y valles perfumados. Lierin se estremeció, despiertos ya sus sentidos. Para ellos, la vida volvía a empezar, palpitando en las venas con renovado vigor, conduciéndolos a alturas más grandes de las que nunca conocieran.

Dos días después, Willis entró en la sala; su inquietud era obvia para los miembros de la familia, que esperaron, tensos, el anuncio.

-Amo Ashton... -Sus ojos oscuros, pesarosos, recorrieron la habitación enfrentándose a las miradas aprensivas que se posaban en él-. Hay dos hombre' en la puerta que quieren hablá con usté y la señora. Uno es ese señó Sinclair que vino ante', y el otro dice que es el papá de la señorita Lierin... pero le dice señorita Lenore.

La desesperación anudó el estómago de Lierin, dejándola fría y estremecida.

-Hazlos pasar, Willis -pidió Ashton, perdido todo el buen humor-. Lo que deban decir, pueden hacerlo delante de toda la familia.

-Sí señó, amo Ashton -replicó el negro solemne y se retiró, encorvando los hombros.

Tía Jennifer aplicó la aguja en su tapiz, sin prestar atención a lo que hacía, mientras Amanda observaba cautamente a su nieto, que se había acercado a la silla de Lierin la muchacha, petrificada, miraba fijamente la puerta. Cuando la mano de Ashton se posó en su hombro, su espalda perdió rigidez. Entonces frotó la mejilla contra los nudillos morenos y levantó hacia él los ojos suaves, brillantes. En el silencio de la espera, los pasos que se acercaban sonaron casi como el latir de los tambores al anunciar una ejecución. De inmediato, la espalda de Lierin volvió a erguirse, y ella levantó la barbilla para recibir a los visitantes con aire sereno.

Malcolm Sinclair fue el primero en entrar en el salón, llevando en la mano izquierda un fajo de papeles y, en la derecha un cuadro bastante grande, cubierto con un paño. Uno o dos pasos atrás venía un caballero de pelo blanco, pulcramente vestido. El anciano miró con curiosidad a los presentes hasta ver a Lierin; entonces se adelantó apresuradamente para tomarle una mano con las dos suyas. Mirándola a los ojos, se esforzó por mantener la compostura, pues le temblaba la boca y sus facciones amenazaban contraerse. Por fin, con una sola aspiración, recobró el dominio y le dedicó una sonrisa valerosa.

-Estaba enloquecido de aflicción, preguntándome qué habría sido de ti, sin saber si estabas viva o muerta. Malcolm sólo sabía que te habían secuestrado, pero no teníamos esperanzas de volverte a encontrar.

Lierin retiró los dedos de aquellas manos bien cuidadas, y miró fijamente los ojos grises, preocupados, preguntándose si el hombre habría estado llorando, pues los tenía rojos y acuosos; la nariz tenía el mismo color. La gruesa melena ondulada y el bigote, enroscado hacia arriba en las comisuras de la boca, resaltaban, muy blancos, contra la piel bronceada y envejecida. Medía media cabeza menos que el joven erguido detrás de él, y más delgado, tenía buena apariencia con la chaqueta parda, el chaleco y los pantalones.

-Lo siento, señor -murmuró Lierin-, pero temo no reconocerlo. El hombre de pelo blanco se volvió para mirar a Malcolm, asombrado; el joven se adelantó para posarle un brazo en los hombros. -Lenore -dijo suavemente, como si temiera perturbarla-, él es tu padre, Robert Somerton.

Lierin apartó la vista, buscando en Ashton alguna negativa.

-¿Es cierto eso?

Ashton sintió fijas en él las miradas de los otros hombres, pero sólo pudo sacudir la cabeza.

-Lo siento, amor, pero no puedo decírtelo. No conocí a tu padre. -Tal vez esto lo ayude a convencerse de que cuanto digo es cierto -dijo Malcolm, extendiendo el fajo de papeles hacia Ashton-. Son las actas matrimoniales, confirmando que Lenore Somerton y yo pronunciamos nuestros votos hace más de dos años.

Ashton tomó los papeles; después de mirarlos brevemente, descubrió que, en verdad, certificaban ese acontecimiento. Luego los de- volvió con un brusco comentario:

-Yo tengo un certificado similar, que prueba mi casamiento con Lierin Somerton. Pero ninguno de estos registros demuestra quién es ella.

Los ojos de Malcolm ardían de mal contenida ira.

-¡Pero él es el padre! -exclamó, señalando al hombre canoso.

-Tal vez -replicó Ashton, con un encogimiento de hombros que no lo comprometía a nada-, pero yo no puedo dar fe de su afirmación, porque no llegué a conocerlo.

-¡Por Dios! ¿Qué debo hacer para convencerlo? -La ira del hombre crecía ante la inflexible resistencia del otro-. ¿Por qué diablos cree que he venido a reclamar a esta mujer, si no fuera mi esposa? No tiene sentido.

-Yo no le encuentro sentido -respondió Ashton-, pero no puedo ignorar lo que siento, y creo, sinceramente, que ésta es Lierin.

-Muéstrale el retrato, Malcolm -pidió el anciano-. Tal vez eso le revele su error.

El joven puso la pintura sobre una mesa cercana y la sostuvo con una sola mano, dejándola cubierta por un instante, mientras decía Ashton:

-A usted se le envió un retrato de su esposa, ¿verdad? .Ashton respondió con un lento ademán de asentimiento.

-Sí.

-¿Y usted no tuvo ninguna duda de que se trataba del retrato de Lierin?

-No. -Por la espalda de Ashton corrió un escalofrío, en tanto el otro sonreía, satisfecho.

-En ese caso, le pido que vea esta pintura con mucha atención y me dé su opinión.

Cuando retiró el paño que cubría el retrato, los miembros de la familia Wingate soltaron una exclamación de sorpresa. Era similar al que habían mostrado a Lierin, pero existían sutiles diferencias en los rasgos faciales de la mujer, que eran más delicados, más finos. Aunque el otro retrato se parecía mucho a la mujer sentada en ese salón, no cabía duda que ella había sido la modelo del que se estaba exhibiendo.

-La otra pintura, la que usted tiene, es la de Lierin, su esposa, pero ésta es de Lenore, la mía.-Malcolm estuvo a punto de sonreír con satisfacción al ver la confusión en su interlocutor-. Dígame ahora si II ha cometido un error o no.

Amanda y tía Jennifer, igualmente preocupada, se extrañaron ante el silencio de Ashton, que tenía el ceño fruncido.

-Tal vez ahora me permita llevar a mi esposa a casa, como corresponde...

-¡Por favor! -exclamó Lierin, buscando alivio en Ashton-. Por favor... no los recuerdo...

Ashton le dio en el hombro una pequeña sacudida de consuelo.

-No te preocupes, amor mío. No permitiré que te lleven.

-¿Qué estás diciendo? -ladró Malcolm, furioso-. ¡No tiene derecho a retener a mi esposa aquí!

-Eso tendrá que ser resuelto ante los tribunales -estableció Ashton- No renunciaré a ella sin que se realice una investigación completa del asunto. Cuando Lierin cayó de mi vapor, hace tres años, no se hallaron restos de ella.

Malcolm bufó, despectivo:

No es la primera vez que el Mississippi se queda con un cadáver.

-Lo se, pero quiero que se hagan todos los esfuerzos necesarios para aclarar la identidad de Lierin.

-De Lenore! - corrigió Robert Somerton.

-Enviaré a representantes a la casa de los Somerton, en Inglaterra, y también a Billoxi y a Nueva Orleans para ver que se descubre.

-¡Pero ese tipo de investigaciones puede tardar meses enteros! -protestó Malcolm.

-No me importa cuánto tarden -replicó Ashton, ásperamente-. Sólo me preocupa Lierin y el resultado de la investigación. Si se prueba que estoy equivocado, no podré menos que aceptar la verdad. Pero no aceptaré nada a medias.

-¿Y cree que retendrá a mi esposa aquí hasta entonces? –bramó Malcolm.

Ashton sonrió blandamente.

l-Al parecer, ella quiere quedarse.

-¡No lo permitiré! -Los ojos pardos despedían fuego.

-Entonces tendremos que someternos a la decisión de un juez.

-En Natchez he oído hablar de usted -se burló Malcolm-. Dicen que es terco y obstinado, pero permítame asegurarle algo: antes que esto termine volverá a tener noticias mías; entonces sabrá que se ha encontrado con la horma de su zapato. Esto se puede arreglar mediante un duelo, por cierto.

Las mujeres emitieron exclamaciones sobresaltadas, esperando la negativa de Ashton. No la hubo.

-Como guste, caballero -respondió, con calma-. ¿Quiere que sea hoy mismo?

Malcolm entornó los ojos.

-Ya le comunicaré en qué momento me será conveniente.

-No deje de hacerlo, por favor. Tal vez ese enfrentamiento haga innecesaria la investigación, ahorrándome grandes molestias.

Malcolm hizo una mueca entre burlona y despectiva.

-Considerando que ya se le ha demostrado su error, parece muy seguro de usted mismo.

-Tal vez tenga motivos para estarlo.

Los ojos del joven eran fríos como el polo norte.

-Con engreimiento no se gana un duelo.

Ashton se encogió de hombros, indiferente.

-Estoy dispuesto a la prueba.

-Piensa en Lenore -advirtió Robert Somerton, apoyando una mano en el brazo de Malcolm-. Esta conversación sobre el duelo ha de estar perturbándola.

-Tienes razón, por supuesto -dijo el rubio.

Pareció descartar el tema con facilidad. Acercándose a la mesa, comenzó a envolver el retrato, pero se detuvo cuando Ashton se acercó a él, y le dijo:

-Esa pintura estaba en la casa del juez Cassidy no hace mucho. ¿Cómo supo usted que estaba allí?

-¿Qué importancia tiene? -preguntó Malcolm, cáustico.

-Cuanto hay en esa casa pertenece a Lierin o a mí. Usted entró en ella para apoderarse de ese retrato

-Si trata de acusarme de latrocinio, esto es lo único que me llevé. Sabía que estaba allí porque Lenore me lo había dicho. Cuando vi que faltaba el otro, supuse que usted lo había tomado. -Así diciendo, recogió el objeto de aquella discusión y fue a detenerse ante la silla de Lierin-. No comprendo del todo tu pérdida de memoria, Lenore, pero recuerda esto, queridísima: nunca dejaré de amarte.

Y se retiró de la sala a grandes pasos, con Robert Somerton pisándole los talones.

El ruido de sus botas, al golpear el suelo de mármol en su marcha por el vestíbulo, despertó ecos en el silencio de la mansión. El ritmo seguro que Malcolm daba a sus pasos parecía declarar que estaba dispuesto a enfrentarse a cuanto desafío se le presentara.

# CAPÍTULO 8

El sol descendió hacia el horizonte, donde quedó oscurecido una masa de nubes. Cuando la noche envolvió la tierra, a la distancia; centelleó un relámpago, seguido por un grave rumor de trueno tormenta avanzaba poco a poco, gruñendo y abriéndose paso p paisaje plomizo. Por fin, alcanzó su punto culminante en las primeras horas de la mañana. Parecía decidida a impedir que Ashton durmiera, pero difícilmente se podía echar la culpa de aquel desvelo los truenos.

Detestaba la camita pequeña del dormitorio para huéspedes, di había aceptado acostarse, a regañadientes, hasta que un juez decidiera sobre la identidad de Lierin. Ninguno de los dos deseaba esa separación, pero para salvar las apariencias y para tranquilizar a las ancianas, les había parecido mejor dormir separados. Fue una semana de inigualable tormento para Ashton, perseguido por el miedo de perder a Lierin otra vez. No hallaba descanso en su cama solitaria. Extrañaba el calor de Lierin, sus suaves curvas apretadas a él, la posibilidad de estirar la mano para tocarla, en medio de la noche, o de retenerla en su abrazo.

La furia de la tormenta reflejaba su propio humor: se agitaba en la cama como en una tempestad propia. Un relámpago cegador iluminó la oscuridad de la noche, encendiendo las ventanas bañadas por la lluvia. Un trueno restallante llegó pisándole los talones, y al oírlo Ashton se incorporó con una maldición. Su mal genio estaba en el cenit. Tuvo que arrojarse de la cama.

Con grandes pasos airados, cruzó el cuarto hasta el baño y, después de atravesar rápidamente el cubículo, entró en el dormitorio principal.

El juego de luces huidizas, más allá de los cristales, le mostró la silueta delgada, vestida de blanco, sentada en medio de la enorme cama adoselada. Tenía el mentón apoyado en las rodillas y los brazos envolviéndole las piernas. Siguió el avance de Ashton con una mirada fija, que bajó a las ingles desnudas cuando otra descarga de cegadora luz abrió un camino de fuego en el cielo de ébano. La pasión así exhibida no le provocó ninguna alarma; esperó tranquilamente, hasta que la rodilla del hombre hundió el colchón. Ashton deslizó las manos hasta el borde del camisón, y ella levantó los brazos, para permitir que se lo sacara por la cabeza. Con un suave suspiro, se dejó caer hacia atrás, bajo el peso envolvente, y sus labios iniciaron una búsqueda sin pr1sa, saboreando la bendición del amor. Él le retuvo la cara entre las manos, mirándola a los ojos en medio de la oscuridad; entonces notó que tenla el pelo algo húmedo. .

-¿Adónde fuiste? -preguntó, extrañado.

-No podía dormir -susurró ella- y salí al balcón.

-¿Con esta lluvia? Ella asintió.

-Me sentía tan sola que apenas me di cuenta.

Ashton le imprimió un beso en la mejilla. Debiste haber venido a mí.

No estaba segura de que me quisieras.

-¡Por Dios, señora! -respondió él, atónito ante esa declaración-. ¿Tan mal he sabido demostrarte cuánto te amo... y te deseo? ¿Cómo puedo convencerte de lo que siente mi corazón...?

-Bastará con que me lo demuestres -susurró ella.

Él bajó la cabeza, buscándole el pecho, y Lierin abrió la boca en un grito mudo al sentir su lengua acariciante. Se fundieron el uno a la otra, como amantes mutuamente ligados por toda la eternidad. Esa fuerte pasión llevó a la joven más allá de las luces parpadeantes del mundo presente, hasta un refugio donde una miriada de imágenes cruzaba la mente. Por su conciencia pasaron, fugaces, otros destellos de placeres sensuales, provocándola con breves imágenes de un hombre desnudo, cuyo rostro y forma eludían todos los esfuerzos de su

concentración. Por mucho que se esforzara, no podía enfocar aquel semblante, pero el hombre era tan audaz y apasionado como el que la acompañaba en ese mismo instante.

Volvió lentamente a la realidad, y las imágenes desaparecieron como vapor al sentir el golpe sordo del corazón de Ashton contra su pecho.

-No sabes cómo ansiaba que vinieras -suspiró-. Me he sentido desesperada toda la semana, en esta cama enorme, tan sola.

Ashton se incorporó sobre un codo para mirar el lustre húmedo de sus ojos.

-No podía estar lejos un momento más.

-Y ahora ¿qué vamos a hacer? -preguntó ella, en voz baja-. ¿Cómo haré para dejar de pensar que soy tu esposa y aceptar que pertenezco a Malcom?

-Yo también tengo esa misma dificultad -suspiró él, rozándole la oreja con los labios-. Y no estoy dispuesto a dejarte ir.

-Pero es forzoso... si soy la esposa de Malcom.

-No puedo creer que lo seas-gruñó él, poniéndose de espaldas, mientras se frotaba la frente con una mano-, Es demasiado doloroso pensar que puedo perderte. Cuando te creí muerta estuve a punto de anularme como hombre; ahora que te tengo otra vez, ¿cómo voy a dejar que otro te lleve?

Lierin se incorporó para rozarle con un dedo la cicatriz del pecho -Aquí, contigo me siento segura, como si fuera el sitio donde me corresponde estar.

Los dedos masculinos, largos, se deslizaron bajo el peso de su cabellera y le acariciaron la nuca.

-Podríamos ir a Europa...

Ella sacudió la cabeza; una larga guedeja cayó sobre el brazo de Ashton, formando un rizo sobre su pecho velludo.

-Tú no eres de los que huyen ante la verdad, Ashton.

Él deslizó la mano hacia abajo, hasta apoyarla en un pecho, sintiendo el despertar de las fogatas en su propio cuerpo. Cuando pensaba en hacerle el amor, olvidaba la posibilidad de perderla. La boca de Lierin ascendió buscando la suya, pero un segundo antes del beso rompió el silencio una serie de golpes lejanos.

Ashton echó un vistazo al reloj de la repisa, pero la esfera ennegrecida no daba señales de la hora.

-¿Quién diablos...? Han de ser las dos o las tres de la madrugada. La llamada se repitió, más audible, más insistente. Se oyó una voz en palabras débiles, pero claras.

-Despierte amo. Se están quemando los depósito' de Natchez.

-Maldición.

Con esa exclamación, Ashton saltó de la cama y cruzó desnudo la habitación y el baño, a la carrera; después de echarse una bata sobre el cuerpo, abrió la puerta más alejada. En el umbral estaba Willis con un gorro de dormir torcido en la cabeza y el cuello de una camisa de dormir asomando sobre el batín mal puesto. Sus ojos se dilataban de alarma sobre la llama parpadeante de la vela que llevaba.

-Amo Ashton -repitió el mayordomo, ansioso-, en la puerta ha un hombre que dice que uno de su' depósito', en el puerto, se incendió con la tormenta y dice que pa' cuando usté llegue, los otro' también se estarán consumiendo.

-Envía a alguien en busca de Judd y que reúna a algunos hombres para combatir el incendio. Bajaré en cuanto pueda vestirme un poco.

El negro vaciló.

-Amo, si le parece bien, me gustaría ir con usté. Soy muy bueno pa' pasar balde'.

-Bueno, pero date prisa. No tenemos tiempo que perder.

-¡Sí, señó!

Y Willis se puso en marcha antes de que se cerrara la puerta. Lierin entró en el baño atándose el cinturón de la bata.

-¿Qué ha pasado?

-Tengo que ir a Natchez -respondió él, quitándose bruscamente el batín-¡Se están incendiando mis depósitos!

Ella se apresuró a prepararle la ropa, en tanto él se ponía los pantalones.

-Está lloviendo mucho. ¿No cabe la esperanza de que la lluvia apague el fuego antes de que se extienda a los otros depósitos?

-¡Ojalá!

Mientras él metía los faldones de la camisa por el pantalón, ella le alcanzó la chaqueta.

-Pase lo que pase, ten cuidado -le rogó.

Ashton la estrechó por un momento, apretándole los labios con un beso rápido y duro. Luego dijo, en voz ronca:

-Desde, ahora en adelante, se acabó lo de los dormitorios separados. No pienso renunciar a ti. Malcom Sinclair tendrá que matarme antes de que yo le permita que te lleve.

Un filo de miedo atravesó el corazón de la joven.

-¡Oh, Ashton, no digas eso!

-¡Es lo que pienso!

Y se apartó de ella para correr por el pasillo. Cerca de los establos, Judd estaba ya reuniendo a los hombres en una carreta, mientras extendía por encima una tela alquitranada como protección contra los elementos. Ashton, bajándose el ala del sombrero y subiéndose el cuello de su impermeable, miró hacia el este, donde el cielo seguía negro. No había señales de amanecer tras la masa de nubes oscuras. Subió al pescante junto a Judd y, ante el restallido de un látigo, la yunta inició la marcha en una implacable carrera hacia Natchez.

Al llegar al destino, Ashton halló motivos para dar gracias por la lluvia, que los había empapado en la ruta, pues el incendio, bajo el aguacero, estaba confinado en el cobertizo del medio, dejando intactos los adyacentes. Se detuvo con Judd y el capataz de los depósitos bajo el techo de chapas de un refugio, inspeccionando las ruinas humeantes.

-¿Perdimos mucho? -preguntó Ashton. -Bastante, señor -respondió el capataz, sobre el incesante tamborileo de la lluvia en el techo metálico-, pero pudo ser mucho peor. Casualmente, un barco se llevó ayer mismo todo un cargamento de algodón; aquí sólo quedaban treinta y tantos fardos, unos cuantos barriles de melaza y algunas cosas sueltas. Nada más. Usted tiene suerte porque esto debió ser obra de un rayo; sin esta lluvia todo habría desaparecido.

-Perdón... -interrumpió una voz cascada, desde atrás-, ¿Alguno de ustedes es el señor Wingate?

Era un mendigo de baja estatura y pelo escaso, cuyas ropas estaban empapadas y raídas; llevaba botas muy gastadas, con las puntas torcidas hacia arriba.

-Soy yo -informó Ashton.

El vagabundo se frotó la nariz con una manga sucia y señaló el depósito destruido.

-Si le sobran unas moneditas, a lo mejor le cuento cómo empezó ese incendio.

Ashton se palpó los bolsillos, pero los tenía vacíos. El capataz buscó en los suyos con igual mala suerte.

-Me vestí muy de prisa -se disculpó, encogiéndose de hombros -Tendré que quedar en deuda con usted -propuso Ashton.

-Si usted me lo promete, señor, acepto su palabra. Después de todo, se lo debo.

-¿A qué se refiere?

El mendigo se encogió de hombros,

-Hace tiempo que duermo en ese cobertizo suyo. Siempre meto por una ventana rota que hay atrás y busco un fardo blando. Se está bien ahí, Es abrigado, en noches como ésta,

***-Usted dijo que sabía como había empezado el incendio – le instó Ashton.***

***-Sí, claro,*** a ***eso voy. Vea; estaba tratando de dormir un poco y me pareció oír voces por esa ventana rota. Bueno, me asusté así que me acerqué a la ventana para escuchar un***

***poco. Y entonces comprendí Estaban planeando incendiar esto. Bueno, cuando*** me di cuenta de que podía quedarme encerrado casi me muero de miedo, pero ¿como iba a salir si ellos estaban ahí?

-¿Cuántos eran? -investigó Ashton.

-Tres o cuatro, puede ser. A uno, cuanto menos, lo vi un par veces en el Razorback, me parece, pero no estoy seguro. Afuera estaba muy oscuro hasta que empezaron los rayos. Y ahí fue cuando vi que al hombre más grandote le faltaban dos dedos de la mano izquierda. Bueno, entonces me acordé de ese matón que había visto el bar.

-¿Y dice que había más? -insistió Ashton.

-Sí. -El hombre se rascó el mentón barbudo-. Uno era bajo, rechoncho... con ropa algo llamativa... y tenía un tic nervioso o a así.

Ashton miró a Judd.

-Esa descripción se parece extrañamente a Horace Titch.

El negro frunció el ceño, pensativo.

-¿Le parece que tiene fibra como pa' meterse en esto?

-Si MaIelda lo alienta -respondió Ashton, burlón, todo es posible.

-¿Lo habrá hecho por venganza?

-No sé por qué pero lo averiguaré.

-Ashton levantó una ceja y preguntó-. ¿Me acompañas?

-Judd sonrió.

-¿Y cómo no?

Willabelle cruzó el cuarto casi vacilando y se detuvo ante la señora; se alisó el delantal con gestos nerviosos hasta que Lierin levantó la vista. Nunca la había notado tan insegura; una punzada de aprensión le advirtió que la mujer no venía con algún recado simple.

-¿Qué pasa, Willabelle?

-.Señora... -Los ojos oscuros del ama de llaves expresaban su preocupación-. Ese hombre que dice ser su papá está abajo y quiere verla.

Algo frío se congeló en el corazón de Lierin. La luz grisácea y opaca de la mañana tormentosa no había logrado echar sombras sobre los recuerdos de las horas pasadas con Ashton pero en ese momento la atacó una súbita depresión que se llevó ese contento.

Casi esperanzada. Willabelle preguntó:

-¿Le digo que vuelva despué cuando esté el señó?

Lierin abandonó el pequeño escritorio. Le temblaban los miembros y se le había hecho un nudo en la garganta pero logró mostrar un semblante tranquilo.

-No, Willabelle. Lo atenderé. Es lo menos que puedo hacer.

El ama de llaves puso los ojos en blanco.

-Desde que abrí los ojo, esta mañana ya sabía que íbamo' a tené un mal día -murmuró-. Primero se incendian lo' deposito' y ahora viéne ese hombre cuando el señó no está.

-No tienes por qué preocuparte Willabelle -la consoló Lierin-. Dile que bajaré en un momento.

-Sí señora.

La negra, sombría, volvió a la sala arrastrando los pies. El hombre ya se había servido una copa de coñac y estaba encendiendo uno de los cigarros de su amo. Su audacia restó a la sirvienta todo el buen humor. Fulminándolo con la mirada transmitió el mensaje con aire rígido.

-El señó no está pero la señora dice que en seguida baja.

-¿Cuándo se espera al señor Wingate?

-No sé -murmuró la mujer- pero cuanto ante'. mejó.

Robert Somerton preguntó:

-¿Tiene usted algún motivo para oponerse a que yo vea a mi hija?

-La señorita Lierin está muy afligida con todo este lío de que es la mujé de otro.

-Se llama Lenore. -El hombre desprendió la ceniza de su cigarro, apuntando más o menos hacia el plato de porcelana, pero fallando por amplio margen-. Trate de recordarlo.

En los ojos de Willabelle ardía un fuego oscuro, aun antes d presenciar lo de la ceniza; en ese momento, una llamarada de furia Si encendió en aquellas honduras negras. Mientras limpiaba las cenizas con la mano, afirmó:

-El señó dice que es la señorita Lierin ya mí me parece bien. Robert rió, rencoroso.

-En ese caso, usted es tan ciega y tonta como su amo. Exigió pruebas, pero cuando se las presentarnos despreció cuanto decía sentido común. Recuerde lo que le digo: no podrá seguir aprovechándose de la enfermedad de mi hija. Yo me encargaré de eso Abusó de la hermana, pero aquí tendrá que detenerse.

-Tengo que hace -anunció Willabelle, secamente.

Robert hizo un ademán, como dándole permiso para retirarse. No sabía por qué se había rebajado a discutir con una sirvienta, sobre todo tratándose de una mujer tan obstinada.

-Atienda, atienda, antes de que vuelva su amo y la castigue. Willabelle se hinchó como un sapo enfurecido.

-¡Mi amo nunca nos pone la mano encima! -chilló, indignada. Y se marchó, levantando imperiosamente la nariz, haciendo repiquetear la cristalería con sus fuertes pasos. En ese momento comprendía muy bien por qué el amo nunca había hablado mucho de su suegro. De ese hombre no había nada bueno que decir.

Pocos momentos después, Lierin entraba a la sala, en actitud sumisa, casi temerosa. Toleró el beso del hombre en su mejilla y se dejó conducir al sofá. Luego escucho como una hija educada el relato de su vida anterior, en Inglaterra. Él le mostró un retrato en miniatura donde se veía a dos gemelas, y ella tuvo que reconocer su asombro parecido con ambas. Pero fue el esbozo de una casa solariega, d estilo Tudor, en una colina, lo que le despertó cierta sensación d familiaridad.

-Tú misma dibujaste esto -dijo él, señalando el trabajo con s copa, nuevamente llena-. Es nuestra casa, en Inglaterra.

Lierin estudió cuidadosamente el dibujo; en ese momento podía imaginarse caminando por las largas galerías de la mansión. Veía paredes con retratos, lanzas y escudos, largas mesas rodeadas d sillas altas y majestuosas.

-Creo que conozco eso -reconoció-. Me parece familiar.

-¡Ajá! -gritó Robert, en jubilosa victoria-. Ahora estamos llegando a algo. Tal vez hasta aceptes que soy tu padre.

Ella levantó los hombros en un gesto que no la comprometía a nada. No quería llegar a tanto, pues de ese modo hubiera dado a Malcolm Sinclair ventajas sobre Ashton, y ella sabía a quién debía lealtad.

-Usted puede ser mi padre, sea yo Lierin o Leñote, pero ¿cómo puedo saberlo, si ni siquiera lo recuerdo?

Robert quedó pensativo por un rato; cuando comenzó a hablar, eligió sus palabras con cuidado.

-Francamente, pienso que necesitas tiempo y un lugar tranquilo para pensar en esto, sin que interfieran Malcolm ni Ashton. ¿Por qué no dejas que te lleve a Biloxi? Allá tenemos una casa, sobre la playa. Está toda tu ropa y todo lo que necesitas.

Ella arrugó el ceño, preocupada por la idea de abandonar Belle Chene... y a Ashton.

-Aquí soy feliz.

-Pero dejarás de serio si comienzas a recordar lo que Ashton Wingate hizo con tu hermana. Si ha muerto, es por culpa de él, y un día juraste que te vengarías. En realidad, no comprendo que puedas odiar tanto a ese hombre y seguir pensando que es tu esposo.

-No lo odio -protestó ella-. Yo...

Él la observó con cuidado, esperando que continuara, pero su curiosidad quedó insatisfecha.

-Sabes, por supuesto, que Malcom piensa retarlo a duelo.

El corazón de la muchacha se detuvo, súbitamente empavorecido y le miró con los ojos muy grandes, atentos.

-Malcom es excelente con las armas de fuego -afirmó Robert-. Dudo que Ashton pueda escapar.

-Usted tiene que impedirlo -le instó ella.

-¿Cómo? -inquirió, él, sorprendido-. Sólo tú puedes hacerlo.

Ella, gimiendo, se retorció las manos; la trampa se cerraba sobre su persona.

-Si me quedo con Ashton, Malcom lo retará a duelo. Si voy con Malcom, Ashton nos seguirá con las mismas intenciones lo conozco. Ya ha dicho que no piensa renunciar a mí y no quiero que muera nadie.

-Por eso digo que tu única salida segura es hacer lo que te sugerí: ven conmigo a Biloxi. A mí no me retarán a duelo.

Lierin, cansada, se reclinó en el sofá. Esa proposición no le gustaba mucho, pero la aceptaba como razonable le ofrecía, a la vez, la única salida posible en semejante aprieto.

-Tengo que pensarlo.

-No tienes mucho tiempo, querida. Malcolm está todo para venir a desafiar a Ashton muy pronto. Cualquier demora sería su muerte. -Él se encogió de hombros-. Yo no lamentaría su deceso, desde luego, teniendo en cuenta que nos robó a Lierin.

-¿No es posible que un padre confunda a sus dos hijas?- preguntó ella, con voz muy débil-. ¿Está seguro de que soy yo?

Él levantó la mano, en un gesto de impaciencia.

-¿Qué se puede hacer cuando nuestra propia hija no nos cree? ¿Cómo te haré entender? ¡No soy yo el equivocado sino Ashton! O se trata de algún plan suyo. Seguramente nos está jugando sucio todos. Sabe muy bien que Lierin se ahogó.

Poco a poco, Lierin se puso de pie y se pasó una mano temblorosa por el cabello.

-Tía Jennifer y Amanda están arriba, descansando. Tal vez sea mejor que me vaya ahora, sin que ellas se den cuenta. Si me espera en su carruaje, subiré un momento para escribir una nota a Ashton.

-No le digas adónde vamos.

-No -suspiró ella-. Eso sería una invitación abierta para que nos siguiera; Le pediré que no interfiera.

Subió la escalera como si el mundo entero hubiera llegado a su fin. Con la vista empañada por las lágrimas compuso una breve carta que firmó "Lenore". Después de besar el anillo de bodas, lo dejó sobre la misiva.

Con la ropa que llevaba puesta por todo equipaje, volvió a bajar la escalera y salió por la puerta principal feliz de no verse obligada a encontrarse con Willis ni Willabelle antes de la partida. Le corrían lágrimas por las mejillas cuando echó la última mirada a la casa preguntándose si volvería alguna vez.

Ashton abrió las altas puertas de vaivén del bar Razorback y dio dos pasos en el salón atestado lleno de humo. Había comido tranquilamente en la posada y venía del *Bruja del Río,* donde se había lavado y cambiado de ropa. Después de revisar con Judd las posibles andanzas de quienes incendiaran el depósito, ambos habían decidido que valía la pena visitar la taberna.

Para no dar la impresión de buscar pelea, Ashton estaba vestido como los jugadores profesionales de los paquebotes: con chaqueta negra corbata y pantalones del mismo color, y una almidonada camisa blanca que hacía resaltar el chaleco de brocado gris y plateado. Su figura alta, audaz atrajo las miradas admirativas de las rameras que atendían allí quienes lo saludaron con sonrisas provocativas.

El techo era bajo pero la habitación ofrecía bastante amplitud, a pesar de los grandes postes que sostenían el piso alto. Un fuerte mostrador, marcado por muchas peleas, cerraba un

rincón; la zona abierta estaba atestada de mesitas y sillas toscas. Muchas de éstas estaban ocupadas por los parroquianos, y contra el mostrador se recostaban Idos personajes mal encarados. Las narices sensibles podían fruncirse ante el hedor de los cuerpos sudorosos, la cerveza agria, el tabaco y el moho, pero Ashton no era remilgado. Conocía el mundo por ambos lados, aunque en situaciones como ésa se sentía afortunado de vivir como vivía.

Eligió una mesa poco iluminada y se instaló de frente a la puerta. Casi antes de que se hubiera sentado tenía ante sí a una prostituta de ropas muy vistosas y mejillas muy pintadas, que se inclinó hacia él con una sonrisa, exhibiendo el seno, donde había aplicado tonos rojos en diversas zonas.

-¿En qué puedo servirte?

-Esta noche -respondió él, sacando un mazo de su chaleco-, sólo quiero una copa y jugar a las cartas.

La mujer se encogió de hombros.

-Si sólo quiere una copa, señor, le mandaré a Sara. No puedo perder tiempo con los que no compran, aunque sean apuestos. Pero si cambia de opinión, me llamo Fern.

Ashton, sin prestarle atención, comenzó a barajar las cartas, mientras estudiaba lentamente las caras de los presentes. Parecían de mala calaña. Uno a uno, todos desviaron la vista ante su mirada. Su reputación lo precedía; nadie se dejaba engañar por esa actitud poco amenazadora ni por sus ropas de jugador. Esa mañana, un incendio había destruido un depósito y se decía que el fuego había sido intencionado. También se sabía quién era el dueño. No costaba mucho presentir los disturbios inminentes. Nadie se entrometía con Ashton Wingate ni con sus pertenencias sin enfrentarse a él; era como invitarlo a acudir.

Ashton sintió una presencia junto a su codo y levantó la vista hacia el flaco rostro de la mujer que esperaba. Dado el humo del ambiente, no era fácil discernir el color de los ojos claros, sin brillo, ni el tono del pelo recogido en un peinado torpe. Sus zapatos, demasiado grandes para ella, estaban sujetos a los pies por medio de harapos; el vestido azul, obviamente, había sido hecho para una mujer que pesaba diez kilos más, por lo menos. Al calcular su edad, Ashton supuso que tendría aproximadamente la suya, pero quizá pareciera mucho mayor de lo que era, en realidad. La mujer habló con tono seco y desprovisto de emoción.

-Fern dijo que usted quería una copa.

-¿Qué es lo mejor que se puede tomar aquí?

-Cerveza -replicó la criada, prontamente-. Es lo único a lo que no se puede agregar mucha agua.

-Tráigame una cerveza, entonces... Sara, ¿verdad? -Su mirada interrogante recibió un gesto afirmativo como respuesta-. Y en un jarro limpio, si encuentra alguno.

-Haría mejor en buscarlo en Belle Chene -aconsejó ella-. Además, estaría mucho más seguro.

Ashton arqueó las cejas, sorprendido.

-¿Me conoce?

Sara miró de soslayo a un grupo reunido cerca del mostrador.

-Les oí decir que usted tenía a una loca en su casa, asegurando que era su esposa. Algunos de ésos son los que fueron a su casa, a buscarla. Dicen que por culpa suya perdieron varios caballos buenos.

Ashton respondió con una risa suave.

-En ese caso, ¿por qué no vienen a quejarse personalmente?

La frente arrugada de la mujer se marcó con surcos más profundos, al estudiar la pregunta.

-Creo que le tienen miedo, pero no sé por qué. Son muchos más.

-Usted busque dónde esconderse, por si logran juntar coraje -sugirió Ashton.

-Ese consejo bien puede aplicársele a usted. No hace mucho tiempo que estoy por aquí, pero he visto actuar a algunos de esos rufianes. Francamente, lo mejor sería que se fuera cuanto antes.

-Busco a un hombre y todavía no lo he hallado. Le faltan dos dedos de la mano izquierda.

-En este salón no hay nadie que responda a esa descripción -aseguró ella y se alejó.

Por debajo del harapiento borde del vestido, sus zapatos hacían un ruido chapoteante en el serrín del suelo. Ese aspecto deplorable pare- I da constituir una parte de la vida desolada de esos lugares. Sin embargo, mientras la estudiaba, Ashton se preguntó si ella no habría conocido una existencia distinta, en otros tiempos. Caminaba con una gracia sutil, que las rameras no podían igualar. En tanto ellas se meneaban entre los hombres, tratando de conseguir clientes para la i noche, esa mujer se movía con el delicado aire de una reina, a pesar de sus harapos. Hasta el modo de hablar sugería cierta instrucción.

Sara volvió a su mesa con una jarrita reluciente y una jarra de lata, que contenía cerveza medio tibia. Luego dio un paso atrás y cruzó las manos, esperando, paciente, que él depositara el dinero necesario. Al ver la suma, abrió los ojos, atónita ante el color dorado de la moneda.

-oh, eso es demasiado, señor, y no creo que el tabernero me dé el cambio debido. No dejará de aumentar el precio para quedarse con todo la posible.

Ashton metió la mano en el bolsillo y puso una moneda más opaca junto a la pieza de oro.

-Ésta es para el tabernero; el oro es para usted, por haberme traído un vaso limpio.

La mujer vaciló un instante, como aturdida ante esa generosidad; por fin, con lágrimas en los ojos, recogió las monedas, diciendo:

-Gracias, señor Wingate. No olvidaré esto. Ashton probó la cerveza; el gusto acre de la bebida le hizo fruncir la nariz: si eso era lo mejor que había en la casa, pensó, asqueado, tendría que verse en grandes apuros para probar cualquier otra cosa.

Con tranquilo aplomo, se acomodó el sombrero negro en la cabeza, faltando a la costumbre de los verdaderos caballeros, y volvió a sacar las cartas, jugando con el aire distraído de quien se aburre mucho. Así prosiguió por un rato. Estaba por abandonar su vigilia cuando un grupo de cuatro hombres abrió las puertas de vaivén.

El primero era un hombrón de frente huidiza sobre las cejas pobladas y los ojillos hundidos. La nariz, notablemente grande y de venas purpúreas, sobresalía sobre los labios gruesos, libidinosos. Se detuvo junto a la puerta y apoyó la mano izquierda en un poste, mientras estudiaba a la muchedumbre. Ashton no tardó en notar la falta de dos dedos en su mano carnosa; sintió un escalofrío en la nuca cuando aquellos ojos de cerdo se posaron en él.

El corpulento bruto irguió la espalda y enderezó los hombros, tensando las costuras de su chaqueta corta. Después de acomodarse los pantalones sobre el vientre hinchado, se ajustó la gorra en un ángulo garboso y marchó hacia adelante, bamboleando mucho las piernas musculosas a cada paso, antes de plantar los grandes pies.

Ashton se puso rígido, pues el hombre parecía estar guiando a sus compinches directamente hacia su mesa. La tensión se alivió considerablemente cuando el facineroso se acomodó en la de al lado.

-Parece que nos vienen a visitar los ricachones, últimamente. El pulgar grueso señaló en dirección a Ashton.

El caballero comprendió que no pasaría mucho tiempo sin que el cuarteto buscara algún motivo para lanzarse contra él. Sin embargo, una perversa paciencia lo instaba a esperar. Apoyando perezosamente una bota en el travesaño de una silla, continuó con su solitario, no por eso menos dispuesto a la acción.

El gigante plantó su puño carnoso en las toscas tablas de la mesa, en tanto su voz se elevaba al volumen de un bramido ensordecedor.

-¡A ver! ¿Dónde están las mozas? ¡Que nos traigan cerveza! -y bajó la voz para comentar a sus compañeros, en un burlón aparte-: ¡Cómo se están poniendo las cosas aquí! ¡Hay que rogar para que te sirvan!

Las busconas se mantenían a distancia, curándose en salud. Fue Sara quien, después de llenar jarras grandes, las llevó hasta la mesa en cuestión, rebosantes. Ellos alargaron la mano hacia las jarras, pero Sara carraspeó, anunciando:

-Dijo el tabernero que pagaran antes de consumir.

El jefe la fulminó con la vista pero la mujer le sostuvo la mirada sin pestañear. Por fin, él sacó un puñado de monedas, de las que contó trabajosamente una suma para dejar sobre la mesa.

-Eso alcanza sólo para tres pintas -informó Sara, prontamente y he traído cuatro.

El gigante, a regañadientes agregó más monedas al resto. Luego con una mueca libidinosa. puso un centavo en la montaña.

-Y un poquito para ti, tesoro.

La mujer esbozó una débil sonrisa, sin entusiasmo, y quiso recoger el dinero. Antes de que pudiera retirar la mano, los dos dedos miembro mutilado se cenaron en su antebrazo, con cruel decisión. Ella trató de apartarse con un grito de dolor y se frotó la parte amoratada.

-¡Bestia! -le espetó-. ¡Ya sabe dónde puede guardarse esas manos sucias!

-Eh, vamos -exclamó el hombre-. Me gustan las mujeres de temple ¿Por qué no te vas a poner uno de esos vestidos lindos que tienen puestos tus comadres y vienes a lucirte conmigo? Queda mucho mejor.

-De usted no puede decirse lo mismo -replicó Sara.

Con un paso al costado, esquivó la palmada que le estaba destinada, ahorrándose otro cardenal, pero su agilidad pareció un desafiándole un manotazo a las faldas para encerrarla en un abrazo chilló de furia al sentir que la atraían hacia el regazo. Casi de inmediato, la mano del hombre estaba hurgando ente sus muslos. La mujer aspiró bruscamente ante la afrenta, debatiéndose desesperadamente para escapar.

A Ashton le habían enseñado, a temprana edad, que las mujeres debían ser respetadas cualesquiera fuesen las circunstancias. En general, siempre se atenía a esa norma ética, y esa exhibición de bestialidad le resultó insoportable. Se puso de pie, tirándose del chaleco, y fue a enfrentarse con el degenerado.

-Perdone, señor, pero creo que la señorita quiere que usted la deje en libertad. ¿Por qué no la suelta tranquilamente, y así nos ahorraremos ambos muchas molestias?

El hombrón arrojó a la mujer harapienta al suelo, algo asombrado. Hasta entonces nadie había tenido el valor de enfrentársele. Ashton se inclinó para ayudar a la sirvienta a levantarse y la empujó hacia el mostrador, mientras el bergante abandonaba su silla, con un tono de apoplejía en la cara.

Todavía no había acabado de recobrar el equilibrio cuando el puño de Ashton lo alcanzó en la mandíbula, enviándolo contra la mesa. Las sillas se hicieron trizas, en tanto los tres compañeros iban a parar en el serrín del suelo, entre fuertes exclamaciones y bufidos que revelaban la fuerza del aterrizaje.

El cuarteto se levantó con esfuerzo, buscando cuchillos, cachiporras, cualquier arma que estuviera a mano. Ashton contuvo sus esfuerzos pateando la mesa junto con todo su contenido, que cayó sobre ellos. La cerveza saltó de las jarras, afectando ojos y narices dilatadas. El aire se llenó de maldiciones, mientras los cuatro volvían a caer, en un enredo patalearte.

Ashton, sin ceder, aumentó la confusión al arrojar su propia mesa contra el bulto, con un buen empujón. El jefe de los bravucones, que se había incorporado sobre manos y rodillas, recibió el mueble contra la espalda y se hundió de cabeza entre sus compinches.

Otras siluetas agresivas se acercaban en la penumbra, formando un verdadero muro de oscuridad. Ashton le conoció en aquellos ojos el fulgor de la venganza y retrocedió cautelosamente, levantando la pata de una mesa rota.

-¡Chista! ¡Señor Wingate! ¡Por aquí!

Ashton miró rápidamente de soslayo; Sara estaba agazapada en el quicio de la puerta. Saltó sobre una silla quebrada y aceptó apresuradamente su invitación. Después de cruzar la puerta, la cerró de un golpe a su espalda y echó el cerrojo.

Los dos huyeron por entre montones de mercancías, que colmaban un cuarto apenas iluminado, hasta que la resistente puerta trasera detuvo su huida. Ashton aplicó el hombro a aquella reacia barrera, en tanto en la taberna crecía el alboroto. Por fin, tras un segundo empellón, la puerta exterior giró sobre los goznes, permitiéndoles escapar.

El callejón era estrecho y el barro lo hacía resbaloso, pero la mujer conocía cada recodo y cada charco. Era apenas una silueta oscura que huía entre las sombras cuando Ashton se detuvo para formar una barricada en la salida trasera. La siguió de prisa. Estaba a un paso de la esquina cuando la puerta volvió a ceder. Los súbitos gritos de la banda les revelaron que habían sido vistos. La cacería estaba en marcha.

Ashton tomó a la mujer por el brazo y la arrastró consigo. Ambos corrieron por la cuesta de Silver Street, enviando a sus miembros hasta el último resto de energía. La calle estaba cenagosa, y el Iodo succionaba los pobres zapatos de Sara, dificultándole la carrera. Como

los rufianes estaban acortando rápidamente la distancia, no había tiempo para agacharse a desatar los trapos que los sujetaban.

Junto a la acera de enfrente, en la parte alta de la colina, había una carreta detenida. Ambos corrieron hacia allí, con pocos pasos de ventaja, seguidos por la banda. Ya sonaban los gritos de victoria, pues los facinerosos presentían la inminente captura de la pareja. Los siguieron por el costado de la carreta, pero de pronto se detuvieron, resbalando: otro grupo de siluetas oscuras, algo más numeroso, había surgido a la luz de la lámpara.

Sara lanzó una exclamación al verse en medio de la banda y se protegió detrás de su caballero, sólo para oírlo reír por lo bajo.

-No se preocupe. Son amigos.

-¿Nos estaban esperando aquí desde un principio? -preguntó ella en voz alta, al trabarse en combate los dos grupos.

Ashton volvió a reír.

-Me gusta planear las cosas por anticipado, cuando es posible. Pero se puso abruptamente serio, cuando un hombre de barba lo tomó por la solapa. Girando en redondo, le clavó un puño en el vientre y siguió con otro golpe en la mandíbula. La cabeza del hombre cayó hacia atrás, pero Ashton no tuvo un instante de respiro, pues otro reclamaba su atención.

Judd entró en combate con un celo que estuvo a punto de acobardar a sus adversarios. No sólo era rápido y fuerte, sino que sus brazos, muy largos, le permitían dar buenos golpes a distancia. Para no quedarse atrás, Sara saltó sobre la espalda de otro posible atacante y le arañó la cara desde atrás. Con un mordisco en la oreja, lo hizo chillar de dolor y redoblar los esfuerzos para quitarse a esa gata de encima.

Desde todo punto de vista, era un revoltijo salvaje. Abundaba el barro y, con el impulso de los puñetazos, muchos caían despatarra- dos. La pasta oscura pronto cubrió por igual a amigos y enemigos, haciendo difícil saber quién era quién a la escasa luz de las lámparas. Unos cuantos parecían monstruos del río, debido a los grandes terrones adheridos, que les daban formas asombrosas. Los golpes se vieron precedidos por breves preguntas; muchos, al darse cuenta del error, abandonaban a un camarada para volverse contra el enemigo.

De todos modos, las filas de los facinerosos comenzaban a reducirse: uno a uno iban cayendo al barro, sin sentido, o se apartaban a rastras, sin poder soportar más golpes. Ashton comenzaba a abrigar grandes esperanzas con respecto al resultado cuando un bramido jubiloso lo hizo girar en redondo.

Cuatro formas amenazantes avanzaban hacia él desde las orillas del combate, relativamente limpios de lodo, como si se hubieran mantenido aparte. En cualquier

circunstancia, los cuatro hubieran sido fáciles de reconocer por el hombrón cuadrado que los conducía. Todos balanceaban pesadas cachiporras en los puños.

-Ah, el señor Wingate -anunció el matón, con una risa ahogada-. Prepárese para encontrarse con su Hacedor.

-¿Cuatro contra uno? -adujo una voz grave, desde cerca. Ashton sintió cierto alivio al reconocer la de Judd-. No me parece justo, pero es sólo una impresión, ¿sabe? ¿Qué les parece cuatro contra dos?

El gigante, sin esperar, se lanzó contra Ashton. Había pasado vergüenza por su culpa y le gustaba la idea de aplicarle un golpe mortífero. Ashton esquivó su embestida y le aplicó un puñetazo a la cabeza, al pasar. El hombre, aullando de dolor, gritó en redondo como un toro herido. Ashton volvió a atacar, esta vez con el canto de la mano, contra el brazo armado. El arma cayó al suelo, pero aquel oso humano atrapó a su contrincante en un abrazo triturador.

Ashton, sintiendo que le crujían las costillas, levantó con fuerza ambos brazos, aflojando así la presión del otro, hasta que tuvo espacio suficiente para moverse. Entonces hundió los nudillos de ambas manos en las costillas inferiores del hombre. Su recompensa fue un aullido. Su adversario retrocedió, alargando los brazos hacia ambos lados, mientras él lo seguía para repetir sus golpes hasta aplanar aquella nariz bulbosa. Concluyó con un puñetazo contra el vientre flojo y otro a la mandíbula. El hombre cayó, aturdido. No tuvo tiempo de despejar su mente antes de que tres formas pasaran a toda prisa, tropezando. Lo atraparon por el brazo para arrastrarlo con ellos, mientras huían por la colina. Ashton se volvió, asombrado. Judd sonreía contento en actitud victoriosa.

-¿Qué pasó? -preguntó el amo, sorprendido.

El negro se encogió de hombros, muy desenvuelto.

-Seguro que les pareció que la pelea era muy desigual.

-Como de costumbre, no cargaste sólo con tu parte en el combate - observó Ashton, sonriendo. Judd rió entre dientes.

-Como no sabía muy bien cuánto me tocaba, agarré lo que quedaba por ahí.

Ashton le dio una palmada en la espalda, riendo:

-Puedes quedarte con todo lo que encuentres, sin reparos.

El negro señalo a los tunantes que huían.

-No lo' seguimo'? Vi que al grandote le faltaban dos dedo'.

-Informaré a Harvey de esto para que él se ocupe. Ya no tengo ganas de seguir peleando.

Se encaminó hacia la carreta, donde estaba Sara, sentada con la barbilla apoyada en la mano. De su otra mano colgaba una cachiporra; a juzgar por un pequeño cúmulo de cuerpos tendidos en el barro, junto a la rueda delantera, la había utilizado con perverso empeño.

-Hacía ya tiempo que tenía ganas de hacer algo así -murmuró-, sobre todo al pensar en el bruto de mi marido.

Ashton arqueó una ceja, sorprendido.

-Señora, compadezco a ese hombre, si alguna vez cae en sus manos.

-Hummm -bufó ella-, yo no lo compadezco. Me gustaría hacerlo descuartizar, no sólo por lo que me hizo a mí, sino por lo que hizo con mi familia. -Parpadeó para despejar las lágrimas que súbitamente le llenaban los ojos; algo azorada, hundió la mano en el bolsillo de su embarrada falda para sacar un pañuelo raído-. Lo siento, señor Wingate. No era mi intención molestarlo con mis palabras.

-No es molestia, Sara -dijo él, con suave interés-. ¿Qué piensa hacer ahora? Sería demasiado peligroso que volviera al bar.

-No sé -respondió ella, en voz baja-. Tengo un hermano que se embarcó hacia el Lejano Oriente, hace varios años. No sé bien cuándo debe regresar, y de todos modos siempre fue la oveja negra de la familia. No le gustaba la idea de dedicarse a nuestros negocios cuando se fuera mi padre. -Rió sin humor-. Créalo o no, señor Wingate, yo nací en una casa de ricos. Mi padre hizo una fortuna con varios almacenes y, más adelante, con navíos propios. Yo solía llevarle los libros y sé bien de sus éxitos. Ahora mi familia está totalmente aniquilada. Mi padre ha muerto, la fortuna no existe y yo no é si alguna vez me reuniré con mi hermano. -Perdió la vista en el espacio, como si los pensamientos la hubieran llevado muy lejos del presente. Por fin soltó un largo suspiro-. Creo que sólo vivo para esperar el día en que mi esposo reciba su merecido.

Ashton, pensativo, se quitó un terrón de barro de la manga.

-Si tiene experiencia con libros de contabilidad, puedo darle empleo en mi oficina; yo también tengo barcos.

Ella lo miró, maravillada.

-No tiene por qué hacerse responsable de mí, señor Wingate. Lo que hice en el bar fue por gratitud. La pelea comenzó por causa mía. No me debe nada.

Él la miró con una sonrisa lenta.

-Necesito en mi negocio alguien con talento para los números. Si no se siente capaz, buscaré a otra persona.

Aquella cara flaca adquirió un brillo que se parecía al de la luna, allá en lo alto.

-Soy capaz, señor Wingate. De eso estoy segura.

-Bueno, todo está arreglado. Usted vendrá con nosotros a Belle Chene, donde estará más segura. Por la mañana, mi esposa le conseguirá algunas ropas. -Sonrió-. No es del manicomio, ¿sabe?

Sara sonrió con mucha tristeza

-Eso lo sé, señor Wingate.

Era tarde ya cuando Ashton se detuvo junto a la puerta trasera, para quitarle las botas embarradas y toda la ropa que le pareció prudente. De pronto oyó unos sollozos apagados en la cocina. Lleno de preocupación subió los peldaños de un brinco y entró en calcetines y mangas de camisa**.**

Willabelle giró en redondo, sobresaltada, llevándose a la boca el borde del delantal. De sus ojos brotaba un torrente de lágrimas. Las miradas enrojecidas de Luella May y Bertha convencieron a Ashton de que también ellas compartían su dolor. Cuando el ama de llaves reconoció el rostro de su amo bajo el lodo, aspiró profundamente y comenzó a sollozar con renovado vigor.

-¿Por qué lloran todas ustedes? -inquirió-.¿Qué ha pasado?

-La señorita Lierin, señó -gimió Willabelle, mientras las otras dos se deshacían en otro ataque de sollozos.

Las garras afiladas del miedo desgarraron el corazón de Ashton; su mente se lanzó a la carrera.

-¿Dónde está? – gritó - ¿Le ha pasado algo?1

Una vez más, Willabelle suministró la información sollozando contra su delantal.

-Se fue, amo.

-¿Se fue? ¿Adónde?

Ashton estaba completamente desconcertado. El ama de llaves, secándose el rostro con el delantal, tomó aliento, estremecida y tratando de dominarse.

-No sé amo, ese tal señó Somerton vino y estuvo hablando con la señorita Lierin y él se fueron, no má', sin que nadie se enterara. Su abuela y la señorita Jenny... están en cama, con un doló de cabeza terrible.

-¿Pero por qué?-preguntó Ashton confuso y herido-. ¿Por qué tenía que irse?

*Willabelle encogió* los grandes hombros, inerme.

-No sé amo. A lo mejó ese señor Somerton la convenció de que era la Señorita Lenore.

Un gran peso descendió sobre los hombros de Ashton. De pronto se sintió cansado, con el cuerpo dolorido por la pelea. Su mente se esforzaba por captar la realidad, pero sentía la carga de una montaña imposible de escalar. Parpadeando para dominar su emoción, giró en redondo y avanzó a ciegas en dirección a la puerta.

-Yo la hallaré -murmuró-. Por la mañana comenzaré a buscarla.

-Se detuvo en la entrada e hizo un gesto triste hacia la puerta trasera recordando que habla dejado a Sara afuera, en algún sitio-. Traje a una mujer. Encárguense de ella y denle ropa para que se ponga.

Los gemidos volvieron a comenzar. Él giró la cabeza para encontrarse con la sombría mirada del ama de llaves.

-¿Y ahora que pasa?

-Nada, que la señorita Lienn se ha ido sin llevarse ropa – balbuceó Willabelle-. Toda' esa' cosa' bonita que uste le compro, toda' la dejó aquí. Se fue como un fantasma, que no necesita nada.

## *CAPÍTULO* 9

Lenore o Lierin. ¿Cómo iba a llamarse? La mujer puesta ante esa disyuntiva cavilaba sobre el tema desde que saliera de Belle Chene. Se veía en un cruel dilema. Difícilmente podía aceptar el nombre de Lierin sin cerrar la mente a la presencia de su padre ya la prueba que él presentara. Si elegía el apelativo de Lenore, se negaba a toda esperanza de un futuro con Ashton.

Era una guerra entre las emociones y la realidad, donde, aunque ella prefiriera otra cosa, los hechos parecían inclinar fuertemente la balanza en favor de Malcolm Sinclair. Las verdades desnudas de la vida tienden a ignorar los anhelos del corazón.

Ashton había dado a su esposa por ahogada, y también muchas otras personas. En los tres años posteriores al accidente, nada se había sabido de ella. Sin duda, si Lierin lo había amado y estaba con vida, hubiera hecho frente a los fuegos del infierno o los frígidos climas del norte para volver a él. Eso habría hecho ella, la mujer a quien le sobraba un nombre.

Pensó en Malcolm Sinclair: aun antes de conocerlo habían sabido que él estaba buscando a su esposa. El posadero, que había visto a la señora Sinclair, la había confundido con ella. Los retratos sugerían que ella tenía más semejanza con Lenore que con Lierin. También el padre insistía en que Malcolm estaba diciendo la verdad. ¿Qué otra prueba hacía falta?

El viaje entre Natchez y Biloxi le dio tiempo de sobra para meditar sobre el problema que tenía en la mente. También le dio motivos para lamentarse de no haber llevado una muda de ropa. Viajaron en vapor hasta Nueva Orleans; desde allí habrían ahorrado mucho tiempo tomando un barco hasta Biloxi, pero Robert Somerton, quien había llegado a la ciudad en un lindo carruaje, quería regresar en él. Pasaron dos noches en el camino: la primera, detenidos a un costado, descansando como mejor se pudiera; la segunda, en la dudosa comodidad de una posada, no pareció mucho mejor que la anterior.

El trayecto era caluroso y polvoriento, pero el padre parecía inmune a las molestias. Su nariz y sus mejillas enrojecían con el paso de las horas, pero eso no tenía mucho que ver con el calor y sí con el contenido de una petaca de plata que destapaba con frecuencia. En el río Pearl qulso ganar una travesía gratuita desafiando al barquero: un concurso de bebida, lo cual

hubiera dejado a ambos bajo la mesa en un estupor alcohólico. La hija se negó enérgicamente, mostraba su desagrado con el ceño fruncido, hasta que él, cediendo, sacó las monedas necesarias.

Parecía parte de la rutina que, al promediar la tarde, él se sintiera de muy buen ánimo. A ella le sorprendía el interminable repertorio que poseía, pues recitaba largos y variados poemas de tono humorístico, que suavizaba su duro acento inglés. Después de unas copas volvía muy parlanchín y comenzaba a relatar historias que no parecían corresponder a la vida de un comerciante; de pronto, con una risa ahogada, sacudía la mano ante la cara, como para borrar el relato y explicaba:

-Eso fue antes de conocer a tu madre, querida mía. De vez en cuando hacía una siesta; sus ronquidos llenaban el interior del carruaje de tal modo que la hija se sentía tentada a asestar un codazo para volverlo a la conciencia. Ella hubiera querido dormir con la misma profundidad, pero cada vez que cerraba los ojos Ashton estaba allí, esperando. La perseguía en sus horas en vela y, cuando ella huía, en exhausto alivio a los brazos del sueno, este se encargaba de la persecución. Tal vez era la falta de recuerdos previos lo que le hacía atesorar tanto los más recientes, junto a Ashton. Cualquiera fuese la explicación, se sentía frustrada por el fracaso cuando se trataba de concentrarse en otras cosas, menos perturbadoras.

Al tercer día estaba casi agotada; sus nervios irritados no soportaban ese conflicto constante en su interior. Se dedicó, deliberadamente, a la tarea de aceptar que su compañero de viaje era su padre esforzándose por desechar cualquier duda de que él pudiera estar equivocado. Al mismo tiempo se aplicaba a reconocerse como Lenore. Después de todo, si alguien sabía quién era ella, ese alguien debía ser su padre, sin duda alguna. Aun así, teniendo en cuenta su afición a la bebida, cabía preguntarse si él tenía, en verdad, la mente lo bastante clara como para reconocerla.

Fue por pura fuerza de voluntad que adoptó el nombre de Lenore, aunque el conflicto de su identidad aún persistía con toda su potencia en su cerebro. La aplicación de ese criterio desgastó aun más su', energías. Cuando llegaron a la casa grande, edificada sobre la playa, el carruaje tomó por el curvo camino de entrada, estaba totalmente c exhausta, mental y físicamente.

Robert Somerton bajó ágilmente para ayudarla, mientras una criada corría desde el porche. Lenore aceptó la mano tendida, pero sin mirarlo a los ojos. Sin detenerse avanzó hacia los amplios escalones, dejando que su mirada paseara por la graciosa fachada de la mansión. Tenía dos plantas, con persianas verdes en las puertas de cristales y las ventanas, situadas en orden simétrico. Una barandilla de madera cerraba la zona entre las columnas y ascendía junto a la escalinata curva, hasta la galería superior. Aunque no se aproximaba a la belleza de Belle Chéne, no carecía de atractivo, y ella sintió una extraña familiaridad, como si en otros tiempos hubiera gozado allí de una cómoda seguridad.

La alegre criada le hizo una rápida reverencia, en tanto ella subía al porche. Calculó que la mujer era, cuanto menos, diez años mayor que ella, pero se mantenía 19i1 y enérgica, como si tuviera en las manos el secreto de la eterna juventud. Los ojos azules chisporroteaban gentilmente sobre una sonrisa brillante.

-Me llamo Meghan, señora -anunció-. Me contrató el señor Sinclair para ocuparme de la casa, si usted no se opone, señora.

-¿El señor Sinclair? -Una ceja delicada se arqueó, interrogante-. No sabía que el señor Sinclair tenía autoridad en esta casa.

Meghan pareció momentáneamente confundida por ese comentario.

-Bueno, como es su casa, señora, ¿no está bien que su esposo se ocupe de eso cuando usted no está?

Lenore se volvió a medias, para mirar a su padre con abierta suspicacia. Se le había asegurado que sólo ellos dos vivirían en la casa con los sirvientes.

Robert carraspeó y se apresuró a decir a su hija, en tono bajo: -Malcolm dijo que se mudaría, Lenore. No hay motivos para preocuparse.



Librodot

-Espero que no. -Tal vez la dijo con un tono poco gentil, pero no le gustaba que la pusieran en ciertas situaciones sin estar lista para enfrentarse a ellas-. Como he tratado ya de explicarle, necesito tiempo para hacerme a la idea.

Y repitió su mirada, preguntándose cuántas veces más debería aclarar su posición. Durante el viaje, su padre se había mostrado muy efusivo al elogiar al joven, como si tratara de predisponerla a aceptar su estado marital. Por el momento, ella no tenía ningún deseo de entrar en intimidades con Malcom, pues su corazón estaba todavía muy entrelazado al de Ashton y, según todas las posibilidades, así permanecería por algún tiempo.

-Pase, señora -la instó Meghan, suavemente-. Ha hecho un viaje largo y sé que ha de estar cansada.

Lenore entró al vestíbulo, mientras la criada sostenía la puerta, y se detuvo junto al umbral para adaptar los ojos a la penumbra interior. La desesperación le oprimió la boca del estómago, pues la que veía confirmaba que ella había estado antes en esa casa. No hubiera podido decir el día ni el año, pero tenía un claro recuerdo de haber estado en ese vestíbulo muchas veces. El corredor estrecho cruzaba todo e1 edificio, con una escalinata contra una pared, que se curvaba hasta otra, ascendiendo a la planta alta. El decorado era de buen gusto; colores frescos, serenos, proporcionaban sensación de espacio. Adornaban el suelo alfombras de diversos tamaños. La más llenaba casi por completo el amplio salón, a su derecha, bajo un grupo de sillas, mesas pequeñas y un sofá. Cruzando el vestíbulo en dirección opuesta, una alfombra persa de colores claros cubría el suelo bajo la mesa del comedor.

-Tenemos limonada refrescándose en el pozo, señora -dijo Meghan-. ¿Quiere que le lleve un poco, tal vez con bizcocho?

Lenore sonrió. , -Suena muy tentador.

-Descanse en la sala, señora. En seguida vuelvo.

En el silencio siguiente, Robert Somerton miró discretamente hija; por fin se acercó a ella.

-Bueno, muchacha, ¿ves algo que te resulte familiar?

Sin comprometerse con una respuesta, Lenore entró en el salón y se acercó a la puerta de cristales, que ofrecía una vista panorámica la costa. Consciente de que su padre la observaba con atención, una hoja, dejando que el olor salobre del mar entrara con la fresca.

-No hace mucho que hay criados aquí, ¿verdad? -comentó, al desgaire.

Las cejas pobladas se elevaron, en tanto los ojos grises se fijaban en ella con una mirada interrogante:

-¿Cómo has llegado a esa conclusión, querida?

-Meghan acaba de presentarse -respondió ella, encogiéndose de hombros-. Si estuviera aquí desde hace tiempo, me reconoce

-A los antiguos criados se los despidió cuando te secuestraron. Malcolm tuvo que contratar a otros en su lugar.

Ella se volvió, extrañada.

-¿Y ninguno quiso volver?

-Ah, no... creo que todos habían encontrado empleo en otra parte.

-Robert se pasó el dorso de la mano temblorosa por la boca, mientras estudiaba la habitación. Al ver un juego de botellones de cristal en el aparador, pareció contener momentáneamente un fuerte impulso, en tanto se pasaba la lengua por los labios secos. Por fin, alisándose la chaqueta con un gesto nervioso, cedió a la tentación y fue a servirse una buena ración de whisky-. En realidad, no sé los detalles. Hace poco que vine. -Se echó al coleto un buen trago antes de hablar otra vez-. Cuando tú... y Lierin... dejasteis el nido para establecer hogares propios, me dediqué a viajar un poco. Después decidí visitarte para ver cómo te iba con Malcolm. Creo que fue una suerte que lo hiciera.

-¿Una suerte? -Lenore susurró la palabra con aire distante, son- riendo apenas-. Eso está por verse, ¿no le parece?

Robert la miró atentamente.

-¿Qué quieres decir?

Lenore pensativa, se quitó los guantes y el sombrero para dejarlos a un lado, antes de pasearse lentamente por la habitación. Inspeccionó cada uno de los detalles, esperando que alguno despertara un recuerdo más profundo. Y también estudió a su padre con la misma intención; deseaba tener la inconfundible seguridad de que había entre ambos vínculos de sangre.

-Me costará acostumbrarme a Malcolm. Comenzaba a creer que era la esposa de Ashton y fue un duro golpe descubrir que podía haber un error.

El padre la miró, consternado. -No vas a decirme, jovencita, que llegaste a... compartir el lecho con ese hombre.

Lenore sintió que un calor insidioso le trepaba por las mejillas. ¿Cómo hablar de las noches que había pasado en brazos de Ashton? ¿Cómo dejar que esos momentos, aún preciosos para ella, fueran ventilados y envilecidos por él y Malcom Sinclair? Se había entregado a Ashton convencida de que era su esposa, y no pensaba revelar eso tan sólo para calmar la curiosidad ajena.

-He estado antes aquí -reconoció, pasando por alto la pregunta-. ESo lo sé. Todo me parece familiar. -Inclinó la cabeza hacia el mar y, por un breve instante, observó el oleaje que lamía perezosamente la pálida costa-. He sentido esas olas en mis pies desnudos, caminando por esos terrenos solitarios. -Abarcó todo el cuarto con un ademán de la mano-. Acepto la idea de que ésta es mi casa, pero... -Giró en redondo, para mirarlo. El sol poniente, al atravesar los cristales, revelaba el verde intenso de sus ojos, inundándolos de luz, hasta asemejarnos a dos cristales que relucieran bajo las pestañas de azabache-. Pero aún no me acuerdo de usted.

Robert Somerton, al mirar aquellos ojos brillantes, sintió que se le erizaban los cabellos de la nuca. Un escalofrío pareció penetrar hasta lo más hondo de su alma, y tuvo que sacudirse el hechizo. Después de tragar otra buena porción de whisky, enderezó la espalda, indignado, apartándose de ella. Es terrible que una hija se olvide de su propio padre. -Se frotó la nariz con el dorso de la mano, aspirando con fuerza, como si librara una súbita batalla con las lágrimas-. Francamente, Lenore, me duele muchísimo que me hayas expulsado de tu mente.

-Tampoco recuerdo a Malcolm Sinclair -murmuró ella, con débil y entristecida.

Descontaba el viaje en coche en Nueva Orleans, que había despertado el recuerdo de un hombre de bigote, pues era una imagen demasiado vaga; muchísimos hombres podían responder a esa descripción.

-Y eso también: olvidarte de tu propio esposo. –Somerton giró en redondo para mirarla con fijeza, como si le sorprendiera que es palabras hubieran surgido de ella. Después de echar otro trago meció sobre los talones, meneando la cabeza con expresión dolida-. No sé qué te ha dado, muchacha. A los hombres que más querías, los has apartado de tu memoria como si nada significaran para ti, como si fuéramos sólo una mota de espuma en el mar inmenso -Vació su copa de un solo trago y aspiró profundamente, mientras el licor bajaba por su garganta-. Al mismo tiempo, has entregado corazón a un hombre que echó a perder a tu hermana y la des como a basura en cuanto hizo su voluntad con ella. Aunque Ashton Wingate no haya asesinado personalmente a Lierin, cuanto menos responsable de su muerte. Si él no se la hubiera llevado, todavía tendríamos con nosotros. -Sondeó la profundidad de aquellos nublados ojos verdes, como si tratara de buscar asentimiento-. ¿recuerdas cómo llorarnos su pérdida? ¿No recuerdas tus juramentos de venganza?

Con terrible inquietud, Lenore sacudió la cabeza, rechazando sus argumentos.

***-Ashton amaba a Lierin. ¡Lo sé con seguridad! Y no aceptaré esas acusaciones de que él la aesinó deliberadamente o de que es responsable de su muerte.***

Robert Somerton se acercó a su hija y, alargó una mano conciliadora hasta su hombro. Lenore, con un leve grito, se apartó del contacto. Un suspiro cansado escapó del hombre, que

volvió al aparador para llenar otra vez el vaso. Mientras saboreaba la bebida, comen pasearse por la sala, concentrado y pensativo.

-Mi queridísima Lenore -asumía el tono sermoneador de los padres preocupados, hablando con lentitud y cautela, para que cada palabra causara un impacto profundo-, no quiero afligirte más de lo debido. Dios sabe que tu condición mental ya es bastante delicada. Sólo deseo señalar varios hechos que ya debes saber. Ese hombre era un canalla hecho y derecho; comprendo que una muchacha indecisa y confusa pueda dejarse convencer por su intensa persuasión, pero aun así, querida hija -rió entre dientes-, no acepto que ese hombre crea en los fantasmas. Me resulta más razonable pensar que él supo desde un primer momento quién eras tú. -Tragó otra porción de la bebida; su sonrisa revelaba algo que sólo podía ser satisfacción por su propia lógica-. ¿No encuentras algunos errores en tus conclusiones?

Una agotadora perplejidad carcomía la mente de Lenore. Dicho por su padre, todo sonaba muy simple pero ella no podía dudar de la pasión que Ashton sintiera por su Lierin. Y estaba demasiado cansada para explicar sus motivos al padre. Sus manos se convirtieron en puños de nudillos blancos sobre el regazo. Lentamente, meneó la cabeza.

-No quiero seguir oyendo estas cosas. -En su voz se filtró un dejo de enojo-. Desde ahora en adelante, evite insultar a Ashton Wingate en mi presencia. Es un hombre de honor y, a pesar de cuanto usted diga, lo considero un caballero.

-¿Qué estoy oyendo? ¿No te habrás enamorado de ese hombre?

Lenore miró fijamente a su padre, conteniendo el impulso de gritar: "Sí, ¡oh, sí! ¡Lo amo!" quería declararlo a todo pulmón, ante el mundo entero, y los ojos se le llenaron de lágrimas al pensar en el modo en que su afirmación quedaría aplastada bajo el severo talón de la crítica.

Su padre la estudió con una sonrisa perezosa.

-Que Malcolm no se entere de que te has encaprichado con otro hombre. ¿Sabes qué provocaría eso? -Movió afirmativamente la cabeza, como sabiendo que ella comprendía-. Eso mismo: un duelo.

De pronto, Lenore huyó de la habitación. ¡Ya había escuchado demasiado!

-¡Lenore! El grito de su padre no hizo sino darle alas. Tenía las mejillas acaloradas por las lágrimas y el pecho le dolía por el esfuerzo de contener los sollozos. Huyó por el vestíbulo, donde estuvo a punto de chocar con Meghan, que traía una bandeja de refrescos. La rozó al pasar, volando por la escalera, sin pensar que no probaba bocado desde el amanecer.

El viaje había hecho lo suyo, pero ese último disgusto estuvo a punto de destrozarle el alma. Al llegar a la planta superior, estalló en un torrente de sollozos y echó a correr, sin pensar en el rumbo. Irrumpió en una habitación del extremo derecho, que estaba abierta. Su mirada enloquecida recorrió el cuarto al entrar. Como a través de un borrón lacrimoso, vio una cama alta, adoselada y otros muebles apropiados para un dormitorio grande. Las ventanas se abrían a las refrescantes brisas del océano ya una luz que comenzaba a tomar un resplandor rosado. El delicado motivo floral de las paredes parecía relucir, a un tiempo invitante... y familiar.

Sofocó los sollozos con mano temblorosa y avanzó hasta la puerta de cristales. Con la cabeza apoyada en el marco; contempló el mar. La carga de su pecho parecía insoportable; el suspiro entrecortado no sirvió para aliviarla. Aunque el panorama debería haberla apaciguado, ansiaba tener ante sus ojos los verdes prados de Belle Chene saber que era la amada de Ashton, cualquiera fuese su nombre.

Levanto la barbilla; su corazón se acelero al distinguir a un jinete que corría a todo galope hacia la casa. Por un momento contuvo el aliento, deseando que fuera Ashton y sabiendo que no podía ser así.

Al acercarse el jinete, ella cayó en una depresión más profunda. El hombre era demasiado corpulento y montaba sin la habilidad del otro. Al reconocer a Malcolm Sinclair, esperó, con el corazón en encogido que él desmontara para entrar en la casa.

Siglos después, oyó el roce de sus botas en la escalera y sus pasos en el pasillo, deteniéndose ante cada puerta, como si la buscara en los otros cuartos. Un pánico cada vez mayor se apoderó de ella al oírlo cerca; buscó con la mirada un sitio en donde esconderse, pero se obligó a permanecer donde estaba, sabiendo que era preciso vérselas con la realidad y enfrentarse a ese hombre, tarde o temprano. Malcolm se detuvo ante la puerta de su dormitorio y miró adentro. Al verla entró con una sonrisa bastante mansa.

-Pensé que podías haber olvidado cuál era nuestro dormitorio -Alargó las manos-. Aquí estaba, esperando, rogando que tu padre lograra traerte a casa. Pero temía que Ashton no te dejara partir.

Lenore lo estudió con aire reservado. Era tan alto como Ashton con algunos kilos de más y tal vez cinco años menos. Los ojos pardos y el pelo muy claro lo clasificaban como hermoso. El bigote, bien recortado, le daba un aire audaz. Vestía al último grito de la moda ese atuendo de montar debía haber costado una buena cantidad, no le sentaba como a Ashton sus prendas viejas. No tenía el mismo porte orgulloso ni el paso seguro, de piernas rectas. En su modo de moverse había casi un bamboleo descuidado, un leve mecerse de hombros.

-Sé que éste es mi cuarto -Ella juntó coraje para mirarlo a los ojos-. Pero no recuerdo haberlo compartido con nadie. -Logró esbozar una sonrisa-. Lo siento, Malcolm, pero no tengo ningún recuerdo de usted en mi vida.

-Eso se arregla en seguida, amor mío. Él rió con suavidad y la tomó por la cintura, tratando de acerca pero Lenore se liberó, llena de desesperación. Con un paso rápido aumentó la distancia entre ambos y se alejó por el cuarto, situándose tras una silla.

-Necesito tiempo para acostumbrarme, Malcolm -dijo, con firmeza. Estaba aun más seria que al hacerle a Ashton el mismo ruego-.

Aunque se me asegurara que usted es mi esposo, no puedo cambiar el giro de mis pensamientos y aceptar, de inmediato, la idea de estar casada con usted.

Él la miró con fijeza, como si su mente no lograra captar del todo el significado de esas palabras, y bajó poco, a poco los brazos.

-O sea que debo buscar otro dormitorio?

-No sólo otro dormitorio, Malcolm, sino también otra casa -planteó ella, audazmente-. Si vine fue sólo porque mi padre me aseguró que usted no viviría con nosotros; dijo que usted estaba dispuesto a mudarse hasta que yo tuviera tiempo de adaptarme.

En la frente del hombre apareció una arruga preocupada. -Eso será difícil, Lenore.

La sospecha intuitiva de que la estaban engañando despertó en ella cierta desconfianza con respecto a esas respuestas. Sin lugar a dudas, ella habría preferido quedarse con Ashton y no someterse a presiones para aceptar a ese hombre. Con expresión fría e inflexible, preguntó:

-¿Por qué? Malcolm se encogió de hombros y comenzó a pasearse tranquilamente por la habitación, deteniéndose junto a la silla que la protegía.

-No hay en Biloxi otro sitio donde yo pueda hospedarme.

-Pero puede buscar un cuarto en la posada.

Aquel rostro agradable reflejó de pronto un gesto airado.

-También a Ashton Wingate le exigiste que viviera aparte? Los dos parecíais muy cómodos cuando lo besabas a la vista de todos.

Los celos y el odio por el adversario eran muy visibles. Consciente de que aún era posible un duelo, ella puso cuidado en no dejarle entrever lo que había ocurrido en Belle Chene.

-Después del accidente me dieron un cuarto de huéspedes. Mientras estuve allí, Ashton se comportó como un perfecto caballero. En ningún momento me obligó a aceptar la idea de que yo era su esposa.

Malcolm meditó eso por un momento, pero le volvió la espalda y fue imposible saber si había aceptado la respuesta o no. Se dejó caer en la silla y estiró las piernas hacia adelante.

-Dices que no recuerdas nada de mí, Lenore. Trato de comprender, pero me cuesta, teniendo en cuenta lo unidos que estábamos. -Se inclinó hacia ella y palmeó el asiento de un

diván cercano-. Siéntate, mi amor, y conversemos un poco sobre esto. Estoy seguro de que ambos comprenderemos mejor tu problema si lo analizamos juntos.

Lenore bajó una mirada fría a aquella nuca revuelta; no tenía de- seos de satisfacer ese pedido, pero tampoco hallaba un modo cortés de negarse. A su pesar, pasó entre las dos sillas, sintiendo su escrutinio al acomodarse, con rígida cautela, en el borde del sofá.

-Relájate, querida -la instó él-. No soy un monstruo que vaya a hacerte pedazos. -Se levantó para ahuecar los almohadones de seda que ella tenía contra el respaldo-.. Recuéstate -la alentó, poniéndole una mano en el hombro.

Lenore e aparto a mano con una rápida reacción. Como si se sintiera acorralada, se corrió hacia el otro extremo y le echó una mirada precavida. No podía explicar ese brusco pánico, ni siquiera ante sí misma. Al ver que ella observaba, sorprendido, se obligó a sonreír.

-Prefiero sentarme aquí, Malcolm, si no le molesta. Me mareo cuando me recuesto. Probablemente, podía culpar de la fatiga a esa nueva molestia, pero parecía una buena excusa para evitar el verse en una zona demasiado próxima a él.

Malcom volvió a dejarse caer en el asiento y la miró por largo rato como si estuviera muy desconcertado.

-Me tienes miedo, Lenore?

-¿Tengo motivos? -preguntó ella, en voz baja.

El se paso los dedos por el pelo revuelto.

-No se me ocurre ninguno, pero estás... tan lejana...

-Siempre altanera, ella le devolvió la mirada sin dignarse responder. Bajo esos ojos firmes, Malcolm dejó escapar un suspiro y apartó la vista.

-Siempre me has intrigado, Lenore -murmuró, buscando las palabras adecuadas para arrancarla de su reserva-. Es una verdadera suerte tener una esposa tan bella. Recuerdo la primera vez que te vi vestías de verde, el mismo color de tus ojos. Me detuve a mirarte pero estabas con otro hombre y no pude entrometerme.

-¿Quien era ese hombre?

-Alguien mayor. -Encogió sus anchos hombros en un gesto indiferente-. Algún primo, tal vez. No sé. Estaba demasiado interesado en ti como para prestar mucha atención a tu compañero. -Cerró los ojos, sonriendo con soñadora reflexión, mientras recostaba la cabeza contra el respaldo-. Todavía recuerdo cómo brillaba tu piel bajo la luz de las lámparas, lo tentador de tus curvas bajo el vestido...

Lenore levantó un abanico de palma para refrescarse lentamente las mejillas. Malcolm abrió un ojo y la miró con una sonrisa confiada. Ella desvió la cara, fastidiada al ver que le daba placer con sus rubores.

-Si era aun primo mío, eso debió ser en Inglaterra, porque ya no tengo parientes aquí, en América. -Lo manifestó como si estuviera leyendo un informe oficial. Luego levantó la vista para mirarlo, con ferviente esperanza de hallar algún punto débil en la historia-. ¿podrías describir el interior de la casa solariega, allá en Inglaterra?

Él unió las puntas de los dedos, hundiéndose en reflexiones.

-Estuve allí muy poco tiempo y como invitado, así que no vi todas las habitaciones, pero había un gran salón central. Junto a él, un cuarto largo, con un hogar enorme y escaleras de piedra.

-¿Recuerdas si había algo en la pared? Él pensó largamente.

-Retratos de tus antepasados, me parece, y algunos escudos. -Inclinó la cabeza. otro recuerdo le venía a la mente-. También había otros dos retratos. uno tuyo y otro de tu hermana, reproducciones más grandes de los que tu padre regaló al juez Cassidy.

Lenore se estremeció para sus adentros; esas palabras despertaban en ella un acorde familiar. Casi le era posible ver el par de pinturas lado a lado sobre el hogar.

-¿Dónde dijiste que estaban?

-Sobre el hogar, creo. -Después de una cuidadosa búsqueda en su memoria, Malcolm asintió-. Sí, allí.

Las esperanzas de Lenore menguaron de un modo horrible con esa afirmación. Agotada, inquieta, prosiguió con su interrogatorio.

-Sin duda, sabías que mi retrato estaba en casa de mi abuelo, pero no entiendo cómo te enteraste de eso. ¿Estuviste allí antes?

-Fuimos juntos, amor mío. ¿No lo recuerdas? Lenore frunció el ceño; no lograba recordarlo. -No.

Él pareció sorprenderse de ese olvido.

*-¿No* recuerdas lo afligida que estabas por la muerte de tu abuelo? Por entonces la casa estaba cerrada y tú no dejabas de culparte por haberlo abandonado.

Ella levantó la cabeza, alertada.

-¿Cómo fuimos a la casa? ¿Caminando?

-En un coche de alquiler. Sollozabas tanto que pensé buscar a un médico para que te diera Láudano.

La pieza encajaba perfectamente en el rompecabezas, pero no sentía placer alguno en comprobar que había sido Malcolm quien la consolara en ese lejano recuerdo.

Aún trataba de asimilar esa última información cuando otra pregunta se le ocurrió:

-¿Dónde dices que nos casamos?

-Aquí, en Biloxi -respondió él, tranquilamente- Vine a instalar- me aquí y, no mucho después, tú decidiste abandonar Inglaterra para establecer tu residencia en la zona. -Él le dedicó una lenta sonrisa-. Me gusta pensar que lo decidiste por mi causa. -Al detectar un gesto desconcertado en la frente fruncida de la muchacha, dejó escapar un largo suspiro y levantó la vista al techo--. Nos conocemos desde hace tiempo... unos tres años, calculo. Y no dejo de pensar... tantos años perdidos... Parece un desperdicio.

-Lamento que mi estado te aflija, Malcolm -el tono de la muchacha no trasmitía ninguna emoción-. Pero más me aflige a mí.

-No lo dudo, mi amor -murmuró él, suavemente-. Pero bien podríamos renovar algunos de esos recuerdos.

Lenore tomó aquella sonrisa, más cálida, como una advertencia. Los ojos del joven se habían tornado oscuros y ardían con una luz que le inspiraba miedo por lo que pudieran traer los momentos siguientes. Al descender parecieron desnudarla. Había una mueca libidinosa en la comisura de sus labios, cuando volvió a mirarla de frente.

-A veces uno necesita que lo ayuden a sentirse seguro. Hace bastante que no hacemos el amor...

Por medio de alguna fortaleza interior, Lenore sofocó sus estremecimientos y, tratando de mostrarse desenvuelta, interpretó deliberadamente mal aquella frase.

-¿De qué necesitas asegurarte, Malcolm? Si todavía tienes reparos con respecto a Ashton, ya te he dicho que se mostró muy cortés conmigo. -Se encogió de hombros y elaboró varias conjeturas que con un poco de suerte, aliviarían el impacto de su rechazo-. No, pero tal vez el doctor Page le dijera algo a Ashton con respecto a mi estado, y eso lo convenció de que debía tratarme con delicadeza. Es difícil saber cómo habría reaccionado yo de haber sido forzada. Sin duda, el golpe me habría causado un trauma muy grave. Aun ahora, cuando me siento perturbada, comienzo a tener visiones extra Hasta imagino que veo a un hombre golpeado y asesinado.

Malcolm arqueó las cejas en un gesto de sorpresa.

-¿Asesinado?

-Oh, ya sé que suena extraño Malcom, pero en momentos de tensión tengo alucinaciones. Nosé si acaso comienzo a recordar, en esas visiones, algunos sucesos que experimenté en la realidad, o si es sólo mi imaginación, que crea ilusiones horribles. Sea como fuese, me altera mucho –Rogó con fervor haber heredado, siquiera en parte, el talento histriónico de su padre, a fin de convencer a Malcom de su fragilidad. Se sentiría mucho más aliviada si podía vivir en la casa sin temer una violación-.¿Comprendes como podría afectarme la coacción?



Librodot

-Si, si, por supuesto-Él pareció casi tan ansioso de aplacarla-. No quiero que te preocupes por nada, querida. Deseo que te repongas lo antes posible.

Por el corredor se oyó un repiqueteo de tacones que se detuvieron ante la puerta abierta. Una criada joven se había detenido en el umbra1, con obvia incertidumbre. Bajo la mirada de ambos, parecía preguntarse si convenía una prudente retirada o arriesgarse a avanzar.

-Pasa -invitó Lenore, muy agradecida por la interrupción. La muchacha entró, vacilante, mirándolos con inquietud. Su pelo negro formaba una combinación llamativa con los ojos azules y la piel blanca, suave, cubierta de un delicado rubor, pero parecía ignorar ingenuamente su belleza. Se acomodo la cofia con movimientos nerviosos, pues unos mechones oscuros le colgaban junto a la cara. Aunque el delantal estaba limpio y almidonado, no se ajustaba del todo al vestido azul oscuro, lo cual le daba un aspecto bastante desaliñado.

-Disculpe, señora -rogó, doblando las rodillas en una pronta reverencia-. Soy Mary , la criada. Meghan me mandó ver si usted quería bañarse.

Lenore echó una mirada a Malcolm, quien se frotaba el mentón con un dedo, pensativo. Miraba a la muchacha, pero parecía perdido en sus cavilaciones, como si aún estuviera sopesando sus comentarios. Tal vez temía por la salud mental de Lenore, pero era mejor así, siempre que eso la mantuviera a raya. Aunque, en verdad, deseaba bañarse, le costaba dar esa respuesta mientras él siguiera en el cuarto.

Por fin, Malcolm notó que lo estaban observando y se enfrentó a los ojos verdes con una sonrisa desenvuelta.

-Si me disculpas, amor mío, tengo asuntos que atender en la ciudad. -Después de levantarse, le tomó una mano para dejar un beso en la punta de los dedos-. Hasta el anochecer, entonces.

Lenore hizo un gracioso ademán con la cabeza, muy aliviada. Era de esperar que, mientras Malcolm estuviera en la ciudad, lo pensara mejor y buscara otro sitio para vivir.

Desde su primer baño en Belle Chene, Lenore no había sentido tanta necesidad de aliviar su rigidez y sus dolores musculares. El viaje desde Natchez había sido una dura prueba; sin duda, las ruedas del carruaje habían hallado todos los desniveles de la ruta. Se hundió en el agua humeante con un suspiro agradecido y cerró los ojos, dejando vagar la mente a voluntad.

Pero sus pensamientos parecían tener un rumbo definido, pues pronto estuvo recordando a Ashton ayudándola a enjabonarse. Sabía que su mente seguía un curso peligroso, pero de todos modos saboreo esos recuerdos. De lo contrario se hubiera hundido en el pozo de a desesperación, abrumada por la pena.

Recuerdos de otro baño vagaban por su cerebro, con gracia fantasmal. Todo parecía ocurrir a horas avanzadas; ella acababa de recorrer una larga distancia y se estaba preparando para acostarse...

En su mente se formaron imágenes visuales. Se vio cubierta por un camisón, con un manto sobre los hombros. Caminaba por la oscuridad. De pronto hubo un estallido de luz que la hizo retroceder, súbitamente asustada: se reiniciaba la pesadilla, ya demasiado familiar. El atizador levantado... Pero ahora era como si ella estuviera a cierta distancia, observándolo todo. La silueta de un hombre, cubierto por un manto oscuro, corrió por un espacio estrecho. Manos enguantadas bajaron el hierro sobre la cabeza de otro.

Estuvo a punto de gritar al incorporarse en la bañera. El miedo desapareció poco a poco, dejando sus pensamientos claros como el cristal. De pronto captó el sentido de lo que acababa de imaginar, y el impacto de esa revelación la dejó sin aliento.

-¡No era yo! -susurró, llena de asombro y alivio-. ¡Yo no lo hice! Miró en derredor, inundada por la paz de esa certidumbre, al tiempo que la condena de sus miedos dejaba de

pesarle sobre los hombros. Por primera vez en muchas semanas, se sintió libre, como salvada para siempre de la horca y el castigo infernal. Hubiera querido gritar de alivio y, al mismo tiempo, de alegría. Pero la tragedia de ese momento seguía acosándola. Más que nunca, percibía que en su mente no había visto un sueño, sino el asesinato real de un hombre. ¿Quién?

Sacudió la cabeza, sin poder hallar respuesta. Si Malcolm decía la verdad, ella había sido secuestrada de esa misma casa y llevada a Natchez. La fortuna de su padre bien podía ser la causa.

Por debajo de la superficie de su memoria, sintió la punzada de otro recuerdo vago. Volvió a recostarse en la bañera, con los ojos cerrados, prestando deliberada atención a esos sentimientos. Al principio sólo pudo captar una ilusión huidiza. Luego comenzaron a formarse, en la confusa niebla de sus reflexiones, las imágenes de un grupo de hombres. Todos ellos, de aspecto rudo y lenguaje salpicado de palabrotas. Hizo un gesto de disgusto cuando uno de ellos se acercó a burlarse groseramente en su cara:

-Ah, por ti vamos a sacar algo gordo, queridita -se jactó, entre carcajadas-. Pero yo digo, ¿por qué no nos podemos divertir un poco, antes? Eres una damisela muy bonita, ¿sabes? Y yo nunca me he revolcado con una dama de verdad. Me pica la curiosidad, como el potro cuando olfatea una potranca. Y no soy d único, te digo. Aquí mis amigos son de la misma opinión.

Un suave golpecito a la puerta puso en fuga a las fantasías. Lenore se incorporó, alerta, y se envolvió en una toalla para acercarse a la puerta, llena de cautela. Fue Meghan quien respondió a su pregunta. Con bastante alivio, la joven hizo girar la llave y la dejó pasar. Había cerrado para asegurarse de que su baño no sufriera intromisiones, aún en el caso de que a Malcolm le atacara la curiosidad o, peor aun, los deseos amorosos. Como su propio padre lo alababa constantemente, no estaba segura de contar con un aliado en la casa.

-Encontré esto en su baúl, señora. Espero que sirva -dijo la criada, enseñándole un vestido de organdí celeste. Lo extendió sobre la cama y dio un paso atrás para dar su opinión-. Mire, su ropa estaba toda arrugada en ese baúl desde hacía meses, así que hizo falta bastante plancha para dejarla bien. El que le preparó el equipaje parece haber tenido mucha prisa.

Lenore hizo una pausa, recordando claramente las palabras de! posadero de Natchez, al describir la partida de Malco1m: "...cargó los baúles de su esposa en el carruaje, contrató a un hombre para que lo guiara y se fue".

Meghan dejó escapar un suspiro.

***-Y que hermoso baúl, tan nuevo, tan limpio, por dentro tan grande… Ahí cabía toda la ropa sin una sola arruguita. Se entiende que el patrón haya despedido a la servidumbre, si le estropearon esos vestidos tan bonitos. Tendría que darle vergüenza.***

-Ya no importa Meghan. Has dejado este traje como nuevo.

Por cierto, Lenore no hallaba defectos en el trabajo de la criada ni en el modelo en si. El escote redondo estaba adornado con hojas de satén aplicadas, sobre las que se veían perlas diminutas, como gotas de rocío. Un corselete de satén ceñía la cintura alta.

La mujer le dedicó una sonrisa radiante.

-¡Que bonito vestido, señora! Seguro que cuando se lo ponga parecerá una novia.

Lenore inclinó la cabeza; algo muy fugaz le pasaba por la conciencia. ¿Veía acaso un muro de rostros sonrientes en derredor? ¿Y era Malcolm Sinclair el que estaba a su lado, con todo el aspecto de un las felicitaciones de los otros?

Un cerebro se formó una multitud de preguntas para las que no tenía respuestas firmes. Sin embargo, al parecer, desde su llegada a esa casa había comenzado a tener más alucinaciones o, con un poco de suerte, a recordar sucesos de su pasado, algunos de los cuales aparecían sólo por fragmentos, en tanto otras partes parecían más claras. La entristecía, en verdad, que no estuvieran acordes con los deseos de su corazón. Había hallado en su vida un recuerdo de Malcom, pero hasta entonces, ninguno de Ashton.

Desconcertada, ocultó la cara entre las manos y cerró los ojos, decidida a borrar los recuerdos. Mientras no descubriera ninguna imagen de Ashton, no habría esperanzas de poner un final feliz a su situación. Eso la dejaba débil e inquieta. Aunque sabía que era preciso enfrentarse a la verdad, su corazón seguía clamando por él. Mucho más dulces eran los momentos que pasaran juntos.

-Señora... -Meghan extendió una mano para tocarla en el hombro-. ¿Se siente bien, señora?

Lenore emitió un suspiro largo y cansado, reclinándose en la silla.

-No sé. No me he sentido nada bien en toda la tarde.

-Venga a acostarse, señora -la instó la mujer-. Voy a buscar un paño mojado para que se moje la cara mientras descansa.

-Pero debería vestirme para la cena. -Lenore se ciñó la toalla al pecho, pero no pudo hallar energías para vestirse.

-Hay tiempo de sobra, señora. Usted póngase la bata y acuéstese hasta que se sienta mejor. Con semejante viaje desde Natchez… Dormir un poco le vendrá muy bien.

Siguiendo sus sugerencias, Lenore se puso una ligera bata de algodón y se tendió en la cama. Entre las sábanas frescas y perfumadas pronto cayó en el mar oscuro del adormecimiento. Por un rato vagó a la deriva en un limbo donde la realidad no era sino resplandores tras velos largos, ondulantes. Poco a poco se fueron filtrando los sueños. En descuidado abandono, flotó de uno a otro. Lenta, casi imperceptiblemente los velos agitados se cerraron en derredor y comenzaron a refulgir, como inundados de sol.

Una silueta de hombros anchos vino a ella; primera, oscura e indefinida; después, su corazón se detuvo por un segundo las facciones bronceadas de Ashton, que inclinaba la cabeza para besarle el pecho desnudo. Ante sus ojos, el rostro se ensanchó un poco, cambiando. Apareció un fino bigote sobre los labios burlones y ella se encontró ante una cálida mirada de Malcom Sinclair. Los velos se convirtieron en muros de llamas que la rodeaban que la rodeaban; se retorció, atormentada por aquellas lenguas feroces. De pronto desde el corazón del incendio, surgieron siluetas humanas que se apretaron en derredor, dejándola sin aliento. Dondequiera se volvía, encontraba una miríada de rostros burlones. Las copas se elevaban en brindis, como para celebrar su descenso a ese rugiente foso del infierno… exceptuando a un hombre, que se mantenía aparte. Se parecía a un hurón asustado, que se escurriera de un sitio a otro, avanzando sigilosamente, pero cada vez más cerca de ella. De pronto, su cara llenó todo el campo visual. Un grito mudo resonó en el cerebro de Lenore.

Despertó con un grito ahogado y una mirada enloquecida, sin poder desprenderse de la pesadilla. En cualquier momento podía aparecer ese rostro atormentado, oculto en los recovecos de su cuarto.

Con el corazón apretado de miedo, se preparó para el descubrimiento. Junto a la cama parecía pender una sombra. Al volver poco a poco a la realidad, comprendió que se trataba de Meghan. La criada, mirándola con expresión compasiva, le apartó el pelo de la frente y la mejilla.

-Se retorcía y murmuraba como si soñara algo feo, señora. Me parece que tiene un poquito de fiebre.

Todavía llena de aprensión, Lenore paseó una mirada cautelosa por el cuarto.

-¿Hay alguien contigo?

Meghan frunció el ceño, desconcertada.

-Aquí estamos sólo usted y yo, señora. Nadie más.

Un suspiro tembloroso escapó de los labios resecos de Lenore, que se recostó en las almohadas.

-Sí, creo que estaba soñando.



Librodot

-Seguro, señora, seguro. -Meghan le puso otro paño mojado en la frente-. Descanse un poco más, que yo la despertaré cuando sea hora de vestirse para la cena. Si no mejora, le digo a su padre que no bajará.

-Estoy cansada -reconoció Lenore.

-Por supuesto, y con motivos.

Lenore, suspirando, dejó que el sueño volviera a apoderarse de ella. Fue vago y tranquilo, con un solo momento de inquietud, en que las imágenes pasaron por un laberinto confuso, donde se oía una cacofonía de voces apagadas, las maldiciones de un hombre furioso, los sollozos ahogados de una mujer y la oración gangosa de un poeta borracho.

Sobresaltada, Lenore se incorporó, preguntándose dónde estaba. Al recobrar la memoria, se levantó para ponerse el vestido que Meghan le había preparado y bajó la escalera sin hacer ruido.

Por las ventanas abiertas entraban los extraños ruidos de la noche en el pantano, mezclados con el restallar distante de las olas sobre la playa. Las puertas de la sala estaban bien abiertas para permitir la entrada de la brisa fresca, pero al acercarse ella sintió un escalofrío. La fiebre no la había abandonado y la realidad le parecía bastante confusa. Aun así, Meghan se había esmerado con su cabellera, disimulando su triste humor. La fiebre le encendía las mejillas y los ojos, mientras que el vestido celeste favorecía mucho su piel clara.

La voz de su padre, algo gangosa, le llegó a los oídos al detenerse en el vestíbulo, cerca ya del salón.

-¿Qué son esos reproches? ¿Acaso no te he defendido bien? Como dijo el bardo: "Sabio es el padre que conoce a su propio hijo."

La respuesta de Malcolm sonó bastante brusca.

-Feliz es el hijo cuyo padre se va al diablo.

-¡Chista, chista! -protestó Robert-. ¿No sabes respetar a los mayores, hombre?

Siguió un momento de silencio y un suspiro de gusto, demostración de que Somerton acababa de echar un largo trago de su bebida favorita. Luego, su risa ahogada y su advertencia:

-Ándate con cuidado, o dejaré mi fortuna a las puertas de otro. Y te costará bastante conseguirla en otro lado.

-Estás borracho -lo regañó Malcolm.

-¿Te parece? -Robert aspiró hondo. Habría dado una réplica dura de no haber entrado Mary con una bandeja llena de copas saludando a su patrona.

-Buenas noches, señora. Me agrada ver que está mejor.

Lenore sonrió mansamente, sin tomarse el trabajo de corregir esa opinión, y entró en el comedor precediéndola. Malcolm se levantó apresuradamente, con una extraña sonrisa en su rostro, acariciándola con los ojos. Ella se puso algo rígida al sentir que le deslizaba su mano por detrás de la cintura, pero apretó las manos temblorosas contra la falda, conteniendo el impulso de retirarse.

-Acércate a nosotros, Lenore. Nos hemos visto desgraciadamente privados de tu belleza y ahora nos das un festín. Cuesta trabajo captar ese brillo con una sola mirada. Deja que te saboreemos con calma.

Robert se levantó con bastante torpeza, levantando la copa para saludarla.

-No puedo menos que opinar lo mismo. La hija más encantadora que se pueda pedir. -Libó generosamente con el brindis. Luego con un nudillo, peinó hacia arriba los extremos de su bigote y carraspeó haciendo señas a Mary para que volviera a llenarle la copa-: y tráeme otro whisky .

La frente de Malcolm se arrugó en un gesto de reprobación, en tanto acompañaba a Lenore hasta el sofá.

-¿No te convendría esperar hasta después de !a cena? .

Somerton descartó la sugerencia con un gesto desenvuelto y habló directamente a la criada:

-Uno o dos tragos más no me harán daño, queridita.

La muchacha sin saber qué hacer, buscó con la mirada la aprobación de Malcom. Ante su desganado asentimiento, volvió a llenar la copa. Robert se frotó las manos, riendo, y comenzó a recitar unos versos:

-Ayer la reina tenía cuatro Marys. Ahora sólo tiene Mary Beaton, y Mary Seaton, y Mary Carrnichael y... –Haciendo un guiño a la muchacha, cambió el final a su antojo-: y tú mi dulce Mary Murphy.

La muchacha oprimió una mano contra la boca, para sofocar un estallido de risitas, y salió apresuradamente. Malcolm, observando esa retirada, meneó la cabeza y se sentó junto a Lenore, en el sofá. Su mirada cobró calidez al posarse en ella.

-Es extraño que hayas elegido ese traje para esta cena, querida -murmuró, tocando con un dedo el suave volante.

-¿Extraño? ¿Por qué? -La frente de la joven mostró una arruga preocupada.. No podía quitarse. de la cabeza 1a idea de haberlo lucido en una ocasión importante-. ¿Tiene algún significado especial?

Una tierna sonrisa tocó los labios de su compañero.

-Podríamos decir que sí, señora. Casualmente, es el vestido que te pusiste cuando nos casamos.

Esas palabras cayeron con un golpe seco contra el corazón de Lenore, anunciando el mal fin de sus románticos deseos. Sólo pudo susurrar una débil respuesta:

-No sabía que el vestido era tan viejo. O tal vez he calculado mal el tiempo que llevamos casados. ¿Cuándo dijiste...?

-Nos casamos poco después de conocernos, señora. El vestido está bien conservado.

-Meghan lo encontró arrugado en el baúl -comentó ella, distraída, tratando de recordar cuánto hacía que se conocían, según dijera el mismo Malcolm.

Él dejó caer una mano sobre la suya y la estrechó con afecto.

-No presté mucha atención a los detalles del equipaje, preocupado como estaba por ti. No tenía idea de adónde te había llevado ese loco.

Ella recorrió el cuarto con una mirada opaca, indiferente. En la pared del este, entre dos ventanas, se había construido un hogar. Sobre la repisa pendía un paisaje que no tenía nada de excepcional. En realidad, era mediocre y parecía fuera de lugar entre muebles tan finos.

En ese momento, la presencia de esa pintura ejemplificaba sus sentimientos hacia los dos hombres. A pesar de las repetidas confirmaciones de lo contrario, tenía la sensación de que esos dos no pertenecían a su vida. ¡Amaba a Ashton!

## *CAPÍTULO 10*

Los suaves tonos fucsia del amanecer tocaban la ola despertando el corazón de Lenore a la belleza de la mañana. Mientras se cepillaba la cabellera, sin apuro, salió a la galería para contemplar el paisaje desde un punto más ventajoso que el que el que su alcoba ofrecía.

Los sirvientes estaban en la cocina, preparando el desayuno. Más allá de su cuarto, la casa estaba en silencio, exceptuando los ronquidos sordos que llegaban desde el cuarto de Robert. Lenore había llegado a considerarlo como "Robert" o "el señor Somerton, pero no podía llamarlo "papá" ni nada parecido: como no había recuerdos de él en su pasado, no representaba para ella nada más que eso. Era, simplemente, Robert Somerton.

Por los comentarios que había hecho Ashton, sabía que su padre era un hombre difícil de tratar, pero no estaba preparada para aceptar esa afición a la bebida. Él iniciaba cada día

con café y *coñac; desde ese* momento en adelante, cualquier marca o variedad le parecía bien mientras estuviera a su alcance.

La pálida tela de su bata se arremolinó ante la brisa perfumada del océano, que barría el porche; ella la inhaló profundamente, saboreando su fragancia. Había pasado poco más de una quincena desde su llegada, pero Lenore tenía la impresión de que Belle Chene estaba una eternidad atrás.

***Había pasado varios días en cama, vacilando entre la realidad y el delirio.*** Al ***fin pasó la fiebre, permitiéndole caminar y familiarizarse con la casa, con quienes en ella vivían y con la zona circundate. No le llevó mucho t***iempo comprender que, en otros tiempos, había amado esa vivienda, sintiéndose cómoda allí.

Conocía cada rincón, cada pliegue de las cortinas, cada árbol: ahora reinaba la verde coloración del verano, pero ella sabía que los había visto en el dorado esplendor del otoño y en la terrible desnudez invernal. Le daban placer el sonido de las olas y el vuelo de las aves marinas al lanzarse en picado para tomar pequeños bocados de los bajíos. Había contemplado el avance de diminutos puntos en el hori***zonte, hasta convertirse en barcos con las velas blancas centelleantes*** bajo el sol. Cuando se aproximaban, casi le era posible sentir el bamboleo de la cubierta bajo los pies y la caricia del viento en su pelo. Lo más perturbador era imaginar también una silueta masculina apretada contra su espalda, con brazos fuertes y bronceados que la rodeaban.

Lenore volvió a su habitación, con un suspiro tembloroso. En los últimos tiempos no podía pensar en nada sin que se entrometiera esa imagen. No la aliviaba saber quIen acechaba tras cada palabra dicha, tras cada pensamiento consciente, ni comprender que los anhelos de su corazón no se podían descartar fácilmente"

Una vez más, se sentó ante su pequeño escritorio para componer una carta que explicara a Ashton su situación y sus circunstancias. Quería que la misiva fuera de una lógica tan irrefutable que solucionara su dilema antes de que éste tomara proporciones catastróficas. Aunque lo intentaba con todas sus fuerzas, las frases brillantes y clarificadoras no le venían a la mente, mucho menos de la pluma al papel. Sacudiendo la cabeza en muda frustración, Lenore se reclinó en la silla, tratando de concentrarse en la tarea" Sus pensamientos, romo niños juguetones, vagaron hacia otras partes. Distraída, levantó la pluma para hacerla girar entre los dedos, observando el juego de luces y sombras .sobre su blanco perlado. En su memoria se formó una cara: un semblante fuerte, atractivo, que sonreía con aire travieso al acercarse. Una boca entreabierta iba al encuentro de la suya.

-¡Ashton!

Sus labios formaron el nombre con un suspiro, pero su imaginación siguió adelante, con una prisa salvaje, implacable. Casi le era posible sentir el entusiasmo acalorado con que una mano avanzaba por debajo de su bata, hasta rodearle el pecho.

Lanzando un gemido indefenso, arrojó la pluma y se levantó para pasearse por el cuarto. El rubor le quemaba las mejillas y no podía aminorar el fuerte palpitar de su corazón. Cada vez que aflojaba las riendas de su voluntad, su mente se alejaba al vuelo. Comenzaba a preguntarse si, tras la puerta de su memoria, no se ocultaría una caprichosa Lierin, esperando la oportunidad de adelantarse para reclamar su mente y su cuerpo.

El largo espejo del rincón reflejaba su imagen. Lenore se detuvo a estudiar el suave y líquido esplendor de sus ojos, los pezones erectos bajo la bata. Después de frotarse la frente, reanudó sus inquietos paseos.

Sabía que, mientras ansiara tan desesperadamente a Ashton, no le satisfaría ser la esposa de Malcolm. Le preocupaba mucho que él no hubiera conseguido otro alojamiento. Al saber que él dormía a tan poca distancia, sentía la necesidad de cerrar con llave la puerta que daba al vestíbulo y las de la galería. El calor resultante era casi insoportable, pero ella no se atrevía a aliviarlo por miedo a provocar un desastre peor.

Aun así procuraba saber dónde estaba Malcolm, pues él parecía ir y venir con el sigilo de un espíritu des encarnado. Podía, a voluntad, cruzar una habitación sin que ella sintiera su

presencia. Le ponía muy nerviosa, al girar en redondo, descubrir que él la estaba observando con inflexible atención; en esos momentos comprendía bien cómo se sentía un ratón bajo la mirada de un gato hambriento. Aquellos ojos podían desvestirla en un parpadeo, mientras la sonrisa lenta, segura, le prometía otras habilidades que los buenos modales no permitían mencionar abiertamente.

A Malcolm parecía encantarle hacer gala de su masculinidad, como si eso pudiera tentarla a compartir su lecho. El corte de sus pantalones era más amplio que el de Ashton, sin duda para dar espacio a sus nalgas y muslos más musculosos, pero por el modo en que se le adherían al cuerpo cabía suponer que no llevaba nada debajo, y que el efecto era intencional. Esa exhibición sólo provocaba en ella mayor cautela, instándola a asegurar con sillas las puertas de su dormitorio, por si a él se le ocurría probar su virilidad con sugerencias más físicas. Llegaría el momento en que ella debiera ceder y convertirse en la pareja de ese pavo real, pero por el momento prefería mantener una relación simple, al menos mientras no descubriera el modo de quitarse a Ashton de la cabeza.

Comenzaba a presentir que, en ambos hombres, existía una cualidad subyacente que los hacía semejantes, pero aún no sabía cuál era, ni si radicaba en el aspecto físico, en los gestos, en la personalidad. Ashton era sensual y acalorado, pero su atractivo tenía más refinamiento que el de Malcolm. Tal vez la mayor edad explicaba su suavidad; de hecho, con sólo un esbozo de sonrisa y una mirada, emitía oleadas de atractivo masculino y, al mismo tiempo, conquistaba d corazón con una sutil esencia de encanto infantil. Sus facciones aristocráticas, su porte principesco, le hacían más apuesto y atractivo.

Malcolm, empero, no carecía de encanto. Era buen mozo, ya veces algo en su semblante despertaba un recuerdo en Ashton. Sin embargo, con estudiar sus mejillas anchas, de labios gruesos y sensuales, no llegaba a comprender mejor ese misterio huidizo. Sin duda, ese hombre provocaba muchos pensamientos carnales en las mentes de las mujeres; eso parecía buscar, exactamente, con sus actitudes de gallito. También había en él cierta severidad, que se ponía al descubierto cuando Somerton bebía demasiado, exageraba su efusividad o barbotaba citas de Shakespeare. No había demostraciones externas de eso: sólo un endurecimiento de los ojos y la boca, al mirar al anciano. Su irritación era comprensible; Robert sacaba de las casillas hasta a un santo, a veces, y Lenore no dejaba de percibirlo. Cuando su padre hablaba mal de Ashton, sentía la tentación de descartar el concepto del respeto a los padres y espetarle un par de verdades que no pudiera olvidar por algún tiempo. Si se creía lo bastante honorable como para criticar a Wingate, era obvio que necesitaba ciertas revelaciones con respecto a sus propios defectos.

Un atronador ruido de cascos arrancó a Lenore de sus cavilaciones, obligándola a correr hacia la galería, a tiempo para ver que un carruaje se detenía frente a la casa. Reconoció la firma de Malcolm en esa audaz entrada: sólo él urgía al cochero hasta hacerle tomar ese paso desbocado. Aunque la velocidad solía ser indicadora de su esta- do de entusiasmo o agitación, no necesitaba excusas para azotar a los caballos hasta un ritmo frenético. Parecía gozar con la velocidad; cuanto más corría, más disfrutaba.

La hora de su llegada sólo podía significar que había pasado la noche en otra parte. Eso no la afligía, pero la hizo pensar que acaso había encontrado otro alojamiento o alguien con quien pernoctar. Lo había visto salir a caballo, la noche anterior, poco después de partir el coche con su padre. Mucho después, escuchó la marcha vacilante del anciano hacia su habitación. Por lo visto, Robert había regresado sin el carruaje, pues era Malcolm quien lo traía, con su caballo atado atrás.

Oyó el golpe de las botas en el porche, el portazo en la fachada de la casa, que hizo temblar todas las ventanas, y su rápido ascenso por la escalera. Tuvo una reacción de miedo al oírlo avanzar por el pasillo, preguntándose qué había hecho ella para irritarlo así.

Para gran sorpresa suya, los pasos se detuvieron ante la puerta de enfrente. Sin pedir permiso, sin consideración alguna por quien dormía dentro, Malcolm abrió la puerta de par en

par e irrumpió en el cuarto de Somerton. Si éste no despertó ante semejante entrada, no podía dejar de hacerlo después del fuerte grito.

Las voces de los hombres se elevaron en una discusión; después descendieron a un zumbido sordo, quebrado de vez en cuando por un furioso grito de Malcolm. Muy dentro de sí, Lenore sintió que su padre de ayer no se hubiera sometido mansamente a semejante ataque, cualquiera fuese la causa, y le extrañó que no abandonara su actitud sumisa para tomar una postura más firme en la discusión. La irritó más aún, el tono de superioridad con que Malcolm lo trataba. Si su padre estaba dispuesto a tolerarlo, ella no.

Se abrochó la parte superior de 1a bata y cruzó el pasillo. Después de un único golpe, la puerta se abrió bruscamente, dejándola ante los ojos llameantes de Malcolm. Por lo visto, aún lo espoleaba la furia, pero cuando su mirada cayó sobre ella cambió de pronto, adoptando una actitud más agradable. Durante un momento, recorrió con la vista las curvas que la bata no llegaba a ocultar; luego dio un paso atrás, señalando el interior del cuarto con un ademán del brazo.

-Pasa, querida -rogó, con una sonrisa-. Tu padre y yo estábamos en medio de una discusión.

-Ya me he enterado -replicó ella, secamente, aceptando la invitación. Malcolm arqueó una ceja ante su tono de desaprobación.

-Quizás haga falta una explicación. Tu padre recorrió anoche todas las tabernas y olvidó dónde había dejado esperando al cochero. No sólo perdí toda una noche buscándolo y buscando el carruaje, sino que, a estas horas de la mañana, también me he enterado de los rumores que este viejo borracho ha hecho correr sobre nosotros.

Lenore lanzó un vistazo hacia la cama, donde su padre estaba sentado, con aire de humilde depresión. Tenía los hombros encorvados y la cabeza gacha, en actitud de vergüenza. No pudo justificar mentalmente ese espectáculo; por el contrario, le habría parecido más natural que derribara a Malcolm de un golpe por haberse atrevido a insultarlo. Si bien no encontraba motivo alguno para esa impresión, algo quedaba claro en medio de esa escena, y ese algo se refería a su propio temperamento. A pesar de lo mucho que ese hombre la había irritado en los últimos días, seguía considerándose hija suya y, por lo tanto, muy inclinada a defenderlo, como a cualquiera de su familia.

-Me agradaría, Malcolm, que tuvieras en cuenta algo: él es mi padre y ésta es mi casa. Mientras yo no recuerde que eres mi esposo, sólo puedo considerarte como huésped aquí. Por el momento, no me interesan los rumores que haya podido iniciar, pero te agradecería mucho que lo trataras con más respeto o, cuanto menos, que dejaras de tratarlo de ese modo. Si no puedes, te marchas... cuanto antes.

Los ojos oscuros se endurecieron perceptiblemente. Malcolm abrió la boca como para contestar, pero de inmediato sofocó el impulso y respondió con una sonrisa forzada:

-Perdona, querida. Trataré de ser más respetuoso en el futuro. Pero me preocupaba la reputación que tengamos en Biloxi y el daño que tu padre pudiera causarnos.

Lenore, a su vez, sonrió rígidamente. Con una punzada de lástima por su padre, estudió su lamentable estado. Parecía aturdido por aquella defensa; la miraba con ojos dolientes, enmarcados en rojo y subrayados por bolsas oscuras. Tenía las mejillas fláccidas como un perro de caza, y bajo el mentón le colgaba la papada. Una barba de algunos días le cubría la mandíbula; llevaba puesta una camisa sucia y arrugada, como si hubiera dormido con la ropa puesta. Incómodo bajo esa observación, él trató de alisar las arrugas del chaleco y arrojó una mirada ansiosa a otra botella de líquido ambarino. Para él era el restaurador de la alegría, que proporcionaba un bienvenido aturdimiento a su conciencia

-Yo… eh…. -Se pasó una lengua moteada sobre los labios secos, carraspeando- No quería provocar disturbios y comprendo que Malcolm esté disgustado conmigo No tienes por qué enfurecerte con él, muchacha Todo fue culpa mía. Hice mal en perder el control de ese modo.



Librodot

Al percibir la sonrisa satisfecha de Malcolm, ella sintió un extraño impulso de borrársela con un comentario cáustico No le gustaban esa arrogancia, ni la burla obscena, confiada, que le subía a los ojos cuando le miraba el seno. Al no saber si estaba viendo algo allí que justificara su lujuria, prefirió balbucear una excusa y marcharse rápidamente Para consternación suya, Malcolm la siguió momentos después, apareciendo en su cuarto con el padre y un portafolios

El anciano entró dando tropezones y se detuvo ante el escritorio, donde ella estaba sentada Bajo la mirada interrogante que arrugó el ceño femenino, él se retorció las manos, tímidamente, y dio una explicación a esa visita

-Yo... eh… Malcolm tiene… eh… algunos asuntos que necesita analizar contigo, querida.

Tragó saliva con fuerza, tratando de aliviar la sequedad de su garganta, mientras paseaba la mirada por el cuarto, en busca del whisky que necesitaba. Lenore señaló el lavabo con la pluma.

-En la jarra tienes agua fresca, si quieres beber

Somerton dominó con dificultad el temblor de sus manos para servirse agua. El borde de la jarra repiqueteó audiblemente contra el vaso. Tragó la bebida con un incontrolable estremecimiento de asco y, al levantar la vista, se encontró con la sonrisa despectiva de Malcolm. Sus mejillas rubicundas se oscurecieron; manso, clavó en el vaso una mirada de vergüenza

El desagrado del joven se convirtió en una expresión de gracia y encanto al acercarse al escritorio Se inclinó para besar a su esposa, pero Lonore giró la cara y los labios cayeron sobre su mejilla. Él arqueó una ceja, intrigado, al ver que se levantaba para ponerse del otro lado del escritorio.

-¿Tenías algo que decirme?

Malcolm apoyó el portafolios sobre la mesa y retiró de él un fajo de papeles.

-Esta mañana estuve reunido con nuestros abogados, y ellos me informaron de que estos documentos requerían tu firma

Lenore, indiferente, señaló el escritorio.

-Déjalos ahí. Los leeré hoy, cuando tenga tiempo –Malcolm movió los papeles, incómodo, y carraspeó. Ella, intrigada, preguntó-: ¿Hay algún inconveniente?

-No, pero los abogados los necesitan para esta tarde. Tu padre los ha revisado y está de acuerdo. No hay nada de importancia, sólo algunos cabos sueltos que es preciso atar.

-Si tienes prisa por devolverlos, puedo mirarlos ahora para que puedas llevarlos. No tardaré mucho.

Lenore alargó la mano para tomarlos, pero el frunció el ceño y volvió a guardarlos.

-En realidad, vine para que los firmara tu padre. No nos gustaba la idea de dejarte a solas con los sirvientes y pensamos que, si los firmabas tú, nos ahorraríamos el viaje.

Y cerró el portafolios con toda firmeza.

Robert había vuelto la espalda a la pareja y estaba en la galería, con la cara fruncida por el sol. Retrocedió apresuradamente a la sombra del alero, apoyado contra la pared, pues necesitaba un sostén fuerte. Dejó que su mirada recorriera la amplitud del mar azul grisáceo, más allá de la playa, pero súbitamente se irguió.

-¿Qué cuernos es aquello?

Malcolm puso muy en duda la posibilidad de que Robert pudiera ver algo en semejante estado. Se limitó a acercarse, con el portafolios bajo el brazo.

-Vamos, Robert, tienes que cambiarte de prisa si quieres que vayamos a... -Como el anciano seguía mirando hacia el mar, lo imitó. De pronto arrojó el cigarro y corrió a la balaustrada-: ¡Qué diablos...!

Lenore, preguntándose qué extraño bicho les habría picado, se reunió con ellos en el porche para observar el sitio donde se veía una voluta de humo negro y dos chimeneas

gemelas, sobre una estructura negra, dorada y blanca. El paquebote, ideado para el río, avanzaba trabajosamente entre las olas, pero bajo la mirada de Lenore se lanzaron dos anclas, desde proa y desde popa, sujetando al navío a varios cientos de metros con respecto a la costa, frente a la casa.

-¡EI *Bruja del Río!*

Los labios de la muchacha dieron forma a las palabras, pero de ellos no brotó sonido alguno. No le hacía falta leer el nombre en el flanco del vapor para reconocer esa enorme mole blanca, con sus adornos negros y dorados. En la barandilla inferior se había agregado una protección de tablas y lonas, sin duda para evitar que las olas barrieran la cubierta.

La rueda de paletas dejó de girar y el barco se paró suavemente, apoyado contra las cadenas. De la caseta de mando surgió una silueta alta, que se adelantó unos pasos para mirar hacia la casa, con las manos en Jarras.

Los miembros de Lonore perdieron toda la fuerza, dejándole las rodillas estremecidas y débiles: reconocía bien esa postura. La había admirado con frecuencia, con ojos encendidos de enamorada. El corazón comenzó a palpitar con una intensidad abrumadora. Tuvo que respirar con jadeos leves, pues el aire fragante de júbilo era demasiado rico para saborearlo.

-¡Es él! -Malcolm mostró los dientes en una mueca salvaje-. ¡Es ese asqueroso Wingate! -Volvió uno mirada acusadora hacia Robert, que se encogió mansamente de hombros y luego hacia Lenore. Sus ojos despidieron llamaradas de celos y rabia al preguntar-: ¿Sabías tu esto? ¿Mandaste llamarlo?- Se fijó en el pequeño escritorio que ella había ocupado un rato antes, tomando nota de las plumas, el tintero y el papel - ¡Le escribiste! – Acusó - ¡Le dijiste dónde estábamos!

-¡No! Exclamó Lonore, meneando 1a cabeza, sin atreverse a demostrar las emociones que experimentaba: júbilo, entusiasmo, placer. Corrían juntas, entremezcladas con una alegría loca ¡Ashton estaba cerca! ¡Ashton estaba allí! Su mente repetía esas palabras una y otra vez. Había venido para demostrar su enseña con audacia, declarando ante todos que la amaba, que no abandonaría fácilmente la batalla.

-Pero, ¿como pudo...? -La voz de Malcolm se apagó en un fruncimiento de cejas, provocado por el desconcierto-. ¿Sabía él que tenías una casa en Biloxi?

Lenore se encogió de hombros, abriendo las manos en señal de inocencia.

-Yo no se lo dije. Él ya lo sabía.

-Debí haber imaginado que él lo averiguarla -murmuró Malcom-. Y ese hijo de mala madre nos encontró, tal como el perro olfatea a la perra en celo -Movía la cabeza hacia atrás y hacía adelante como un toro furioso- Ya sé a qué ha venido Quiere robarte –Apuntó al navío con un dedo amenazador- ¡Pero no se quedará argo de eso! ¡Haré que el jefe de policía lo expulse!

Robert se sentó cuidadosamente en una silla del porche

-No creo que puedas hacer nada, Malcolm El hombre está en su derecho. Aunque esta propiedad sea nuestra y podamos detenerlo si se atreve a invadirla, el mar pertenece a quien se atreva a navegar por él.

Malcom, con pasos airados, abandonó la galería y la habitación, pero un momento después volvió a aparecer con un rifle de dos cañones.

-Que desembarque, si se atreve. ¡Lo bajo de un disparo antes de que pueda pisar la arena seca!

La alegría de Lenore se ahogó prontamente bajo esas amenazas.

No había modo de saber hasta dónde podía impulsarlo el odio; tampoco cabía esperar que su enojo disminuyera antes de que ambos se encontraran. Era preciso advertir a Ashton de que no desembarcara pero ¿cómo?

-El problema de las armas de fuego -murmuró Somerton- .. Es que nunca se sabe qué destreza posee el adversario. Nos dijeron que Wingate es adversario peligroso. Si tiene tanta puntería como aseguran te aconsejo que tengas cuidado.

Lenore miró a su padre, sorprendida, recordando la conversa en Belle Chene. Entonces se había jactado de la habilidad de Malcom con las armas de fuego; ahora prevenía a su yerno sobre la misma reputación por parte de su rival ¿A qué estaba jugando?

-Tal vez tenga puntería -se burló Malcom-, pero no creo tanta -Acarició los cañones del arma con aspecto presumido-, Wingate quiere salir de aquí sin enfrentarse conmigo, sólo será poniendo ese maldito barco rumbo a Nueva Orleans.

-¿Piensas vigilar al vapor constantemente? -preguntó Somerton sorprendido.

Malcolm lo fulminó con la mirada.

-No, *papá* Tú vas a ayudarme.

Las pobladas cejas se elevaron, asombradas, y se unieron luego en un gesto de preocupación.

-Vigilaré, si quieres, pero no quiero tocar esa porquería. No sé nada de armas.

Malcolm sonrió blandamente.

-No hace falta que la toques. Quiero reservarme ese placer.

Una extraña intranquilidad se posó en el estómago de Lenore, como un peso frío. Algo estaba mal, pero no estaba segura de qué era. Sólo cabía atribuirlo a su preocupación por Ashton. Expresó inquietudes en una pregunta tímida.

-No serías capaz de asesinarle, ¿verdad?

La respuesta de Malcolm fue fría y deliberada.

-No sería asesinato, querida. Tengo derecho a proteger lo mío, y todos sabemos las intenciones de ese hombre. Quiere robarme a mi esposa.

-Tal vez si me dejaras hablar con é1... -sugirió Lenore-. Estoy segura de que se marcharía si yo le explicara que estoy aquí por propia voluntad.

Malcolm echó la cabeza atrás, con una risa breve y burlona.

-He oído hablar de tu precioso señor Wingate. Cuando se le mete algo entre ceja y ceja, no hay nada que lo detenga. -Se paseó a lo largo de la balaustrada sin apartar los ojos del navío distante –Ese hombre es un descarado. Mira que anclar así, donde pueda espiarnos... -Cada vez más enfurecido, Malcolm alargó una mano hacia el vapor-. ¡Míralo! ¡Hasta tiene un catalejo!

Somerton giró hacia el navío *sus ojos* sanguinolentos, tratando de centrarlos en quién así los provocaba. Un largo cilindro de bronce centelleaba bajo el sol.

-¡Por Dios, es cierto! Lenore apenas podía evitar que sus propios ojos se desviaran hacia aquella silueta alta. Casi podía sentir la mirada fija de Ashton sobre ella, a través del catalejo. Tenía las mejillas encendidas, pero no por el calor de la mañana.

-Me gustaría tener diez o doce cañones aquí mismo -barbotó Malcolm, entre dientes-, para hacer volar a ese idiota y verlo caer en pedacitos.

Lenore sintió la desesperada necesidad de hacer otro intento.

-¿No me dejarías enviarle una carta?

-¡No! -ladró Malcolm-. Puede quedarse ahí hasta que yo idee el modo de liquidarlo. Así no volverá a molestarnos nunca más. Pronto sabrá cuál de los dos es el mejor.

La alegría era algo tan irresistible como la marea. En cuanto los hombres la dejaron a solas con sus pensamientos, la invadió por entero. Le embriagaba saber que Ashton la amaba hasta el punto de haberla seguido; por un tiempo descartó los reparos que le provocaran las amenazas de Malcolm y cedió al placer de sentirlo cerca, apretándose la boca con las manos para sofocar una loca risa de pura felicidad, en tanto le temblaban los hombros por el esfuerzo de contenerse. Meghan estaba preparándole el baño; le pareció tonto despertar sospechas en ella, pues no tenía motivos para tenerle confianza, pero aun así le costaba contener el regocijo, sobre todo considerando que la mujer la miraba como si percibiera algún cambio. Por fin se impuso la curiosidad.

-¿Se siente bien, señora?

Lenore asintió, tratando de ocultar su sonrisa.

-Sí. -Carraspeó a fin de disimular lo risueño de su voz-. ¿Por qué me lo pregunta?

Meghan frunció los labios, estudiando a su ama. En esas últimas semanas la había observado con tristeza, notando que parecía resignada a su destino; actuaba delante de los hombres como se esperaba de ella, pero al quedar sola en su alcoba contemplaba melancólicamente el mar, como si esperara otra cosa. Ahora, en los ojos verdes danzaba una nueva vivacidad; se la notaba animada por primera vez desde que llegara a la casa. Un rato antes, las voces coléricas de los hombres en la galería se habían oído desde el interior de la casa, sino que Meghan pudiera dejar de prestarles atención. Al parecer, a bordo de ese vapor había un hombre decidido a llevarse a la señora. Teniendo en cuenta aquella transformación, no parecía tratarse de un secuestro por la fuerza.

-No tiene por qué desconfiar de mí, señora -le aseguró-. No le debo nada al señor Sinclair, si eso es lo que está pensando.

Lenore miró a la criada, algo asombrada por su percepción, y trató de protegerse con un manto de inocencia, temerosa de revelar los secretos de su corazón.

-¿De qué está hablando, Meghan?

La mujer cruzó las manos sobre el delantal y señaló con la cabeza el vapor anclado.

-Sé que allí hay un hombre que ha venido por usted. Y por lo alegre de su cara, diría que eso no la aflige.

Los ojos de la joven se dilataron de alarma. Saltó de la cama y corrió hacia Meghan, tomándola del brazo con una tensa advertencia.

-No diga a nadie que me alegra verlo aquí. A nadie, mucho menos al señor Sinclair o a mi padre. Por favor. Ambos odian al señor Wingate y no sé de qué serían capaces.

-Quédese tranquila, señora -le aseguró Meghan, tomándole las manos-. Yo sé lo que es estar enamorada.

Aun así, Lenore tenía sus reparos.

-¿Qué sabe de mí?

La criada se encogió de hombros.

-oh, he oído decir que usted perdió la memoria y, tal vez, se creyó casada con otra persona. -Hizo una pausa al comprender y se enfrentó a la mirada vacilante de su señora-. Es él, ¿no? Ese señor Wingate es el que usted consideraba su marido. Lenore bajó los ojos ante aquella mirada escrutadora, sin ver motivos para mentir.

-Sí, y lo amo, pero hago lo posible por no sentir así.

-Vaya tarea la que se ha impuesto, señora, vaya tarea...

Lenore asintió lentamente. Dejar de amarlo sería difícil, desde luego, o totalmente imposible.

El pequeño reloj del escritorio había dado las dos en tonos delicados; en la planta baja, el de pared parecía repetir el estribillo en la casa silenciosa. Lenore, rápidamente, moldeó cuidadosamente la forma de las almohadas bajo su sábana. Un momento después dio un paso atrás para estudiar su obra. Por las ventanas entraba un rayo de luna, arrojando sobre la cama luz suficiente para que, al entrar, cualquiera creyera verla en la cama. Así tendría tiempo para escapar de la casa y advertir a Ashton de que no debía desembarcar.

Durante la cena, las amenazas de Malcolm habían tomado un tono más grave; insegura sobre sus intenciones, ella había decidido que era preciso advertir a Ashton. El muchacho de los recados había dejado el bote cerca de la orilla, después de pescar, proporcionándole un medio para llegar al *Bruja del Río.* Por encargo de Lenore, Meghan pidió prestadas algunas ropas al muchacho aunque evitando preguntar a la señora para que iba a usarlas; prefería ignorar sus intenciones.

Lenore escondió su larga cabellera rubia bajo una gorra. Al mirarse en el espejo grande frunció la nariz, disgustada, pues no era ésa la ropa que podía usar una señora refinada. La camisa no tenía botones, tuvo que atarla con un nudo a la cintura, dejando un profundo escote. Los pantalones le sentaban bastante bien, pero estaban gastados por el mucho uso, y el



Librodot

chaleco no tenía más broches que un cordón atado a la cintura. En general, presentaba un aspecto bastante poco recatado; si la atrapaban, quizá la acusaran de buscar descaradamente que la violaran. Para mayor seguridad, agregó un gastado abrigo impermeable.

Cuando estuvo lista para partir, se detuvo ante la puerta que daba al pasillo y apoyó un oído contra la madera. Por los fuertes ronquidos que emergían del cuarto de su padre, cabía suponer que los reproches de Malcolm lo habían inducido a pasar la noche en casa. Por lo tanto, sólo debía guardarse de Malcolm, justamente el más temible, pues él no aceptaría excusas. Si la atrapaba, no dejaría de imaginar adónde iba.

Con un par de sandalias en la mano, salió a la galería y se detuvo en las sombras. No había movimiento alguno. Continuó su cuidadosa huida, bajando lentamente los escalones, uno a uno. El último crujió levemente, y ella se detuvo, reteniendo el aliento, a la espera del grito. No se produjo, y la corriente de la vida volvió a su cuerpo entumecido. Entonces cruzó corriendo el porche inferior y bajó los peldaños de entrada. Después de detenerse por un instante para calzarse las sandalias, corrió otra vez por el prado.

El bote había sido arrastrado hasta la arena. Puso los remos en su escálamo y, con firme decisión, arrastró la pesada embarcación hasta las olas.

En la cubierta del vapor había varias lámparas encendidas. Las ventanillas de Ashton mostraban un leve resplandor. Lenore volvió la espalda a esos faros orientadores y comenzó a remar, echando alguna mirada ocasional por encima del hombro para verificar el rumbo. Pronto comprobó que había calculado malla distancia entre la costa y el navío. Sus brazos no tardaron en estremecerse dolorosamente, a causa de ese desacostumbrado esfuerzo. Cuando llegó al barco se recostó sobre los remos, dejando que el bote se meciera contra el costado del vapor, mientras esperaba que le volvieran las fuerzas.

Los brazos no dejaban de temblarle, y sólo con un esfuerzo de voluntad podría superar esa falta de energías. Reuniendo toda la que pudo, eligió un sitio oscuro, próximo a la popa, para ascender, teniendo en cuenta que Malcolm o Robert podían mirar hacia allí. Cumplida la difícil hazaña del abordaje, ató la soga de amarre a un poste y se dejó caer en la cubierta, para aliviar la tensión de los brazos.

No había lámparas cercanas que le revelaran la proximidad de aquella silueta. Cuando sintió la presencia de alguien a su lado, rodó con una exclamación sobresaltada, tratando de esquivar las manos que se alargaban para sujetarla. Una la atrapó por la rodilla; otra, por el cuello del abrigo suelto. Aquella dolorosa presión la llenó de pánico instándola a forcejear frenéticamente, sin intentar explicar su presencia. Como una resbaladiza anguila, escapó de la prenda y la dejó en manos del hombre.

Cayó hacia adelante, con una mueca, al ceñirse con más fuerza aquella mano en su rodilla. La otra la sujetó por la espalda de la, camisa, y Lenore, con los ojos dilatados por un súbito horror, sintió que el nudo se aflojaba. Las sisas se le hundieron en la piel por un momento; luego, con un ruido de tela desgarrada, la prenda desapareció. Ella ahogó un grito y apretó los brazos contra el pecho desnudo, tratando de liberarse antes de que su pudor quedara completamente destrozado. El hombre, lanzando una maldición por lo bajo, volvió a atraparla, esta vez por el brazo y el cinturón, levantándola en vilo.

-¿Quién te manda, muchacho? -preguntó una voz en su oído.

-¡Ashton!

La exclamación fue de alivio al reconocer aquella voz grave. En su limitada memoria no había sonido más delicioso.

-¿Qué dia...? -Los fuertes dedos se aflojaron de inmediato-. ¿Lierin?

Aún al abrigo de la oscuridad, la joven sintió su mirada penetrante. El rubor le calentó las mejillas, obligándola a protegerse el pecho con los brazos.

Ashton, sin saber por qué milagro se hacía realidad su sueño, apreció aquel atavío (o la ausencia de tal), pero sin dejar de comprender la urgencia del momento.

-No sé por qué has venido, amor mío, pero te estoy profundamente agradecido -murmuró-. Ahora bien, creo que debemos ir a mi camarote, pues el vigía pasará por aquí en cualquier momento.

Lenore, espoleada a actuar por la idea de ser vista en ese estado, abrevió su ruego, mientras corría hacia el camarote:

-Mi camisa... Ashton levantó apresuradamente las prendas y la siguió, deteniéndose tras ella, que trataba de hacer girar el pomo de la puerta. Cuando él estiró el brazo para hacerlo en su lugar, Lenore cerró los ojos, conteniendo sus anhelos, avivados por el pecho velludo que se apretaba a su espalda.

El contacto no fue menos explosivo para Ashton, que sintió correr la sangre ardiente en sus ingles. Entre el abrir y el cerrar de la puerta vio los hombros claros, relucientes a la luz dorada de la lámpara, inflamándole la mente. Curvó su brazo en torno a ella, estrechándola, y Lenore dejó escapar un leve gemido, en tanto las manos bronceadas iniciaban la búsqueda de sus pechos suaves. La gorra cayó al suelo. No había ido para eso, pero todas las fibras de su ser pedían la posesión. Era un tormento pensar en negarse.

-No podemos... -rogó, en un débil susurro-. Ashton, por favor... ahora no podemos hacer esto.

-Es preciso -murmuró él a su oído, oprimiéndole besos febriles en el cuello. Al tenerla cerca otra vez, todo le parecía correcto-. Es preciso.

Se inclinó para levantarla en vilo. En dos pasos estaba en la cama, el mismo paraíso donde en otros tiempos gozaran de una arrebatada felicidad la recorrió con una mirada ardiente y se tendió en la cama junto a ella Lenore le puso una mano en el pecho desnudo y apartó la cara, tratando de esquivar sus besos antes de perder la cabeza.

-Sólo vine para advertirte, Ashton -dijo, desesperada-. Malcolm tratará de matarte si desembarcas. Debes irte.

Ashton levantó la cabeza para mirarla con ojos hambrientos. A veces, el amor viene y va como los vientos errantes que barren la costa; otras veces es algo atempora1, que la distancia, los años y los obstáculos no pueden derrotar. Para Ashton había durado ya más de tres años; ella estaba arraigada en el centro mismo de su vida. Ella le había dejado una nota destinada a convencerlo de que era Lenore y estaba haciendo la correcto, pero ¿cómo aceptar semejante cosa, cuando se llevaba su corazón?

-Olvídate de Malcolm y de todo lo que te haya dicho. Quédate conmigo, Lierin, y me iré. Si hace falta, te llevaré al fin del mundo.

Por las mejillas de la joven corrieron dos lágrimas.

-oh, Ashton, ¿no te das cuenta? la quieres a ella, no a mí.

-¡Te quiero a ti!

-Yo no soy la mujer que tú crees, Ashton. Soy Lenore, no Lierin.

-Tu memoria... - comenzó él vacilante, casi temeroso-. ¿La recobraste?

-No. -Ella no se atrevió a mirarlo de frente-. Pero debo ser Lenore si mi propio padre lo dice.

-Tu padre me odiaba, no olvides. Tiene motivos para separarnos.

-No llegaría a tanto -adujo ella.

Ashton dejó escapar su aliento en un largo suspiro.

-Si así lo prefieres, te llamaré Lenore, pero eso no cambia nada. Para mí seguirás siendo mi esposa, parte de mí.

-Tienes que irte -le instó ella, afligida-. Tienes que irte donde estés a salvo.

-¿Vienes conmigo? -la presionó él.

-No puedo Ashton. -La voz de Lenore era casi inaudible-. Debo volver a la casa. Necesito saber la verdad.

-Entonces me quedaré... para velar por ti hasta que esto quede arreglado.

-oh, Ashton, por favor -rogó la joven, cautelosa-. Si te pasara algo no podría soportarlo.

-No puedo irme. Me quedaré.

Ella sacudió la cabeza, exasperada.

-Eres tan terco como dicen. ¿Por qué no aceptas lo inevitable?

-¿Lo inevitable? -Él se tendió de espaldas con una risa áspera, clavando la vista en el techo-. Pasé tres años buscando, pero no hallé ninguna mujer que pudiera ocupar tu sitio. Era hombre, pero no podía volver a las costumbres relajadas de los solteros empedernidos. Sentía en las ingles un hambre ardorosa que me perseguía, y no hallaba alivio. Di que estoy endemoniado, que estoy loco. Di que estoy completa, desesperadamente enamorado de un sueño que sólo tú puedes satisfacer. -Giró la cabeza en la almohada para mirarla-. Ya sé cómo era la vida sin ti y no quiero volver a eso. He venido a luchar, amor mío, y lucharé.

Lenore se recostó contra su pecho, sin hacer esfuerzo alguno por interponer la sábana entre ambos. Le acarició el rostro con una mirada de ternura, y sus labios se curvaron en una sonrisa melancólica.

-Linda pareja hacemos, tú y yo, los dos deseando lo que no podemos tener. Yo debo volver a la casa y tú estás decidido a quedarte. Pero querría convencerte de que no lo hicieras. -Vaciló un momento; luego, algo avergonzada, propuso, sin mirarlo-: Si me entrego a ti, aceptando por el momento que puedo ser tu esposa, ¿te marcharás antes de que te ocurra algo malo?

Ashton la levantó para tenderla a lo largo de su cuerpo. Indudablemente estaba en condiciones de aceptar el ofrecimiento, pero meneó lentamente la cabeza.

-No puedo aceptar ese pacto, amor mío, aunque serviría para calmar momentáneamente mi deseo. Te amo demasiado para conformarme con un gesto de despedida. Te quiero por entero y no me conformaré con menos.

Ella soltó un suspiro cansado.

-Entonces debo irme.

-No hay necesidad de que te vayas ahora mismo. Quédate un rato. Deja que te ame.

-Ya no es correcto, Ashton. Ahora pertenezco a Malcolm.

Una profunda arruga unió las cejas de Ashton, quien apartó la vista, atormentado por los celos. Le dolían los músculos de las mejillas por el esfuerzo de resistir el impulso de explicarle cómo había averiguado la ubicación exacta de la casa. Con un recorrido de las tabernas locales había descubierto, no sólo a varios compañeros de fechorías de Robert, sino también a un buen grupo de rameras. Unas cuantas de ellas servían al libertino de Sinclair.

-No me gusta la idea de que vuelvas a él.

-Es preciso -susurró ella.

Con un leve roce de sus labios contra los de él, se apartó sonriendo, para ponerse la camisa desgarrada y recogerse la cabellera bajo la gorra.

-Yo te llevaré -suspiró él, sacando las largas piernas de la cama. Lenore, que recordaba muy bien el viaje agotador, no quiso discutir.

-Pero ¿cómo harás para volver al barco?

-Ataré otro bote al tuyo.

Ashton alargó una mano para tomar una camisa. Mientras se la ponía, sintió que la mano de Lenore se deslizaba, admirada, por sus costillas flexibles. Aquella suave caricia lo hizo estremecer de deseo. Hubiera querido tomarla en sus brazos, pero sabía que, si no se dominaba, no habría modo de echarse atrás. Y su boca susurró las palabras que le dolían dentro:

-Te amo.

-Lo sé -murmuró ella-. También yo a ti.

-Si no supiera que llegarías a odiarme por eso, te retendría aquí. Pero eres tú quien debe elegir. Hasta ese momento, estaré cerca para acudir en tu ayuda si me necesitas. -Le puso en la mano una pequeña pistola-. Te enseñé a usar esto. Desde aquí puedo oír un disparo hecho en la casa. Trata de que no te pase nada hasta que yo llegue.

La llevó a la costa. Después de un último beso, Lenore volvió a la galería de arriba y se recostó contra la balaustrada para contemplarlo mientras se alejaba. Luego entró en su cuarto, con un suspiro desolado. Ya se sentía solitaria.

## *CAPÍTULO 11*

Los apagados sollozos se convirtieron en una realidad que irrumpió en el sueño de Lenore, con el mismo rudo impulso de la luz matinal. Ambos eran fastidiosos e igualmente difíciles de descartar.

A su regreso de el *Bruja del Río,* Lenore se había dejado caer inmediatamente en una apacible bendición de sueños, y quería pasar toda la mañana de ese modo, dejando fuera el resto del mundo. No pudo ser. Los cuartos con numerosas ventanas al mar tienen, como problema inevitable, su completa vulnerabilidad al sol naciente. Los rayos de la aurora se extendieron por su cama, en tanto los apenados sollozos la perseguían hasta debajo de la almohada. Por fin comprendió que alguien estaba llorando en el porche.

Ya completamente despierta, Lenore saltó de la cama y, manoteando su bata, corrió a las puertas de la galería. Meghan estaba junto a la balaustrada; fuertes sollozos le sacudían los hombros y contemplaba la playa con ojos llenos de lágrimas.

Muy extrañada, Lenore siguió la dirección de su mirada y vio a Malcolm cerca del bote, junto con Robert. Otros dos hombres miraban bajo un trozo de lona tendido sobre el bote, algo que no había estado allí por la noche. La intrigó ese evidente interés por el bote, además de confundirla el llanto de la criada.

-¿Qué pasa, Meghan? -Se acercó a la mujer para echarle un brazo consolador sobre los hombros estremecidos-. ¿Qué le está pasando?

La criada se esforzó por pronunciar las palabras con que responderle, pero sus esfuerzos parecían vanos; las lágrimas seguían corriendo por sus mejillas regordetas.

-Es por Mary, señora -logró decir, al fin-. Esta mañana, temprano, el muchacho de los recados iba a salir de pesca para la cena y encontró a Mary en el bote, muerta y desnuda. El comisario dice que la asesinaron.

-¿Que la asesinaron? -Lenore miró a la mujer, demasiado aturdida para comprender. Mary la había impresionado como una persona dulce y servicial; parecía increíble que alguien quisiera hacerle daño. Parpadeó para retener las lágrimas, diciendo en tono horrorizado-: ¡Pero si yo misma me llevé el bote para remar hasta el *Bruja del Río!* El señor Wingate me trajo a la playa a eso de las cuatro de la mañana.

-Oh, señora, no diga eso al comisario. El señor Sinclair está diciendo que la mató alguien del *Bruja del Río;* si descubre que ese hombre estuvo en la playa seguramente lo acusará

-¡Pero eso es una tontería! Yo vi a Ashton que volvía al vapor en su propio bote. Tuve más posibilidad de asesinarla que él.

Meghan sacudió la cabeza, dolorida.

-La violaron, señora.

-¿La violaron? -repitió Lenore, con voz ahogada-. Pero ¿quiénes capaz de hacer semejante cosa?

-No sé, señora. Yo estaba profundamente dormida. No tuve la menor idea de lo que pasaba hasta que ese muchacho apareció en la casa gritando como loco. Pobrecita, pobre niña. ¿Y usted, señora Lenore? ¿No Vio a nadie en la playa cuando el señor Wingate se fue?

-No, a nadie -respondió Lenore. Tampoco había oído ningún ruido extraño, aparte de los ronquidos apagados que provenían del cuarto de su padre. Una vez en su cómodo lecho, había caído en un dulce olvido, pensando en Ashton, sin que nada perturbara su paz.

-¿Qué hará el comisario?

-Bueno, señora, supongo que nos interrogará a todos y también a los del *Bruja del Río.* Mary y el cochero estaban medio enamorados; no me extrañaría que Henry cargara con la culpa. Pero parece tan buen hombre...

Las rodillas de Lenore se convirtieron en gelatina; las impresiones recibidas trataban de imponerle su horror. La visión del hombre golpeado por el atizador ya le era familiar, pero en un destello momentáneo vio la silueta del asesino, con un manto oscuro, girar hacia ella con el hierro aún en las manos. Un sudor frío le inundó por completo la piel al borrarse la ilusión, pero tardó un segundo en despejar la mente de ese miedo persecutorio y fijar otra vez sus pensamientos en el presente. Aspiró hondo varias veces para aminorar el ritmo de su corazón e hizo una observación tardía.

-Tal vez el asesino no sea un hombre de aquí, Meghan. Si Mary trababa en Biloxi antes de venir, pudo haber traído a alguien de la ciudad.

Meghan se limpió las mejillas.

-Mary no sabía mucho de esta zona, señora. Si estaba aquí cuando el amo la contrato, no habrá sido por mucho tiempo. Parece que nació cerca de Natchez.

-¿De Natchez? – Lenore sintió que se despertaba su atención-. De allí viene el señor Wingate. Tal vez ella conociera.

-Puede apostar a que el comisario se lo preguntará, señora, y supongo que basta esperar a ver qué averigua. -La criada señaló con la cabeza a los dos hombres que se acercaban a la casa-. Aquí vienen a comenzar sus preguntas.

Lenore, recordando de pronto que estaba sin vestir, cerró el cuello de su bata.

-Será mejor que me ponga presentable.

-Le traeré agua -dijo Meghan con un suspiro tembloroso- Me hará bien ocuparme de mis cosas para sacarme a Mary de la cabeza.

Media hora después, Lenore estaba vestida con un traje celeste mientras la doncella recogía las guedejas rojizas en un sencillo peinado. Lenore esperaba que Malcolm le trajera la noticia del fallecimiento de Mary; por eso no le sorprendió unos golpecitos a la puerta.

Cuando la doncella lo hizo pasar, el joven se acerco a la mesa del tocador y apoyó un hombro .contra la pared, mientras contemplaba la belleza reflejada en el espejo. Se la vela fresca y serena, como una princesa de nieve; así había llegado a considerarla, mentalmente. A veces se sentía tentado a quebrar aquella fina muralla de hielo para hacer con ella su voluntad, pero no estaba seguro de cual podía ser su reacción; por eso contenía sus impulsos libidinosos. Algún día en un futuro cercano, cosecharía sin duda la recompensa a su paciente cautela.

-Supongo que Meghan te ha contado lo de Mary. -Lo dijo con una ceja arqueada y esperó la respuesta afirmativa antes de continuar-: El incidente nos tiene a todos espantados. Primero tu secuestro; ahora pasa esto. En realidad, no creo que las dos cosas estén relacionadas, pero sería más prudente que no salieras sola, sobre todo mientras ese vapor esté allí.

-Malcolm... -Lenore apoyó las manos en el borde del tocador, preparándose para decir la verdad-. Sé que vas a enojarte, pero anoche estuve en el *Bruja del Río.*

-¿Qué? -gritó Malcolm sobresaltando a Meghan, que dejó caer el cepillo-. ¡Fuiste al barco a mis espaldas! ¡Con ese secuestrador! ¡Con el asesino de tu hermana! ¿Te entregaste a él, que hizo eso con Mary?

Lenore se levantó, con verdes chispas de furia en los ojos. Antes de liberar toda la fuerza de su enojo, miró a Meghan, que se retorcía las manos, consternada, y le hizo señas de que saliera.

-Déjanos solos, Meghan. Tengo algo que conversar con... –pronunció las palabras con dificultad- mi esposo.



Librodot

Meghan vaciló, preocupada por su señora, pero la esbelta mano repitió ese ademán, sin dejarle alternativa. Salió del cuarto, cerrando a sus espaldas; aunque no era dada a escuchar subrepticiamente, permaneció cerca, por si hiciera falta. No se había casado nunca, pero sabía cómo podían portarse los maridos con sus esposas, sobre todo cuando eran tan bonitas, y temía que el enfrentamiento resultara dañoso para la señora.

-¿Cómo te atreves a decirme esas cosas frente a una criada? -estalló Lenore-. Para tu información, no me entregué a Ashton. Sólo fui para pedirle que se fuera. -Acalorada, echando chispas, giró en redondo y cruzó el cuarto-. Desde que estoy en esta casa he oído difamar su nombre a cada paso, y ni tú ni mi padre sabéis nada de él.

-Ah, pero tú sí -le replicó Malcolm, igualmente irritado. No tenía idea de lo que podía atraerla así en su adversario, pero ella lo había amado, de eso estaba seguro, o no se hubiera casado con él-. Aun- que nos lo niegues, lo quieres. ¡Dime que no!

Lenore contuvo la réplica con que iba a confirmar la acusación. Deseaba admitir su amor, pero también sabía que era una tontería.

-Estando en Belle Chene llegué a respetar a Ashton... Malcolm plantó el puño en el tocador, gritando:

-¡Lo que sientes es más que respeto! Ella levantó el mentón, altanera.

-No me gusta que me pongas en la boca palabras que no tengo intención de decir -declaró-. Desde el accidente con el coche de Ashton, mi memoria es como una caja oscura dentro de mi cabeza y no tengo modo de abrirla. No recuerdo absolutamente nada de ti, pero Ashton se mostró bondadoso conmigo, y mientras viví en Belle Chene, creí sinceramente que era su esposa. Me pareció natural...

-Pero no te parece natural que yo sea tu esposo -intervino él, acusador-. ¿Es eso lo que estás tratando de decir?

-Sigues adelantándote a mis palabras y reconstruyendo lo que digo sin escucharme hasta el fin -protestó Lenore-. No era eso lo que iba a decir, en absoluto.

-Ya lo dijiste antes. Tal vez no de ese modo, pero todas las palabras significan lo mismo.

Lenore cerró los ojos y se frotó las sienes, donde palpitaba un dolor sordo. Su tensión iba en aumento y comenzaban a asaltarla visiones confusas. A través de un túnel largo y oscuro veía a Ashton, recostado contra la barandilla de su vapor; luego, unas manos retorcidas que se alargaban para apresarla, tirándole de la cabellera. Unos rostros rientes se apretaban hacia ella; dedos gruesos le desgarraban la ropa. Casi podía paladear la amenaza de violación. En su mente, gritó. Entonces, con toda claridad, vio a Malcolm junto a ella, apartando a los hombres a empujones; casi con gentileza, se inclinó para tornarla en sus brazos.

Una leve arruga le tocó la frente al mirarlo, desconcertada. ¿Era un recuerdo de él lo que había visto, o algo conjurado por su imaginación? El nunca había mencionado haberla rescatado.

-Escúchame, Lenore, escúchame bien -exigió él-. Me recuerdes o no, yo sigo siendo tu esposo y no toleraré que te escape otra vez a ese hombre.

-Con tantas amenazas de matarlo, ¿qué podía yo hacer? - gritó ella-. ¿Quedarme tranquila en mi cuarto y dejar que lo asesinaras? ¡Jamás!

-Baja la voz -le advirtió él, secamente-. El jefe de policía todavía está en la casa; podrían ocurrírsele cosas.

-¡Mejor! -Se estaba volviendo atrevida, pero se sentía demasiado furiosa como para que eso le importara. Sus ojos centellearon de ira reprimida-. Quizá decida prestar a Ashton alguna protección si se entera de que lo has amenazado.

-Calla, mujer. Ya hablaremos de eso.

Y Malcolm cortó la conversación con un ademán violento.

Meghan, muy junto a la puerta, se alejó rápidamente al oír sus pasos. Por primera vez en la mañana, una sonrisa le iluminó ampliamente la cara. Había temido que su señora no



Librodot

supiera defenderse ante el temperamento del señor Sinclair, a veces demasiado fuerte. Habiendo cambiado de opinión, admiraba la energía de la joven.

Lenore tras la discusión con Malcolm, se sometió al interrogatorio del jefe de policía como si fuera un agradable paseo. Éste se mostró cortés, aunque algo directo. Después de presentarse con el nombre de James Coty, le preguntó cuál era su relación con el propietario del *Bruja del Río, y si* creía que alguno de sus tripulantes podía ser culpable de asesinato.

-Sin duda, el señor Sinclair le ha explicado lo de mi pérdida de memoria. -Ante una señal afirmativa, ella continuó-: Ashton Wintgate me confundió con Lierin, mi hermana gemela, con quien se casó hace tres años. Por un tiempo yo también estuve convencida de eso. En cuanto a los hombres del vapor, he viajado con ellos y siempre me trataron con el mayor respeto. No puedo creer que abusaran de una mujer con tanta saña, pero aun si fueran capaces, tuvieron muy poco tiempo para hacerlo, pues yo misma llevé ese bote hasta el *Bruja del Río* y no volví hasta las cuatro de la mañana. -Se enfrentó a la mirada sorprendida del policía, directamente y sin bochorno-. Fui al vapor con la esperanza de convencer al señor Wingate de que *si* fuera antes de causar problemas entre él y mi esposo. Si no le bastaba mi palabra para convencerse, pregunte al hombre que estaba de guardia a bordo. Tal vez él haya notado si alguien abandonó el navío después de nosotros.

-¿Dice que no volvió hasta después de las cuatro? -preguntó él acariciándose el mentón, pensativo-. Eso me deja pensando cuándo se cometió el asesinato. Obviamente, a Mary la mataron en otra parte y la dejaron luego en el bote.

Lenore se sobrepuso a su reticencia para preguntar:

-¿Puede decirme cómo mataron a Mary?

-Por estrangulamiento -repuso de inmediato el comisario Coty- El hombre la estranguló con tanta fuerza que le quebró el cuello.

Retrocediendo con súbita repugnancia, Lenore se dejó caer en una silla cercana a ella, con una mano temblorosa sobre la frente. Se sentía mareada y estremecida; apenas pudo responder a la promesa del policía, quien le aseguró que no descansaría hasta detener al hombre.

El jefe Coty se retiró de la casa. Lenore, inquieta, se arrastró hasta la cama, donde pasó la mayor parte del día, demasiado descompuesta para levantar la cabeza de la almohada.

El cementerio era pequeño; aun con el verde toque del verano, se veía descolorido y algo desolado. Lenore, vestida de negro, se sentía como confundida con el entorno. Tenía las mejillas pálidas y ojeras oscuras que le agrandaban los ojos. Esperó en el coche con su padre hasta que llegó el ministro, pues no quería hacer movimientos innecesarios mientras el calor fuera tan sofocante.

Unas cuantas aspiraciones de sales le despejaron el cerebro, aliviando sus náuseas, al menos lo suficiente para que pudiera abandonar el carruaje. El padre, solícito, la acompañó hasta el cementerio, donde Malcolm estaba esperando. Evitando cuidadosamente el agujero negro donde habían puesto el ataúd, levantó la mirada hacia el numeroso grupo de deudos reunidos al otro lado. Descontando al jefe de policía ya su ayudante, no halló un rostro familiar entre ellos. Como el rumor se había extendido rápidamente, mucho de ellos debían de ser simples curiosos.

Detrás de los deudos, algo a la derecha, estaba Meghan con el cochero; ambos agregaban la nota patética con sus sollozos ahogados. Lenore, compadecida se volvió hacia la dolida mujer, pero se llevó una sorpresa al ver, detrás de ellos, a un hombre bajo, de pelo oscuro y ojos líquidos.

-¡EI señor Titch! -susurró apenas su nombre, pero eso atrajo la atención de Malcolm.

-¿Dijiste algo, querida? -preguntó, inclinándose para oír su respuesta.

Ella señaló subrepticiamente al hombrecito con un movimiento de cabeza.

-Me sorprendió un poco ver aquí a ese hombre, nada más.

Malcolm miró por sobre el hombro y arqueó una ceja, en divertida condescendencia.

-Ah, el señor Titch. -¿lo conoces? -preguntó ella, sumamente sorprendida, pues no recordaba haber mencionado a ese hombre ni los problemas que le causara.

-Los chismes abundan tanto en Biloxi como en Natchez o en cualquier otra parte. He oído hablar de él. Y si Horace ha recorrido las tabernas que visita tu padre, ha de saber tanto de nosotros como cualquiera de los residentes. Por si no lo sabes, querida, nos hemos convertido en un gran tema de conversación, sobre todo desde que ese señor Wingate se ha aposentado en nuestras cercanías. -Hizo una pausa, mirando por encima de la cabeza de Lenore; sus ojos oscuros se endurecieron-. Hablando de Roma...

Lenore se preguntó quién le había amargado de ese modo el día; de pronto su corazón echó a galopar, al ver a alguien que, para ella, lo iluminaba: ¡Ashton! El hombre le llenó la mente de súbito placer...; y, de algún modo, la fortaleció para la tarea inminente.

Un ligero movimiento de aquellos labios firmes produjo una vaga sonrisa. Ashton, con modales caballerescos, se quitó el sombrero ante ellos antes de que sus ojos se encontraran con los de ella, en una cálida comunicación, con mudas palabras de devoción que ella saboreó a fondo.

Como ya había sido descubierto por la pareja y no podía observarlos sin ser visto, Ashton se acercó a la tumba, con la esperanza de que su presencia irritara la compostura de su adversario como papel de lija. Desde allí podía observar a Lierin... o a Lenore, como ella prefería. Si él decidía elegir ese nombre, no indicaría concesión alguna de su parte, sino un momentáneo acuerdo, hasta que se pudiera aclarar la identidad de 1a joven. En el fondo, él estaba seguro de que era Lierin; si la investigación demostraba su error, le costaría retirarse con elegancia, pues amaba a esa mujer por sí misma; los recuerdos del pasado habían quedado en las sombras de otros más recientes.

Lenore lo observaba a su vez, aunque más discretamente, admirando su figura elegante. El verano le había tostado la piel, haciendo que sus ojos de avellana parecieran chisporrotear con luz propia.

El sombrío grupo aguardó, en solemne silencio, hasta que el ministro arrojó un puñado de tierra sobre el ataúd. Lenore levantó una mano para secarse las lágrimas que le corrían por las mejillas. Un sollozo ahogado brotó de Meghan, antes de que la criada se volviera para consolar al cochero, deshecho en sollozos. Robert Somerton sacó del bolsillo una petaca que se llevó a la boca con breves movimientos. Malcolm no prestaba atención, pues su estoica mirada centraba en Ashton; sólo vaciló cuando este último pasó junto a ellos. Con una rápida mirada por encima del hombro, el joven comprobó que iba hacia el señor Titch; su tensión cedió levemente.

-Buenos días, señor Titch -saludó Ashton, con un breve saludo. Luego, inclinando la cabeza atrás, echó un rápido vistazo al cielo cubierto-. Un día bastante apropiado para un funeral, ¿verdad?

-Supongo que sí -murmuró Horace, dirigiendo una mirada desconcertada hacia su interlocutor-, pero algo caluroso para mi gusto. Tal vez refresque si llueve.

-O aumente la humedad -replicó Ashton, simpático, notando el sudor que corría por aquella cara redonda. Cabía preguntarse si se debía sólo al calor o si algo estaba preocupando al señor Titch-. Me sorprendió bastante verlo aquí, Horace. ¿Ha venido para visitar a algunos parientes?

-Sí... -Horace se mordió los labios después de esa mentira. No le molestaba decirla, pero temía que Ashton llevara la historia al jefe de policía, provocando una avalancha de investigaciones-. En realidad, Marelda quiso venir a Biloxi... para ver el océano... o algo así.

Ashton se quedó pensando en esa respuesta; recordaba haber dicho a Marelda que Lierin poseía propiedades allí. Conociéndola como la conocía, dudaba que la presencia de la pareja fuera pura coincidencia. A veces, Marelda era mujer de acción. Ashton observó atentamente al hombrecito.

-¿Conocía usted a la mujer asesinada? Horace sorbió por las narices, pomposo.

-¿Ahora se dedica a investigador, Ashton, para hacerme ese tipo de preguntas?

-En absoluto. -Ashton no dejó de reparar en ese rígido enojo-. El jefe Coty me mostró el cuerpo de la muchacha y me pareció conocida, pero no pude recordar dónde la había visto. Al verlo aquí acabo de darme cuenta. -Captó un tic nervioso en el ojo de Titch; sus manos rollizas se secaron la frente sudorosa-. ¿Me equivoco al pensar que Mary trabajó un tiempo para su hermana?

Los párpados descendieron sobre aquellas pupilas líquidas, mientras Horcice se maldecía silenciosamente por haber ido al cementerio. Aquello había ocurrido mucho tiempo antes; él pensaba que nadie lo Iba a recordar. Dominando su pánico, contestó con una bravuconada.

-¿Y qué? ¡No va a cargarme con este asesinato!

-Horace, creo sinceramente que usted protesta demasiado. Nunca se me ocurrió semejante cosa. La muchacha fue violada, por si usted no se ha enterado. Ya usted no lo imagino haciendo eso.

Horace halló motivos suficientes para ofenderse por esa declaración.

-¿Acaso sugiere que no soy hombre? -Elevó el volumen de su voz-. Pues le hago saber que...

Al darse cuenta de que había atraído la atención de los presentes cerró lentamente la boca, se irguió y tomó la actitud de un gallito a punto de cantar... o de estallar, lo cual habría descrito mejor su situación.

Si se jactaba de sus proezas, que otros hombres podían considerar cuestionables, estaría invitando a la policía a sospechar de él. Dejar que Ashton Wingate lo creyera impotente era igualmente desagradable. No podía decir que Corissa había dejado ir a Mary para protegerla, al saber que él la había arrastrado hasta la leñera. Recordaba vívidamente los regaños de su hermana, indicándole que tratara a las criadas y esclavas de modo más digno. Después de todo, había otros plantadores que usaban a sus esclavas a su gusto, y él creía tener derecho a ser como los otros; así lo había dicho con toda claridad. Lo que mas deseaba era que lo reconocieran como hombre hecho y derecho. Como ante las mas jovencitas no necesitaba demostrar nada, a ellas se había dedicado hasta que Marelda se dignó prestarle atención. Mary, por entonces, era muy joven... y muy inocente.

Ashton sonrió con blandura.

-Lamento haberlo perturbado, Horace.

-No se imagina cuánto me ha perturbado. -El hombrecito agitó los brazos con indignación-. Últimamente parece que usted o sus amigos me asedian constantemente. Por ejemplo, Harvey Dobbs vino a mi casa para preguntarme si yo sabía algo sobre el incendio de su depósito. La expresión de Ashton no cambió. -También yo quería hacerle algunas preguntas al respecto, pero estos días no he tenido tiempo de dedicar al asunto la atención que merece.

-Sí, ya veo que está ocupado -se burló Horace, dirigiendo s mentón indefinido hacia Lenore-. No es cosa mía, pero se va a hacer matar si sigue olfateando mujeres ajenas. ¿O sigue tratando de convencer a todos de que ella es su perdida Lierin?

Horace sintió la emoción del éxito al ver que el sarcástico comentario daba en el blanco. Apenas pudo creer que había encontrado u. punto débil en la armadura del otro.

Ashton apretó los dientes, mirándolo con fijeza. Sentía la tentación de levantarlo en vilo para sacudirlo hasta que chillara como un lechoncito asustado. Apenas pudo dominar el impulso y responderle cortante:

Ya veremos cómo termina esto, Horace, tanto para usted como para mi.



Librodot

Volvió la espalda al hombre y se reunió con los otros deudos, que comenzaban a retirarse. Malcolm permanecía cerca de la tumba con el policía, sin duda tratando de convencerlo para que actuara contra Ashton. Una sonrisa irónica tocó los labios del plantador. Ese hombre haría mejor explicando dónde estaba en el momento preciso, puesto que Lierin había hablado de su visita al vapor. El vigía, después de ayudarlo a subir a bordo, no había visto partir otro bote.

Hickory miró desde su pescante, al detenerse Ashton junto al carruaje. Siguiendo instrucciones, el negro había llevado el landó, con un tiro de dos caballos, hasta Biloxi, con el potro favorito del amo atado atrás. Estaba alojado en los establos de la ciudad, donde pudiera atender a los animales mientras esperaba la jugada siguiente. El señor Wingate había comparado sus maniobras a un juego de ajedrez, cuya finalidad era capturar a la reina; si se presentaba la ocasión y la dama estaba dispuesta, Hickory movería los caballos para llevarla a un lugar seguro, mientras Ashton se encargaba de hacer frente al adversario. Esa mañana, Hickory había sido convocado a la costa por una señal hecha desde el vapor, para llevar a su amo al cementerio.

-La señora parece decaída, señó -observó el negro. -Lo mismo estaba pensando yo -comentó Ashton, en voz alta, mientras observaba los cautelosos pasos de Lenore hacia el carruaje de los Somerton.

El padre la sostenía; en una pausa, ella estiró la mano para sujetarse del brazo paterno.

-¿Le parece que ese señó Sinclair la trata bien, señó?

-Si en algo aprecia su vida, le conviene hacerlo.

Lenore levantó lentamente la vista. -Necesito descansar un momento -susurró, tratando de contener la náusea que amenazaba dominarla. El día caluroso y nublado se le había hecho casi insoportable-. No me siento nada bien.

Robert le dio unas palmaditas en la mano, en un raro despliegue de afecto; los ojos enrojecidos, acuosos, daban muestras de una compasión que ella no esperaba.

-Voy a buscar a Meghan, querida. Tal vez ella pueda ayudarte. Mientras él se alejaba de prisa, Lenore apoyó la cabeza vacilante Contra el carruaje, cerrando los ojos; deseaba desesperadamente estar en su casa. Se limpió las mejillas con un pañuelo de encaje, demasiado pequeño y seco para aliviarla.

-¿Puedo serte útil en algo? Las gruesas pestañas se abrieron ante la voz familiar. Allí estaba Ashton, siempre gentil. Su rostro moreno, cincelado, demostraba cariño y preocupación. La miraba con ojos suaves y tiernos.

-¿Te sientes descompuesta?

Aquellos profundos charcos de esmeralda fueron más allá, hacia el hombre que avanzaba a grandes pasos en dirección a ellos.

-Vete, por favor -rogó-. Allí viene Malcolm.

Ashton no prestó atención al otro ni a los atónitos testigos. Abrió la portezuela y, sosteniéndola con un hombro, levantó a la joven en brazos para ponerla adentro.

-¿Qué significa esto? -acusó Malcolm, deteniéndose junto al carruaje.

Tiró del codo de Ashton para hacerlo girar y se encontró ante una sonrisa sardónica.

-Disculpe, Malcolm, pero la señora parece sentirse enferma, y no lo vi correr a su lado.

El rostro aquilino de Malcolm enrojeció hasta la raíz del pelo; sus ojos oscuros se tornaron penetrantes como los del águila al divisar una presa. Pero en esa ocasión, la víctima no se dejaría asustar por un mero despliegue de indignación y era demasiado peligrosa para el ataque directo. Si desafiaba a ese hombre, bien podía ser Malcolm la víctima.

Al no ver en él nada más amenazador que un ceño fruncido, Ashton dio un paso atrás y saludó a la dama quitándose el sombrero.

-Buenos días, señora. Confío en que pronto se sienta mejor.

-Gracias -murmuró ella, en voz baja.



Librodot

Y lanzó una mirada afligida a Malcolm, que vigilaba a Ashton mientras éste volvía a su propio coche. El odio que Malcom le tenía era claramente visible en los ojos oscuros y fríos.

Lenore bajó al vuelo la escalera, sin parar mientes en los esbeltos tobillos que asomaban bajo el camisón ni en los faldones de la bata, extendidos hacia atrás como alas, en tanto ella corría a un ritmo igual al de su acelerado corazón. Cuando estaba por iniciar su higiene matinal, había oído los furiosos bramidos de Malcolm, que reverberaban por toda la casa. No necesitó más para saber que Ashton era causa de esa ira; sólo cabía preguntarse qué había hecho esta vez para irritarlo así.

La puerta de entrada estaba abierta. Al acercarse vio a Malcolm el porche, con el rifle en las manos y una toalla colgando de hombro desnudo. Por lo visto, se había interrumpido en medio su afeitado, pues aún tenía una mejilla cubierta de espesa espuma. Estaba descalzo, con el pelo muy revuelto. Al acercarse a la puerta, Lenore aminoró el paso y observó a su esposo con cautela. El, atento a alguna actividad que se estaba desarrollando en un sitio para ella invisible, pareció no notar su proximidad. La joven arrugó el ceño, sin saber qué había despertado tanta cólera. De pronto su corazón dio un vuelco, al ver que él, con una salvaje maldición, bajaba desde el porche con un solo salto.

Lenore como afuera, con el corazón estremecido, temiendo que el cumpliera su amenaza de matar a Ashton. Un par de botes pequeños, cargados de provisiones, se aproximaban a la costa por el otro lado de una pequeña bahía. Al detenerse, Ashton y seis de sus hombres saltaron de las embarcaciones.

Unos cuantos descargaron unos bultos, en tanto sus compañeros arrastraban los botes hasta la costa. Uno de ellos levantó la vista y vio a Malcolm, que se acercaba a la carrera, blandiendo el arma. Gritó a sus camaradas para advertirles y todos se dispersaron. Ashton siguió donde estaba, con la vista fija en el hombre que se aproximaba, como si lo desafiara a disparar. Lenore lanzó un grito, temiendo que su esposo hiciera justamente eso. Cuando el enfurecido atacante levantó el arma y miró a lo largo del cañón, Ashton se arrojó a un lado. En ese momento, el arma emitió un rugido ensordecedor. Una pequeña salpicadura de arena marcó el sitio en donde el proyectil se había enterrado en la playa, justo en el sitio que ocupara Ashton.

Malcolm volvió a apuntar, siguiendo la zigzagueante huida de Ashton entre las dunas formadas por el viento. Con una risa cruel, tensó lentamente el dedo contra el gatillo, sin saber que Lenore corría hacia él con frenética desesperación. Al llegar a su lado, ella levantó ambos brazos contra el arma, desviando el cañón hacia arriba. Otra explosión ensordecedora quebró el silencio al descargarse el arma, esta vez inofensivamente. Un breve instante después el brazo de Malcolm giraba en redondo, lanzando a la muchacha de espaldas contra la arena. Un deslumbramiento de luces le llenó el cerebro; una vez más vio al villano del manto negro girar en redondo con el atizador en la mano.

-¡Maldita zorra! -gruñó Malcolm arrojando el arma para acercar- se a ella-. ¡Ya te enseñaré a no entrometerte con lo que hago!

La tomó por los hombros y levantó la mano para cruzarle la cara con ella, pero por el rabillo del ojo captó un movimiento. Ashton se lanzaba contra él, con un gruñido.

Malcolm arrojó a Lenore a un lado y se preparó para enfrentarse al atacante, pero no tuvo tiempo para afirmarse del todo; el otro se arrojó contra él, en un salto que era casi un vuelo, y lo golpeó con el hombro en pleno pecho, tendiéndolo en la arena. De inmediato, Ashton giró sobre sí mismo y se levantó, rodeando el cuello de Malcolm con la toalla para incorporarlo de un tirón.

El más joven, perdido el equilibrio se tambaleó al impacto de un puño en el vientre y otro en la mejilla. Era más pesado que su adversario, pero no podía igualar su agilidad. Pronto fue evidente cuál de los dos tenía más experiencia en luchas.

Mientras Malcolm agitaba los puños, en un vano intento de defenderse, Ashton siguió asestándole fuertes golpes a la cara y el cuerpo. Por fin cruzó los extremos de la toalla y ciñó la tela a aquel grueso y tenso cuello.

-¡Si la vuelve a tocar, lo mato! -gruñó salvajemente, dando al hombre aturdido una sacudida que le hizo castañetear los dientes-. ¿Me ha entendido?

Los ojos de Malcolm se desorbitaron por la dificultad de respirar. Presa de pánico, trató de apartar la tela que le apretaba el cuello. Ashton le dio otra sacudida, exigiendo una respuesta, hasta conseguir un áspero graznido de asentimiento. Entonces, con mueca despreciativa, lo arrojó hacia atrás, dejando que cayera despatarrado en la arena. -y trate de no olvidar mis palabras -le advirtió.

Malcolm, aspirando trabajosamente, se incorporó sobre un codo, frotándose el cuello amoratado. Ashton ayudó a Lenore a levantarse y leyó en sus ojos una muda gratitud, antes de que ella se dedicara a sacudirse la arena de la ropa.

-¿Ahora estás dispuesta a partir conmigo? -le preguntó él, en un murmullo.

Lenore echó un vistazo a Malcolm, temiendo que él hubiera oído la invitación, y meneó levemente la cabeza.

-Debo averiguar qué es lo que debo hacer, Ashton.

Robert, que se había unido al grupo sin que nadie lo viera, se inclinó para ayudar a Malcolm y fulminó al intruso con una mirada.

-¿Qué es esto de invadir nuestra propiedad?

Una lenta sonrisa se extendió en los labios de Ashton, como ante algo súbitamente divertido.

-Me parece que no estoy invadiendo nada. -Se enfrentó a las miradas confusas de los dos hombres con un tranquilo encogimiento de hombros-. Si ustedes aseguran que Lierin ha muerto, esta propiedad es mía en parte. Lierin y yo nos casamos en Louisiana; según las leyes vigentes allá, yo soy el legítimo heredero de todas sus propiedades. Como Lenore y Lierin heredaron esta casa y sus tierras de la madre, así son las cosas. Si ustedes lo prefieren, pueden quedarse con la casa y yo me quedaré con los terrenos circundantes; me parece un trato justo.

-¡Antes nos veremos en el m fiemo! -grazno Malcolm.

l-Si tantas ganas tiene de ir allí -propuso Ashton, con una sonrisa tolerante-, puedo darle el gusto. Con un duelo podemos solucionar toda esta discusión.

-¡No! -gimió Lenore aferrando el brazo de Ashton.

Malcolm sonrió, burlón.

-Parece que la señora está preocupada por mí.

-Probablemente no sabe que usted es tan torpe con las armas como con los puños.

El insulto hizo que Malcolm se levantara. -¡Ya le enseñaré!

Los ojos de Ashton centellearon.

-¿Qué me enseñará? ¿A usar una pistola a veinte pasos?

Una vez más, Malcolm recordó los rumores que presentaban a ese hombre como tirador experto. No tuvo coraje para responder al desafío.

-Vamos, hombre -le instó su adversario-, ¿qué era lo que iba a enseñarme?

-Ya lo discutiremos más tarde. -A Malcolm le gustaba tener todas las probabilidades en su favor, y esbozó una excusa breve-. No hay por qué afligir a Lenore.

Los ojos de color avellana se endurecieron tras las pestañas bajas, fijos en ese hombre con absoluto desprecio. Un poco de sangre hubiera podido aliviar en algo la furia que sentía.

-Entonces, ¿estamos de acuerdo en que yo me quede con las tierras?

-¡No...! Es decir... -Malcolm conocía las leyes tan bien como su enemigo y no halló salida-. ¡Dije que hablaremos después!



Librodot

-Lo siento, pero debe ser ahora -insistió Ashton-. O ustedes salen de la casa o yo me quedo con la tierra. ¿Tienen alguna duda sobre mis derechos?

El joven abrió la boca para oponerse, pero volvió a cerrarla lentamente. No podía presentar ningún argumento adecuado.

-Necesitamos algo de terreno para ir y venir. ¿O piensa tenemos prisioneros?

-Le daré autorización para utilizar una franja. Haré que mis hombres delimiten lo que considero mío, pero le advierto que no quiero intrusos en mi zona. -Y sonrió al agregar-: La señora, naturalmente, puede ir y venir a su antojo, pero solamente ella, nadie más.

-¿Y el padre? -Malcolm lo miraba, inquisitivo-. ¿No podrá ir a donde le plazca?

-El padre de la señora y yo no tenemos nada en común. Él cedió los derechos que podía tener sobre esta propiedad cuando permitió que fuera legada a sus hijas. Yo reclamo la parte de Lierin; tendrá que pedir mi aprobación antes de pisar mis terrenos.

-Usted tiene la reputación de ser difícil de tratar.

Ashton recibió la mirada amenazadora del otro con una sonrisa.

-Hago lo que debo.

-Es una víbora -fue la despectiva respuesta.

Él no se dejó perturbar.

-Me han dicho cosas peores.

-También yo lo haría, pero hay una dama presente.

La única respuesta fue un encogimiento de hombros. De inmediato, Ashton dedicó su atención a la muchacha. En un gesto casi una caricia, le apartó un mechón de la mejilla.

-Si me necesitas, estaré cerca.

Dio un paso atrás y se marchó, indicando a sus hombres que reanudaran sus tareas.

-Vamos a descargar esas provisiones; tenemos todo un día de trabajo por delante.

Malcolm lo siguió con la vista, desfigurado el rostro por el odio. Luego clavó los ojos en Lenore, que lo observaba sin saber que hacer. Al verlo tan disgustado, la joven giró apresuradamente y volvió corriendo a la casa, esforzándose por disimular la alegría que burbujeaba en ella. Sentía la tentación de entrechocar los talones descalzos, pero a Malcolm no le gustaría.

Sólo al cerrar la puerta de su dormitorio se atrevió a sonreír ampliamente, estrechando los brazos al pecho con un júbilo desbordante.

## *CAPÍTULO 12*

La tripulación del *Bruja del Río* se dedicó a limpiar la maleza de los terrenos, a lo ancho de la pequeña cala. Pusieron postes cortos, clavaron planchas a los lados y, sobre esa estructura, tendieron tablas que formaran una plataforma de buen tamaño, a unos cuarenta centímetros del suelo. Allí los hombres comenzaron a levantar un gran refugio de lona que, como un hongo, siguió expandiéndose, hasta que Malcolm comprobó que era una tienda, con tamaño suficiente para un jeque y su harén.

Sus sarcásticas especulaciones no estaban lejos de la verdad, pues Ashton había adquirido ese alojamiento de un hombre que, en otros tiempos comerciaba con los árabes beduinos, como muestra de gratitud por haberlo apoyado en momentos de dificultad. Durante varios años, el plantador no había encontrado ningún uso para la tienda; ahora le parecía un golpe de suerte, pues el suntuoso refugio era, justamente, el toque requerido para frotar granos de sal en una herida abierta.

Malcolm salió a observar los procedimientos desde el porche inferior. Esa vez fue él, no Robert, quien buscó una botella de whisky fuerte. Cuando Lenore y su padre salieron a reunirse con él, les arrojó una mirada fulminante, como desafiándoles a hacer cualquier comentario que encendiera el barril de pólvora de sus emociones.

Ambos se guardaron muy bien de hacerlo. Con el correr de las horas, el campamento tomó aires de permanente. Vinieron más hombres para ayudar en el trabajo; las provisiones continuaban llegando desde el barco o desde la ciudad. Se traje- ron muebles finos, con alfombras orientales, un espejo de cuerpo entero y el equipaje personal de Ashton. ¡Hasta había una bañera! Cuando la carreta la trajo desde la ciudad, Lenore se mordisqueó un nudillo para disimular su diversión, pues el ceño de Malcolm se había oscurecido perceptiblemente. Casi podía imaginar que le brotaba vapor por las orejas, pues hervía por dentro.

A poca distancia se levantó una tienda más pequeña, para el camarero., Hickory y los caballos. El negro llegó cerca de mediodía, conduciendo el coche y un par de carretas; una venía cargada con una gran provisión de heno; la otra, con tablas para construir establos. Al pasar frente a la casa, Hickory lucía una sonrisa tan amplia que parecía cruzar de oreja a oreja. Malcolm, al ver el centelleo de los dientes blancos, soltó un gruñido furioso, hasta que esa exclamación gutural le recordó su enfado.

-No podemos dejar que ese negro de porquería viva aquí, en nuestra propiedad -protestó-. Nos robará hasta el apetito.

Los ojos de esmeralda se fijaron en él con frío desdén, mientras la curva de la boca esbozaba una sonrisa de incomparable calidez.

-Hickory es tan honrado como el mejor, Malcolm. No tienes nada que temer de él.

El joven descartó ese comentario con una cáustica réplica.

-Debe ser igual que ese hatajo de bandidos asesinos con los que Ashton ha compuesto su tripulación. Vaya uno a saber qué crímenes son capaces de cometer. El jefe Coty debería hacer algo antes de que sea demasiado tarde. Sin lugar a dudas, tendremos que ponerte bajo la vigilancia de algunos guardias mientras ésos estén aquí, tan cerca, junto con ese idiota de Wingate.

Lenore imaginó sin dificultad hasta qué punto la vigilarían mientras Ashton estuviera a mano. Si la idea no la hubiera incomodado tanto, habría hallado motivos para reír.

-Espero que no te tomes demasiadas molestias, Malcolm.

-Valdrá la pena, señora -respondió él, prefiriendo ignorar el sarcasmo- Eres una joya demasiado rara como para que te permita correr riesgos.

Y estudió el aspecto fresco y adorable de la muchacha, reparando especialmente en el resplandor rosado de sus mejillas. Hubiera podido atribuir lo esmerado de su vestimenta a la proximidad de su rival, pero ella siempre vestía bien y tenía un notable buen gusto para elegir ropas que complementaran su belleza. Sin embargo, ese suave rubor había estado ausente hasta la aparición de Ashton Wingate.

-Pareces sentirte mejor -comentó bruscamente. Lenore sintió la tentación de replicar que hubiera estado mucho peor de no haber contado con la defensa de Ashton, esa mañana, pero prefirió dedicarle una sonrisa serena.

-Bastante mejor que en los últimos días, Malcolm, gracias. Un enfado violento se encendió en los ojos oscuros, antes de que los párpados bajaran a disimularlo. Somerton hizo un gesto con su copa, atrayendo la atención del joven al trabajo de los obreros.

-Parece que Wingate se está estableciendo para un largo tiempo. Lenore se inclinó contra la barandilla. Desde allí vio que Ashton daba instrucciones a sus hombres sobre la instalación de tiestos con arbustos cerca de la tienda. Había toneles de roble aserrados por la mitad, que contenían las plantas más grandes, en amplia variedad. Alrededor de la plataforma, que ahora servia de patio, se veían matas más pequeñas, que se parecían sospechosamente desde lejos, a jazmines en flor. En conjunto, e1 arreglo proporcionaba un aspecto fértil al porche. No tardaron en aparecer una mesa de hierro forjado con sus sillas.



Librodot

La tripulación trajinando bajo e1 tremendo calor, se quitó las camisas y los zapatos y se subió las perneras de los pantalones. Ashton parecía un príncipe entre mendigos, pues conservaba sus pantalones de montar, su sombrero de ala baja, las botas altas y la camisa de mangas sueltas, abierta hasta la cintura. Se mantenía en constante movimiento, dirigiendo e1 proyecto, dando órdenes, respondiendo a las consultas. Cuando e1 sol descendió hacia el oeste, había creado ya, con la ayuda de sus hombres, un bollo espectáculo para quien quisiera observarlo. Dado albergue tan complejo, era evidente que pensaba quedarse por tanto tiempo como le pareciera necesario.

La penumbra del atardecer se ajustaba al sombrío humor de Malcolm. Lenore tomó nota de eso en cuanto se reunió con los dos hombres, en la sala Su esposo estaba melancólico, como un niño castigado, y acudía al botellón con tanta frecuencia como su suegro caminaba constantemente hasta la galería para mirar hacia al oeste donde un leve resplandor marcaba el lugar de la tienda. Su humor mejoró cuando e1 alcohol comenzó a hacer efecto, hasta hacer romper el cauto y rígido silencio con una risa despectiva.

-Al menos, ese mendigo cenará solo en su vistosa tienda.

Robert mantenía la sobriedad suficiente para responder al comentario y hacer algunas observaciones propias.

-Si, y si viene algún ventarrón del golfo, bien puede encontrarse con ese maldito barco sentado en su regazo.

Los dos se dedicaron, casi con regocijo, a estudiar los posibles desastres que podían acaecer a su nuevo vecino. A Lenore le fastidió lo macabro de ese humor' hizo lo posible por ignorarlos. Aun cuando salieron a descansar en la galería, la tarea le resultó difícil.

-¡Vean!-Por las puertas abiertas llegó el tono de apagada sorpresa, modulado por Robert- ¿Que se aventura desde aquel navío? ¿Un dulce alivio para calmar los aprietos del sirviente?

Su prosa mezclada podía no ser del todo shakesperiana y padecer de cierta gangosidad, pero bastó para picar la curiosidad de Lenore, que tomó su copa de jerez y salió al porche, para ver qué les llamaba la atención. Manteniéndose deliberadamente a distancia de sus compañeros, eligió un sitio cercano a la barandilla y, con la espalda apoyada contra un poste, volvió su mirada al mar.

Más allá del oleaje revuelto, un bote cruzaba las aguas iluminadas

Se frotó la frente esperando hallar una brecha en ese muro que encerraba su memoria, a fin de abrirla para un examen a fondo. Si al menos hubiera podido hallar un sitio para Ashton, algún momento atesorado... Pero sabía que todo intento era inútil: él estaba en su presente, no en su pasado.

El sol descendía en reverberantes oleadas de calor. Poco a poco su mente se fue formando un espejismo. Estaba en una playa soleada de algún país lejano. Una muchacha de pelo rojizo jugaba con un castillo de arena y una muñeca pequeña. Era ella ¿*o* sería Lierin? Su visión era limitada, como si mirara a través de un breve túnel, pero sabía que estaba jugando con alguien parecido a ella. Las niñas, de unos seis años, reían y chillaban, persiguiéndose hasta el borde del agua. De pronto, desde lejos, una voz de mujer llamó:

-¿Lenore?

La niña giró en redondo, con una mano sombreando los ojos.

-¿Lierin?

Su propia visión se ensanchó. Entonces vio a una mujer a quien conocía con el apelativo de Nana, de pie en una colina cubierta de hierba. Detrás de ella se levantaba una mansión de generosas proporciones.

-Vengan las dos -pidió la rubicunda mujer-. Es casi mediodía. Es hora de comer un bocado y hacer una siesta antes de que vuelva su padre.

La visión se tomó borrosa, desvaneciéndose. Lenore parpadeó al presentarse otra vez la realidad. Casi tenía miedo de recordar la fantasía, pero la pregunta persistía: ese momento

¿era, en verdad, parte de su pasado? ¿*O* lo había hecho surgir de la trama de sus más caras esperanzas? Si la otra niña había respondido bien...

Se paseó por el porche, tratando de evocar algo más, una pista, una sugerencia, algo que le señalara la verdad.

-¡Lenore!

Por la espalda le corrió un escalofrío, pues el nombre había disipado su concentración. Al mirar hacia atrás, vio que un hombre pulcramente vestido subía corriendo las escaleras: Robert Somerton, cuyas mejillas escarlatas revelaban lo agitado de su ánimo.

-No debes estar así, en bata, donde todo el mundo pueda verte niña -la amonestó, haciéndole notar lo ligero de su vestimenta - Entra a vestirte antes de que sufras algún daño.

Lenore iba a obedecer, pero de pronto notó que los ojos del padre echaban miraditas nerviosas hacia la playa, Despierta su curiosidad, vio el motivo de esa inquietud: Ashton volvía del agua, vadeando, y se le veía espléndido con el pelo mojado y la humedad dando brillo a su piel bronceada. Era evidente lo que había azorado tanto a Robert: el taparrabos que lo cubría, moldeado por el agua, se aproximaba mucho a una exhibición indecente.

-Ese hombre ha perdido la cabeza -exclamó Robert, muy herido en su sensibilidad-. ¡Mira qué idea, pasearse de ese modo, exhibiéndose ante ti! ¿Por quién te toma? ¿Por una trotacalles? ¡Éste no es espectáculo para una dama!

Lenore disimuló una sonrisa divertida; mientras se alejaba echó una última mirada de soslayo a la silueta alta y musculosa, antes de entrar en su cuarto y cerrar las puertas.

Robert Somerton, herido en su sentido del decoro, volvió apresuradamente a la planta baja, decidido a enfrentarse a ese granuja semidesnudo. Una cosa era ver los muslos y las curvas de una mujer en sitios de mala reputación; otra muy distinta tener a un hombre exhibiéndose así ante una dama. ¡Y una dama tan refinada, además! ¡Eso era demasiado!

Enroscó hacia arriba las puntas de su bigote con un gesto de indignación y se apresuró a interceptar la marcha del degenerado hacia su rienda.

-¡Un momento! -llamó-. Quiero que hablemos unas palabritas. El otro arqueó una ceja y se volvió, esperando que Robert lo alcanzara. Somerton se detuvo ante él, sacudiéndole el índice bajo la nariz. -Hay que ser descarado para salir vestido así y ofender a mi hija con ese espectáculo. Quiero hacerle saber, señor, que está ante una dama.

-Lo sé -concordó Ashton, simpáticamente, desinflándole un poco las velas.

El anciano buscó otra forma de ataque. -¡Pues bien, está a la vista que usted no es un caballero! -Movió la mano hacia abajo para señalar el cuerpo de Ashton. -¡Fíjese! ¡Casi desnudo! ¡Mostrándose delante de mi hija!

-Es una mujer casada -observó él, con una sonrisa tolerante.

-¡Pero no con usted! -gritó Robert, captando el sutil significado del comentario-. ¿O necesita más pruebas para convencerse?

-Ninguna que provenga de usted ni de Malcolm -aseguró Ashton, prontamente.

Después de secarse el pelo con la toalla, continuó su marcha. Sus largos pasos hicieron que el anciano, mucho más bajo, tuviera que darse prisa para no perderlo. La distancia al patio era corta, pero cuando llegaron a él Robert estaba rojo y muy dispuesto a aceptar la bebida fría que Ashton le ofreció.

Se quitó la chaqueta, se aflojó el cuello y, ante el ofrecimiento de un asiento, se dejó caer en él con un suspiro de gratitud, probando su copa. Ashton se disculpó por un momento. En su ausencia, Robert miró en derredor, notando que el arquitecto del porche y la morada había tenido la previsión de ponerlos bajo las ramas de un gran árbol, que ofrecía una sombra refrescante y tranquilizadora. Mientras admiraba la inteligencia de su anfitrión, logró consumir más de 1a mitad de la bebida antes de que Ashton volviera con vestimenta más decorosa.

-Se ha instalado muy bien -comentó Somerton, señalando el campamento con la mano-. Parece haber pensado en todo.

Sorprendido por ese inesperado elogio, Ashton lo observó. El enfado había desaparecido de su semblante; se le veía casi amistoso, el mérito de ese cambio correspondía a la bebida de menta, y Ashton se apresuró a acceder cuando el anciano pidió otra copa.

-Yo también fui joven -reflexionó, al cabo de un rato. Lanzo una risa entre dientes y, habiendo vaciado la copa, la alargó para que volvieran a llenársela-. Y hasta hice perder la cabeza a unas cuantas, damiselas, en mis tiempos. Tal vez no tanto como usted con esta muchacha -agregó, señalando la casa con un ademán desenvuelto- Está muy encaprichada con usted, por cierto, y Malcolm está decidido a lograr que ella vuelva a amarlo.

-¿Alguna vez lo amó?

Ashton había hecho la pregunta con un dejo de sarcasmo, pero el anciano no captó la pulla sutil. -Malcolm cree que sí... antes de perder la memoria. -Robert se rascó la barbilla, pensativo-. A veces me pregunto cómo va a terminar todo esto. Ella es una buena muchacha, aunque algo tempera- mental, a veces. Una vez, cuando Malcolm me estaba insultando por haberme emborrachado, ella vino en mi defensa.

Ashton sonrió ante un recuerdo.

-Así es ella, en efecto.

-Bueno, yo merecía bien todo lo que Malcolm me estaba diciendo, pero ella lo frenó en seco. -Robert movió hacia un costado el mentón y pasó un rato pensativo, en silencio-. Merece un padre mejor que yo -dijo, asintiendo, como de acuerdo con su propia lógica-. Y tal vez, he dicho tal vez, merece también un marido mejor que Malcolm.

Ashton arqueó las cejas. -En eso estoy plenamente de acuerdo, pero no estoy convencido de que ella sea su esposa.

-Usted es tozudo, Wingate. Lo prueba el hecho de que esté ahora aquí.

-No lo niego -repuso Ashton, prontamente-. Malcolm me robó algo que yo quería sobre todas las cosas. Aún afirmo que él debe probar su derecho.

-¡Pero se lo ha probado! -insistió Robert-. ¿No le parece que yo puedo diferenciar a mis hijas?

Ashton se encogió de hombros, mientras el otro vaciaba la tercera copa.

-Siendo el padre, supongo que sí.

-¡Por supuesto, y le digo que ella es Lenore! -Robert hipó, recostándose en la silla. El calor del día y la bebida consumida tan rápidamente comenzaban a hacer su efecto- Ya sé lo que está pensando. Piensa que bebo demasiado, ¿no? , y que he cometido un error. Bueno, le diré un secreto, amigo mío. Es mucho lo que hace falta para hacerme perder la cabeza. Eso es algo que Malcolm sabe y usted todavía no. ¡Soy un hombre que sabe qué papel juega en la vida!

Para dar énfasis a esa declaración, plantó la copa en la mesa de hierro forjado, pero lanzó una exclamación de dolor: el vidrio se había hecho trizas y tenía los fragmentos cruelmente hundidos en la palma. Se quedó mirando, horrorizado, la sangre que manaba de las heridas, con el rostro contorsionado como si viera algo maligno en su mano.

-¡Fuera, maldita mancha! -gimió-. ¡Fuera he dicho! El infierno es oscuro... Lo que debemos temer, ¿quién lo sabe, si nadie puede dar cuenta de ello?

Ashton arqueó una ceja dubitativa ante el hombre y, extendiendo una mano, retiró de la palma herida los fragmentos de vidrio. Después de apreciar rápidamente el daño, fue al interior de la tienda y salió con una servilleta limpia, que apretó contra los tajos. En un intento de disipar el estupor de su visitante, le indicó en tono autoritario:

-Ahora apriete el puño, ¿me entiende? ¡Apriételo bien! -La orden llegó a destino. Pasando una mano bajo el brazo del anciano, Ashton lo puso en pie-. Vamos, lo llevaré a su casa. Lierin puede limpiarle esos cortes.

-Es una buena muchacha -murmuró Somerton, distraído-. Merece algo mejor...

Ashton, notando lo irremediable de su estado, lo condujo hasta la casa soportando buena parte de su peso. Al cruzar la puerta de entrada, miró en derredor y no vio a nadie.

-¿Lierin? -llamó-. Lierin, ¿dónde estás?

-¿Ashton?

La exclamación y los pasos precipitados atrajeron su mirada hacia la balaustrada superior. Dedicó una sonrisa de saludo a la admirable aparición de un vestido liláceo. Ella, con los ojos dilatados por la sorpresa, entreabrió los labios, pero al ver las manchas rojas en la chaqueta: blanca de su padre sintió los aguijonazos del miedo.

-¿Qué ha pasado? -preguntó. Sin aguardar respuesta, se recogió las faldas y voló escalera abajo-. Oh, Ashton, no me digas que le heriste.

-Por mi honor, señora, no -le aseguró él, Con una sonrisa torcida.

Ella comenzó a buscar la herida bajo la chaqueta, hasta que Ashton le sujetó la muñeca. Sólo se ha cortado la mano, Lierin. Créeme, no es nada.

-¿La mano?

Lenore se incorporó, extrañada, y retiró la servilleta, arrugando la nariz al examinar los cortes.

-Me pareció mejor que se los limpiaras -sugirió Ashton, inclinándose.

Aprovecharía cualquier excusa para acercarse a ella; aspiró su aroma dulce, mirándole la nuca, recordando sus antojos de besar ese sitio tierno.

-Llévalo a la sala -indicó ella-. Haré que Meghan traiga una vasija con agua y prepare algunos vendajes.

Ashton obedeció, ayudando al anciano a sentarse. Somerton volvió a apretar la servilleta, acunando la mano herida contra el pecho.

-Ella me va a curar -gimió, como un niño perdido y confuso- Es un dulce ángel, y yo un sucio despojo... -Se limpió las lágrimas que le invadían los ojos y, sorbiendo con energía por la nariz, tomó un aire más digno-. Es buena, esa criatura, ¿no le parece?

-Definitivamente, es más que una criatura -murmuró Ashton, al verla entrar en la sala.

Sus ojos apreciaron la suave belleza femenina, demorándose en la figura arrodillada junto al viejo.

Un tronar de cascos se acercó a la casa. Los tres se detuvieron a escuchar: Lenore y Robert, Con cierta alarma. Malcolm, como de costumbre, lanzó a su cabalgadura de cabeza contra la casa, desmontó y subió los peldaños a la carrera.

-Por el escozor de mis pulgares, algo maligno se aproxima -gimió Robert-. ¡Abríos, cerraduras! ¿Quién es el que llama?

Malcolm abrió violentamente la puerta y entró a grandes pasos, deteniéndose en seco al ver a los tres. Sus ojos entornados apreciaron la preocupación en dos caras y volaron a la sonrisa confiada de Ashton Wingate.

-¿Qué diablos está haciendo usted en mi casa? -tronó, arrojando el sombrero en una muestra de mal genio.

Hubiera atacado inmediatamente al hombre, pero el recuerdo de su muy reciente derrota lo hacía precavido.

-El padre de Lierin se ha cortado la mano y necesita ayuda -explicó Ashton-. Yo lo traje.

-Ya lo trajo. ¡Ahora se va! -El joven estiró el brazo para abrir la puerta-. ¡Ahora mismo!

Ashton se encaminó tranquilamente hacia la puerta y se detuvo allí, con un comentario de despedida.

-Nadie me invitó. No tiene por qué descargar su enojo contra Lierin o su padre...

-¡Lenore! -gritó Malcolm, haciendo tintinear los vidrios-. ¡Es mi esposa, no la suya!

El otro, con una sonrisa pasiva, giró en redondo y se retiró. Al cruzar el porche reparó en dos hombres que venían a caballo rumbo a la casa. El más corpulento le pareció levemente familiar, pero no pudo recordar dónde lo había visto antes. Tenía la idea de que en algún momento había formado parte de su tripulación; Se encogió mentalmente de hombros, pues era inútil tratar de retener todas las caras que iban y venían. Eran demasiadas.



Librodot

-En cuanto me voy -gritó Malcolm, iniciando su rabieta-, ustedes dos traen aquí a ese tunante. Bueno, se acabó, ¿me oyen? ¡He contratado a unos guardias para que protejan la casa y cuanto contiene, de él y los suyos!

Lenore decidió que estaba harta de esperar en el coche. Hacía demasiado calor y no estaba segura de cuándo regresaría Malcolm. Una capa de transpiración le humedecía el labio superior y sentía la muselina de su vestido pegada a la espalda. El landó estaba detenido junto a la acera, justo donde Malcolm les había indicado esperar, pero no había sombra allí, y los caballos estaban tan molestos como ella.

Bajó a la acera de tablas, algo irritada, sin preocuparse por haber dejado su sombrero en el coche, y pidió a Henry que, si el señor Sinclair volvía, le indicara su paradero. El cochero se apresuró a responder afirmativamente, y Lenore entró en el almacén general usando su pañuelo de encaje como abanico. Una vez que cruzó la puerta, reemplazó su gesto de fastidio por una sonrisa.

-Oh, buenos días, señora Sinclair -la saludó el dueño, volviéndose desde los estantes que ordenaba-. ¿Cómo está? Caramba, hacía tiempo que no la veía.

Lenore trató de recordar al hombre, pero, como de costumbre, no pudo identificar su cara. Casi vacilando, preguntó:

-¿Nos conocemos? -oh, por supuesto... Es decir... -El hombre mostró cierta incertidumbre antes de seguir hablando-. Me pareció que usted era la señora Sinclair. ¿Me equivoco?

-No -repuso Lenore, en voz baja-. Creo que no.

Confundido por esa respuesta, él la estudió con más atención.

-¿No se siente bien, señora?

Ella se abanicó con el pañuelo.

-Ha de ser el calor.

El hombre, bondadoso, señaló varias sillas apoyadas contra la pared, en la parte trasera del local.

-¿No quiere sentarse a descansar un momento?

-No, ya llevo tiempo sentada. -Sus labios se curvaron suavemente hacia arriba-. Estuve esperando en el coche a que mi esposo regresara, pero creo que se ha retrasado.

El hombre rió entre dientes, asintiendo.

-Sí, a veces pasa.

Lenore miró en derredor, preguntándose cómo averiguar el nombre del comerciante sin explicar su enfermedad. Parecía ya muy desconcertado por algunas de sus preguntas.

-Se me ha ocurrido escribir un diario, hablando de todas las personas que conozco aquí, en Biloxi. -En realidad, lo había pensado seriamente, sólo para ver si algún nombre le despertaba la memoria-. Y usted, por supuesto, formaría parte de esa lista. No estoy segura de cómo se escribe su nombre.

-B-l-a-c-k-w-e-l-l -deletreó él, orgulloso-. J-o-s-e-p-h Blackwell. Ella se ruborizó un poco, riendo. Se habría sentido mejor de tratarse de un apellido más difícil y temió haber pasado por tonta. -Como yo pensaba.

-Ha de estar pensando en quedarse una buena temporada, si piensa escribir un diario -comentó él.

-Oh, sí -respondió ella-. Al menos, mi esposo aún no ha hablado de ir a otro sitio. Además, mi padre está con nosotros.

-¿Ah, sí? -Las cejas pobladas de Joseph se elevaron, sorprendidas. Después rió entre dientes-. ¿Y cómo hicieron para convencer a su padre de que viniera? Tenía entendido que detestaba abandonar su patria y que América, para él, seguía siendo una colonia.

Ella levantó los delgados hombros.

-Supongo que cambió de idea.

El comerciante asintió, comprensivo.

-Probablemente no soportaba estar lejos de su familia. A veces a los padres les cuesta admitir que la hija pueda tener deseos opuestos a los suyos. Ha de haber sido un verdadero golpe, para él, que usted decidiera venir desde Inglaterra para vivir sola aquí. A propósito, ¿cómo está su hermana?

Una mirada triste reemplazó la sonrisa de Lenore, al recordar a la niña de sus visiones.

-Ha muerto.

-Oh, señora Sinclair, lo siento de veras -exclamó suavemente el hombre-. No lo sabía. -y sacudió la cabeza, entristecido-. Primero su esposo, después su hermana... Tengo que admirar su fortaleza al mostrarse tan valerosa, después de semejantes perdidas.

Ella levantó la vista, curiosa.

-¿Mi esposo?

Joseph la miró, extrañado.

-Claro. Usted era viuda cuando vino por primera vez. -Se rascó la cabeza, desconcertado-. Al menos, eso es lo que yo creía, pero a lo mejor me equivoco. Nunca hablamos gran cosa, sólo para pasar el rato, de vez en cuando. Caramba, si hace apenas un mes que me enteré de su casamiento con el señor Sinclair.

La cabeza de Lenore giraba en un revoloteo de imágenes confusas. De esas siluetas vagas, sin facciones, sabía, por instinto, que una era la de su padre. Era poco más que una sombra, pero estaba con los brazos abiertos, instándola a acudir para recibir su consuelo. Una forma fantasmal se movía junto a ella, como empujándola hacia el anciano, y ella comprendió que se trataba de Malcolm.

-¡Estabas aquí! -dijo la voz familiar, tras ella.

Lenore, parpadeando, se volvió hacia Malcolm. Por un momento le costó distinguir la realidad de la ilusión. En su mente, lo vio recibir en la espalda la palmada de una fuerte mano masculina.

-No sabía que pensabas abandonar el coche -le reprochó él, algo seco-. Me tenías preocupado.

-Lo siento, Malcolm -murmuró ella-. No quise preocuparte, pero allí hacía demasiado calor.

El joven, notando que el señor Blackwell los estaba observando con curiosidad, explicó, con desgana.

-Mi esposa ha estado enferma. Espero que no lo haya molestado mucho. -Pasó por alto la mirada de asombro que le clavó su esposa-. Últimamente está algo confundida y no recuerda muy bien las cosas.

-Caramba, lo siento -respondió Blackwell, amable. Malcolm se despidió con una sonrisa de cumplido.

-Si no le molesta, tenemos que retirarnos. Disculpe, pero debíamos encontrarnos con su padre a cierta hora y vamos con retraso. Que tenga buenos días, señor.

Y estrechó el brazo de Lenore con una fuerza casi dolorosa para acompañarla hasta el carruaje. Al instalarse junto a ella la miró con el ceño fruncido.

-Te dije que no te fueras.

-Hacía demasiado calor -se quejó ella, con ira creciente-. Y estabas tardando mucho. Creo que sólo le hiciste venir porque temías que Ashton hiciera algo en tu ausencia.

-No le tengo miedo a ese bastardo.



Librodot

-No entiendo por qué insististe tanto en que te esperara aquí. El señor Blackwell y yo hemos tenido una agradable conversación.

-¿Ah, sí? -Los ojos fríos se fijaron en ella-. ¿Y qué pudo decir ese viejo?

-Algo muy interesante. ¿Por qué no me dijiste que era viuda cuando te casaste conmigo? Malcolm arrugó el ceño, fastidiado.

-Por no confundirte más. Es uno de los motivos por los que he estado tratando de protegerte de los chismes. No sabía qué clase de trauma podían causarte. -Parecía muy inquisitivo al preguntar-: ¿Que más te dijo tu amigo?

-Nada, en realidad. Por lo que dijo, me doy cuenta de que no me conocía muy bien. No tuvimos tiempo de conversar mucho antes de que llegaras.

El joven se relajó en su asiento, quitándose el sombrero para secarse la frente.

-Hace calor – comentó, con voz más agradable. Lamento no haber sido más considerado, pero tenía un compromiso y no pude zafarme.

La curiosidad de Lenore no estaba apaciguada.

-El nombre... ¿sabes su nombre? -insistió Lenore.

Malcolm pasó el pañuelo por la banda interior del sombrero miró de reojo.

-Cameron Livingston.

-Livingston... Livingston... -Ella hizo girar el nombre en su lengua, encontrándole un sonido familiar-. Sí, creo que he oído ese nombre. -Las delicadas cejas se unieron-. Lenore Livingston: Lenore... Livingston. ¡Lenore Livingston! Sí, sí, que lo he oído antes -y se echó a reír, complacida por su logro-. Quizá estoy comenzando a recordar. ¡Oh, qué estupendo sería!

Los ojos oscuros la miraron sobre una sonrisa muy débil.

-Ya ha pasado algún tiempo desde que tuviste ese accidente. Comienzo a preguntarme si alguna vez recobrarás la memoria y recordarás lo mucho que en otro tiempo nos quisimos.

-Recuerdo más que al venir aquí -admitió ella-. Está volviendo poco a poco, pero al menos voy progresando.

Malcolm alargó la mano hacia el portafolios que había arrojado en el otro asiento.

-Aquí tengo algunos papeles que tu padre necesita hacerte firmar. Ahora vamos a reunirnos con él. ¿Estás en condiciones de firmarlos?

-¿No podríamos dejarlo para otro día? -preguntó ella, agotada por el calor insoportable-. En este momento no me siento con ganas de leer.

-No tienes por qué leerlos, querida. Tu padre ya se encargó de eso.

-Mi padre me enseñó a no firmar sin leer y ha de esperar que yo siga sus consejos.

Lenore inclinó la cabeza, preguntándose de dónde había sacado esa idea. Malcolm suspiró, impaciente.

-Vamos, Lenore, esos documentos no son tan importantes como para que debas leerlos en detalle.

-Por el momento, preferiría no ocuparme de eso, Malcolm –replicó ella, con firmeza, pues no le gustaba que él la presionara-. Si mi padre lleva los papeles a casa, los leeré allá. Es lo más que puedo prometer.

Él respondió con un bufido.

-Te has vuelto muy altanera estos días, sobre todo desde que ese negrófilo anida en nuestro patio. Pero no olvide, señora, que su marido soy yo, no Ashton Wingate, y me debe respeto.

El asombro de Lenore fue absoluto. No veía motivos para semejante ataque de mal genio, sólo porque ella retrasara la firma de unos papeles, si él mismo decía que no eran importantes.

-Malcolm, sólo pretendo leer esos papeles.

-Bueno, el modo en que insistes es casi un insulto. Parece que no confías en mí... ni en tu padre. Sólo buscamos lo que más te conviene.

-Mi padre me enseñó hace tiempo a cuidar sola de mis asuntos.

-¡Al diablo con tu padre!

-¡Malcolm! -exclamó ella, atónita-. ¡No encuentro motivos para este arrebato!

-¡Pues yo sí! Te pido que hagas una sola cosa y te niegas. Apuesto a que, si tu precioso señor Wingate estuviera aquí, te precipitarías a hacer su voluntad.

-Estás dejando ver los celos -observó ella, sobriamente. ¿Acaso no es verdad? -Los ojos oscuros echaban chispas-. Si tuvieras la oportunidad, meterías en tu cama a ese hijo de mala madre. -Malcolm, te estás excediendo -advirtió Lenore.

-¿Por qué? ¿Por que digo que él es un hijo de mala madre o porque digo que tú eres una zorra?

Lenore aspiró bruscamente, indignada. Ya completamente furiosa, golpeó con el mango de la sombrilla la portezuela cerrada tras el cochero.

-Henry, puedes dejarme aquí, por favor –pidió, al abrirse la portezuela- Tengo que hacer otras compras.

-¡No bajaras! -protestó Malcolm, cuando el criado detuvo el vehículo - ¡T e llevo a casa!

-Para eso tendrás que matarme ahora mismo, Malcolm. Si no me dejas salir de este carruaje ahora mismo, armaré tal escándalo que no podrás vivir en esta ciudad un solo día más.

Las palabras, lentas y cuidadosamente pronunciadas, la decisión de aquellos ojos esmeraldinos, convencieron al joven de que hablaba muy en serio Si no empleaba la cautela, debía atenerse a las consecuencias.

-Si te bajas, tendrás que volver a casa caminando –amenazó.

-¡Con mucho gusto! -Lenore lo fulminó con la mirada-. Haz el favor de dejarme pasar.

Arrebatada y furiosa, abrió la portezuela y bajó al camino, sin mirar atrás Después de abrir su sombrilla, marchó hacia la acera de tablas sin parar mientes en el tránsito. Pasó frente a una carreta sin más una fría mirada, que bien hubiera podido acobardar a la yunta. El cochero tiró con fuerza de las riendas y gritó, al pasar.

-¿Está loca, señorita? ¡Pudo hacerse matar!

Lenore murmuro por lo bajo.

-¡Patán grosero y despreciable! ¡Sabrá Dios por qué me casé con él! ¡Ojalá no lo hubiera visto nunca!

Subió a la acera y pasó frente a varías tiendas, a paso rápido. Un hombre alto y apuesto, recostado contra la fachada de un local; observó con un destello de admiración en los ojos y se quitó el sombrero con ademán gallardo.

-Buenos días, señorita. ¿Puedo servirle en algo?

Ella pasó de largo, sin prestarle atención El galán se apresuró a seguirla, devorando con los ojos aquella espalda bien formada, que las ropas no llegaban a disimular; sonrió ampliamente al ver que ella le arrojaba, por encima del hombro, una mirada amenazadora.

Al pasar frente a otra puerta, se oyó el silbido largo y grave del barbero, que estaba aplicando la navaja al rostro espumoso de cliente.

-Vaya pelirroja -comentó el hombro-. Más picante que los pimientos de Louisiana

El cliente levantó la cabeza para contemplar el espectáculo. Bastó una breve visión e su perfil para que Ashton la reconociera.

-¡Lierin!

Se arrojó precipitadamente desde el sillón y utilizó la toalla envuelta a su cuello para quitarse el jabón. Después de esquivar varias sillas y a sus ocupantes, llego a la puerta y sobresalto al ultimo parroquiano arrojándole la toalla al regazo.

-¡Su chaqueta, señor! -gritó el barbero-. ¡Se deja la chaqueta!

-Ya volveré por ella.

Ashton corrió tras la mujer ágil, atrayendo la atención del hombre que la seguía, quien frunció el ceño, con los brazos en, jarras.

Ante la mano que se apoyaba en su brazo, Lenore giró rápidamente en redondo, dispuesta a clavar la punta de su sombrilla en el audaz que la acosaba. Al reconocer el bello rostro que le sonreía, exclamó:

-¡Ashton! ¿Qué haces aquí?

-Os he seguido a la ciudad, a Malcolm y a ti -admitió él-. Al ver que subíais al coche, decidí hacerme afeitar.

Ella, riendo, le quitó una franja de espuma de la mejilla.

-Creo que no esperaste a que terminaran.

Ashton se pasó la mano por el mentón erizado.

-Disculpe usted mi aspecto, señora, pero esta mañana salí precipitadamente. -Echó un vistazo calle arriba y calle abajo-. ¿Qué haces aquí? ¿Dónde está tu coche?

Lenore levantó su delgada nariz, todavía irritada.

-Despedí a Malcolm con coche y todo.

Una chispa de interés se encendió en los ojos de Ashton.

-¿Y él te dejó sola aquí?

-Supongo que mi padre ha de estar cerca -reconoció ella, encogiéndose de hombros-. En realidad, me importa muy poco.

Ashton dio un paso al costado y señaló el camino con un ademán garboso.

-Si me permite ir en busca de mi chaqueta, señora, será un enorme placer acompañarla adonde guste.

El apuesto galán estaba petrificado en medio de la acera. Tal vez había sido lento para el asedio, pero esa muchacha merecía una disputa, y no hizo intento alguno de apartarse. Ashton se enfrentó al desafío con ojos duros; luego, tranquilamente, hizo pasar a su dama Junto al hombre. Cuando la vio más allá de todo peligro, clavó un codo en el pecho del hombre, haciéndole tambalear.

-Si aprecia su pellejo, siga su camino -gruñó Ashton-. Esta mujer es mía.

.El hombre, recuperado el aliento, tomó a Ashton por el hombro, dispuesto a protestar.

-¡Yo la vi primero!

La sombrilla se cerró en un segundo y, de inmediato, su agudo extremo halló un punto vulnerable entre las costillas del galán. El joven lanzó un chillido y, descubriendo que la pareja era demasiado para él, retrocedió en ademán de rendición.

-Ya que insisten… - exclamó, abriendo los brazos.

Y se fue renunciando inmediatamente a todo reclamo sobre aquella potranca bien formada. Por lo visto, ya había elegido compañero.

## *CAPÍTULO 13*

Todas las miradas se volvían hacia la hermosa pareja que paseaba por la acera. Ashton sonreía, con orgullo y placer, tras haber logrado capturar a la reina, al menos por esa tarde.

Hizo señas a Hickory para que trajera el carruaje y, después de ayudar a su dama para que ascendiera, se acomodó junto a ella y la tomó de la mano, encerrando suavemente entre los suyos aquellos dedos finos. Lenore lo miraba, sin poder negarse al cálido sentimiento de felicidad que la invadía muy pronto cuando estaba con él. Los ojos de Ashton relucían y la hicieron ruborizar un poco, pues la observaba en detalle. Cuando habló, lo hizo en un murmullo suave, que hablaba de anhelos claramente visibles en sus ojos de color avellana.

-Es usted un espectáculo muy placentero, señora, y no he podido gozar lo suficiente de él, estos días.

Una risa ligera acarició su oído.

-Mi padre y Malcolm piensan que nos vemos con demasiada frecuencia. -Las comisuras de sus labios traicionaron su diversión-. Escandalizaste mucho a mi padre con tu exhibición.

Ashton rió entre dientes.

-Sí, vino a decírmelo. Te cree demasiado frágil para esos espectáculos. Por lo visto, no sabe que hacíamos vida conyugal antes de que abandonaras Belle Chene.

El tono rosado se intensificó en las mejillas de Lenore.

-No podía decirles eso, Ashton -murmuró, bajando la vista a su regazo-. Lo habrían tomado por algo sucio. -Dejó escapar un largo suspiro-. A los ojos de ellos, todo lo que has hecho es despreciable; mi padre aun te culpa por haberle quitado a Lierin.

Ashton le estrechó los dedos, con suave comprensión.

-Ese hombre tiene problemas. A mi pesar, comienza a inspirarme alguna simpatía.

El amor de la muchacha creció, desbordando las murallas de contención que ella había tratado de construir.

-Eres un hombre bueno, Ashton Wingate.

Alhton, con una risa sofocada, arrojó el sombrero al asiento opuesto y le clavó una mirada dubitativa.

-¿Por qué? ¿Porque no guardo rencor a un viejo que cree tener motivos para odiarme? Es inútil malgastar en él mis resentimientos. Nunca supe que fuera adicto al whisky, pero, por lo visto, la bebida lo está arruinando. Cuando se cortó la mano estuve a punto de perder el sentido de la realidad. Entonces me di cuenta de que es sólo una cáscara débil y vacía, digna sólo de piedad. Es mejor emplear el enfado en otras personas.

-¿En Malcolm? -inquirió ella, en voz baja. El rostro de Ashton se endureció.

-Ése sí que merece mi odio. Notando la turbulencia de su animosidad, ella le palmeó un brazo, tranquilizadora.

-No hablemos de él. Cuéntame qué planes tienes. ¿Cuánto tiempo vas a mantener aquí al *Bruja del Río?*

-Tanto como sea necesario... o hasta que me eches.

-Ya te he pedido que te vayas -le recordó ella.

Él le besó los dedos pálidos, mientras sondeaba los cristales verdes de sus ojos, hallando en ellos un sinfín de emociones, todas envueltas en amor.

-Me iré cuando tus ojos me lo ordenen, amor mío, pero no antes. Lenore bajó las pestañas sedosas preguntándose si los anhelos eran tan visibles. Parecía inútil negar su amor por él.

-Te quiero -declaró él con un murmullo ronco.

Y le acarició el cuello, tiernamente, hasta ver la confusión que se extendía por su cara. Ella sacudió la cabeza, en un gesto de negativa casi suplicante, pero el nombre de Lierin, susurrado por aquellos labios, acabó con sus débiles intentos de rechazo. Se perdió en el dulce, salvaje placer del beso, sabiendo que no estaba bien hacerlo.

-Paso las noches caminando sin sentido -murmuró él, atormentado-, deseándote, sabiéndote fuera de mi alcance. Se me retuercen las entrañas al pensar en ti... y en Malcolm que se interpone entre nosotros. Sí, me hierve la sangre cuando pienso en él, y entonces me doy cuenta de lo feroces que son mis celos. Me destroza verte con él. Te ruego que tengas piedad de esta pobre alma, amor mío. Vente conmigo, ahora mismo. Deja que te lleve a casa, donde pueda amar- te... cuidar de ti.

-Oh, Ashton, Ashton -gimió ella, con los ojos llenos de lágrimas-. ¿Qué sería de mí si volviera contigo a Belle Chene? No sabría jamás si soy Lierin o Lenore; estaría atrapada en un conflicto eterno, temiendo convertirme en una adúltera. Esta casa, aquí en Biloxi, tiene la clave; creo que en ella puedo liberar los secretos de mi mente y sacarla de este torbellino. Hay cosas horribles en mis visiones; si no hallo las respuestas, me perseguirán hasta la tumba. No sabes cuánto deseo entregarme a ti; quiero lo que tú quieres, pero no puedo irme sin saber quién soy, dónde he estado y qué he hecho. -Retiró la mano de entre sus dedos y la dejó caer



Librodot

en su falda, acariciándola con la otra como para calmar el ardor de su piel- Debo volver, y creo que seria mejor para los dos si me llevaras ahora mismo. -Apartó la cara para ocultar otro arrebato de lágrimas y agregó-. Antes de que me entregue a ti

Demasiado consciente de la soledad que se abatiría sobre él cuan- do se separaran, Ashton trató de convencerla.

-Quédate conmigo un rato más. Cena conmigo; después te llevaré a la casa.

Ella lo miró otra vez, casi suplicante. Ashton sonrió con tristeza, reparando en sus ojos enrojecidos, y cedió.

-Tal vez estoy pidiendo demasiado de ti. Sé que estás afligida. -Soltó poco a poco el aliento, tratando de dominar mente y cuerpo-. Te llevaré a casa. Ya nos reuniremos en algún otro momento.

Aliviada por esa aquiescencia, Lenore se enjugó las pestañas. Él sabía cómo apelar a sus sentidos, era difícil resistirlo. Aun en ese momento le costó olvidar lo que había pasado entre ambos y el calor que le quemara la mano.

Ashton dio instrucciones a Hickory y volvió a reclinarse en el asiento, permitiéndose el placer de observar a Lenore y no el panorama.

-Cederé en préstamo el *Bruja del Río* a unos socios comerciales que tengo en Biloxi - dijo. Al ver la sorpresa de la joven, explicó-: Darán una fiesta para toda la gente adinerada de la zona, con mesas de juego.

En realidad, había sido él quien les despertara el interés, sabiendo que la ocasión se ajustaría a sus planes, ayudándolo a conseguir definitivamente la reina.

Lenore vio el resplandor de sus ojos y no pudo resistirse a preguntar:

-Y eso ¿qué relación tiene conmigo?

Una sonrisa traviesa mostró el contraste entre el cutis moreno y los dientes blancos.

-Tú y Malcolm estaréis invitados, por supuesto.

-Malcolm jamás subirá a tu barco. -La idea misma parecía absurda. Te odia demasiado.

-Ah, pero se me ha informado que Malcolm es muy aficionado a las mesas de juego; le gusta ganar dinero fácil y alternar con gente de dinero. No parece estar en tan buena posición como yo había supuesto en un principio En realidad, es difícil averiguar de dónde saca el dinero

-No sé nada de su trabajo -murmuró ella, distraída, al darse cuenta de que Malcolm no había hecho intento alguno por informarla de su pasado, su familia o sus actividades-. Más aún, es muy poco lo que sé de él, en general.

-Lo estoy haciendo vigilar por algunos de mis hombres. Sus Operaciones comerciales parecen salir de un cuarto que tiene sobre la taberna.

El rubor subió a las mejillas de Lenore al buscar un modo delicado de plantear la pregunta:

-¿Quieres decir que... se hace acompañar por... mujeres de la vida?

Ashton rió.

-Si así fuera, amor mío, no te estaría comentando esas indiscreciones. No. Allí se reúne con otros hombres, todos los cuales, según los informes de mis hombres, son gente de mala traza. Habitualmente se dispersan después de cada reunión, cada uno con un rumbo distinto, ya los pocos días vuelven a reunirse con Malcolm.

-Cuando Malcolm sale, sólo me dice que va a reunirse con los abogados. Después me trae papeles para firmar.

-¿Qué tipo de papeles?

Ella se encogió levemente de hombros.

-No sé. Nunca ha dejado que los leyera.

-¿Los firmaste? -preguntó Ashton Wingate, súbitamente preocupado.

-No -respondió ella, algo confundida por esa reacción-, y no pienso firmar mientras no me deje leerlos.

-Así me gusta.

-¿Qué pueden ser?

-No sé, pero si pudiera, te haría firmar una declaración contra mí. Nada le gustaría más que verme arrestado por el asesinato de Mary.

-¿Quién puede haberla matado, Ashton?

-Horace Titch, tal vez. -Ashton se encogió de hombros-. Mary trabajaba en casa de su hermana. Pero puede haber sido cualquiera. Esa extensión de tierra contigua no está del todo aislada. Cualquier desconocido pudo haber entrado a los terrenos y, después de matar a la muchacha, dejarla en el bote.

Lenore se estremeció.

-No oí nada.

-Probablemente la atacaron mientras estabas conmigo. Me aterra pensar que estuviste sola en la playa, más o menos a esa hora. -Sus ojos recorrieron con cariño el delicado perfil-. *¿Ye* he dado las gracias por la coartada? No esperaba que informaras al comisario de tu visita al barco.

Lenore le echó una mirada tímida.

No podía salvar mi reputación a riesgo de que tú fueras arrestada. El dedo de Ashton jugó con un mechón rizado.

-¿Dónde has dejado tu sombrero?

Una expresión de sorpresa apareció en el rostro adorable.

-Hacía tanto calor que lo dejé en el coche, pero ¿cómo...?

-¿Cómo sabía yo que saliste con sombrero?

Te vi subir al coche esta mañana, ¿recuerdas? Además, me fijo en todo lo que respecta a ti. Si no te hubiera visto con el sombrero puesto, estaría preguntándome por qué tienes el pelo algo despeinado...

Súbitamente azorada, Lenore levantó la mano para arreglarse el peinado, pero de inmediato se dio cuenta de que él estaba bromeando. Entonces sonrió, algo ruborizada, mientras él le estrechaba el brazo.

-Te he visto mucho más despeinada, amor mío, *y* he quedado sin aliento ante tu belleza.

Sin poder resistir la proximidad de Ashton, ella se recostó contra su cuerpo.

-¿Sabías, por casualidad, que yo era viuda cuando Malcolm se casó conmigo?

El rostro de Ashton reveló estupefacción.

-¿O sea que Lenore...?

-Sí, yo. Estaba casada con Cameron Livingston antes de contraer matrimonio con Malcolm.

-Si es que contrajiste matrimonio con él-protestó de inmediato Ashton.

-¿Cúando dejarás de insistir en que soy Lierin?

1!

-Sólo cuando tenga pruebas irrefutables, señora.

-Lierin Livingston no me suena bien.

-Lierin no era viuda cuando se casó conmigo. -Él sacudió la cabeza con una sonrisa descarada- Era virgen hasta que compartió mi lecho.

-Cosa que no puedes decir de mí cuando hicimos el amor en Belle Chene -murmuró Lenore.

De inmediato lamentó esas palabras, comprendiendo que eran estúpidas. Fuera Lierin o Lenore ella había llegado a Belle Chene siendo casada. Solo quedaba averiguar con quien.

Ashton rió suavemente y la besó en el pelo.

-Por entonces, amor mío, el daño ya estaba hecho. Ocurrió en un instante hace cuando menos tres años, y puedo asegurarte que, cuando salió el sol, éramos definitivamente marido y mujer.

-¡Llegamos! -grito Hickory, desde el pescante.

Ashton miró por la ventanilla al mar azul-grisáceo extendido hasta el horizonte. Hickory los había llevado a buen paso, cosa que era una desilusión para ambos. Los dedos de Lenore se deslizaron prontamente por los suyos.

-Malcolm recibirá una invitación para la fiesta a bordo del *Bruja del Río.* Me gustaría que tú también vinieras. ¿Lo harás?

-Si tanto te importa, sí.

-Me importa... porque quiero estar contigo. Y cuando veas zarpar al *Bruja del Río,* no te preocupes, porque no te habré abandonado.

-Voy a echarlo de menos, cuando me asome al balcón.

Una risa suave acompañó la respuesta.

-Lo reemplazará otro navío, señora. Tenga paciencia.

Lenore se mostró realmente asombrada.

-¿No tendrías que utilizar tus barcos para el tráfico fluvial? ¿No pierdes dinero al tenerlos amarrados en el golfo?

-Cuando no se tiene el corazón contento, señora, las riquezas nada significan.

Ashton miró otra vez por la ventanilla, fastidiado por el poco tiempo que les restaba. Lenore no hubiera podido decir si había sido, ella la que se inclinara hacia adelante, pero un momento después, estaba encerrada entre sus brazos y sus labios se movían apasionadamente contra los de él. Aunque breve, el beso agitó todo un hervidero de ansias. Cuando el landó giró hacia el camino de entrada, ambos estaban atacados por la quemante necesidad de continuar. Lenore lamentó haberle rogado que volvieran en seguida. Cuando él se apartó, fue difícil para ambos mantener el rostro sereno. Ashton tardó un largo instante en dominarse y bajar del coche, para ayudarla correctamente a descender.

Apenas habían llegado a los peldaños de entrada cuando la puerta se abrió de par en par y Malcolm salió a grandes pasos, morado de furia. Lenore no prestó ninguna atención a su mirada fulminante. Aunque todavía estaba irritada con él, dijo con cierta dulzura:

-El señor Wingate tuvo la amabilidad de traerme, Malcolm. ¿No ha sido una suerte que no me hiciera falta caminar tanto?

Aunque las manos de Malcolm permanecían junto a sus muslos, estaban apretadas en fuertes puños; sus ojos echaban llamas de indignación. Detestó la sonrisa tolerante con que le respondió su adversario; hubiera querido acogotarlo allí mismo.

-Entra en la casa, -La orden fue seca-. Ya hablaré contigo. Por ahora tengo algo que discutir con el señor Wingate.

Lenore obedeció, pero al entrar en la casa se instaló junto a la puerta de la sala, donde podría oír el diálogo. Malcolm hacía un esfuerzo por dominarse, pero estaba obviamente molesto con ella y con Ashton. Si las circunstancias lo requerían, ella estaba dispuesta a arrojarse entre ambos para impedir un enfrentamiento que acabara mal.

-¿Cuándo diablos piensa irse de aquí? -inquirió su marido-. Acosa a mi mujer a cada paso...

-¿La mujer de quién?

Un gesto interrogante arqueó las cejas de Ashton. Malcolm se irritó aun más ante esa pulla.

-¡Maldito sea! ¡Usted sabe muy bien quién es el marido!

-Sí, lo sé -respondió Ashton, con tranquilidad-, y he venido para llevarla a su hogar.

-¡No se puede hablar con usted! ¡Se cierra a los hechos!

-No. Sólo a sus chillidos, Malcolm.

-¡Ni siquiera es capaz de reconocer la verdad cuando se la ponen delante!

-Dicen que soy terco, pero siempre me he mostrado dispuesto a ver la verdad. Hasta ahora no se me ha convencido de que usted tenga derechos para reclamar a Lierin...

-¡Lenore!

Una leve risa sacudió los hombros de Ashton.

-Ya veremos, Malcolm, ya veremos. -Puso un pie en el estribo del carruaje, pero se detuvo un momento para mirar durante un instante al hombre enfurecido-. Aun si ella fuera Lenore, usted no la merece.

Subió al landó y, después de cerrar la puerta, se reclinó en el asiento.

Dondequiera fuese Lenore, Ashton la seguía siempre. Era uno de los frecuentes comentarios sarcásticos de Malcolm. Si ella se quedaba en casa, Ashton permanecía cerca de su tienda atento a cualquier oportunidad de reunirse con ella en ausencia de Malcolm. Si ambos salían juntos, él los seguía como una sombra, vigilando desde cerca.

Esa proximidad, que desgastaba los nervios de Malcolm, parecía divertir a todo el mundo. A espaldas de su patrón, Meghan alentaba en silencio al hombre de Natchez; sus ojos chisporroteaban cuando lo veía salir a caballo, tras el coche de la señora, o con su propio landó. Sólo se ponía algo nerviosa cuando él iba a nadar en el océano. En tales oportunidades, la mujer cuidaba de apartar la vista, para que nadie la acusara de admirar secretamente a ese magnífico ejemplar masculino.

Hasta Robert Somerton comenzaba a aceptar la proximidad de Ashton. Dejo de protestar cuando lo veía salir del mar, cubierto con un simple taparrabos; un par de veces se acercó a compartir una copa con él, aunque Ashton sólo bebía café, generalmente.

Lenore disfrutaba con todo: con su cercanía, con su implacable tenacidad, con el espectáculo de su cuerpo bajo el sol. Con cada día transcurrido, perdía un paso más en su batalla por dominarse; estaba abandonando por completo el intento de considerarse casada con Malcolm.

Fue por entonces que el *Bruja del Río* desapareció de la vista. Malcolm, aunque confundido, se mostró regocijado. Al parecer, la tripulación había abandonado a Ashton. Por la mañana, sus esperanzas se estrellaron contra las rocas de la desesperación. Allí, anclado en el mismo lugar, había un barco ultramarino, el *Águila Gris.*

De él partió un bote que llevó a la costa al capitán ya una mujer, con los hombres necesarios para tripularlo. El interés de Malcolm creció al ver una figura femenina; esperaba que fuera bonita, para excitar los celos de Lenore y poner en peligro sus preferencias por el otro. Observó cuidadosamente a la visitante, pero sólo pudo deducir que era una empleada más. Su cabellera pelirroja, opaca y desteñida, estaba recogida en un severo peinado; el vestido gris le colgaba de los hombros flacos y no tenía busto; aunque su aspecto era pulcro, no había en ella nada que despertara preocupación en otra mujer.

De todos modos, Malcolm sintió curiosidad. En ella había algo familiar, pero no lograba identificarla. No acostumbraba mirar dos veces a mujeres tan envejecidas; pronto decidió que, si la conocía, no tenía importancia.

Ashton salió a saludar a sus invitados y tomó los registros que Sara le ofrecía.

-Todos sus libros están en orden, señor Wingate -informó ella complacida por su obra.

-Excelente, Sara. Ha probado ser más valiosa de lo que yo esperaba. Ella se ruborizó de placer.

-Me gusta trabajar, señor. Me ayuda a olvidar. Ashton sonrió, irónico.

-Algunos luchan por olvidar, otros por recordar. Espero el día en que Lierin recuerde.

-Y yo espero el día en que yo olvide por completo... y tal vez perdone, aunque no lo creo.

El capitán Meyers ofreció la sabiduría plena de la edad avanzada.

-En el perdón radica el secreto de la vida satisfecha, Sara. Cuando se lleva odio en el corazón, sólo se consigue perjudicarse a sí mismo.

Ashton frunció el ceño, comprendiendo que, en ese sentido, no había resuelto su propio problema. Su mirada se tomó fría al fijarse en el hombre que despertara su ira.

-No me ayuda tener al enemigo tan cerca. Sara siguió la dirección de su mirada hasta el hombre que los observaba desde el porche. Frunció el ceño, preguntándose si el calor de la mañana estaría formando algún espejismo, y sacudió la cabeza para descartar la posibilidad.

Ashton señaló su morada, no muy humilde.

-¿Quieren pasar a echar un vistazo? Tomé en préstamo al camarero del *Bruja del Río,* que nos preparará un poco de té y café. También tengo bizcochos, si gustan.

Pasaron al interior de la tienda. Para ambos fue como entrar en un mundo de mentirijillas, con abundancia de jeques y lujos. El asombrado capitán lanzó una exclamación alegre. Sara estaba boquiabierta. Esos lujos no concordaban con el gusto excelente y sobrio del patrón, pero resultaba divertido verlos en ese territorio.

-Cuando me dijeron que estaba viviendo en una tienda de campaña, Ashton, nunca soñé que fuera algo como esto -exclamó el capitán Meyers-. Lo imaginaba acurrucado bajo un pequeño trozo de lona, tratando de acomodarse en un catre. ¿Diseñó usted mismo estos lujos?

Ashton rió sobre su taza de café.

-Es para causar efecto, Charles. Parece que a Malcom Sinclair le gustan las cosas llamativas cuando está fuera de su casa; no sé si comprende. -Había visto clara evidencia de eso entre las rameras que el hombre frecuentaba. A pesar de sus aires de grandeza, ninguna de ellas podía igualar la elegancia de Lierin que tenía en el dedo meñique-. Se me ocurrió hacerlo sentir como en su casa, por si decidía venir a ver.

Los ojos del capitán centellearon.

-Así que le gustan las mujeres, ¿eh?

-Más o menos -replicó Ashton, secamente.

-¿Malcolm Sinclair? -repitió Sara, interrogante-. ¿Quién es?

Ashton señaló la casa con la cabeza.

-Vive allá, con Lierin. Pero él asegura que se trata de Lenore.

-La madre de mi esposo se llamaba Sinclair -recordó Sara, distraída mientras se acercaba a la entrada de la tienda.

Miró hacia afuera, pero el hombre del porche había desaparecido. Con un suspiro, ella volvió a acomodarse sobre los almohadones y tomó la taza de té.

-Tal vez le interese saber, Ashton, que Horace Titch estuvo en el río, observando ese nuevo vapor que usted compró hace poco. También estuvo mirando los depósitos, demostrando mucha curiosidad por el que se incendió. Como no sabía qué hacer, me pareció prudente informar al jefe de policía. Dice Dobbs que no lo perderá de vista.

-Horace anduvo por aquí -declaró Ashton, mientras volvía a llenar la taza-. Quizás aún no se haya ido. Harvey le hizo algunas preguntas, pero no hay pruebas de que tuviera nada que ver con el incendio. Pensé poner a algunos hombres a vigilar la casa, para que no le ocurriera nada a Lierin estando él cerca. -Ashton sonrió con ironía-. Pero Malcolm ha dejado a varios peones, bastante malencarados para que desempeñen una función similar... principalmente, mantenerme alejado de ella.

-¿Peones malencarados? -repitió Charles, frunciendo el ceño-. ¿Por ventura está jugando alguna partida de ajedrez aquí, Ashton?

-Sí, Charles. Sólo que en ésta me juego el corazón. Ya que Ashton tenía visitas, Malcolm aprovechó la oportunidad para ir a Biloxi con su esposa sin ser seguido. Se encaminó hacia el cuarto de Lenore, sin tener en cuenta que Meghan todavía no la había despertado. La puerta estaba cerrada con llave, pero sus golpes insistentes hicieron que Lenore se levantara a abrir, soñolienta.

Al verlo vestido y listo para salir, lanzó un gemido de callada agonía y lo dejó entrar, mientras ella volvía a la cama y se cubría la cabeza con la sábana. Hubiera querido expulsarlo del cuarto con tanta facilidad como lo borraba de su vista.

-Tengo algunas cosas que hacer en Biloxi, por la mañana, Lenore, y me encantaría contar con tu presencia. Si puedes salir inmediatamente de esa cómoda cama y vestirte, te lo agradecería mucho.

-Oh, Malcolm -gimió ella-. Por favor, hoy ve sin mí. Me siento descompuesta y no me gusta esperar en el coche estando así.

-Vamos, Lenore. Te sentirás mejor cuando salgamos. El paseo te hará bien. -Malcolm levantó una mano, interrumpiendo cualquier intento de discutir-. Ni una palabra más, querida. Te enviaré a Meghan con el té, para que te ayude a vestirte. Por favor, date prisa. Tengo una cita importante y quiero llegar a tiempo.

Salió al pasillo y cerró la puerta, sin darle oportunidad de negarse otra vez. En tanto sus pasos se alejaban, Lenore miró en derredor, inquieta. Por la ventana abierta entraba una brisa cálida y húmeda, que no aliviaba el calor de esos días. El camisón se le pegaba a la piel y entre los pechos le corrían gotitas de sudor.

Tímidamente, apartó la sábana y se levantó, osando apenas respirar, pues el estómago se le rebelaba contra cualquier movimiento.

Una mirada al pequeño espejo que pendía sobre el lavamanos le confirmó su mal aspecto. Se veía pálida y cansada; en sus ojos faltaba I el fulgor habitual. Soltó un largo suspiro, resignándose a otro día de actividad, y se lavó con agua tibia, en un intento de revivir sus energías. El esfuerzo I. trajo escasos beneficios. Sólo cuando Meghan le sirvió un té con bizcochos pudo tomar una resolución algo más firme I de soportar el paseo.

Sin embargo, estuvo a punto de descomponerse mientras se arreglaba. Cuando Meghan le ofreció un frasco de perfume ya abierto, la repugnancia fue casi abrumadora.

-Por favor -murmuró, apartando la cara de ese aroma dulzón-, hoy prefiero algo más fresco, Meghan.

La doncella estudió a su joven patrona con atención.

-Señora, si no le molesta que le pregunte, ¿sabe lo que le pasa?

Lenore se encogió de hombros, descartando la pregunta con una débil excusa.

-Es el calor. No sé cómo lo soportas tan bien, Meghan.

-No me hace nada, señora, pero es que yo no estoy como usted.

Lenore no pudo mirarla a los ojos.

-¿Crees que tengo alguna otra enfermedad?

-Bueno, mire, yo no he tenido hijos, pero mi hermana hacía lo mismo que usted cuando estaba embarazada.

Las sedosas pestañas descendieron con un suspiro tembloroso. De haber estado aún en Belle Chene, con Ashton, habría recibido con gusto ese embarazo; ahora, empero, los problemas asociados con él parecían descomunales, y no sabía cómo enfrentarlos. Hubiera sido preferible admitir desde un principio sus relaciones íntimas con Ashton; así, los dos hombres habrían estado más preparados para recibir la noticia. Se preguntó cuánto tiempo tardarían en notarlo si ella no decía nada. Tal vez, si se daba un compás de espera, hallaría el modo de evitar una escena violenta. Valía la pena probar.

-Meghan, quiero pedirte un favor.

-¿Sí, señora?

-Te ruego que esto quede en secreto entre las dos hasta el momento más adecuado. Dudo que al señor Sinclair le entusiasme este embarazo.

-Comprendo, señora -respondió la criada, amable-. Puede quedarse tranquila, que no diré nada.

Lenore levantó la cabeza para mirar fijamente aquel rostro sonriente.

-¿En verdad comprendes, Meghan?

La criada asintió.

-Es de ese señor Wingate, ¿no?

La joven disimuló su preocupación; era de esperar que los hombres no fueran tan perceptivos como la criada. Temía lo que Malcolm pudiera hacer, o al menos intentar, contra Ashton; la idea la descompuso y alargó una mano estremecida, en muda súplica a Meghan, súbitamente atacada de náuseas. La sirvienta se apresuró a ofrecerle una bacinilla. Pasó un largo instante antes de que Lenore pudiera levantar la vista.

-Si tengo que salir con Malcolm no sobreviviré -declaró.

-No se preocupe, señora -la tranquilizó Meghan-. Diré al señor Sinclair que usted no puede ir. Si insiste, tal vez deba mostrarle estas pruebas.

Lenore sacudió la cabeza, horrorizada ante la ocurrencia. -No puedes...

-Descanse tranquila, señora. A lo mejor hay otro modo de con- vencerlo. -Como había tomado antipatía al patrón, por la rudeza con que trataba a la señora, murmuró por lo bajo-: Le vendrá bien que le revuelvan el estómago.

Ahora que el verano reinaba del todo, los días eran notablemente más largos y el crepúsculo duraba poco. Quedaban sólo jirones del espectacular ocaso cuando Ashton salió de su tienda, estirando los brazos por encima de la cabeza.

En la esbelta silueta del *Águila Gris* veía una lámpara encendida, prueba de que, siguiendo sus órdenes, vigilaban la llegada de cualquier posible intruso. En el pantano se oyó el llamado de una garza, en tanto Ashton volvía los ojos hacia la casa. Buscó en las ventanas iluminadas, con la esperanza de ver la sombra anhelada, pero nada alivió su dolorosa soledad.

Encendió un cigarro y bajó hasta donde la marea baja dejaba una franja de arena mojada. El cigarro se apagó entre sus dedos.

¡Lenore! ¡Lierin! ¿Lenore? ¿Lierin? Aunque el rostro era el mismo, los nombres se confundían en su mente.

Rechinando los dientes, arrojó el cigarro a las olas. Sentía la urgente necesidad de descargar su furia contra algo... o alguien. Malcolm, de ser posible. Pero aún no había vuelto, y él no tenía quién recibiera su enojo, aparte del mar indiferente y la suave arena, que ahora llevaba la marca de sus botas, para presentarse otra vez lisa por la mañana. Un leve movimiento le llamó la atención. Forzando la vista en la oscuridad, distinguió una silueta vestida de blanco. Como un huidizo fantasma, caminaba en silencio por la arena; se detuvo a mirar en dirección al barco, sin prestar atención a las olas cercanas. Ashton contuvo la respiración, mientras sus ansias se encendían ante la esperanza. ¿Era acaso…?

-¿Lierin?

La palabra fue apenas un susurro por el viento, pero en su mente sonó como un grito de aclamación. Cruzó el arroyo de un salto. Su soledad quedó relegada al último rincón de la tierra. La vio volverse con un respingo y notó que sólo llevaba puesto un camisón, con la parte inferior mojada por las olas. La cabellera suelta volaba en derredor; con el nimbo que formaba la luz de la luna, parecía la reina de las hadas tomada por sorpresa.

-Lierin.

El nombre brotó de sus labios en una caricia susurrada, con todas las ansias contenidas de un hombre enamorado de un sueño.

-Lenore -susurró ella, en una súplica desesperada.

Ashton no le veía la cara con claridad, pero percibió su tristeza, que le desgarró el corazón.

-No importa qué nombre lleves; eres mi amada.

Ella levantó una mano para apartarse del rostro los mechones sueltos y lo miró con deseo, observando el pecho musculoso bajo la camisa abierta. Evocó recuerdos de un tiempo en que se había recostado allí, saciada de amor. «Qué tortura es amar", pensó. ¿Alguna vez hallaría la paz?

-No pensé que estarías aquí -murmuró-. Mi padre dijo que te había visto remar hacia el barco e invitó a los guardias a tomar una copa.

-Uno de mis marineros me trajo algunas provisiones. Probablemente, tu padre lo confundió conmigo al regresar.

-Oh...- La voz de la joven sonaba débil y triste.

-¿Ocurre algo malo en la casa?-Preguntó él, muy preocupado.

Ella suspiró hondo y dejó escapar el aire poco a poco, tratando de refrescar el cerebro y calmar la concupiscencia que hacía su lecho un potro de tormento.

-Me sentía inquieta y no podía dormir. Por eso salí a dar un paseo. – Hizo una pausa, sabiendo que otra cosa la había hecho abandonar su cuarto, y lo dijo con voz estremecida-: Soñé que Malcolm me llevaba a ver tu tumba. Hasta vi la lápida, con tu nombre grabado. Hacía viento y llovía. Todo parecía tan real que me asusté.

-Fue sólo un sueño, amor mío. No tengo intenciones de morir y dejarte en sus brazos.

El silencio se prolongó. Ashton la miraba, tratando de distinguir sus rasgos con claridad. Como percibiera su inquietud, repitió su pregunta anterior:

-¿Te ocurre algo?

Lenore abrió la boca para negarlo, pero volvió a cerrarla. Sacudió la cabeza, y al sentir un torrente de lágrimas, le volvió la espalda para alejarse por la arena. Lo sintió caminar a su lado. Habría sido difícil ignorarlo pues todos sus nervios despertaban cuando él estaba cerca.

-Estás pensativa -observó él, con seguridad-. ¿Por qué no me dices que te pasa?

Lenore resistió la necesidad de secarse las lágrimas. De frente al mar, cedió por fin a sus sondeos y dijo en voz aja, hacia el viento:

-Voy... voy a tener un hijo.

Ashton se adelantó un paso; la alegría arrebataba su corazón a gran altura, pero se detuvo, súbitamente inseguro. Ella parecía distante como si se lo hubiera confesado a su pesar. El torbellino interior le estremeció las manos. Tardó largo rato en poder formular la breve pregunta:

-¿De quién?

Aquello fue un aguijonazo. Lenore no veía la necesidad de preguntarlo. Secándose las lágrimas, que ya corrían en torrentes, dijo sobre el hombro:

-Malcolm y yo no hemos tenido nunca relaciones.

Con infinito cuidado, Ashton la rodeó con sus brazos y le puso una mano en el vientre, firme y plano, maravillado ante el don vida que, en menos de un año, haría aparecer un bebé. Con la cabeza inclinada, le rozó la oreja murmurando:

-¿Ahora vendrás a casa conmigo?

Hubo una mezcla de gemido y suspiro melancólico.

-El bebé no resuelve nada, Ashton. No puedo volver sin saber quién soy. Son demasiadas las cosas que debo recordar. ¿Cómo voy a aceptarte como esposo si me persiguen visiones en donde brindan por mí, la novia de Malcolm?

-Esas visiones, amor mío no son necesariamente la realidad. ¿Por qué estás segura de que estás viendo la verdad?

Ella suspiró, estremecida.

-Porque Malcolm confirmó lo que yo vi, sin darse cuenta. No pudo haber leído mi mente.

La voz de Ashton era áspera y quebrada.

-No esperes que yo me haga a un lado mientras otro hombre se queda contigo y con mi hijo.

-Dame otro poco de tiempo. Ashton -rogó ella acariciándole los dedos-. Esta casa contiene muchos secretos. Si me voy, tal vez jamás averigüe quién soy.

-Entonces deja que aleje a Malcolm -sugirió él-. Temo por ti cuando estás sola con él en la casa. Cuando pierde los estribos no te muestra ninguna consideración. Y tu padre no representa proteo alguna.

-Lo sé, y tengo intención de andarme con cuidado. Pero Malcon también ha sido parte de mi vida.

-¿y yo?

Lenore le apoyó la cabeza en el pecho, con la vista perdida e horizonte oscuro.

-No sé, Ashton. Espero que... -Le tembló, perceptiblemente, boca y las lágrimas desbordaron sus ojos-. Por el bien del niño espero que tú seas algo más que un tiempo presente. Por la noche, cuando me acuesto y apago las luces, recuerdo cómo era estar contigo. Te siento a mi lado, siento tu mano sobre mi y me duele…

-Sí, señora. Conozco demasiado bien el dolor de los deseos insatisfechos.

-Pero necesito estar segura. -Lanzó un vistazo preocupado hacia el camino, donde se oía el rumor lejano de un coche. – Vuelve Malcolm. Tengo que irme.

Ashton le estrechó fuertemente la cintura con un brazo, reteniéndola.

-No te vayas sin darme un beso.

El aliento de la joven escapó en un suspiro desgarrado al sentir una forma masculina apretada contra su espalda.

-Pareces creerme mucho más fuerte de lo que soy.

Contra su voluntad, Ashton la dejó ir, siguiéndola con la mirada hasta que la oscuridad de la noche la consumió por entero.

La noche volvía a ser solitaria y vacía, como si hubiera escapado toda razón de ser. La luna era sólo un pálido y desvaído resplandor en el cielo. Había amenaza de lluvias cercanas en las nubes, y la marea comenzaba a ascender, trepando por la playa hasta borrar todas las señales de aquel encuentro.

## *CAPÍTULO 14*

La tarde era serena, pero Lenore estaba inquieta. Aun sabiendo que Ashton estaba al alcance de su *voz,* se sentía muy sola. Necesitaba tenerlo junto a ella. Estaba segura de que, si cedía a la tentación y lo llamaba, lo tendría junto a ella.

Cada vez pensaba más en el bebé que anidaba en su vientre. Sentía la necesidad de hablar de él largamente, de compartir sus pensamientos con alguien que los amara a ambos. Pero llamarlo provocaría un desastre, pues había dos guardias vigilando siempre. De cualquier modo, comenzaba a pensar que Ashton era capaz de entenderse con lo que fuera.

Robert había viajado a Nueva Orleans por cuestiones de negocios y pensaba pasar allá un par de días. Malco1m permanecía en la zona de Biloxi, pero estaba otra vez en la ciudad; como de costumbre, no había dejado dicho cuándo pensaba regresar. Si bien tendía a ir y venir sin dar aviso, la trataba casi con cautela, como si tuviera mucho interés en su bienestar o, más probablemente, temiera decidirla por su rival.

Para sorpresa de Lenore, MaJcolm había aceptado con entusiasmo la invitación a los juegos del *Bruja del Río.* Hasta sugirió que ella se hiciera confeccionar un vestido nuevo, a fin de poder exhibirla bien atildada ante los otros invitados, entre quienes se contaban los más solventes del Mississippi y los estados vecinos. Naturalmente, no había necesidad de que ella fuera a Biloxi; él le enviaría una modista para que se hiciera cargo. La fiesta sería todo un acontecimiento y Malcolm no quería verse en desventaja ante los otros invitados, aunque fueran amigos de ese horrible Ashton Wingate.

Lenore vagaba sin rumbo por los cuartos de la planta baja, buscando alguna actividad que la mantuviera ocupada y distraída. Malcolm le había sugerido que se dedicara a las labores de aguja, pero ella no se sentía de humor para bordar en la sala.

Sin embargo, allí se sentó a leer. Había encontrado un libro de obras teatrales, que su padre dejara en el comedor esa misma mañana; al ver lo gastado de la encuadernación, lo abrió con cuidado.

Estudió con atención los rizos y adornos de la escritura que cruzaba la primera página, hasta darse cuenta de que era sólo una firma. El nombre no le dijo nada; nunca había oído hablar de Edward Gaitlin. Pero eran muchos los nombres que habían sido borrados de su memoria; ése

podía ser uno de ellos, o quizás el de un actor que hubiera firmado el tomo para el entusiasta shakesperiano.

La lectura le dio sueño, y dejó el volumen en su regazo para tomar el té que Meghan le había traído. Al hacerlo, sus ojos se elevaron por encima de la taza y se posaron en la pintura que pendía sobre el hogar. Una pequeña arruga le cruzó la tiente: otra vez le intrigaba su presencia, pues todavía la notaba fuera de lugar.

Ya inquisitiva, se levantó para examinar el óleo desde más cerca. Aunque de gran tamaño, no hubiera merecido un buen precio en una galería artística.

Lenore se oprimió las sienes con los dedos, desconcertada por sus pensamientos. ¿Cómo podía saber eso? ¿Cuántas galerías de arte había visitado, para estar tan segura de lo que valía una pintura?

Su mente volvió al esbozo que su padre le mostrara en Belle Chene, diciendo que era creación de ella. Por lo visto, ella debía saber algo de arte.

La posibilidad de que ella misma fuera una artista la hizo volar al escritorio de la sala, en busca de pluma y tinta. En un compartimiento lateral halló también una colección de bosquejos sin terminar, pulcramente atados con una cinta, como si alguien los hubiera atesorado con cariño. Con mucho cuidado, desató el lazo y comenzó a estudiarlos uno a uno, esperando, contra toda esperanza, que le revelaran algo sobre sí misma. Había varios dibujos de la casa solariega, como el que le mostrara su padre, y paisajes que nada significaban para ella. Todos le parecieron bastante buenos; cabía preguntarse si no se estaba elogiando a sí misma con ese dictamen.

Su interés se incrementó al llegar a un intrincado dibujo, donde se veía a una mujer con traje de montar. La postura algo audaz, pues tenía los pies, calzados con botas, bastante separados bajo el borde del vestido, un sombrero con plumas inclinado en un ángulo llamativo y un látigo entre las manos. Pero no fue la postura lo que tanto la intrigó, sino la cara, pues parecería ser una representación de ella misma... o de Lierin. Con la esperanza de determinar la identidad de la modelo, examinó el dibujo con minuciosidad y halló, entre los pliegues de la falda, el nombre que proclamaba su autoría: ¡Lenore! Era difícil que hubiera dibujado su propia imagen con tanto cuidado; por lo tanto, debía deducir que la retratada era Lierin, varios años antes.

Puso la obra contra la lámpara, para poder mirarla mientras dibujaba, y hundió la pluma en tinta, y comenzó a copiarla. De inmediato frunció las cejas, insatisfecha; la pluma se negaba a correr siguiendo su voluntad. Dejaba manchas de tinta en los trazos y, con su indocilidad, parecía frustrar sus intentos. Arrugó la hoja y la arrojó a un lado. Cuando volvió a intentarlo, la pluma falló otra vez. La diferencia entre el original y su copia la llevaron a decidir que era preciso buscar un instrumento mejor para aplicar la tinta, pues lo que tenía a mano malograba su talento.

Después de limpiar el escritorio, apartó de su mente toda idea i artística y subió la escalera. Se detuvo ante su puerta. En realidad, no deseaba pasar la tarde leyendo obras de teatro, ni siquiera durmiendo la siesta. Ashton, al saciar su curiosidad de mujer, le habla imposibilitado el olvido. Cada vez que estaba en la cama, su mente recobraba recuerdos detallados de un pecho amplio, costillas musculosas y un vientre plano, duro. ¡Ése era apenas el comienzo de la tortura!

Paseó la vista por el pasillo, desesperada, en busca de algún entretenimiento. De pronto, algo le llamó la atención. Todas las puertas del corredor estaban distribuidas por pares; empero, en el extremo opuesto al de su dormitorio y frente a una alcoba que no se usaba, había tres en hilera. Aliviada al hallar un acertijo que la distrajera un rato, se encaminó hacia la del centro para ver adónde conducía.

Se llevó una desilusión al encontrarla cerrada y sin llave a la vista, pero no era ningún secreto que, en una misma casa, algunas de las llaves suelen ser intercambiables. Tomó la de su propio dormitorio y la aplicó a la cerradura. Para alegría suya, funcionó. Apoyó una mano en el pomo. Al empujar, la puerta se movió en sus goznes con un poderoso chirrido. Había un

cubículo largo y estrecho. Sobre una pared, una empinada escalera llevaba hasta una trampilla del techo. Junto a la puerta que acababa de abrir pendía una soga; al tirar de ella, la trampa se levantó por medio de un contrapeso que se deslizaba por la pared. Lenore imaginó súbitamente una buhardilla infestada de murciélagos, pero arriba se veía un rayo de luz que le dio el valor de subir.

La escalera era empinada e incómoda, pero bastante fuerte. Mientras ascendía aguzó el oído, tratando de percibir los reveladores aleteos que la haría descender precipitadamente. No los había, y al sacar la cabeza por la abertura notó que sus temores eran injustificados, No había allí bestezuelas peludas. Las ventanillas cuadradas tenían persianas que impedían la entrada de habitantes indeseables. Tampoco vio las capas de polvo y telarañas que esperaba; al parecer, los sirvientes limpiaban esa buhardilla por lo menos una vez al año.

Sobre las tablas del suelo se amontonaban los habituales tesoros abandonados. A un lado había varios baúles y viejos bolsos de viaje; a poca distancia, una cama vieja, desarmada. Entre dos vigas descansaban varias pinturas cubiertas por una tela, y había también dos cajas de madera, llenas de cosas variadas.

El calor que hacía allí puso un brillo de transpiración en su piel. Al golpear suavemente los baúles con la punta del pie, percibió un sonido hueco. Eso no se repitió en el último, que parecía más viejo y, extrañamente, le resultaba familiar. Preguntándose qué podía haber dentro de él, soltó las correas y trató de levantar la tapa. Una vez más, la cerradura se lo impidió. Con la certeza de que ese baúl le pertenecía, inició la búsqueda de una improvisada herramienta con la que abrir la chapa metálica. Sólo halló un cortapapeles, y el sudor del esfuerzo le pegó el vestido a la espalda antes de que abandonara el intento. El contenido del baúl seguiría siendo un secreto mientras no encontrara algo más duro con que hacer palanca.

A continuación se dedicó a las pinturas. Las de delante eran escenas comunes, pero atrás vio una más grande, cubierta con un paño más limpio. Al poner el retrato donde le diera la luz, vio que se trataba de un hombre mayor, de una edad aproximada a la de Robert. Su rostro era cuadrado, de facciones rectas y nítidas; la melena oscura, veteada de gris, ondulaba suavemente, apartándose de su cara. Aunque la expresión era severa e imponente, algo en sus ojos verdes hablaba de honradez y sentido de la justicia. Lenore estudió el retrato desde todos los ángulos, sin que nada en el le despertara un recuerdo. Volvió a ponerlo en la pila y dio un paso atrás. De pronto se detuvo; acababa de recordar el paisaje de la planta baja y, mezclado con él, breves destellos de ese retrato colgado en su lugar, sobre el hogar.

Con el retrato en las manos, bajó cautelosamente la estrecha escalera hasta la sala. Allí acercó la silla al hogar y, después de retirar el paisaje, lo reemplazo por el óleo del caballero. Por fin retrocedió para evaluar su importancia dentro del cuarto. Con él, la sala quedaba completa; concordaba con el ambiente y con el resto de la casa. Como no conocía la historia del paisaje, pensando que bien podía ser un regalo de Malcolm se resistió al impulso de dejar allí el retrato y lo devolvió a la buhardilla.

Al entrar en su dormitorio, el aburrimiento volvió a apoderarse de ella. Una brisa breve, y perfumada, proveniente del golfo, jugaba con las cortinas, refrescándola a su paso. Ella recogió el libro y fue a sentarse junto a las puertas de cristales. Al cabo de un rato, el libro cayó otra vez en su regazo y su mirada se elevó hacia el mar. Un rostro se formaba en su mente, pero no era el que ella esperaba. Pertenecía al hombre del retrato; en la mente de Lenore el semblante cobró animación, cambió con el humor, riente, severo, pensativo, tierno.

Las cejas de Lenore se juntaron bruscamente. En algún lugar más 1allá del muro que cerraba su memoria, había un recuerdo de él. Le parecía conocerlo bien.

Algo más tarde, Malcolm volvió con su corcel negro. El animal estaba cubierto de espuma, pues había recorrido al galope todo el trayecto desde la ciudad. Empero, el agotamiento del caballo no parecía preocupar al hombre, que la obligó a circundar la casa

para acercarse a la tienda de Ashton. Describió varios círculos frente al patio antes de detener al animal allí, para desafiar con una risa burlona:

-Salga de su escondrijo, señor Wingate. Quiero hablar con usted.

Ashton, preguntándose qué se traería ese hombre entre manos, se acercó a la entrada de su tienda. Lenore observaba desde el extremo de la galería, llevada por la misma curiosidad, pero se mordió los labios, preocupada, al ver que Ashton avanzaba hasta el borde de la plataforma.

-¿Qué busca ahora, Malcolm? -preguntó él, mirando a su visitante con una ceja arqueada, mientras cortaba el extremo de un cigarro. Malcolm desdeñó por un momento la pregunta, mientras daba unas palmadas al cuello de su cabalgadura, la cual era una muestra de afecto que rara vez desplegaba con sus animales. No le importaba cuánto duraran: los utilizaba intensamente, hasta agotarlos, y luego los cambiaba por otros, a los que llevaba al mismo rápido fin.

-En la ciudad me han dicho que usted quiere comprar un caballo para una dama.

-Es cierto -admitió Ashton, hablando por el costado de la boca, en tanto encendía su cigarro.

-¿Puedo preguntarle quién es esa dama?

Ashton succionó las hojas enrolladas hasta encenderlas. Sólo tras asegurarse de que el cigarro estuviera bien encendido se dignó quitárselo de la boca.

-Lierin era, en otros tiempos, buena amazona, "Se me ocurrió que podría disfrutar de un regalo así.

Los ojos de Malcolm se convirtieron en hielo.

-Lenore también posee ese talento -dijo burlón -, pero si cree que mi esposa aceptara regalos de otros hombres, esta loco.

Ashton se encogió de hombros, sin prisa.

-Oh, no iba a dejar ese caballo en su establo, Malcolm. Quiero que la cuiden bien. -Señaló tranquilamente, con la punta del cigarro, al corcel que piafaba, nervioso-. Tratado de ese modo, no duraría nada.

Malcolm no se disculpó.

Tomo de ellos lo que necesito. -Su boca grande se torció en una mueca burlona-. Y lo mismo puedo decir de las mujeres.

Los ojos ahumados se endurecieron; luego Ashton se acarició lentamente la mandíbula con el pulgar.

-He visto a algunas de las mujeres que trata... en la taberna de Ruby. Están en condiciones tan deplorables como ese caballo. Malcolm se irguió en la montura, con la tentación de arrojarse al suelo, pero se impuso el sentido común; en cambio, encogió sus hombros pesados.

-Al menos, tratándose de mujeres tenemos el mismo gusto.

-No es difícil admirar a una mujer como Lierin. -Ashton saboreó el cigarro, reflexivo, e hizo chasquear la lengua con delectación antes de comentar--. Lo que no me explico es qué vio Lenore en usted.

Malcolm se puso lívido; una vez más le costó dominar sus impulsos violentos. Con una mueca despectiva, le devolvió la pulla.

-También yo me hago la misma pregunta. Creo que usted presionó a Lierin para que lo aceptara. Aquí, por cierto, se ha convertido usted en una peste.

Una risa suave sacudió los hombros de Ashton.

-Para usted sí, tal vez.

-No hace falta seguir demostrándonos lo poco que nos aprecia- aseguró el joven, fríamente-. Creo que ninguno de los dos se hace ilusiones al respecto.

-En efecto. El odio parece mutuo.

Malcolm sonrió con frialdad

En ese caso, comprenderá por qué no permitiré que Lenore acepte un regalo. Puede ahorrarse el gasto.

-En ningún momento me interesó conseguir su autorización, Malcom - respondió el plantador, sin perturbarse- El hecho de que me haya comunicado su opinión no cambia las cosas. Ya he hallado una yegua para la señora, que me será entregada dentro de poco.

-¡No permitiré que ella la acepte! -gritó Malcolm-. ¿Es que no entiende?

Ashton se encogió perezosamente de hombros.

-La yegua estará aquí, a disposición de Lierin. Hickory puede encargarse de prepararla para cuando ella la pida.

Boquiabierto ante esa audacia, Malcolm se encorvó en la montura.

-No le creo No puedo creer que alguien sea tan tozudo como usted. Es como para preguntarse qué tiene dentro de la cabeza. ¡Absolutamente nada, si cree que permitiré a Lenore montar ese animal!

-Le gustaría tenerla prisionera en esa casa, ¿no? - lo desafió Ashton-. No la ha dejado salir sin usted desde que estoy aquí...

-¡Por motivos obvios! ¡Porque usted está aquí! No quiero que corra la suerte de Mary ¡Y eso ocurrió justo después de su llegada, señor Wingate! Dígame, ¿cómo se explica eso? ¡Aquí vivíamos en paz antes de que viniera usted!

-Por supuesto -replicó Ashton, sardónico-. No había nadie que desafiara su pequeño imperio. Y usted sabe perfectamente que ni yo ni mis hombres tuvimos nada que ver con el asesinato de Mary.

-¡Yo no sé nada!

-Lo tenía por más inteligente. Tal vez me equivoqué. Pero se explica que haya querido hacerme acusar del asesinato. Nada le vendría mejor que verse libre de mí, para encerrar a Lierin en esa maldita casa -La idea lo enfureció al punto de que señaló la mansión de madera, al acusar-: Tiene miedo de dejarla en libertad. Podría perderla, o perder lo que necesita de ella.

-¿Qué está insinuando? -bramó Malcolm. A los ojos de Ashton volvió la frialdad.

-El padre está envejeciendo. Es alcohólico y, por lo tanto, propenso a los accidentes. Usted podría ser rico con sólo esperar a que la naturaleza siga su curso.

-¡Tengo riqueza propia! -insistió el otro. -¿Dónde? -le espetó Ashton-. Por lo que sé, usted no tiene pro- piedades. No es plantador. Va y viene como los gorriones, anidando en cualquier sitio abrigado, y cuando se va no deja sino su guano. -Ya estoy harto de esto -dijo Malcolm, tirando salvajemente de las riendas. El caballo sacudió la cabeza y se apartó de la plataforma, pero su jinete lo obligó a describir un círculo, lanzando la última sugerencia por encima del hombro-. Olvídese de la yegua, Wingate, y ahorre su dinero. Lenore no la montará.

Puso su caballo a todo galope, para detenerlo bruscamente, un segundo después, ante la casa. Arrojó las riendas al palafrenero y subió al porche. Sus pasos atronaron las tablas, dando testimonio de su ira en tanto se acercaba a Lenore. No vio el estremecimiento de la joven ni la vacilación en sus ojos verdes. Estaba demasiado concentrado en dar su ultimátum y someterla a su voluntad.

-Ese bufón de la tienda te ha comprado una yegua. -Hizo una mueca de despecho al detectar en ella la sorpresa-. Pero no te alegres demasiado por su generosidad, querida. Te prohíbo aceptarla. -Sus ojos se endurecieron, flamígeros-. Me obedecerás, ¿oyes?

Con esas palabras, entró en la casa, sobresaltando a Lenore con el portazo.

Al desaparecer él por la escalera, el ambiente pareció casi apacible.

Al cabo de un largo instante de silencio, la muchacha soltó un suspiro de alivio; al parecer, la rabieta de Malcolm había pasado, de momento.

Sólo entonces captó del todo la noticia que él le había traído. Al mirar por encima del hombro, vio a Ashton todavía en la plataforma, con los pies separados y un codo apoyado en

la otra mano, observándola a través del humo de su cigarro. A pesar de la distancia que los separaba, sintió el peso de aquella mirada fija y adivinó lo que estaba pensando: no tenía nada que ver con Malcolm.

La yegua fue entregada al día siguiente, en ausencia de Malcolm, por fortuna. La trajo un hombre a caballo, conduciéndola de la rienda. Lenore salió apresuradamente para observarla. Era baya, de largas crines y cola gruesa. Avanzaba a pasos cortos, enérgicos, como si quisiera exhibirse. Sus huesos eran increíblemente finos, y Lenore supo con certeza que aquellas patas se quebrarían mucho antes que su voluntad.

Sin parar mientes en los dos guardias, que se paseaban por el prado para impedir una mayor proximidad, el hombre prosiguió su tranquila marcha hasta llegar a la plataforma. Ashton salió a saludarlo con una amplia sonrisa y le estrecho la mano; luego le indico que llevara a la yegua hasta un punto próximo a la casa, casi en el límite entre sus terrenos y los que cediera a Malcolm.

Los dos guardias se apresuraron a instalarse en donde pudieran evitar cualquier infracción, mientras Lenore caminaba hasta el extremo de la galería. El desconocido seguía exhibiendo la yegua, pero no estaba lo bastante cerca. Ella se recogió las faldas y se acercó al grupo de hombres que rodeaba al animal: los guardias, a un lado de la línea; Ashton, el desconocido y la yegua, del otro. Uno de los vigilantes, al ver a Lenore, se apresuró a cerrarle el paso. Ashton, listo para un enfrentamiento, dio un paso hacia ellos, pero Lenore levantó la vista llena de firmeza.

-Haga el favor de retirarse de mi camino -ordenó, amenazadora -. De lo contrario me veré obligada a avanzar, pasando por encima de usted como sea. Si insiste, tendrá que atarme físicamente, porque sentiré la tentación de arrancarle la piel de cualquier sitio disponible, comenzando por la cara. ¿Me explico?

Ashton disimuló una risita, en tanto el hombre miraba a su compañero, totalmente desconcertado. Una cosa era liarse con un hombre; otra muy distinta discutir con una mujer, sobre todo si era capaz de desplegar tanto fuego. Entre murmullos preocupados, le abrió paso.

-Oh, Ashton, es hermosa-declaró Lenore, caminando en derredor del animal, sin prestar atención a los límites que mantenían a los hombres separados-. ¿Cómo se llama?

*-Corazón Mío* -respondió él, con una sonrisa de placer.

-Un nombre muy adecuado.

-Eso me pareció. Es algo especial, como tú. Estarás muy hermosa montada en ella.

Lenore suspiró al recordar la orden de Malcolm.

-Pero no puedo aceptarla. Causaría demasiados problemas.

Ashton había estado esperando esa objeción.

-La tendré aquí, donde esté a salvo. Cuando quieras admirarla... o montar en ella, estará a tu disposición.

La tentación era fuerte.

-Tal vez Malcolm me permita pedírtela prestada de tanto en tanto. Lenore sacudió la cabeza, rechazando la idea, y puso los brazos en jarras con un suspiro de exasperación.

-Me aburro espantosamente en esa casa. Necesito salir, y ¿qué mejor que salir a caballo? -Una sonrisa súbita borró su ceño fruncido--. ¿Puedes hacérmela ensillar... ahora? Uno de los guardias se adelantó.

-Señora Sinclair, no creo que deba...

-¡Bah! -Lenore acalló prontamente su objeción-. Haré lo que quiera, y si a Malcolm no le gusta... mala suerte.

Ashton, sonriendo, tomó las riendas de la yegua y comenzó a guiar- la hacia Hickory , que esperaba frente a la tienda más pequeña, mientras la señora corría a la casa, con bastante poca elegancia.

-¡Meghan! -gritó subiendo precipitadamente la escalera-. ¡Meghan, búscame un traje de montar!



Librodot

Muy pronto estaba de regreso, con un traje de verano gris perla. Al cruzar los límites vio que el semental de Ashton también estaba montado ya poca distancia. Tras despedirse del desconocido, Ashton se acercó a *Corazón Mío* y levantó a Lenore hasta su lomo.

-Veamos si te acuerdas -le aconsejó Ashton, al darle las riendas No quiero que te hagas daño.

Lenore probó a la yegua al paso, al trote y al galope corto, en un amplio círculo entre la casa y la tienda. Ambas parecían muy capaces y Ashton montó su animal en señal de aprobación. Para aflicción de los dos guardias, ambos se alejaron hacia la costa, lejos de sus miradas vigilantes.

El ánimo de Lenore alcanzó alturas infinitas al disfrutar del paseo, la yegua y la compañía. Eran muchas las cosas de que deseaba con- versar con Ashton, y él parecía igualmente ansioso de conocer los detalles de su embarazo, la fecha en que debía nacer el bebé y el momento en que se habría iniciado la gestación.

-Antes de que viajáramos a Nueva Orleans, creo -murmuró ella, mirándolo con tristeza-. Sólo tú y Meghan lo sabéis.

-Por el amor de Dios, no se lo digas a Malcolm -le advirtió Ashton-. Al menos estando dentro de la casa. -No quería pensar en lo que él podía hacer con la joven-. Me sentiría mucho mejor si dejaras que alejara a ese hombre con sus dos bufones. Si quieres puedes quedarte en la casa con tu padre; ni siquiera te pido que me permitas vivir allí... ni pienso presionarte para que vuelvas a casa conmigo.

Lenore se echó a reír.

-Ya me estás presionando.

Ashton, frustrado, se inclinó sobre la montura.

-¡Está bien. Lo admito! ¡Y te presiono porque te quiero!

Emitió una especie de gruñido ante la mirada acariciante que le tocaba las cuerdas del corazón. ¿Acaso ella no se daba cuenta de lo que le provocaba con esa ternura?

-Me vuelves loco mujer -se quejó-. Soy cera en tus manos. Lenore sacudió la cabeza.

-No lo creo. -Y miró por sobre el hombro notando que ya estaban a alguna distancia de la casa- Será mejor que volvamos - rió recordando la irritación de los guardias-. Si Malcolm llega antes que nosotros es capaz de matar a esos hombres.

-Nos vendría bien -replicó Ashton de inmediato.

-oh, no lo dices en serio. -Pero Lenore volvió a reír al ver su gesto de desacuerdo-. Tal vez me equivoco.

Iban ya de regreso cuando Ashton detuvo su caballo al borde del agua y desmontó. Lenore sofrenó a su yegua extrañada el verlo retroceder para recoger un diminuto crustáceo que le puso en la palma de la mano.

-Mira qué cangrejo diminuto.

-Parece asustado -comentó Lenore.

-En efecto así es.

Ashton volvió a dejarlo en la arena y se limpió las manos. Cuando levantó la vista hacia ella. Vio en sus ojos algo que conocía demasiado bien: los mismos anhelos que él experimentaba con demasiada frecuencia. Casi temeroso de moverse, le puso una mano en el muslo y aguardó. Lenta, muy lentamente, ella se inclinó para tocarle los labios con los suyos. Fue un néctar que reavivó todo el amor.

-Cuando el gato no está...

El cáustico grito los sorprendió. Se separaron apresuradamente. Malcolm los miraba, burlón, a lomos de su caballo. Azuzó al animal y lo detuvo entre ambos. Ashton retrocedió a tropezones, esquivando los cascos del nervioso animal, y se detuvo ante aquella cara ancha, llena de odio.

-Le dije que no regalara ese animal a mi esposa. Ya ti te dije que no aceptaras el regalo.

-No lo he hecho... todavía -replicó ella, seca-. Sólo la estoy utilizando por el momento.

-Bueno, no la utilizarás más. ¡Vete a casa ahora mismo! Ya me encargaré de ti.

-Voy pero sólo porque, de todos modos, ya iba de regreso.

Y Lenore, levantando el mentón con altanería, se alejó al trote. Malcolm se volvió hacia Ashton, rabioso.

-Ya sé que quiere acostarse con mi mujer y darse el gusto, pero si llega a hacerlo le arrancaré el corazón para dárselo a los peces.

-Puede hacer el intento cuando quiera -replicó Ashton, seco. Malcolm se burló.

-Sin duda, mis hombres tendrán muchas ganas de ayudar.

-¿Hacen todo lo que usted dice? -lo sondeó Ashton.

-Por supuesto. Hace años que los conozco y no tengo dudas sobre su lealtad.

-Entonces me gustaría saber por qué uno de ellos estaba trabajando en mi barco, hace un par de años.

Malcolm lo miró, boquiabierto.

-¿Cuándo fue eso?

-No recuerdo el momento preciso, pero estoy seguro de que en algún momento trabajó para mí. Malcolm se burló.

-Por lo, visto no se .sentía cómodo con usted.

-O tenía otros motivos para renunciar.

-¿Por ejemplo?

Ashton se encogió de hombros.

-Todavía no estoy seguro. Cuando lo esté se lo haré saber.

-Por favor, no deje de hacerlo. -Ma.lcolm volvía a su desdén.- Mientras tanto, no acerque su yegua ni sus manos a mi mujer.

Ashton sonrió perezosamente.

-Como le dije, Malcolm, no puede tenerla prisionera para siempre.

El joven introdujo la mano en la chaqueta y sacó una pistola que amartilló de inmediato. Ashton retrocedió un paso, comprendiendo que carecía de toda defensa ante semejante ataque. Esperaba sentir en cualquier momento el calor de un disparo en el pecho o en la cabeza y no cabía sino esperar. Cualquier intento de atacar al otro adelantaría el disparo.

Malcolm saboreó a fondo su poder moviendo la boca del arma de un modo amenazador. En los ojos de color avellana se leía la preocupación, pero no la súplica que a él le habría gustado. Nada deseaba tanto como ver al altanero señor Wingate pidiendo misericordia.

-¿Y bien? -le espetó Ashton-. ¿Va a disparar o no?

-Me encantaría -replicó Malcolm, con una sonrisa presumida-. En verdad, me encantaría. -Y rió entre dientes, disfrutando un momento más de la situación. Por fin, con un fuerte suspiro, apartó el arma de su adversario-. Pero debo reservar la bala para la yegua.

Lleno de satisfacción, espoleó a su caballo para lanzarlo a todo galope. Ashton corrió a su semental y montó de un salto; un momento después seguía al otro, en acalorada persecución.

Era una carrera, a no dudarlo, y Malcolm sabía obtener de su caballo hasta la última medida de velocidad. Era una de las cosas que dominaba bien. Inclinado hacia adelante, golpeó con el látigo el flanco del animal. Reía entre dientes, con crueldad, saboreando ya la idea de dejar a la yegua tendida a los pies de Ashton, en un charco de sangre. Le estaría bien empleado por todo lo que había hecho.,

Perdido en sus pensamientos, sufrió un sobresalto al oír con más potencia el tronar de los cascos. Giró el torso para echar un vistazo sobre el hombro, casi seguro de que era producto de su imaginación, pero quedó atónito al ver a Wingate, que sacaba ventaja



Librodot

rápidamente. Con una maldición salvaje, bajó repetidamente el látigo contra los flancos del animal, arrancándole gotas de sangre para llevarlo hasta el frenesí.

De todos modos, el otro semental estiraba sus largas patas, devorando la distancia entre ambos, como si lo hiciera sólo por el simple placer de la carrera. Ninguna fusta dañaba su pellejo; corría porque tenía un desafío ante sí y su corazón lo impulsaba a ganar.

Lenore se volvió al oír aquella atronadora llegada. Entonces vio que Ashton levantaba un brazo, indicándole que continuara trotando hasta quedar atrás de la casa.

-¡Ve a la tienda! -le gritó-. ¡Vete! ¡Saca a esa yegua de la vista!

-¡Deténganla1 -bramó Malcolm a sus hombres-. ¡A ella ya ese animal!

Lenore, aún sin saber lo que ocurría, confiaba en Ashton y lo obedeció sin dudar. Puso a la yegua a un paso más veloz, esquivando a uno de los hombres, que se cruzó frente a ella agitando los brazos en un intento de detenerla. Al ver que el otro también corría, se encolerizó un poco y cargó contra él. El hombre retrocedió a tropezones, temeroso de verse arrollado, y dilató los ojos al notar que la señora no desviaba a la yegua. ¡Si no se apartaba de inmediato, ella le pasaría por encima!

Se lanzó de cabeza hacia un lugar más seguro, tragando bastante hierba al aterrizar boca abajo.

Hickory brincaba junto a la tienda, instándola a aproximarse cuanto antes. Ella detuvo al animal bruscamente ante la puerta, y el negro, después de ayudarla a bajar, se apoderó de las riendas para conducirlo adentro.

Lenore se preguntaba si seguirlo o no cuando llegó Ashton, a todo galope, seguido por Ma!colm. De pronto, el joven se inclinó desde su caballo y arrancó al plantador de su montura. Lenore lanzó una exclamación, retrocediendo, pues ambos habían caído a! suelo, a sus pies.

Malcolm aterrizó sobre el *otro* y, de inmediato, aprovechó la ventaja de su mayor peso para inmovilizar a su adversario.

-¡Basta, Malcolm! -gritó Lenore, tirándole del brazo con que trataba de ahogar a Ashton.

El hombre, con un gruñido furioso, la arrojó contra la entrada abierta de la tienda Ese movimiento bastó para que Ashton liberara un brazo, con el que se lo quitó de encima con un solo puñetazo. Un momento después estaba de pie avanzando contra el otro, que se incorporaba sobre las rodillas.

Momentos después, Malcolm volaba hacia atrás y aterrizaba con todo su peso. Mientras parpadeaba para aclarar la vista, vio que su esposa estaba ante la entrada de la tienda, con expresión afligida. Hickory, detrás de ella, parecía igualmente inquieto. Detrás de ellos asomaba la causa de aquel enfrentamiento. Entonces tomó la decisión de hacer lo necesario para que la Yegua no volviera a provocar *otro.*

Olvidando el dolor que sentía en los ojos, buscó la pistola que había dejado caer en su primera embestida y alargó la mano hacia ella. En el momento en que alzaba el brazo, amartillándola, una sombra cayó sobre él. Nuevamente, el golpe de una bota en el brazo armado le hizo volar el arma, que al caerse se descargó violentamente. Malcolm lanzó un grito de dolor y rodó por el suelo, atormentado y apretándose un brazo.

-¡Estoy herido! --gritó-. ¡Que alguien me ayude!

Ashton se adelantó y clavó una rodilla en tierra para arrancarle las mangas de la chaqueta y la camisa. Entonces pudo ver la sangre que brotaba de un profundo surco. Mientras Lenore se aproximaba corriendo hizo un rápido estudio de la herida.

-La bala atravesó la carne -informó, despectivo- No es nada, apenas un simple rasguño. Dentro de uno o dos días estará perfectamente.

Malcolm enrojeció, apretándose un pañuelo contra la herida para ocultarla a la vista.

-Podría estar muriéndome y él diría que no es nada -protestó, fulminando a su rival con la mirada.

-Yo tenia la esperanza de que fuera grave -canturreó Ashton, levantándose para acercarse a Lenore- Lávalo, véndalo y deja que rezongue a solas. No creo que haga ningún *otro* intento de matar a la yegua, a menos que quiera tener problemas con la policía.

Malcolm se levantó trabajosamente, sin prestar atención a la mano que Lenore extendía para ayudarlo, y se marchó hacia la casa.

Ashton se acercó a examinar la pistola caída y la levantó con una sonrisa.

-¿Qué sabiduría tiene esta arma? Con infalible habilidad, ha encontrado al tonto entre nosotros.

## *CAPÍTULO 15*

Robert Somerton volvió a la casa con un invitado, hombre de edad similar y parecida afición al alcohol.

Al parecer, Samuel Evans era un artista. Ciertamente demostró bastante habilidad con la pluma, incluso aquella que Lenore había descartado por inútil. Le gustaba dibujar en el escritorio de la sala, donde disfrutaba de la compañía de Somerton, mientras relataba, con gran verbosidad, las variadas aventuras que había corrido en su vida.

Lenore se maravillaba ante su propensión a vanagloriarse, embelleciendo sus relatos. Al parecer, cuanto más bebía, más se explayaba sobre sus andanzas y más fantasiosos se tornaban los trazos de su pluma.

Era capaz de crear adornos extravagantes y largas líneas curvas, que se parecían más a una escritura ornamentada que a un dibujo. En la creación de paisajes o figuras parecía deficiente, pero era capaz de cambiar su escritura a capricho. Lenore, fascinada por su habilidad, lo miraba por encima de su hombro en tanto el escribía su propio nombre en varios estilos diferentes.

-¡Vamos! -rió Robert-. ¡Yo también puedo hacer eso.

Samuel demostró su incredulidad con un bufido.

-¡Difícil, mi buen amigo! Ni siquiera puedes escribir tu propio nombre de modo legible. ¿Cómo manejarías una pluma a tu antojo?

-¡Ya verás!

Riendo, Robert sumergió la pluma en el tintero y, con grandes floreos, la movió a lo ancho del pergamino. Al terminar estudió los resultados y los exhibió, lleno de orgullo.

-¡Ahí está! ¡Robert Somerton! Claro como el agua.

Lenore aceptó la hoja con una sonrisa divertida. Al principio sólo vio un enredo de rizos y curvas; luego frunció el ceño, extrañada, al recordar una firma similar: curiosamente, la que figuraba en el libro de su padre. No parecía posible, por supuesto. ¿Quien Iba a escribir un nombre ajeno en un libro propio?

Clavó los ojos en el anciano, intrigada. Últimamente percibía que él se estaba ablandando con respecto a ella; aunque no sabía los motivos, le gustaba ser tratada como hija digna y no como alguien sin importancia. Empero, a veces le costaba experimentar por él algo más que la mera piedad.

-A ver, Lenore -la instó él, ofreciéndole la pluma-. Muestra a este buen amigo qué linda letra tienes. Tu nombre, niña, escribe tu nombre para que vea.

Lenore aceptó la rígida pluma y se inclinó para satisfacer esa petición. Súbitamente vaciló, recorrida por un escalofrío. En los ojos de Samuel Evans había casi un destello de expectativa. No hubiera podido decir por qué, pero esa actitud despertó su aprensión. Comparar escrituras parecía algo sencillo, sin consecuencias, casi sin sentido. Al menos, así habría debido ser.

Volvió a poner la pluma en el tintero, reparando en la sorpresa del invitado, y corrió a las puertas de cristales. Acababa de oír un relincho en el patio. Era *Corazón Mío,* a quien Hickory estaba ejercitando, atada con una cuerda. La yegua pasó ante su única espectadora trotando con ligera cadencia.

-Es la yegua de Ashton -anunció la joven por encima del hombro, agradeciendo tan oportuna excusa. Si su reacción había sido una tontería, no era cuestión de ofender a los dos hombres, pero si se trataba de algo más, preferiría no darles el gusto… a menos que, ante todo, justificaran ese interés-. ¿Verdad que es hermosa?

Robert murmuró una respuesta nada comprometida, mientras volvía a llenar su copa.

-No entiendo nada de caballos.

Lenore le dirigió una mirada sorprendida. Por alguna razón, estaba segura de que su padre amaba a los caballos y era un jinete excepcional al menos en otros tiempos. Con la frente arrugada por la perplejidad, volvió a recordar el nombre del libro.

-Me gustarla saber... señor- todavía le costaba llamarlo "padre"- quién puede ser Edward Gaitling.

Robert se ahogó con un sorbo de whisky y lo despidió violentamente. Samuel Evans, al recibir la bocanada, se levantó de un salto y se limpió apresuradamente la cara y la manga, fulminando con la mirada a su amigo, que parecía tener dificultades para recobrar el aliento.

Después de muchos carraspeos, Somerton se secó la frente con un pañuelo y cayó en una silla.

-¿Por qué lo preguntas, hija? -preguntó, vacilando.

Lenore volvió a mirar hacia afuera. Sus ojos seguían con cariño a la graciosa yegua, que apenas parecía tocar el suelo con los cascos. Por fin, recordando la pregunta de su padre, lo miro por sobre el hombro.

-Vi ese nombre en tu libro de teatro y me despertó la curiosidad. Eso es todo.

-Ah... es un actor que conozco desde hace tiempo. Me...firmó el volumen después de una representación.

-O. -Esa respuesta sólo aumentaba la intriga de la muchacha-. Comprendo.

Pero frunció el ceño, recordando lo que había visto en la letra de su padre. ¿Estaría exagerando demasiado?

Robert se adelantó con una risita.

-Hablando de autógrafos, Lenore, ibas a...

Ella salió a la galería, abandonando a los hombres junto con el tema en cuestión. Desde allí bajó al prado, donde Hickory acariciaba el cuello de *Corazón Mío,* entre muchos elogios.

-¿No es una maravilla, señora Wingate? -preguntó el negro, con una gran sonrisa de dientes blancos.

Las cejas de Lenore se elevaron, llenas de sorpresa.

-Ahora soy la señora Sinclair, Hickory.

-Ah, sí, ya sé lo que dicen, señora, pero a mí me cuesta creé que una linda señora como usté se casara con un tipo como ése. -Sacudió la cabeza, entristecido-. El que quiere matá a un caballo es mala gente por adentro y por fuera.

Lenore sonrió.

-Una vez, mi padre dijo que se puede conocer a un hombre por el temperamento de su caballo...

Se interrumpió, confundida. Su padre acababa de decir que no sabía nada de caballos. ¿De dónde había sacado esa idea?

Hickory volvió a exhibir sus dientes.

-El señó Wingate tiene un caballo "precioso", señora.

Ella frotó el sedoso hocico del animal, mirando al negro.

-Le tienes cariño a ese hombre, ¿verdad, Hickory?

-Sí, señora. Por supuesto.

-También yo -suspiró ella-. En eso consiste el problema.

Hickory rió por lo bajo.

-Ya me parecía que él le gustaba, señora.

Ese comentario indujo a Lenore a preguntarse *si* sus sentimientos eran un secreto para alguien. Su voz se tornó melancólica.

-Creo que mi hermana supo elegir mejor a su marido. Otra risa suave sacudió los hombros del negro.

-Como dice el amo, señora Wingate, ya veremos, ya veremos.

El *Bruja del Río* estaba cerca del muelle, adornado con guirnaldas de flores que cubrían las tablas y lonas agregadas a su barandilla, llenando el aire de frescas fragancias. Por sus cubiertas paseaban hombres y mujeres vestidos de gala. En uno de sus salones estaba tocando una orquesta; en otro se barajaban los naipes y las apuestas.

Lenore entró del brazo de Malcolm, y todas las cabezas se volvieron hacia ellos con abierta curiosidad. Los que conocían más íntimamente al hombre de Natchez habían oído algunos rumores y tenían mucho interés en conocer a la dama que estaba provocando tal conmoción.

¡Ciertamente, no era una desilusi6n para nadie! Parecía tan apetitosa como cualquiera de los bocadillos ofrecidos en las mesas. Su pelo rojizo, recogido con suave elegancia, dejaba ver un par de pendientes de perlas, diamantes y rubíes; del cuello largo y esbelto colgaba un collar haciendo juego. Las joyas eran un obsequio reciente de Malcolm, ofrenda de paz por

haber perdido la paciencia con respecto a *Corazón Mío.* Al parecer, quería demostrarle que él también podía ser generoso.

El escote del vestido descubría unos hombros sublimes y la curva tentadora de los pechos. Malcolm parecía cautivado por el brillo de las joyas, pero no miraba tanto su regalo como aquella tentadora redondez, donde sus ojos se demoraban, cargados de admiración.

Con ella a su lado, el hombre rubio se paseaba como un pavo real con su hembra, tierno y solícito, acariciándole el brazo y estrechándole la cintura. Prodigaba sus caricias con más empeño cuando había otros presentes y ella no podía resistirse sin llamar la atención. Ante las mesas de juego, le pasó un brazo por los hombros y le rozó el seno con los dedos. Lenore se ruborizó ante aquel descuido, echando una mirada en derredor. Para alivio suyo, todo el mundo parecía más interesado en el juego que en ella.

¡Todo el mundo, menos Marelda Rousse, quien se había detenido en un extremo de la mesa, acompañada, como siempre, por Horace titch. Él, más nervioso que nunca, echaba miraditas furtivas a la concurrencia, temiendo la aparición de Ashton, que todavía no se había presentado. Marelda pareció molesta ante las caricias de Malcom, pero también divertida por el bochorno que causaban en Lenore. Cualquier angustia que afectara a la joven era una bendición para ella. Cuando los ojos verdes se dilataron, sorprendidos, al reconocerla, Marelda le dedicó una sonrisa condescendiente y un seco saludo con la cabeza. Cualquier muestra de afecto podía llevar a creer que estaba dispuesta a perdonar, cosa que no era cierta.

La velada tomó, para Lenore, un brillo más cálido cuando Ashton cruzó la puerta. Sin importarle la obvia tensión que esa presencia provocaba en las facciones de Malcolm, se llenó los ojos de él; llevaba con elegancia su chaqueta azul y su corbata de seda. Se detuvo en el umbral, buscando con la vista entre los invitados hasta descubrir- la, y detuvo en ella sus ojos de color pardo verdoso, transmitiéndole un cálido cumplido. Si el amor era una sustancia visible y palpable, eso era lo que se veía en sus ojos en ese momento. Por un breve instante, ella disfrutó de sus sentidos excitados. Lo amaba y no podía negarlo.

Malcolm, a su lado, se burló:

-Supongo que ese tonto cree poder llevarte a su camarote para mostrarte el techo.

Lenore tosió, ahogándose con el vino, y desvió el rostro ruborizado. No podía decir a Malcolm que ya había disfrutado de ese panorama, no una, sino vanas veces.

Una risita divertida volvió a atraer su atención hacia su compañero.

-Sin duda, Wingate organizó todo esto con este fin, pero no tengo intenciones de dejar que se dé el gusto. -Los ojos oscuros descendieron hacia ella-. Usted no se apartará de mi lado, señora. No he olvidado que la sorprendí besándolo en la playa. No quiero que me avergüence usted arrojándose sobre él aquí mismo.

-No tengo intenciones de arrojarme sobre nadie, Malcolm -declaró ella, secamente.

-Ah, paloma mía, ya veo que te he alborotado las plumas. Bueno. Me gustaría alborotarte otras
cosas, y lo haré si alguna vez te sorprendo con él. Lo primero será castrar a ese hombre... ante tu vista.

Lenore lo miró, llena de horror. La espantaba pensar que en algún momento debería revelarle su embarazo por obra de Ashton. Estremecida ante una caricia de Malcolm en su brazo, bajó los ojos para disimular su repugnancia.

Ashton, sorbiendo su bebida, vio correr aquella manaza por el brazo de su amada. Como no veía el rostro de la joven, no podía saber qué efecto causaba en ella ese gesto, pero la envidia lo asaeteaba. Hubiera debido ser él quien estuviera allí, junto a ella.

Notó que Marelda se acercaba a la pareja y se preguntó, distraído, qué maldades estaría planeando.

La joven morena se detuvo junto a la pareja y alargó una mano hacia Malcolm quien la tomó de inmediato, asumiendo una expresión galante.

-No creo que nos conozcamos, señor -murmuró ella, cálidamente-. Soy Marelda Rousse... -Se volvió para presentar a su acompañante-. Y el señor es Horace Titch, un gran amigo.

Malcolm rozó con los labios aquellos dedos finos. -Malcolm Sinclair, a sus órdenes, señora -declaró. Y puso una mano en la cintura de Lenore, sintiendo su brusca rigidez-. Le presento a mi esposa, Lenore Sinclair.

Los ojos de Marelda rozaron a Lenore, con una sonrisa algo burlona.

-He tenido el placer de conocer a su esposa en Belle Chene. Pero en esa época todo el mundo... es decir, casi todo el mundo, la consideraba esposa de Ashton. -La saludó con una breve inclinación de I cabeza-. Sus joyas son muy bellas, querida. Me recuerdan otras que conozco... pero ésas fueron robadas. -Dejó caer la insinuación como un guante. De inmediato ignoró a Lenore para continuar su conversación con Malcolm-. Naturalmente, yo comprendí de inmediato que ninguna mujer ahogada podía reaparecer con vida, pero Ashton estaba embobado e insistía en que ella era su esposa.

-Ese hombre suele ser imposible -replicó él, echando sobre el aludido una mirada de reojo.

-Veo que hay algún desacuerdo entre ambos. -Ante la breve señal afirmativa, Marelda rió alegremente y se encogió de hombros-. Como todo el mundo. -Y dedicó una rígida sonrisa a Lenore-. Con la posible excepción de su esposa, por supuesto. Durante un tiempo, los dos parecieron llevarse muy bien. Lo que me extraña es que usted y Ashton no hayan terminado batiéndose.

Malcolm estudió a su esposa con una ceja arqueada.

-Temo que el señor Wingate aprovechó suciamente la presencia de mi esposa en su casa, pero ella ya ha descartado cualquier idea de estar casada con él. -Los ojos oscuros recogieron la mirada dubitativa de la joven-. Es muy agradable tenerla otra vez en casa.

-Dicen que Ashton aún insiste. -Marelda miró de soslayo a Horace, muy dispuesto a recibir la menor de sus atenciones, con ojos húmedos y cálidos-. Alguien debería decirle que su presencia no es grata aquí.

Horace abrió la boca para negar cualquier posibilidad de actuar tomo portavoz de esa comunicación. Prefería evitar cualquier enfrentamiento con Ashton, pero al endurecerse los ojos de Marelda sintió que le brotaba el sudor. ¿Acaso ya no había hecho bastante por ella?

-Yo lo he intentado -declaró Malcolm, con expresión herida-. Pero ese terco se niega a escucharme. Ni siquiera atiende al padre de Lenore.

-Yo... eh... creo que no le gusta escuchar -reconoció Horace, nervioso.

-Habría que darle una lección - sugirió Marelda-. A los ciegos hay que llevarlos de la mano.

-Tampoco se deja llevar -observó Malcolm, secamente.

-Oh, vamos -le instó Marelda, notando que Lenore había perdido el color-. Ha de haber un modo de entenderse con el.

-Yo... eh... creo que voy a tomar el aire -se disculpó Horace, rápidamente.

Y se apresuró a cruzar el salón, secándose la frente sudorosa. No se oponía a que Ashton recibiera su merecido. Por el contrario, confiaba en que pronto fuera así... pero no por cuenta suya.

Al llegar a un pequeño espacio desierto, se encontró para su sor- presa con la mirada inquisitiva de Ashton.

-Buenas noches, señor Titch -saludó el plantador, por encima del borde de su copa.

Un escalofrío circuló por las venas de Horace, que inclinó la cabeza con una débil excusa:

-Tengo que encontrarme con un hombre allá afuera, para hablar de negocios.

Y huyó de aquel ambiente, súbitamente sofocante, para recostarse contra la mampara exterior, tratando de recobrar el aliento. Uno de sus miedos, cada vez mayor, era que Ashton se vengara, algún día, de todo lo que él le había hecho.

Una silueta se movió frente a él. Sin saber quién era, lanzó una exclamación de susto.

-¿El señor Titch?

Horace aflojó el cuerpo, aliviado. No era Ashton, sino el hombre que debía reunirse con él a bordo.

Dentro del salón, Lenore trataba de dominar la incomodidad que le causaba la mano de Malcolm, posada en su hombro descubierto para estrecharla contra él. Una náusea cada vez mayor se enroscaba en su interior como una fea serpiente.

Marelda lo mantenía entretenido hablando del tiempo y recordando historias de pasadas tormentas en la costa, mientras observaba el juego de aquellos dedos masculinos sobre la piel desnuda, que despertaba en ella una parecida tempestad. Le ponía los nervios de punta verlo tan interesado en su mujer. El mismo Ashton, igualmente enamorado de esa muchacha, había rechazado a Mardda fríamente, como si su cuerpo impoluto no tuviera ningún valor. La torturaba sin pie- dad que ambos desearan tanto a la pequeña buscona.

Empero, mientras continuaba conversando con Malcolm, comenzó a detectar en su sonrisa y en sus ojos una lujuria sutil, que sugería cierto interés por ella. La idea de hacerle una invitación espoleó su fantasía. Así aprendería esa esposa altanera lo que era perder a un hombre por otra mujer.

-Dígame, señor Siclair...

-Oh, por favor, no hay motivos para tanta formalidad -objetó él, con una sonrisa-. Mi nombre de pila es Malcolm. Está usted totalmente autorizada a utilizarlo.

Marelda aceptó la corrección con una leve seña de asentimiento.

-Malcolm, entonces.

-Así me gusta más -replicó-. ¿Qué iba a decirme?

-Iba a preguntarle si alguna vez ha recorrido el *Bruja del Río.* -Los ojos oscuros centellearon sobre una sonrisa provocativa-. Hay varios camarotes muy elegantes e íntimos. ¿No le gustaría verlos? Para mi sería un placer servirle de guía. y también la señora Sinclair, por supuesto. No creo que a Ashton le moleste.

Malcolm echó un vistazo a su esposa, presentándole la pregunta bajo la forma de una ceja arqueada, pero Lenore estaba tensa y había permanecido muy quieta durante toda la conversación, rogando que la náusea pasara. Por lo visto, Marelda Rousse la descomponía, literalmente.

-Disculpa, Malcolm, pero la verdad es que no me siento del todo muy bien, en estos momentos.

Lo dijo con cautela, atreviéndose apenas a respirar. El aire de la habitación parecía rancio y viciado; le costaba mantener el rostro en calma con ese calor que la sofocaba, y el estómago amenazaba con revelarse contra el vino fuerte. Ni siquiera Malcolm pudo interpretar mal la palidez de sus mejillas.

-Pero vayan ustedes, por favor -les rogó ella.

El marido inclinó la cabeza, aceptando de buen grado la sugerencia. Era evidente que estaba descompuesta, y ni siquiera Ashton Wingate podía hablarle de amor a una mujer que parecía a punto de vomitar. En cuanto a sí mismo, se divertiría un rato, iniciando posiblemente una amistad.

Cuando los dos se retiraron, Lenore se abrió paso entre la gente, lentamente, con cuidado. Su meta era la puerta más cercana, estuviera donde estuviese; no se atrevía a girar la cabeza para ver dónde estaba Ashton, pues cualquier movimiento podía ser su ruina. Cuando el aire de la noche posó en ella su cálido aliento, oyó la risa lejana de Marelda, mezclada con la grave carcajada de Malcolm, y se desvió rígidamente en dirección opuesta.

Ashton sumergió su pañuelo en un vaso de agua y cruzó tranquilamente la misma puerta, para salir a cubierta, donde se detuvo a escuchar. Creyó ver a Horace Titch, que se alejaba a tropezones por las sombras de la escalera, sin duda por no encontrarse con él. No vio rostros en cambio, de quien deseaba. Mientras se paseaba por cubierta, sus ojos escrutaron la penumbra entre lámparas, hasta detectar, al otro lado del vapor, el pálido resplandor de un vestido contra la barandilla.

Lenore estaba apoyada contra un poste; él le pasó un brazo por los hombros, sobresaltándola.

-Soy yo -la tranquilizó, en un susurro.

Lenore se dejó caer contra él, aliviada. Se sentía débil, completamente exhausta, y la maravilló la suavidad con que él le refrescó el rostro. Bajo su tierna atención, las oleadas de náusea comenzaron a ceder.

-¿Mejor? -murmuró él, al cabo de un momento.

-Creo que sí.

-¿Quieres recostarte en mi camarote?

-Oh, no. Malcolm se pondría furioso. -Lenore iba a sonreír, pero tragó saliva y esperó que pasara la oleada de repulsión antes de intentar otra sonrisa-. Creo que a Malcolm le dan miedo los paisajes que puedes mostrarme en tu camarote.

Ashton le levantó suavemente el mentón con un dedo hasta poder mirarla a los ojos. La luna ponía en ellos una multitud de estrellas, y él se perdió en esa tierna calidez.

-Has estado bebiendo -comentó ella, pues el olor alcohólico de su aliento llegaba a embriagarla-. Apostaría a que excediste el par de copas que tomas habitualmente.

-La preocupación puede impulsar a los hombres a la bebida.

-¿Qué preocupación? -preguntó ella estudiándole el rostro-. ¿Por qué estás preocupado?

-Por Malcolm -confesó él y por ver que te toca, y por saber que estás en esa casa con él todo el día, mientras yo tengo que observarte de lejos.

Unos pasos se acercaron hacia ellos. Malcolm se aproximaba con pasos largos e iracundos, sin corbata, con la camisa y el chaleco desabotonados. Por la visto, había pasado el rato muy ocupado.

-¡Algo me dijo que te hallaría haciendo de las tuyas! -Se arrojó hacia adelante para empujar a Ashton contra un poste-. ¡Oiga, maldito, quiero que deje en paz a mi mujer!

-¡Y yo quiero que usted deje en paz a la mía!

La réplica fue instantánea, y la mano ofensiva voló. Ashton no estaba de humor tolerante, esa noche.

Malcolm sacudió un enorme puño ante la nariz de su adversario.

-¡Es mía!

-Yo digo que no -se burló Ashton-; si lo prefiere, podemos arreglar el asunto esta misma noche.

En un veloz movimiento, Malcolm deslizó la mano dentro de la chaqueta y sacó un pequeño revólver. Sin prestar atención a la exclamación asustada de Lenore, lo clavó bajo el mentón de Ashton.

-No crea que puede hacerla viuda tan pronto, amigo.

Esperaba provocar, cuanto menos, la misma preocupación que había visto en su enemigo durante el episodio de la playa, pero esta vez la sonrisa tolerante no desapareció. Malcolm se preguntó, vagamente, si por las venas de ese hombre correrían los helados ríos del norte. Ansiaba hacer trizas esa imperturbable confianza, siquiera por una vez, y obligarlo a arrastrarse a sus pies. Odiaba esa compostura impasible casi tanto como a Ashton en sí.

-Vamos, mueva un solo músculo -lo animó-. Me gustaría volarte la cabeza. No me molestaría en absoluto alimentar a los peces con su cadáver.

-Tiene una testigo -le recordó Ashton, tranquilamente-, a menos que también piense deshacerse de ella.



Librodot

-Estoy seguro de que para ella será un alivio verse libre de usted -se burló el joven.

-¡Basta, Malcolm! -Lenore no podía mostrarse tan indiferente ante las amenazas como su destinatario-. ¡Por favor, guarda eso antes de que alguien salga herido!

Su miedo fue en aumento al ver que el esposo ignoraba su ruego. El pánico la obligó a mostrarse enérgica.

-Si no dejas eso, Malcolm, juro por la más sagrado que iré al camarote de Ashton y me olvidaré por completo de haber tenido algo que ver contigo.

Las cejas de Ashton se elevaron, llenas de interés. Su sonrisa torcida provocó al otro:

-Bueno, ¿cómo debe actuar la señora?

-¡Ashton! -gritó Lenore, horrorizada ante la poca atención que prestaba al peligro-. ¡Te matara!

El diminuto revólver pinchó a Ashton bajo el mentón; los dedos del enemigo apretaban convulsivamente a culata de marfil.

Malcolm deseaba desesperadamente verse libre de ese hombre, pero era mucho la que podía perder. y tratándose de cosas importantísimas, no se tenía por tonto. Aun así, lo estremecía la tentación. Hasta que se oyó un fuerte chasquido y algo pequeño, duro, Se le hundió en el vientre. Cauteloso, Malcolm bajó la mirada y dilató los *ojos:* una pistola bastante más grande se le apretaba al ombligo.

-Ya estoy harto de amenazas. Ahora estamos a la par.

Malcolm lo miró fijamente; aquellas palabras eran como puñetazo contra su pecho. ¿O era su propio corazón el que batía con tanta fuerza?

-Contaré hasta tres -informó Ashton-. Si por entonces no me ha matado, no tendrá otra oportunidad. -Con la mano libre apartó suavemente a Lenore, sin prestar atención a sus frenéticas súplicas-.

Uno... -Sus ojos centellearon cuando el revólver tembló contra su cuello-. Dos...

El arma se apartó. Con furiosa palabrota, Malcolm apretó los dientes ante la burla de aquellos ojos castaños y dio un paso atrás. Ashton guardó su propia pistola y, en cambio, sacó un largo cigarro que encendió sin prisa.

-Le sugiero que tenga cuidado con sus amenazas, desde ahora en adelante -dijo-. Alguien puede sentirse ofendido y hacerle volar esa cabeza de idiota.

A Malcolm no le gustó el consejo.

-Ya veremos qué sale de todo esto, señor Wingate.

Y tomó a Lenore del brazo para llevársela por la cubierta, dejando a Ashton muy atrás en cuestión de segundos.

El plantador los siguió a paso más lento, lamentando no tener la autorización de Lierin para quitar a Malcolm de en medio. Mientras no fuera así, sólo podía vigilar desde lejos, cosa que no era fácil ni agradable.

Malcolm se detuvo ante el salón de juego para acomodarse la ropa y fulminó a su esposa con la mirada.

-Te falta la corbata -le recordó ella, tranquilamente-. ¿Le gustó a Marelda el techo? ¿O no pudo ver mucho en tan poco tiempo? Al parecer, has llevado a cabo la seducción más rápida de la historia.

-¡Ohhhh! -gruñó Malcolm-.Justo cuando... -Pero no había palabras adecuadas para pronunciarlas delante de su esposa-. En eso se me ocurrió que... ¡Y sólo pude verte a ti... revolcándote con él!

-Marelda ha de estar desilusionada, si no terminaste lo que habías empezado.

-Lenore arqueó una ceja altanera ante esa cara contraída, que rechinaba los dientes-. Lamento muchísimo haber interrumpido tu conquista, Malcolm. Si no me equivoco, sólo te molestó la posibilidad de que yo hiciera lo mismo que tú estabas haciendo. Me parece divertido.

Él volvió a tomarla del brazo, sin mucha suavidad, y se fabricó una sonrisa para entrar en el salón de baile, arrebatándola a los compases de un vals. Giraban con movimientos

tiesos, ambos fastidiados y conscientes de haber llamado la atención. A Malcolm lo irritaba saber que ese vals no tenía la gracia fluida del que presenciara en Belle Chene. Tampoco había comentarios elogiosos por parte de los invitados.

-¿Te he dicho que estás divina? -preguntó, tratando de romper el hielo-. Eres la más hermosa de las mujeres presentes.

Lenore vio a Marelda que entraba en el salón; por su semblante enrojecido y la mirada fulminante dirigida hacia Malcolm, era obvio que no estaba muy complacida.

-Ha vuelto Marelda -informó, fríamente-, y está bastante furiosa. ¿No quieres ir a disculparte?

-Ella no me interesa. Es sólo una mujer con quien desahogarme hasta que tú cedas.

Lenore lo miró, asombrada.

-¿Cómo voy a ceder, si te comportas siempre como un gato de albañal? Mucho menos después de haberte visto con Marelda.

-¿Estás celosa? -preguntó él, sonriendo ante la idea.

-Si no me acuesto contigo, Malcolm, se debe, antes bien, al miedo. Podrías contagiarme algo indeseable.

El orgullo del joven quedó seriamente afectado.

-Eres muy fría, Lenore Sinclair.

Ella desvió la cara, recordando los tiempos en que jugaba al escondite con Ashton, en el dormitorio principal de Belle Chene. ¿Era fría, en verdad? ¿O sólo exigente con respecto a su compañero?

El brazo de Malcolm, al estrecharla por la cintura, la puso rígida. Él se inclinó para depositar un beso ligero en el hombro pálido, sabiendo que Ashton acababa de entrar. Sabía que él los estaba observando de cerca y se animaba con la posibilidad de atormentarlo.

-Si el señor Wingate insiste en seguir olfateándote, querida, creo que voy a hacerlo sufrir.

*-¿A* qué te refieres?

La preocupación era evidente en el adorable semblante levantado hacia él.

Malcolm aflojó su abrazo, permitiéndole retroceder unos centímetros. Con expresión casi provocativa, la guió por la pista.

-Es obvio que ese tunante quiere meterse bajo tus faldas, pero me perteneces y no dejaré de recordárselo. -Los dedos de su mano se movieron, acariciantes, por la espalda de Lenore, que recibió una flamígera mirada de advertencia al ponerse rígida-. Cuidado, mi amor. Si no me dejas gozar de este momento, lo pagarás caro.

-¿Pagar qué? -inquirió ella, cada vez más asustada-. ¿Qué estás tratando de hacer?

-Quiero hacerle entender a ese bufón, de una vez por todas, quién es tu marido, y voy a hacerle lamentar haber ideado esta triquiñuela. Mientras estemos a bordo de este barco, dejarás que te toque cuanto me dé la gana.

-¿Acaso existe una amenaza en tus planes? -preguntó ella, con obvio sarcasmo.

Malcolm parecía regodearse como un gato mimado.

-Hace tiempo que me mantienes lejos de tu cama, pero ya me estoy impacientando. La idea de dormir separados se me hace insoportable, y creo que es hora de reafirmar mis derechos maritales... bajaron a devorar las redondeces asomadas por el escote-. Hasta ahora me he preocupado por tu bienestar, pero si pareces estar en condiciones de aceptar las atenciones de ese hombre, ¿por qué no las mías, considerando que soy tu esposo?

Ashton apretó los dientes al ver aquella mirada libidinosa. Como pasara el camarero con una bandeja, se apoderó de una buena copa de coñac. Detestaba esos ojos entrometidos, hurgando en los pechos de la joven. Detestaba la boca que besaba su piel suave, las manos que la oprimían por la cintura. Tal vez había cometido un error al hacer que sus amigos organizaran esa velada. De momento, sólo Malcolm parecía estar disfrutando de ella.

Lenore miró a Malcolm, horrorizada por la proposición.

-.¿Quieres obligarme a que te permita manoseos frente a toda esta gente?

Una comisura de la boca gruesa se elevó en una burla sutil.

-Los otros no me importan, querida. Sólo me interesa ese idiota que insiste en llamarte Lierin.

Lenore asintió lentamente, disgustada; comenzaba a comprender su plan. No era el deseo de ella lo que lo incitaba a esas demostraciones amorosas, sino el odio y los celos inspirados por el otro.

-Y si no coopero, me impondrás tus atenciones, de todos modos. Malcolm se encogió de hombros, indolente.

-Mientras tú te acuestas en tu casto lecho y te niegas a mí, tengo que conformarme con las rameras, pero me estoy cansando de esos traseros vistosos que se retuercen debajo de mí. Quiero carne más fresca.

-De modo que, de una manera o de otra, no tengo salida -comentó ella, apreciando su situación con espanto.

-Elige lo que menos te disguste.

-Creo que ya conoces mi respuesta.

Los ojos de Malcolm se encendieron ante esa pulla, pero rió entre dientes, burlón.

-¿Crees que él puede darte más placer que yo? En ese caso, no sabes mucho de hombres.

-He olvidado mucho de eso, es cierto -replicó ella, en tono blando-. Pero vuelvo a aprender con rapidez. Y comienzo a pensar de que yo debo de haber estado muy alterada cuando me casé contigo. De lo contrario, debo haber visto en ti algo que no existía.

En ese momento se produjo un alboroto en el salón. Todo el mundo se volvió hacia el jefe Coty, quien entraba llevando a Horace Titch por el cuello de la camisa, a pesar de sus forcejeos. Todo el mundo se acercó, boquiabierto, al ver que el policía se detenía ante Ashton.

-Aquí tiene a uno de sus ladrones, señor Wingate. Lo atrapé con las manos en la masa, tratando de escapar con el resto de los piratas. Pero apresamos a varios... ya éste. .

Sacudió a Horace como la hacen los perros con las ratas, para indignación del prisionero.

-¡Pedazo de estúpido! -Horace se volvió sobre la punta de los pies, única parte de su cuerpo que llegaba al suelo-. ¡Le digo que a mí también me estaban robando! ¡Y me obligaron a acompañarlos!

-Claro, señor Titch. Y si usted tenía estas joyas en el bolsillo, era por pura casualidad. -El comisario sacó un aro de diamantes-. Encontramos a algunos de los invitados encerrados en un camarote de proa. A todos los habían asaltado. Salieron a pasear por la cubierta *y* fue entonces cuando los hombres de éste los tomaron por sorpresa. En cuestión de minutos habrían entrado aquí.

-Pero yo estuve en cubierta -comentó Lenore, llevándose una mano al cuello.

-Tuvo suerte, señora -comentó el jefe Coty, cortés-. Alguien debe de haber estado vigilándola.

-Y yo también salí -agregó Marelda, abriéndose paso.

-Marelda -rogó Horace- explícales que no tengo nada que ver con esto.

-¿Es amigo suyo, señora? -preguntó el policía.

-Si –respondió la joven, lentamente, preguntándose en que líos se estaría metiendo.

-Bueno, probablemente por eso no la asaltaron, señora. El señor Titch habrá ordenado a los malhechores que no perjudicaran a ninguno de sus amigos.

-¡Todo esto es ridículo! -declaró Horace, enfurecido.

-También yo pensé la mismo cuando el señor Wingate me pidió que vigilara, por si alguien tenía malas intenciones. Imagínese mi sorpresa cuando vimos salir a estos ladrones de sus escondites para subir a bordo. Parece que la tenían bien planeado, pero el señor Wingate ha sido más listo.

-¿Hay algún invitado herido? -preguntó Ashton, preocupado.



Librodot

-Sólo están algo conmocionados -respondió el policía, mientras señalaba otra vez a Titch con la cabeza-. Voy a poner a éste tras las rejas para hacerle algunas preguntas importantes.

-¡Díganle que me escuche! -rogó Horace, alargando los brazos en desesperada súplica-. ¡Yo no robé nada! ¡Les digo que los ladrones me pusieron ese collar en el bolsillo para culparme!

-Todo eso está muy bien, señor Titch, pero uno de los malhechores dijo que usted también era uno de ellos. Que se entrevistó con usted a bordo *y* que usted les pagó para que la hicieran.

Horace buscó una respuesta.

-No sé quién era. Lo conocí en la taberna y él me pidió que conversáramos esta noche.

-¿Qué motivos dio?

-Ninguno. -Horace se encogió de hombros-. No me dijo nada. Simplemente, me asaltó.

-Bueno, en ese caso, usted salió ganando, con ese collar en el bolsillo... Al menos, habría salido ganando de no ser atrapado.

## *CAPITULO 16*

-Lier... in... Lier... in...

Lenore, dormida, frunció el ceño y giró la cabeza en la almohada. -¿Dónde estás, Lierin? ¿Lierin? Vamos, sal de donde estés.

Estaba escondida tras un arbusto bien podado, a la sombra de la casa solariega que se levantaba detrás. Una niña pelirroja se acurrucaba a su lado, y ambas disimulaban sus risitas con la mano, en tanto los pasos se acercaban más, más...

-Lierin... Lenore... Sal... Sal de donde estés.

-Chist -advirtió a su hermana, en silencio, al ver que ella estaba a punto de estallar en una carcajada-. Si te oye nos descubrirá a las dos.

Los guijarros del camino crujían bajo los pasos vacilantes, cada vez más cerca. Al aparecer una sombra masculina, grande, en el prado cercano, ambas se apretaron contra el arbusto, esperando, casi sin respirar. La sombra desapareció al caer en la mata que las protegía. De pronto, una abeja pasó ante la nariz de las niñas, sobresaltándolas, y las dos salieron a rastras entre gritos de alarma.

-¡Ajá! -resonó la voz del hombre, con un dejo victorioso, al aparecer a grandes pasos.

Desprendida del sueño, Lenore se incorporó con una exclamación, los ojos muy abiertos por el pánico. ¡La cara del retrato! ¡Era la misma de su sueño!

-Lierin... Lierin...

Un súbito escalofrío le corrió por la espalda. Se apretó contra las almohadas, tratando de escuchar por encima del frenético latir de su corazón. Esa voz, ¿había salido de sus sueños para atormentarla?

-Lierin..-Lierin...

-¡Ashton!

El nombre se encendió en su cerebro al comprender que lo oído no formaba parte de ninguna fantasía. ¡Era Ashton! Se arrojó de la cama y abrió de par en par la puerta para salir a

la galería. Al llegar a la balaustrada buscó frenéticamente al que debía estar allí, sin duda. Pero ¿dónde? Miró a lo lejos, revisando ansiosamente los terrenos y la costa. Por fin, un ruido cercano le hizo bajar la vista. A11í, justo debajo de ella, la silueta alta se recostaba contra un poste del porche inferior.

-¡Ashton! -susurró-. ¿Qué haces ahí?

-Ah, ¡Lierin, mi reina! -llamó él, y se alejó algunos pasos para hacerle una gallarda reverencia- Por fin os he hecho salir de vuestra cámara. Mi alma desesperaba por tan largo fracaso, pero ahora tiembla al sonido de vuestra voz.

-Vete a tu casa, Ashton -le rogó ella, quejosa, temiendo lo que Malcolm pudiera hacer si lo sorprendía-. Vuelve a tu tienda y acuéstate a dormir.

-No, mi señora. -Él sacudió la cabeza, tambaleándose-. Sólo si tengo vuestro dulce y suave seno para apoyar la cabeza.

-¡Aquí está Malcolm! -le recordó ella, desesperada.

-¡Lo sé! ¡Y eso es lo que me atormenta! He maniobrado con mis alfiles lo mejor posible, pero él sigue ahí, reteniendo a mi reina.

-¡Te oirá! Por favor, vete. Si te encuentra aquí es capaz de matarte.

Ashton reflexionó un momento sobre eso y echó la cabeza atrás, con una risa sofocada.

-Que lo intente cuando guste, señora. -¡Lo hará! y tú no estás en condiciones de defenderte. -Ah, señora, no me preocupa defenderme. Es a vos a quien debo proteger. Pongo mi espada a vuestros pies, ofreciendo mis servicios… y mi brazo para protegerlos, junto con cualquier porción de mi persona que podáis necesitar. -Se adelantó un paso-. Derrotaré al arrogante enemigo que os ha capturado y luego os llevaré a vuestro lejano castillo -Moviendo un brazo en derredor, indicó la enorme tienda en donde había establecido su hogar- ¡Helo allí! Está aguardan- do vuestra presencia, mi señora.

-¡No puedo ir contigo! -susurró ella, desesperada-. y ahora vete, por favor...

-No me marcharé sin mi dama -declaró él, con firmeza. Durante un segundo mantuvo una postura de terca resolución, pero de inmediato cayó de rodillas. Quedó tendido como un muñeco de trapo, con las largas piernas bajo el cuerpo y las manos apoya- das en la hierba. Levantando la cabeza entre los hombros, gimió.

-Lierin... Lierin.. Ven a mí.

Aquella súplica atormentada destrozó el corazón de la joven, arrancándole las lágrimas. La preocupación seguía presente, pero su amor la llamaba. Sus pies descalzos volaron por la escalera. Sin parar mientes en el último peldaño, saltó al nivel inferior y salió corriendo al césped. Allí se detuvo, algo confusa, pues él había desaparecido.

¡Por completo! Echó un vistazo en derredor, buscando en el patio, iluminado por la luna, la silueta masculina que conocía tan bien.

-¿Ashton? -llamó, susurrante, mientras daba un paso cauteloso hacia un grupo de árboles, en dirección este-, Ashton, ¿dónde estás?

De pronto lanzó una exclamación al sentirse atrapada por detrás, Un brazo le rodeó la cintura, haciéndola girar en redondo, y la alzó en vilo contra un cuerpo largo y duro. Una boca ansiosa cubrió la suya, envolviéndola en la embriagadora esencia del coñac. El beso la atravesó por entero, despertando sus sentidos.

-Ashton, compórtate como debes -rogó, sin aliento, cerrando los ojos.

Pero la lava del deseo corría ya por su cuerpo y, ante el contacto audaz, viril, el hambre iba en aumento.

-Te quiero, Lierin -susurró él-. No puedo volver sin ti.

Lenore acabó por comprender que, cuanto más tiempo se resistiera a acompañarlo, mayores serían las probabilidades de que alguien disparara contra él. «lo llevaré adonde esté a salvo», pensó.

-Ashton, iré contigo -susurró, insegura, al sentir que él bajaba los labios por la abertura de la bata-. Déjame en el suelo e iré contigo

- Te llevaré en brazos.

Pero ella rió, deteniéndolo con una mano contra el pecho.

-Si lo haces, rodaremos los dos por el suelo. Estás demasiado ebrio, querido.

-Tomé algunas copas -admitió él, con aire levemente ofendido.

-Algunas! -Lenore, con una suave risa, entrelazo los dedos a los de él, en un gesto amoroso-.. Tomaste algo más que algunas copas, querido.

Le tiró suavemente del brazo y ambos avanzaron, tamba1eándose por el patio iluminado por la
luna. El trataba de detenerse con frecuencia para abrazarla, pero Lenore lo apremiaba con una dulce promesa:

-En la tienda, tesoro.

Al llegar a su destino, Ashton recogió la solapa de la tienda, cediéndole el paso. Lenore se paseó por el interior, asombrada, pues no esperaba tanto lujo; era difícil apreciarlo de una sola vez.

Ashton la miraba, con esa vacilación entre viril y aniñada, que formaba parte de su encanto. ¿Cómo negarle algo cuando miraba así? Pero era preciso... por su propio bien.

- Te amo -susurró, con una tierna sonrisa- y me quedaré un rato, pero necesito más tiempo para aclarar mis ideas.

Ashton soltó un suspiro desilusionado y asintió, a su pesar, mientras comenzaba a desvestirse. Lenore, consciente de que el espectáculo comenzaba a afectarla, desvió la mirada, bajo un profuso rubor. ¡Si él hubiera sabido cuanto la deseaba!

Ashton se quitó las botas y, con la cabeza entre las manos, tomó una actitud de intensa depresión. Aquello oprimió el corazón de Lenore, pero era necesario contenerse. Moviéndose con paso ligero, apartó el lujoso cubrecama y abrió las sábanas.

-Ven a acostarte, Ashton -imploró.

Él la miró con una pregunta muda.

-Me quedaré contigo un rato, pero después debo regresar a la casa. Ashton, con un suspiro, acabó de desvestirse y se sentó en la cama, sin más intentos de cumplir con las indicaciones. Lenore, intrigada, se acercó: él tenía los ojos cerrados y el ceño muy fruncido, como si entre las cejas le palpitara un dolor.

-¿Ashton? -susurró.

Las pestañas se levantaron abruptamente, clavando en ella una mirada directa. Luego, soltando el aliento, él se recostó contra las almohadas. Lenore sintió que le ardían las mejillas ante esa belleza de gladiador. Con abnegada compasión, acabó de quitarle los pantalones, le puso las piernas en la cama y cubrió con una sábana su desnudez. Después de apagar las lámparas, se sentó al otro lado del colchón, en la oscuridad, Con mucho cuidado, se recostó contra las almohadas, decidida a no dormir, y se dedicó a la tarea de recordar.

-Estaba la pájara pinta... La brisa del mar sacudía con su aliento la cabellera rojiza y las largas cintas que la adornaban, en una danza frenética. Mientras la hermana canturreaba por la playa, mucho más adelante, ella lanzó una risita y deslizó su mano dentro de la que le rozaba el brazo, tanto más grande. El hombre alto se agachó para montársela sobre el hombro, cosa que ella festejó con chillidos, y ambos rieron, medio sofocados, mientras él pretendía ser un caballo y galopaba detrás de la hermanita. Los dedos finos de la niña se curvaron hacia la masa de pelo oscuro, buscando seguridad a tanta altura. Supo, sin necesidad de bajar la vista, que él tenía el rostro algo cuadrado... y los ojos intensamente verdes.

Las dos muchachitas avanzaban sigilosamente por el bosque, denso y muy sombreado. La hermana, una jovencita de apenas quince años, le pidió silencio con un dedo cruzado sobre

los labios. Ambas quedaron inmóviles, buscando con la mirada. Por fin, el venado que estaban acechando levantó la cabeza, alerta, y movió las orejas para captar los ruidos a su espalda. Echó una mirada atrás, sobre Desilusionadas, las dos niñas se reunieron. Una voz familiar llamó desde el sitio en donde había crujido la ramita:

-Lenore... Lierin...

Un hombre, vestido con un traje de caza y con un largo rifle bajo el brazo, apareció entre los árboles.

-Lenore, Lierin, ¿dónde estáis?

-¿Lierin? -suspiró la voz contra su oído, antes de que unos labios calientes le rozaran la mejilla-. ¿Lierin?

-Sí -susurró ella, poniéndose de costado para acurrucarse contra el cuerpo abrigado.

-Deja que te ame, Lierin.

Las palabras se filtraron entre sus sueños. Vio una figura lejana, de pie junto a la barandilla de un barco.

-Deja que te ame, Lierin...

-Sí -balbuceó.

Vagando aún por las profundidades de la fantasía, recibió de buen grado el abrazo y se acostó. Su corazón se echó a volar ante los besos !¡ que caían sobre su seno, y entonces comprendió que no se trataba de una ilusión. Era la realidad con toda su audacia. Sacudió la cabeza, en una muda negativa, pero su movimiento se perdió en la oscuridad. Luego todo pareció perder importancia. Estaba donde tanto deseaba: ¡en su hogar!

El tiempo dejó de existir. Ambos se deslizaron más allá del presente, hacia el embriagador mundo de la felicidad.

Más tarde, ella se quedó dormida en sus brazos, con la cabeza apoyada en un hombro fuerte y el pelo rojizo suelto sobre la almohada. Ashton aspiró su dulce fragancia, sin atreverse al menor movimiento por no despertarla, pero su corazón henchido parecía incapaz de contener su generosa alegría.

Tres horas más tarde, un bramido furioso lo despertó por completo. El sol había hecho su entrada, filtrándose por la solapa abierta de su tienda, y él abrió los ojos ante una gran sombra que bloqueaba la luz. La silueta oscura se inclinó levemente para entrar. En dos pasos largos, Malcolm estuvo junto a la cama. Su rostro se contorsionó de furia al mirar a la bella que dormía apaciblemente en brazos de su enemigo. Luego fulminó con la vista al que la observaba con tanta calma.

-¡Hijo... de puta! -los labios de Malcolm se torcieron de odio.

Estiró una mano para arrebatar la sábana, pero de inmediato se encontró con la muñeca sujeta en un puño de hierro.

-Mi esposa no está adecuadamente vestida en este momento, Malcolm, y no puede recibir visitas -le informó Ashton, secamente.

-¡Su esposa!

Malcolm apartó su brazo. Le ardieron los ojos ante la mirada soñolienta de la que había provocado ese arrebato. El miedo acudió de inmediato a aquel semblante encantador, y él la estudió con aire insinuante, recorriéndola con la mirada de pies a cabeza.

La sábana parecía tentarlo con el despliegue de elevaciones y valles; no había modo de ignorar que ella estaba desnuda bajo la muselina. Una rodilla intrusa abultaba la sábana entre los muslos de ella. Tras evaluar todos los detalles, Malcolm estudió los resultados: nunca la había visto tan hermosa. Lo enfureció que fuera el otro quien la afectara de ese modo, y sus labios tomaron una expresión cáustica.

-¿Ha dormido bien, la señora?

Lenore, sin hallar respuesta que darle, desvió el rostro hacia la tierna mirada de su compañero.

-Y ahora que se ha divertido, señor Wingate, quiero que se vaya de aquí -declaró Malcolm, lleno de ponzoña-. Ya me ha hecho bastante daño. Ahora viviré en el infierno hasta ver si brota algo de su semilla.

Un profundo rubor escarlata tiñó las mejillas de Lenore, que murmuró:

-Es mejor que lo sepas, Malcolm. En el invierno tendré un hijo de Ashton.

-¡Noooo!

Malcolm se adelantó de un salto para arrancarla de la cama, haciéndola retroceder, en un gesto de terror. De pronto, con los ojos dilatados, Malcolm se encontró mirando directamente la boca de una gran pistola, apuntada a su nariz. No sabía de dónde había brotado esa arma, pero allí estaba, cubriéndole la frente de sudor.

-Le dije que, si volvía a tocarla, lo mataría. y lo dije en serio. -Ashton, con el arma amartillada dejó que la amenaza hiciera efecto, antes de mover la pistola para señalar la salida-. Y ahora váyase.

¡Ustedes dos me han engañado desde un principio! -acusó Malcolm, retrocediendo. Al ver la sonrisa dubitativa en los labios del otro, agregó-: ¡Mientras ustedes se revolcaban a gusto, yo he pasado por tonto!

-¡Yo creía que era mi esposo! -estalló Lenore, incorporándose en la cama, con la sábana contra el pecho.

-Ella es *mi* esposa -aclaró Ashton.

Esa declaración provocó más furia en la cara bronceada.

-Si ella es su esposa, ¿por qué diablos se casó conmigo?

-Eso es lo que me gustaría saber. En verdad, no entiendo cómo Lenore pudo casarse con usted.

El brazo de Malcolm apuntó a la mujer.

-¡Lenore es ella!

-Ella es Lierin -corrigió Ashton, tranquilamente.

El joven apretó los dientes, frustrado, buscando el argumento sagaz que convenciera finalmente a ese hombre. No encontró ninguno. Con un amplio gesto del brazo, ordenó a la muchacha que abandonara la cama.

-Sal de esa cama ahora mismo y ven a casa, como corresponde.

-Sería mejor que te fueras, Malcolm -respondió ella.

-¿Qué? ¡No me digas que eres tímida frente a tu marido! ¡Me dices a mí que me vaya, y dejas que él se quede a mirar todo lo que tienes!

Lenore levantó la mirada a su rostro burlón.

-Me refería a otra cosa. Creo que harías bien en hacer tus maletas y abandonar la casa... esta misma mañana.

Malcolm quedó boquiabierto y dio un paso atrás.

-¡No! ¡Yo tengo derecho a vivir allí! ¡Es él quien debe irse, no yo!

-No quiero correr el riesgo de que nos hagas algún daño. Quiero sentirme segura en mi propia casa. Me preocupo por mi bebé.

-¿Y qué me dices de él? -Las mejillas de Malcolm enrojecieron bajo la mirada burlona de su rival-. ¿Dónde va a hospedarse?

-Donde quiera -respondió Lenore, simplemente-. Pienso pedirle que me acompañe a Inglaterra. Allá tenía una niñera; estoy segura de que ella me reconocerá. Y no tiene rencores contra Ashton. Ella acabará con cualquier duda sobre mi identidad.

-¿Y si descubres que eres Lenore?

-Pasaré largo tiempo pensando en mi situación. No es muy aceptable estar casada contigo y dar a luz un hijo de otro hombre.

-¡En eso estoy de acuerdo! -se burló el joven.

Lenore paso por alto e sarcasmo.

-Sería muy difícil vivir bajo el mismo techo que tú, después de esta escena. Por eso te pido que te vayas antes de que yo vuelva.

-Si me voy ahora, volveré.

-No habrá motivos para que vuelvas, Malcolm. Si en verdad soy Lenore, todo acabó entre nosotros. Obtendré el divorcio.

-¿Para poder casarte con él? -gritó Malcolm-. ¡Leña para los chismes!

-No puedo evitar lo que diga la gente, Malcolm, pero debo pensar en el niño.

-Sí, supongo que el pobre bastardo necesita un apellido.

Ashton petrificó al hombre con una gélida mirada.

-Es tan liberal con sus insultos como con sus amenazas, Malcolm, y ambos me están cansando. –

Verificó al desgaire la carga de la pistola-. Ya es hora de que se vaya. Tengo mucho de que hablar con la señora.

El rubio los miró por última vez y, sin poder descargar su frustración, se retiró a grandes pasos hacia la casa, mascullando y haciendo planes. Todavía no había terminado con el señor Wingate.

Ashton se levantó para envolverse las caderas con una toalla y se acercó a la entrada de la tienda. Después de cerrarla, volvió a la cama.

-Volverá, tal como dijo -murmuró-. No se dará por vencido con tanta facilidad.

-No veo motivos para que vuelva. -Lenore le estudió la cara-. ¿Qué motivos puede tener?

-Muchos, y todos se refieren a ti.

Ella sonrió; los ojos le refulgían con una combinación de amor y diversión.

-Si es tan insistente como tú, que Dios nos proteja, señor Wingate. Ashton le arrojó una sonrisa.

-Yo estaba luchando por algo que deseaba desesperadamente, señora: ¡Mi reina!

Ella dejó escapar una risita.

-¿Y ahora que ganaste la partida?

Los hombros anchos se elevaron en un gesto indiferente.

-Me faltan algunas maniobras para sellar mi victoria definitiva.

-¿Aún aseguras que soy Lierin?

Él se aproximó para besarle un hombro.

-No puedo creer que las dos sean exactamente iguales.

Lenore rió, nerviosa, y se tomó de su brazo para no caer de espaldas en la cama. De inmediato olvidó la protección de la sábana, que cayó hasta su cadera, en tanto le echaba los brazos al cuello para recibir su beso apasionado, con los labios entreabiertos.

Ashton echó un vistazo al pequeño reloj que adornaba el interior de su tienda, preguntándose cuánto tardaría Lierin en regresar de la ciudad, adonde había ido con el señor Evans y su padre. Tras invitarlo a almorzar en la casa cuando volvieran de Biloxi, había recibido con risas el comentario de Ashton, en cuanto a que ella era su único alimento necesario.

Sara, después de contemplar la partida del terceto desde la entrada de la tienda, esperó a que él se despidiera y se dignara prestar atención a los libros de contabilidad. El *Brnja del Río* todavía estaba anclado ante la costa, pero a bordo del *Aguila Gris* había una actividad intensa, en tanto el capitán Meyers y la tripulación comenzaban a preparar el viaje hacia el Caribe. Sara se trasladaría a un camarote del vapor, y Ashton planeaba enviarla en él a Natchez, si todo iba bien con respecto a Lierin. Por primera vez desde que se conocieran, en la taberna, Sara se atrevió a interrogarlo sobre la mujer que amaba y cómo había llegado Lierin (o Lenore) a encontrarse en semejante situación. Ashton le contó lo que pudo y le dejó sacar sus propias conclusiones con respecto a la pelirroja. Al terminar, Sara suspiró, pensativa.

-Es horrible verse atrapada en algo tan atemorizante, sin saber si una está cuerda y es sólo una víctima de la maldad ajena... o si una está realmente loca y debe ser apartada de... todo. -Se miró las manos apretadas-. A veces me pregunto... si no me ha afectado mi propio odio, mi necesidad de venganza.

Levantó la cabeza para mirar el vado, sin ver nada dentro de la tienda.

-Veo el rostro de un hombre... y entonces pienso: ¡Lo conozco!: ¡Es el que hizo un infierno de mi vida! ¡Tomó mi nombre y lo escribió en una hoja de papel! Y entonces todo cuanto era mío pasó a ser de mi esposo, para que él hiciera con ello su voluntad, mientras me arrojaba al infierno. No tenía motivos para esperar mi fallecimiento

¡Y le divertía mantenerme viva. ¿Por qué no? Lo tenía todo con sólo mover la pluma... ¡Una pluma ajena, no la mía!

La muchacha se frotó el brazo con una mano delgada y parpadeó para alejar las lágrimas, enfrentándose a la suave mirada inquisitiva de su patrón.

-Disculpe, señor Wingate. Estoy divagando otra vez.

-No tiene por qué disculparse, Sara -murmuró Ashton, compasivo-. Creo que necesita alguien con quien hablar.

-Es cierto, señor Wingate. -Soltó un trabajoso suspiro-. Vi cómo se arruinaba mi padre... hasta acabar posiblemente asesinado, y después me encontré falsamente... encarcelada. -Levantó una mirada incierta-. No era el tipo de prisión que una imagina normalmente, señor Wingate. Era un lugar demoníaco... con cadenas y látigos... y cucarachas en la comida. Contrataron a un hombre que se ocupara de mí y no me dejara escapar... Pero lo mataron, y no sé el motivo, como no fuera que comenzara a tenerme compasión. Y ahora veo cosas que me parecen familiares... y temo lo que pueda ocurrir a otras personas... si no hablo. Pero no estoy segura de mí misma, de estar viendo lo que creo ver.

Levantó los ojos con una súplica, deseando desesperadamente que él comprendiera lo que estaba intentando decir.

-No entiende, señor Wingate? Pase demasiado tiempo allá. demasiado.

Ashton sintió que se le erizaba el vello de la nuca. No pudo hallar una respuesta adecuada. Sara la alteraba, sin que llegara a comprender el motivo. La vio azorarse ante su propia verbosidad y, para cal- mar su inquietud, le sirvió otra taza de café. Después de aclararlo con un poco de crema y un terrón de azúcar se la entregó. Su simpatía por ella se desbordó al verle los ojos llenos de lágrimas. Entonces dejó a un lado el café y le tomó ambas manos.

-Todo está bien, Sara -la tranquilizó-. He escuchado cuanto acaba de decirme... y creo que comienzo a comprender.

Ella lo miró, ansiosa.

-¿De veras, señor Wingate?

-Sí, Sara, creo que sí.

La mujer se retiró. Ashton, con inquietud creciente, consultaba el reloj con frecuencia, lamentando que Lierin tardara en regresar, y se paseaba por la tienda, nervioso. Pasó largo rato cambiándose de ropa. Después de todo, había prometido a Lierin que por la tarde pasearían a caballo.

Inquieto, se cepilló el pelo y estudió su imagen en el espejito colgado sobre el lavamanos. Aunque una cortina de tela formaba una pared detrás del cristal, ofreciéndole cierta intimidad para vestirse, el espejo estaba colgado de un poste. A poca distancia estaba la bañera, el perchero y el baúl donde guardaba su ropa.

Cuando se inclinó para tomar el sombrero dejado sobre la cubierta del baúl, algo grande y reluciente pasó junto a su hombro, fallando apenas por el grosor de un cabello. El espejo se hizo trizas en una lluvia de astillas que cayó hacia atrás.

Él giró bruscamente la cabeza para mirar, durante una fracción de segundo, la hoja brillante que ahora sobresalía del poste cubierto de tela. Los pasos rápidos de sus atacantes, a su espalda, le hicieron sacar la pistola del baúl y girar en redondo.

Antes de que pudiera utilizarla, dos cuerpos pesados se lanzaron contra él arrojándolo contra el arcón. La cortina, arrancada de sus soportes, cayó tras él.

Vio el destello maligno de otro cuchillo alzado hacia atrás, para asestar el golpe mortífero, y envolvió el brazo en la tela, utilizándolo como escudo para amortiguar el impulso de la daga.

Apenas un segundo después, un puño asestó un doloroso golpe a su flanco. Movió la culata de su pistola, alcanzando al hombre en la sien. El facineroso cayó a su lado. Aunque eso dejaba a un solo enemigo Ashton notó que otros dos estaban entrando en la tienda.

Sacó la pistola por el revoltijo de tela y cuchillo, la amartilló y apretó el gatillo, chamuscándose la pechera de la camisa con la explosión sofocada. El asesino dio un salto y cayó, con una mancha que se extendía veloz en su pecho. Por fin quedó tendido en el suelo, muerto.

Ashton dejó caer la pistola, ya inútil, y sacó la navaja de entre la tela. Por el rabillo del ojo vio que uno de sus nuevos visitantes se precipitaba contra él, con un cuchillo de hoja ancha. Lo seguía otro, a dos o tres pasos de distancia, armado con un pico de abordaje. No había dudas sobre sus intenciones. Pensaban dejarlo desangrado antes de que el sol llegara al cenit.

Al acercarse el primero, Ashton levantó el codo, golpeando al hombre en el puente de la nariz. Eso logró que se retirara, súbitamente dolorido y manando sangre por las fosas nasales. Ashton aprovechó la ventaja para enganchar con un pie el tobillo del hombre, con lo cual lo hizo caer hacia atrás, sobre su compañero. El malhechor soltó un solo grito, quedó rígido, con los brazos muy abiertos y abandonó el arma. Poco a poco, se tambaleó hacia adelante. El pico se le había clavado en la espalda, por el peso de su propio cuerpo contra la mano de su sorprendido compañero.

Ahora las posibilidades se habían nivelado. Ashton se enfrentó al último atacante, que sacó una navaja fina y larga de la bota y retrocedió. Al hacerlo, sus ojos echaron un vistazo detrás de Ashton, con un destello. Eso bastó para que el plantador recordara al primero, que sólo estaba inconsciente. Se arrojó a un lado justo cuando el malhechor se lanzaba contra su espalda. Hizo girar el cuchillo y el hombre chilló como un cerdo, herido en el costado. La herida no era profunda, pero el hombre, sangrando, corrió tambaleante al exterior.

El último atacó antes de que Ashton pudiera recobrarse. Una vez más, la tela desvió la puñalada. Ashton le asestó la empuñadura de su cuchillo en la sien y logró apartarle el brazo. Ambos cayeron al suelo, y la punta del estilete se clavó firmemente en el piso alfombrado. Con otro golpe a la mandíbula, el adversario rodó, pero su mano gruesa sujetó la empuñadura del cuchillo al levantarse del suelo. Los dos hombres caminaron en círculos, enfrentados, con las armas listas. Ashton paró con facilidad la primera puñalada, y el otro retro- cedió con una mancha roja en la parte superior de la manga.

Desde ese momento en adelante, no habría descanso para él. El plantador avanzó con su arma, más grande, poniendo a prueba todas sus defensas hasta hacerlo sudar, comprendiendo que su fin estaba a merced de un leve error. Por fin dejó caer su arma y se apretó los brazos contra el vientre. Salió a tropezones a la luz del sol, donde cayó boca abajo en la plataforma.

Ashton miró en derredor, notando por primera vez que las llamas comenzaban a ascender por el costado de la tienda. El humo ya era sofocante, y el crepitar del fuego lo hizo precipitarse hacia la entrada. Iba a salir cuando vio la boca de una pistola apuntada hacía él. Por encima, el rostro sonriente del hombre que había recibido una herida superficial. Antes de que pudiera retirarse, el arma estalló, ensordecedora, y Ashton dio un paso atrás, mientras la bala abría un sendero ardiente en sus costillas. Se apretó el costado con la mano, sintiendo la viscosidad de su propia sangre. Sofocado por el humo y con los ojos irritados, vio que el hombre reía, blandiendo una segunda pistola en la otra mano.

-¡Sal para que te mate, demonio! -bramó-. ¡O puedes quedarte y morir quemado! ¡Lo mismo me da, mientras te mueras!

Ashton, tosiendo, se apartó de la entrada, buscando su propia pistola. No estaba a la vista. Tuvo que correr al arcón, protegiéndose la cara con las manos.

No le gustaba ninguna de las posibilidades enunciadas por aquel hombre, y su intención era encontrar una distinta. Sacó su revólver del baúl y volvió a la entrada, parpadeando para aclarar la vista.

El criminal no estaba allí. Salió cautelosamente a la plataforma y, con los ojos empañados, vio que el carruaje de Lierin se detenía frente a la casa. En menos de un segundo, ella corría en su dirección. Era un alivio verla, pero él comprendió de inmediato el peligro que correría si se acercaba.

-¡Vete, vete! -gritó. Súbitamente giró en redondo. La risa loca sonaba detrás de él.

-Así que saliste -comentó el delincuente, asomando por detrás de un arbusto cercano. Apuntó la pistola al vientre de Ashton, acariciando el cañón con la otra mano-. La señora llegó justo a tiempo para ver cómo te vas. -Los ojos de cerdo bajaron a la pistola-. Me imaginé que habrías ido a buscar algo así, pero no tendrás tiempo de usarlo.

Ashton oyó un estallido y esperó la quemadura del disparo en el vientre. Cosa extraña: el dolor no llegó. Por un breve, incomprensible segundo, clavó la vista en el hombre que caía. Por fin volvió la cabeza hacia la silueta corpulenta, oscura, que se acercaba a toda carrera.

Era Hickory , armado con un mosquete. Después de mirar al muerto, elevó hacia Ashton sus grandes ojos.

-Lo iba a matá, señó -dijo, algo atónito.

-Así es, Hickory. -Ashton dejó escapar un suspiro aliviado-. Pero tú salvaste la situación.

El corazón de Lenore se había detenido, pero ahora batía atropelladamente. Venía corriendo, con las faldas recogidas para cruzar el prado. Al ver la mancha de sangre en la camisa de su amado, el miedo le oprimió el corazón. Una imagen aparecía y desaparecía en su mente: una silueta alta, de pie junto a la barandilla de cubierta. y se mezclaba con incontables impresiones, todas de Ashton. A caballo, sentado, de pie, con el ceño fruncido, sonriente: estaba allí, con sobrecogedora intensidad, llenando hasta la última fibra de su cerebro. Las ilusiones eran numerosas e imposibles de distinguir. Por fin se entrometió el recuerdo de su sueño, aquel en que contemplaba su tumba en compañía de Malcolm.

-¡Oh, Ashton, Ashton! -gritó, precipitándose en sus brazos acogedores. Él la estrechó con fuerza y le besó la cabellera, hablándole con voz tranquilizadora. De pronto Lenore lanzó una exclamación y se apartó con él, pues la tienda había estallado en nuevas llamas.

-¡Saquen los caballos de la otra tienda! -gritó Ashton. y saltó en seguimiento de Hickory , que ya corría hacia allí. Lenore levantó la mano y se quedó mirando la sangre que brillaba en su palma. Su corazón comenzó a palpitar sordamente. Todo se tornó borroso y se fue oscureciendo lentamente en derredor. La impenetrable densidad de un sudario negro se cerró sobre ella, hasta no dejar sino una oscuridad absoluta.

En la muerta vastedad, en el medio de la noche... la hora misma de las brujas, cuando bosteza el cementerio y el infierno mismo exhala su contagio al mundo...

¡*Un punto de luz iba en aumento! ¡Una llama! ¡Fuego! ¡Un hogar! Un hogar con sus utensilios. Una mano ancha aferrando el atizador, levantándolo para descargarlo sobre la cabeza de un hombre horrorizado. Una y otra vez, hasta que el hombre cae sin vida. Un hombre cubierto por un manto, que gira lentamente, levantando otra vez el atizador. Luego, un dolor caliem*te, agudo, en la espalda.

¡Correr por un pasillo oscuro! ¡Pasos pesados detrás de ella! El frío aliento del miedo jadeando contra su cuello. Una puerta que se cierra de golpe tras ella, un cerrojo corrido. ¡Descolgarse desde una ventana! ¡Correr, correr! ¡No: montar a caballo!

Un sendero estrecho, árboles que pasan como relámpagos. Y luego ¡Un incendio! El asilo donde la mujer estaba prisionera. ¡No habrá socorro allí! Una forma oscura que se alza tras ella. ¡Los bosques! ¡Árboles otra vez! ¡Más de prisa, más! ¡Saltar, girar! ¡No te sueltes! ¡No caigas, o te alcanzará!

Un campo abierto hacia adelante. ¡Escapa, salta! Un tronar de cascos atrás. ¡Una yunta que se abalanza hacia ella! ¡*Oh, no!*

Una vez más, la oscuridad... profunda, total, impenetrable.

# *CAPÍTULO 17*

Los ojos de Lenore se abrieron con un parpadeo y quedaron fijos en una cara preocupada, manchada de hollín, que se inclinaba hacia ella. Un dejo de sonrisa le afloró a los labios al levantar la mano, y Ashton se la tomó con apresurada suavidad, para depositar un beso en los finos dedos.

La mirada de la joven recorrió lentamente el interior del dormitorio; yacía, totalmente vestida, en su propia cama. Meghan estaba junto a la cabecera, mojándole la frente con un paño empapado. Robert Somerton se había instalado a los pies y parecía bastante desconcertado. Alguna imagen vaga parecía oscurecer su semblante, y Lenore parpadeó para aclarar la vista. Sin embargo, cuando volvió a fijar su atención en el anciano, un rostro diáfano volvió a distorsionar el que veía, hasta que la mandíbula tomó forma cuadrada, el pelo se tornó oscuro y los ojos, verdes. Una arruga perforó la frente de la joven; muy confusa, desvió la cara.

-¿Qué pasó? -preguntó, en un susurro áspero.

La frente de Ashton se relajó al contestar:

-Creo que te desmayaste, querida.

-Sí, señora, eso -concordó Meghan, de inmediato.

-Pero ¿cómo llegué hasta aquí?

-La trajo el señor Wingate, señora -informó la criada.

Lenore trató de levantarse de la cama, al recobrar la memoria, pero volvió a cerrar los ojos ya recostarse en las almohadas, pues el cuarto giraba vertiginosamente alrededor del lecho. Ashton le posó una mano en el hombro, instándola mudamente a descansar. Ante ese contacto, las pestañas de seda se levantaron, expresando su ansiedad:

-¿Y tu herida? ¿Es grave?

-Sólo un roce, señora -le aseguró él-. Meghan se ha ofrecido a vendármela.

Lenore emitió un suspiro tembloroso.

-Me asustaste.

-Lo siento, amor mío. No era mi intención.

-No, pero alguien la tuvo, por lo visto. ¡Ese hombre quería matarte!

-Creo que sí -admitió él-. Y lo mismo debo decir de los otros.

-¿Qué otros? -Lenore buscó ansiosamente en su cerebro hasta recordar que había visto otro cuerpo despatarrado sobre la plataforma-. ¿Eran dos? ,

-Me parece haber contado cuatro -corrigió él, tranquilamente.

-¡Cuatro! -exclamó ella, incorporándose sobre un codo-. ¿Cómo te las arreglaste para salir con vida?

-A fuerza de talento, señora. -Los ojos de color avellana centelleaban-. Al parecer, tengo cierta aptitud para la lucha.

Lenore se dejó caer en las blandas almohadas, muy seria ante esa broma.

-Oh, Ashton, todo lo tomas a broma. ¿No sabes que esos hombres hubieran podido matarte? -En aquel momento se me ocurrió.

-¿Qué querían?

-Mi corazón, si no me equivoco.

Ella lo miró con un gesto intrigado.

-¿No eran ladrones?

-Asesinos. Al parecer, los envió un hombre.

-Pero ¿quién? -La sospecha fue inmediata-. ¿Malcolm?

Robert Somerton se apresuró a intervenir, sacudiendo la cabeza en un rápido gesto negativo.

-Vamos, muchacha, no vas a echar la culpa de todo este alboroto al pobre Malcolm. Fue ese tal Titch, anoche. Malcolm me contó lo que pasó en el *Bruja del Río.* Ha sido él. Tenía muchos motivos para buscar la muerte de Wingate.

-Pero Horace está arrestado -argumentó ella.

Robert mostró las palmas, encogiéndose de hombros.

-¿Y qué? Habrá pagado a los asesinos anoche para que trabajaran. Ashton estudió al anciano por un largo instante.

-Horace jura que es inocente.

-¿Y usted le cree? -Robert soltó una breve carcajada-. Si le cree, anda mal de la cabeza.

-Digamos, simplemente, que no descarto otras posibilidades. -Ashton inclinó la cabeza, pensativo-. Lo que me asombra es que Marelda haya corrido en defensa de Horace, y qué tenía contra Malcolm para asegurar que las joyas regaladas a Lierin le habían sido robadas a una amiga suya, hace más o menos de un año. Dijo que, al verlas por primera vez, no hubiera podido asegurar que fueran las mismas, pero después de pensarlo mejor se sintió segura.

-¿Robadas? -Lenore apoyó una mano en el sitio que había ocupado el collar-. Tráelas, Meghan. Es preciso entregárselas al jefe de policía, para que pueda investigar la denuncia de Marelda.

Meghan corrió a la cómoda y, después de abrir un compartimiento secreto, se volvió con la boca abierta.

-¡No están, señora! ¡Han desaparecido!

Lenore, intrigada, frunció el ceño, sacudiendo la cabeza.

-Pero si yo misma las puse allí, anoche.

-Sí, señora, yo la vi -afirmó la mujer, igualmente perpleja.

-¿Viste entrar a alguien en mi habitación mientras yo no estaba?

-Al señor Sinclair. Vino esta mañana, temprano, pero al descubrir que usted no estaba se fue, furioso. No se quedó mucho tiempo, señora.

-¿Y no regresó?

-Bueno, eso no podría decirlo, señora. Cuando volvió de la tienda, me mandó... -Echó un vistazo hacia Somerton, como si le costara seguir hablando en su presencia-. Dijo que usted necesitaba ropa. Cuando volví de llevárselas a usted, él ya no estaba.

-¿Y los dos guardias? -insistió Lenore.

-Cuando bajé, al amanecer, estaban durmiendo en la sala, y se fueron con el señor Sinclair. Aparte del muchacho de los recados, la cocinera y yo, sólo quedan su padre y el señor Evans, que anduvieron por toda la casa hasta que usted volvió. Yo diría que cualquiera de ellos pudo haberlas tomado, señora.

-Sólo Dios sabe en qué manos están ahora. Malcolm se ha ido, pero el señor Evans volverá esta noche.

-No irán a culpar a mi amigo de este robo -declaró Robert-. Si quieren mi opinión, alguna otra persona metió la mano por aquí... Y tuvo tiempo de sobra para hacerlo mientras estábamos en la ciudad. -Echó un vistazo a Ashton, por un momento. Luego, bajo la mirada dubitativa de éste, se encogió de hombros-. Y también es posible que Horace haya enviado a sus hombres para que se encargaran de eso mientras otros malhechores distraían a Wingate.

Como anoche te pusiste esas joyas para la fiesta, estaba enterado de que las tenías. Sea como fuere, la cierto es que han desaparecido y es difícil que las podamos recobrar.

Lenore se levantó cuidadosamente y, con ayuda de Ashton, se sentó en el borde de la cama esperando que el mundo dejara de dar vueltas.

-¿Te sientes mejor ahora? -preguntó Ashton, preocupado. Ella asintió con la cabeza, cautelosamente.

-Me siento mucho mejor... pero estoy muerta de hambre. Meghan, riendo, corrió a la puerta.

-Voy a decirle a la cocinera que ya se siente mejor, señora. Usted y el señor pueden bajar cuando quieran.

Robert, a su pesar, la siguió hasta la puerta.

-Yo... eh... creo que también me voy. -Clavó su mirada interrogante en Ashton, como si no le gustara dejarlos solos-. ¿Viene, señor Wingate?

-Dentro de un momento -respondió el plantador, esperando decididamente a que el anciano se retirara y cerrara la puerta.

Robert dejó escapar un bufido despectivo.

-¿No ha causado ya bastantes dolores al venir a esta casa, que ahora quiere hacer de mi hija una cualquiera?

Ashton levantó la cabeza para clavarle una mirada desdeñosa.

-Creo que uno de nosotros debe retirarse, señor Somerton. Al parecer, no tenemos gran cosa que decirnos. El anciano miró a su hija de soslayo.

-Bueno, ya sé con quién prefieres quedarte.

La puerta se cerró tras Robert y Lenore observó a Ashton, cuyos músculos tensos reflejaban claramente la ira. Con una tierna sonrisa, le deslizó los brazos al cuello y besó su frente arrugada.

-No importa lo que diga -susurró-. Sea Lierin o Lenore, te amo.

Él se inclinó para mordisquearle una oreja.

-Estás demasiado vestida.

De pronto ella recordó algo.

-¿Y la tienda?

-Desapareció, por desgracia.

-Lástima. -La voz de Lenore sonaba débil de pena-. Era tan... cómoda.

Una sonrisa se dibujó en la boca masculina.

-Tenemos lo que la hacía cómoda, señora: nuestro amor. No necesitamos nada más que eso.

-Yo necesitaría algo de comer -bromeó ella.

Ashton comenzó a reír, pero se interrumpió con una mueca, apretándose el costado.

-No me tortures con chistes, querida.

Lenore, preocupada, apartó la camisa ensangrentada para examinar la herida.

-Hay que curar eso.

Ashton se pasó una mano por el pelo. Olía a humo.

-¡Necesito un baño!

-Eso se puede solucionar. Diré a Meghan que te haga preparar agua inmediatamente.

Él le deslizó una mano bajo las enaguas.

-¿Tiene que ser inmediatamente?

Los ojos verdes adelantaron la respuesta.

-Supongo que puede esperar unos minutos.

Ashton puso en práctica su habilidad para trabajar con botonaduras.

-Dijiste que tenías hambre.

-¿Quién piensa en comer, cuando hay cosas más divertidas? -preguntó ella, con una sonrisa coqueta.

Mucho más tarde, Lenore, recién bañada y adecuadamente vestida, abrió la puerta que daba a la buhardilla y subió la escalera. Del Á*guila Gris* habían venido varios hombres, pero después de asegurarse de que nadie había resultado herido en el incendio recibieron instrucciones de regresar al barco y de vigilar cualquier actividad extraña alrededor de la casa.

Ashton descansaba en el cuarto de Lenore, pero ella se sentía inquieta, como si algo, detrás de la muralla que cerraba su memoria, la llamara por señas.

Ahora sabía cómo había llegado a su colisión con el coche de Ashton, pero aún debía comprender lo del asesinato de ese hombre... y el atentado contra su propia vida. La asustaba pensar que alguien, cuyo rostro había visto una vez, deseaba su muerte. Si era sólo porque ella podía dar testimonio de un asesinato, ese hombre aún debía estar acechándola... y ella ignoraba su identidad.

El calor de la buhardilla puso inmediatamente un brillo de sudor en su piel, pero no pensaba pasar allí mucho tiempo. Sabía lo que buscaba: el retrato del hombre que la perseguía mentalmente cuando miraba a su padre. Retiró la cubierta de tela para contemplar aquella mandíbula cuadrada. Ya no le parecía tan severa, pues en sus sueños se había convertido en algo querido. Deslizó una mano temblorosa sobre el óleo seco y; en imágenes breves, vio una mano diminuta acariciando esa misma mandíbula. El hombre depositó un beso en la cabecita pelirroja. Lenore parpadeó, experimentando los *mismos* sentimientos cálidos que aquella niña.

-¿Robert Somerton? -susurró. Y agregó, con nueva seguridad-: Eres mi padre. Tú eres Robert Somerton.

Su corazón dio un brinco de alegría. Cegada por las lágrimas, estrechó el retrato contra sí y dio un paso hacia la trampilla... sólo para tropezar con algo grande que le bloqueaba el camino.

Era el enorme baúl que había tratado de abrir en su visita anterior. Ya había olvidado que estaba allí. Sus dedos rozaron las correas que lo cerraba; creía recordar una imagen de criados cargando el arcón en un carruaje, mientras ella, de pie junto a Malcolm a la puerta de esa misma casa, se despedía de los invitados, vestida de organdí celeste; al parecer, los estaban felicitando por la boda reciente.

Cuando la última pareja se retiró, Malcolm la tomó en sus brazos y ambos se besaron largamente antes de entrar, riendo. Mentalmente, ella vio la escalera y, después, la puerta de su dormitorio, cerrada. A través de una neblina oscura, miró su propia imagen en un espejo. Tenía los ojos algo melancólicos, no del todo felices, como si deseara un imposible. El mentón se afirmó ya los ojos verdes subió una expresión decidida. Irguió la espalda para retocar su peinado, pero en eso su corazón echó a galopar acababa de ver una silueta de pie tras la puerta de cristales, que estaba abierta.

El hombre no era apuesto, pero ella lo conocía bien: lo había visto en sus pesadillas. Pero ahora no gritaba ni estaba amenazado de muerte por el atizador. La niebla se despejó, y pudo ver que el hombre avanzaba rápidamente, rogándole con los gestos que guardara silencio.

Miró a su alrededor, nervioso, como un pequeño hurón. Por fin avanzó hacia el tocador y recogió un trozo de pergamino doblado, que le había entregado algo antes. Después de desplegarlo, se lo puso en las manos, instándola a leer. Lenore sintió el mismo fastidio que en esos momentos, pero sin saber la causa. El hombre le puso en las manos otros artículos, cada uno de los cuales aumentó su inquietud. Por fin él levantó una mano y retrocedió, instándola a seguirlo, a seguirlo...

Las pestañas de Lenore se agitaron al borrarse las imágenes, dejándole la mente clara. Miró el baúl, con la súbita certeza de que necesitaba ver su contenido. Era preciso procurarse una herramienta fuerte para hacer saltar la cerradura, y decidió que buscaría algo en cuanto hubiera reemplazado el paisaje de la chimenea por el retrato de su padre.

Bajó cautelosamente llevando la pintura y acercó una silla al hogar para cambiar los cuadros. Después de poner el paisaje fuera de la vista tomó asiento en un sillón para esperar al que se había presentado como su padre.

Apenas media hora después lo vio entrar, con la nariz metida en un libro.

-Hoy hace calor -comentó él, aflojándose la corbata-. Hasta los peces están queriendo escapar de esa caldera.

Y rió entre dientes, festejando su propio chiste. Pero su sonrisa murió de inmediato al encontrarse bajo la grave mirada de Lenore. Se alejó un poco, carraspeando, y fue a servirse una copa, con la que tomó asiento en el sofá, recostado hacia atrás. De pronto quedó petrificado. Su boca se abrió lentamente, expresando sorpresa ante el retrato.

-¡Por Dios! -exclamó, bruscamente erguido. La expresión de Lenore no había cambiado. Las facciones del anciano se nublaron. Después de tragar una buena cantidad de whisky, se pasó una mano por la boca.

-¿Puede decirme una sola cosa? -pidió ella, en voz baja.

El tomó otro sorbo.

-¿Qué deseas saber, niña?

-¿Quién es usted?

Él brincó en el asiento, agitado.

-¿A que te refieres hija?

-No creo ser…

-¿No crees ser que?

El parecía perplejo.

-*Su* hija -completó Lenore, tranquilamente.

El la miró atónito.

-¡Caramba, claro que lo eres!

Ella respondió con un lento ademán de negativa.

-No, no lo creo.

-¿Qué es esto? ¿Otra pérdida de memoria? -preguntó él, casi furioso. Y soltó una risa breve, desdeñosa-: Creo que ya hemos pasado por esto.

-Sí -concedió ella-. Pero ahora comienzo a ver las cosas con claridad. -Levantó la mano para señalar el retrato, pero él bajó la cabeza, como si lo avergonzara contemplarlo-. Mi padre es éste.

-¡Pero por Dios, muchacha, has perdido la cabeza! -acusó él.

-¿No será que comienzo a recobrarla?

-¡No sé a qué te refieres! -El anciano se levantó de un salto para pasearse, inquieto-. ¿Qué bicho te ha picado? Ese maldito Wingate viene a esta casa y tú, de pronto, expulsas a todos los que te aman...

-El nombre que figuraba en su libro de teatro... es el suyo, ¿verdad? Edward Gaitling, actor shakesperiano.

El anciano, gimiendo, se retorció las manos.

-¿Por qué me atormentas así, niña? ¿No sabes que te quiero?

-¿Sí? -el tono de Lenore era dubitativo.

-¡Por supuesto! ¡Soy tu padre! ¿Cómo no amar a mi hija?

Lenore se levantó de un salto, furiosa.

-¡Basta! ¡Usted no es mi padre! Es Edward Gaitling. No hay más motivos para que siga fingiendo. -Señaló el retrato una vez más-. Mi padre es ése. ¡Ese es Robert Somerton! ¡Y quiero saber quién soy yo! Si en verdad soy Lenore Sinclair, ¿qué necesidad había de toda esta farsa?

Edward Gaitling abrió los ojos, sorprendido.

-Oh, pero sí eres Lenore, en verdad, y Malcolm es tu esposo.

Ella sacudió la cabeza, en dolorosa confusión. Había albergado la esperanza de que la respuesta fuera distinta.

-Entonces, ¿a qué toda esta comedia? ¿Por qué se ha presentado como mi padre?

-¿No te das cuenta, muchacha? -Él se acercó con la mano tendida, en una súplica-. Estabas en la casa de Wingate, convencida de ser Lierin y de estar casada con él, junto a un hombre que declaraba con toda energía ser tu marido. Necesitabas algo más que la palabra de Malcolm para equilibrar las cosas.

-¿Y por qué no pudo ser mi verdadero padre el que lo hiciera?

-Porque está en Inglaterra, hija, y Malcolm temía lo que pudiera pasar entre ese hombre y tú. Para cuando tu padre llegara... ¡Por Dios, hasta podías haber tenido un hijo!

Esa exageración la horrorizó interiormente. En esa ocasión fue ella la que se retorció las manos.

-Y Malcolm lo contrató para que actuara ante mí. Edward Gaitling parecía no soportar más. -Creo... que así fueron las cosas.

-Parece muy leal a Malcolm -comentó ella, distante-. ¿Cuánto hace que se conocen?

Edward echó otro buen trago y bajó la copa sosteniéndola con ambas manos.

-Nos conocemos desde hace mucho tiempo.

-¿Desde antes de que nos casáramos?

-Yo... eh... estuve lejos... mucho tiempo.

-¿Y no se le informó del casamiento?

-No... no puedo decirte nada sobre esto.

-Recuerdo una parte.

Él levantó la cabeza.

-¿Sí? Creía que... no te acordabas bien.

Una sonrisa irónica pasó por los labios de la joven.

-Le dije que estoy comenzando a recordar.

El anciano arrugó el ceño y bajó apresuradamente la vista.

-Malcolm se alegrará mucho.

-En verdad, no creo.

-¿Eh?

-Aun si yo recobrara toda mi memoria, eso no cambiaría nada entre nosotros. No sé exactamente por qué me casé con é1... pero lo que pueda haber existido entre ambos ya no existe.

Edward encorvó la espalda y soltó un suspiro.

-Pobre Malcolm. Te ama, ¿sabes?

-No estoy muy segura de eso, pero no importa. Ya estoy decidida.

-¿Volverás a Natchez con ese Wingate?

-No veo por qué tengo que revelarle mis planes.

-Lenore soltó el aliento, y dijo, cortante-: Me gustaría que se retirara de esta casa cuanto antes. Ya no hay ningún motivo para que se quede.

Edward Gaitling la miró, sorprendido, para acabar con un gesto de desconcierto. Dejó su copa, con un desganado ademán de asentimiento, y avanzó hacia la puerta. Después de echarle una última mirada, subió lentamente a su cuarto. Lenore oyó sus pasos en la escalera y, un momento después, el ruido de su puerta al cerrarse.

Sacudió la cabeza, tratando de rechazar los pensamientos que la acosaban, pero no pudo. Tuvo que cederles el paso. ¿Tenía derecho a ocupar el lugar de su hermana? ¿A aprovechar la devoción de Ashton por otra mujer? Él le había asegurado que la amaría, fuera Lierin o Lenore, pero ¿era cierto? ¿No estaba acaso demasiado dispuesto, después de la tragedia, a aceptar cualquier facsímil disponible? y ¿no se aprovechaba ella de ese amor para llenar cierto vacío propio?

Con un gemido interior, aceptó el peso de la culpa. Edward Gaitling le había aplicado un calificativo: ¡una cualquiera! ¡La amante de su cuñado! ¡Una adúltera!

Un frío deprimente le apretó el estómago. Al presentir que el anciano actor no era su padre, había concebido la esperanza de no ser Lenore. Aún así, si reconocía los hechos, debía



Librodot

aceptar como ciertos sus recuerdos de la boda con Malcolm. El vestido celeste... los invitados... el baúl...

Levantó la cabeza. Sentía la urgente necesidad de ver qué contenía ese baúl, y se dedicó a buscar unas tenazas y un martillo. Con ellos en la mano, tomó el paisaje y volvió a la buhardilla.

Ya avanzada la tarde, el calor era allí casi insoportable, pero atacó la cerradura con feroz decisión... Por fin logró desprenderla y se apresuró a levantar la tapa.

Su vista cayó sobre una bandeja vacía, y en un destello su memoria la llenó con pertenencias bien ordenadas. Recordaba sus vestidos puestos bajo el compartimiento de madera. Casi con ansiedad, levantó la bandeja y la apartó. Allí se interrumpían las imágenes... repentinamente. El fondo sólo estaba lleno de piedras grandes.

Clavó la vista en ellas, súbitamente insegura de sí misma, muy intrigada. Iba a apartarse cuando un olor extraño, desagradable y dulzón, le llegó a la nariz. Algo podrido. Sus ojos se dilataron poco a poco al posarse en las manchas pardo-rojizas que cubrían el tapizado interior.

Retrocedió con una exclamación ahogada y se golpeó la cabeza en una viga. El estómago le dio un vuelco, obligándola a cubrirse la boca con una mano temblorosa. Con la cara ladeada, para evitar cualquier posibilidad de volver a ver aquello, apretó la frente contra las vigas inclinadas. Un escalofrío le corrió por la espalda, y tuvo que cerrar los ojos con fuerza para impedir que la asaltara la pesadilla amenazante.

-No, no -gimió angustiada, pues el atizador se levantaba una vez más y descendía con crueldad homicida.

No quería ver más, pero el horror era implacable y se le filtró en el cerebro, sin dejarle ver más que i sangre! Su mente gritaba ante el horror presenciado. Por fin... la silueta alta, ancha de hombros, giró lentamente, con el manto arremolinado. El rostro estaba enfurecido, con los ojos flamígeros y la boca torcida. ¡Y ella conocía bien ese semblante!

-¡Malcolm! -exclamó, abriendo los ojos.

-¡Grandísima zorra! -bramó su voz, desde la escalera. Aunque ella giró en redondo para escapar, la tuvo inmediatamente detrás de sí, apretándole el brazo con una fuerza cruel. La tomó por el cabello para sacudirle la cabeza hasta que a ella se le nubló la vista. Luego se la torció hasta que estuvo a punto de romperle el cuello. Un dolor agudo cruzó la cabeza de la muchacha, pero apretó los dientes, decidida a no gemir, a no pedir misericordia.

-¡Tú lo mataste! -acusó, entre los dientes apretados-. ¡Lo mataste y ocultaste su cadáver en mi baúl, para deshacerte de él!

-Hiciste mal en irte con él -graznó la voz, cerca de su oído-. Hiciste mal en escucharlo. Yo te esperaba abajo. Esperé y esperé. Era hora de tomar el barco para ir a Europa, pero tú no bajabas. En eso vino el cochero, corriendo, y dijo que alguien había robado el carruaje después de golpearlo en la cabeza. Cuando subí al piso de arriba, ya no estabas.

-¿Y cómo supiste adónde había ido?

Malcolm rió sin humor.

-Por la nota que te dejó ese hijo de puta. La olvidaste sobre tu tocador. Así me enteré de quién había estado aquí y adónde te había llevado a Natchez, a hablar con su hermana, para darte pruebas de lo que decía... y para lograr la liberación de ella mediante tu testimonio. -La risa breve se cargó de desprecio-. ¡Sara, otra zorra! Ella tampoco confiaba en mí... pero me amaba. ¡Tú, en cambio, sólo deseas a ese demonio de Wingate!

-¡Bígamo! ¡Asesino! Él le giró la cabeza para mirarla con ojos llameantes.

-No tienes por qué ponerte celosa, linda. Yo me encargué de ella. Ya no es más que unas cuantas cenizas.

-¿Tú incendiaste el manicomio? -interrogó Lenore, horrorizada ante los extremos a que él podía llegar para alcanzar sus fines.

-Soy muy hábil para provocar incendios, querida -se jactó él-. Y me gusta hacerlos bien. Cada vez que contrato a alguien para que me haga un servicio parecido, me falla. Como

ocurrió con los depósitos de Wingate, por ejemplo. Era una buena argucia para alejarlo de Belle Chene, a fin de presionarte a obrar según lo correcto. Pero debían arder todos los cobertizos y la culpa recaería sobre Horace Titch.

El muro se derrumbaba poco a poco; sus anchas fisuras comenzaban a permitir filtraciones de horror.

-Hiciste internar a Sara después de que nos conocimos, cuando el hermano todavía estaba en el extranjero y yo en Inglaterra. No sé por qué maligno desvío mental elegiste Natchez... ni por qué no la mataste.

-Había ganado la simpatía de los abogados de la familia por todas las molestias que me causó la necesidad de internarla. Hubiera sido una estupidez despertar sospechas, sobre todo porque, si se investigaba el accidente que había causado la muerte de su padre, yo me habría visto complicado. Como los abogados estaban dispuestos a creer que su hermano no retornaría jamás, dejaron en mis manos todo lo que yo necesitaba. Me desilusionó descubrir que la fortuna familiar podía agotarse tan pronto. Acababa de apoderarme de otros ingresos cuando vino el hermano... y te apartó de mí.

-Apenas habíamos llegado a Natchez y estábamos planeando una visita a Sara, al día siguiente. ¿Cómo te las arreglaste para disponer todo tan de prisa?

-Cometisteis el error de viajar en coche por tierra, querida mía. Yo partí inmediatamente en barco y subí por el Mississippi. Teníais que dar descanso a los caballos y pasar la noche en alojamientos; a mí nada me demoró. -Malcolm aflojó la mano que ceñía el brazo de la muchacha y se lo acarició, murmurándole al oído-: Hiciste mal al entrar en su cuarto en ese momento.

-Oí una discusión...

-Sí, y tu curiosidad estuvo a punto de llevarte a la tumba, amor mío. Yo no podía dejar con vida a un testigo de un asesinato cometido por mí, por mucho que me gustara. -La mano acariciante se posó en un pecho, haciéndola estremecer-. Habría sido muy fácil, si me hubieras permitido retirar secretamente el cadáver. Así habrías pensado que el hombre había desaparecido y que sólo te había jugado una mala pasada. Tampoco habrías podido hacer preguntas en el manicomio, después del incendio.

-En verdad, no comprendo cómo te funciona la cabeza, Malcolm -dijo ella, sorprendida-. ¿Piensas, francamente, que puedes seguir viviendo con tanta maldad?

-Soy muy ambicioso, querida... y la inteligencia me permite conseguir cuanto deseo.

-Si te crees tan inteligente, dime por qué llenaste mi baúl de piedras y lo dejaste aquí, donde cualquiera pudiese encontrarlo. ¿Por qué no lo arrojaste al río?

-Oh, no podía. Al menos, mientras el cochero me vigilara tanto. Me ayudó a sacarlo de la taberna e insistía en hacerse cargo personalmente del equipaje... aun cuando llegamos aquí. Yo no quería que los criados lo abrieran, de modo que me hice ayudar por él hasta traerlo aquí. Detrás de una puerta cerrada con llave no podría pasarle nada.

-Pero el cuerpo... ¿cuándo te deshiciste de él? -La primera noche que nos detuvimos en la ruta. Tuve que sacarlo subrepticiamente de la taberna y dejarlo en los bosques. Luego llené el baúl con piedras, para que el cochero no sospechara. No imaginas cuánto lamenté que te fueras sin nuestro cochero.

-¡Contratado por ti! -protestó ella-. Aun si hubiera consentido en llevarnos, habría dejado tantas huellas que nos habrías encontrado.

Malcolm se vanaglorió:

-Es una bendición contar con la lealtad de mis hombres.

-¡Asesinos, ladrones y violadores!

Él rió ante esa ira creciente.

-Tengo que permitirles algunos placeres, de vez en cuando.

-¿Por qué no dejaste que se apoderaran de mí? ¿Por qué fingiste que me rescatabas de ellos?

-Ah... , querida -suspiró el joven-, hay ciertos placeres que uno quiere reservar para sí mismo.

-Hubieras podido forzarme. ¿Por qué insististe en cortejarme y pedir mi mano?

-No me conformaba con migajas: lo quería todo. La primera vez que te vi me intrigó tu belleza. Cuando hice algunas averiguaciones te volviste más deseable. Creía haberte perdido... y de pronto, para júbilo mío, descubrí que mis hombres te habían tomado prisionera. Tenían proyectado pedir un rescate por ti, pero antes acordaron pasarte de mano en mano.

-Y fue entonces cuando peleaste con ellos.

-Tenía que darle visos de realidad, ¿comprendes? Cuando te entregué a tu padre, sana y salva... me convertí en un héroe. -Las cejas de Malcolm descendieron súbitamente-. Pero aun entonces te negaste a mí... y me pareció que había fracasado. Me vi rechazado, pero mis esperanzas volvieron a crecer cuando te radicaste en Biloxi. -Los dedos volvieron a apretarle el brazo; la muchacha hizo una mueca de dolor que agradó a Malcolm-. Todavía te hacías la difícil. Estabas dedicada a llorar por tu marido.

-¡Sí! Y nunca debí dejar que vencieras mi resistencia. Me habría ahorrado muchos tormentos. -Lenore resistió las punzadas de miedo, ante la mano que la acariciaba el cuello, como estudiando su extinción-. Si vas a matarme, Malcolm, acabemos de una vez. No hay nada que te lo impida.

-Ah, claro que sí, querida. -Él rió, divertido-. Por eso me casé contigo. Tu vasta fortuna me vendría de perillas. Tengo todos los documentos necesarios para probar que estamos casados. Con ellos tendré derechos sobre todo lo tuyo. Hasta hay un testamento...

-¡Nunca firmé nada!

-No hacía falta, querida. Samuel Evans es muy hábil en lo suyo, y puede perfectamente poner tu firma donde haga falta. Ya ha redactado los documentos con todos los visos de legalidad. Caramba, nadie ha notado, siquiera, el retoque a nuestra acta matrimonial. No podía permitir que ese demonio de Wingate averiguara cuándo nos habíamos casado.

-A pesar de todos tus planes, Malcolm, no conseguirás nada. Si muero, todo lo que tengo, con excepción de esta casa, vuelve a mi padre. Es suyo, y suyo seguirá siendo.

Malcolm la miró con una sonrisa presumida.

-Ya me he ocupado de eso. A estas alturas, el hombre que envié a cumplir con esa tarea ya la habrá llevado a cabo. Pronto se anunciará el fallecimiento de tu padre.

-¡Nooo! -gimió ella, cayendo contra él, sin fuerzas.

-Vamos, vamos, querida. No hay por qué llorar. Tu padre está en Inglaterra; tú, aquí; casi puedes fingir que está con vida. Sólo espero la noticia de su muerte para comenzar a cobrar, pues la ley indica que yo herede todo cuanto él te deje. Pero si tienes imaginación, puedes pensar que aún está vivo.

Ella, cautelosa, giró la cabeza.

-¿Qué piensas hacer conmigo?

-Oh, te mantendré aquí por un tiempo, sólo para asegurarme de que no pase nada con respecto a la herencia de tu padre. No quiero que Wingate se entrometa en esto. Conozco un pequeño manicomio, junto al río, donde estarás a salvo... hasta que dejes de serme útil.

-¿Y después? ¿Incendiarás ése también?

-Tal vez. Así es más fácil.

-¿Y no te importa a cuántos mates para aniquilarme?

-Esa pobre gente está mejor muerta que viva.

-No todo el mundo está de acuerdo contigo, Malcolm.

-Lo sé. El guardia de Sara me descubrió y trató de detenerme. Lo maté en la cocina; después arrastré el cuerpo hasta la casa para que se quemara. Claro que, de todos modos, ya tenía decidida su muerte.

-Eres malvado, Malcolm -le acusó ella-. Engendro de Satán. Ya cansado de la discusión, Malcolm la arrastró consigo.

-Vamos. Quiero ver dónde está tu amante.

-¿Amante?

El genio de la muchacha volvió a arder.

-Eso no importa Quiero ver la cara de Wingare cuando yo amenace con hacerte volar la cabeza

Ella luchó con súbita desesperación, pero era difícil no prestar atención al revólver apretado bajo su mentón.

-Si crees que no puedo utilizar esto, te equivocas. Samuel Evans lleva ya algún tiempo abajando para mi y hace todo lo que le pida. Podría redactar una nota explicando por qué te quitaste la vida.

La arrastró hasta la escalera y, ciñéndole la cintura con un brazo, la llevó en vilo Ella no se atrevía a forcejear, pues estaba suspendida sobre los escalones y él parecía complacerse en amenazarla con dejarla caer.

Ante la puerta inferior, Malcolm se detuvo y le acercó la boca al oído.

-¿Dónde está tu amante?

El corazón de Lenore temblaba en su pecho.

-Seria una tonta si te lo dijera.

-No importa -dijo él, sin dejarse afectar por esa falta de cooperación- Me lo dirá mi padre

-¡Tu padre? -Ella trató de verle la cara, pero no pudo -¿Quién es?

-El borracho -se burló él.

-¿Edward Gaitling... es tu padre?

El asombro de la muchacha era absoluto.

-Aunque no esté muy orgulloso de él, es el único de que dispongo.

-¿y sabe de tus actividades?

-De muchas, supongo. Hay algunas que no aprueba, pero tiene mucho que pagar. Abandonó a mi madre cuando yo era apenas un muchachito. Sólo después de su muerte, cuando yo era ya un hombre, vino a pedirme perdón. Desde entonces ha estado tratando de purgar sus pecados.

-¿Cometiendo otros? -La breve risa de la joven reveló su desprecio-. No me extraña que beba tanto. Hace falta mucho alcohol para acallarle la conciencia.

-¡Bah, es remilgado! Vuelve la espalda, haciendo ver que ignora lo que pasa aquí. Todavía tiene sus dudas sobre lo de Mary , pero sabe que nos oyó hablar. Yo me limité a aceptar la necesidad de eliminarla, pero le hice las cosas placenteras hasta el final.

Su cautiva se estremeció de asco. Nunca había conocido un hombre tan maligno y depravado. Si alguien merecía estar prisionero en un manicomio, ése era él, pues sus crímenes llegaban mucho más allá de las divagaciones de esas pobres almas.

Malcolm abrió la puerta y salió al pasillo, llevándola como si fuera una muñeca. Unos pasos apresurados resonaron por el corredor de la planta baja. La voz de Meghan ascendía en una canción sin palabras. Malcolm gruñó a modo de advertencia y le apretó la cintura con un brazo. Ella tiró de su manga, tratando de liberarse, pues dudaba que sus huesos pudieran resistir tanta presión.

-De cualquier modo voy a hallarlo -susurró él-. Harías mejor en decirme dónde está Wingate.

-En mi dormitorio -jadeó ella, atormentada.

-Qué comodidad, tener el amante en la cama hasta que una esté dispuesta... Ella se negó a responder a ese comentario. Malcolm aflojó la presión de su brazo para permitirle respirar, pero la pistola volvió a clavarse en su mentón, manteniéndola en silencio, en tanto avanzaban silenciosamente por el pasillo, hasta las habitaciones de la muchacha. La puerta estaba cerrada. Él la puso en el suelo ante la puerta, pero la aprisionó allí con su propio cuerpo.

-Estaré bien detrás de ti -le susurró al oído-. Si haces el menor movimiento por escaparte, tú o él recibirán un balazo. ¿Me entiendes?

Ella respondió con una vacilante inclinación de cabeza. -Ahora abre... con mucho cuidado.

La mano de la muchacha temblaba al cerrarse en torno del pomo. Con el corazón desbocado, empujó la puerta hacia adentro, avanzando cautelosamente.

Ashton yacía de costado, frente a la puerta. Esta durmiendo, pero al entrar ella abrió los ojos y sonrió, soñoliento. De inmediato vio el destello del arma junto a su hombro y la silueta corpulenta que la seguía. Sin aguardar explicación, se arrojó de cabeza hacia el banco puesto a los pies de la cama, donde había dejado su propio revólver bajo la ropa, sin preocuparse por su desnudez.

-¡La mataré! -advirtió Malcolm, hundiendo en el cuello de la muchacha la boca de su pistola-. ¡Le juro que la mato! -dejó que el otro digiriera su amenaza por un momento-. Ahora, con cuidado, saque el arma que buscaba y deslícela por el suelo hacia mí. Si hace un solo movimiento innecesario, será ella quien pague. Y si cree que no soy capaz de matarla, ella le dirá a cuántos he eliminado ya.

La mirada de Ashton buscó la de la muchacha y leyó en ellos la aflicción; supo entonces que debían vérselas con un hombre peligroso. Siguiendo las instrucciones, retiró la pistola de entre *sus* ropas y, poniéndose de pie, la puso sobre la alfombra para darle un pequeño empujón.

Malcolm tomó la fina muñeca de su cautiva y le clavó otra vez la pistola.

-Recógela por el cañón y entrégamela, con la culata hacia mí. -Sonrió de placer al guardar el arma en su bolsillo-. Es extraño que los dos hayáis llegado a respetarme tanto. Parece que estáis aprendiendo. -Apoyó el brazo en los hombros de su rehén y apuntó a Ashton con la pistola-. Permitiré que se ponga los pantalones; a mi esposa le debe de gustar así, pero no es cuestión de escandalizar a Meghan. Mis hombres me habrían ahorrado mucho trabajo si hubieran sabido encargarse de usted desde un principio.

-¿Qué está planeando? -preguntó Ashton, ásperamente, mientras se ponía los pantalones.

-Si quiere saberlo, Wingate, voy a llevarlo abajo. Allí esperaremos a que llegue el resto de mis hombres. Les he dicho que tengan cuida- do al entrar. No quiero que los de su barco sospechen nuestras actividades.

-¿Y cuando lleguen sus hombres? Ashton pasó la otra pierna y comenzó a abrocharse. -Entonces seremos suficientes para tratar con usted a mi antojo. Prometí a Lenore que, si alguna vez los sorprendía juntos, me encargaría de castrarlo...

-¡Nooooo! El grito surgió en un gemido asustado. Una vez más, la mujer luchó contra el brazo que la retenía.

-Sé cuánto aprecias esa parte de él, querida, pero hiciste mal en engañarme con él.

-¡Engañarte! -Ella se retorció, enfurecida. Aunque el brazo volvió a apretarle dolorosamente las costillas, no se quedó quieta. Ashton se adelantó, con un gruñido, pero el arma giró en su dirección, obligándolo a detenerse. La muchacha lanzó un grito asustado-. ¡No! No le hagas daño. Haré lo que quieras, pero no le hagas daño... por favor.

-Es conmovedor ver cómo te preocupas por él, querida -observó Malcolm, con voz llena de desdén-. Podrías haber hecho lo mismo por mí mientras tuviste la oportunidad, y ahora tendrías menos problemas.

-¿Acaso tú te preocupabas por mí cuando me llenabas de mentiras? -Fue sólo un pequeño detalle de bigamia -se disculpó Malcolm, tranquilamente-. Pero Sara ya ha muerto y, en cuanto a lo otro, lo arreglaremos dentro de muy poco tiempo.

Los ojos verdes se elevaron hacia la mirada sorprendida de Ashton. Sollozando, explicó:

-Malcolm ya estaba casado cuando contrajimos matrimonio. Había puesto a su esposa en el manicomio; después le prendió fuego para deshacerse de ella.

Las cejas oscuras se elevaron, asombradas.

Entonces usted es el marido de Sara -caviló Ashton, en voz alta -. Lo que ella veía aquí no era imaginación suya.

Malcolm frunció el ceño.

-¿De dónde conoce a Sara?

Los hombros anchos se elevaron, indolentes.

-Usted no la mató. Ahora trabaja para mí.

-¡La muy perra! -Malcolm mostró los dientes-. ¡Siempre me dio problemas!

-Si alguna vez le pone la mano encima, Malcolm, todos los problemas que le haya dado antes serán cosa de nada. No le gustó mucho esa temporada en el asilo.

Los labios gruesos se torcieron, sardónicos.

-A ésta tampoco le gustará.

Ashton volvió su atención a su amada, leyendo el miedo en sus ojos. En ese momento no podía decir ni hacer nada por consolarla.

-Cuando baje, Wingate, camine delante de nosotros -indicó Malcolm-. Ya imagina lo que será de su amante si desaparece de mi vista 0 hace cualquier movimiento súbito.

-¿Piensa tenemos como rehenes a la vista de los criados y de su suegro?

-Ashton, ese hombre no es mi padre. -Ella se limpió las lágrimas que le corrían por las mejillas-. Es el padre de Malcolm.

-Sí -asintió el joven-. Ya esta altura ya tendrá bien encerrados a los otros criados. -Cruzó el cuarto con su carga e indicó a Ashton que saliera-. Vamos. Y ándese con cuidado, si le interesa esta pelirroja.

Ashton caminó tranquilamente delante del hombre, mirando de vez en cuando atrás, para saber cómo estaba Lierin. Como antes, Malcolm la llevaba en un brazo, con el arma lista en la otra mano. Cuando los dos llegaron al vestíbulo inferior, Ashton ya estaba junto al sofá. Allí se detuvo, ante una orden del joven, y giró hacia la puerta.

-Date prisa -exclamó el rubio, por encima del hombro, dirigiéndose a Edward Gaitling que aparecía con un largo trozo de cuerda-. Ata a Wingate, y que sea pronto. Basta de errores.

Ashton miró directamente a los ojos enrojecidos del actor, pero Edward bajó la mirada con súbita prisa y colocándose detrás del plantador, le ató los brazos a la espalda con varias vueltas de soga y tres nudos firmes.

-Los tobillos también -ordenó Malcolm-. No quiero que el maldito me patee.

Edward empujó a Ashton contra el sofá y le advirtió: -Ya sabe que de nada le servirá atacarme.

Malcolm se burló de esos débiles intentos de someter al hombre por la lógica.

-Wingate sabe que, si intenta cualquier cosa, Lenore morirá. Ahora haz lo que te dije

Unos pasos lentos resonaron en la parte trasera de la casa Todos los presentes se detuvieron a escuchar. Malcolm, conteniendo el aliento. Dos siluetas corpulentas asomaron por la puerta de la sala. Uno de los hombres era pelirrojo y llevaba un par de pistolas al cinto El otro, un rifle de caza y un cuchillo envainado; una masa de pelo negro le rozaba los hombros. Malcolm los reconoció con un suspiro de alivio.

A Ashton se le erizaron los cabellos de la nuca al reconocer al segundo malhechor.

-¿Éstos son sus hombres?

El joven indicó a sus dos cómplices que se acomodaran, uno ante la puerta del vestíbulo, el otro junto a las puertas de cristales. Por fin se dignó contestar a Ashton.

-¿Le importa?

Ashton señaló con la cabeza al más pequeño de los gigantes.

-Ese abordó mi barco durante un ataque de los piratas. Es el que me disparó después de que Lierin cayera por la borda Malcolm soltó una breve carcajada

-Y pronto tendrá su segunda oportunidad

-Y otro de los suyos, el que custodiaba la casa, trabajó en la sala de máquinas por esa misma época. Sin duda saboteó el motor cuando apareció la barcaza de los piratas

-¡Qué inteligente es usted, señor Wingate! -se burló Malcolm

-Si esos hombres trabajan a sus órdenes, usted ha de ser el jefe de los piratas que han estado atacando los barcos. Y que atacaron el mío.

Malcoím se volvió hacia el pelirrojo.

-¿Cuánto tardarán los otros, Tappy?

-Algunos llegarán en seguida -respondió el facineroso-. Otros tardarán un poco más. Y el resto está preparando el barco para cuando usted llegue.

-No podremos salir hasta después del oscurecer -replicó el jefe-. No quiero que nos sigan los hombres de Wingate.

-Ha juntado un verdadero pelotón para luchar contra un solo hombre -comentó Tappy-. Y además está herido.

-¡Wingate mató a cuatro de los nuestros, esta mañana, y eso fue todo lo que le hicieron a él! ¡Apenas un rasguño! -protestó Malcolm - No voy a correr más riesgos Robert Somerton era un hombre muy rico y no quiero que nada me prive de la herencia.

-¿Y qué va a hacer con este hombre? -dijo el moreno, con una

-Wingate sabe que, si intenta cualquier cosa, Lenore morirá Ahora haz lo que te dije sonrisa lujuriosa.

El jefe de los piratas rió, divertido, al advertir sus ansias.

-Bueno, Barnaby, se me ocurrió que podía ser divertido recortar un poquito al señor Wingate; así la señora podrá llevarse su corazón al manicomio.

Un súbito chillido de furia quebró el aire. Malcolm cayó hacia atrás, bruscamente raspado en la espinilla por un tacón afilado. Un momento después se encontró bajo el ataque de una gata que arañaba y mordía. Cuando sus largas uñas le arrancaron sangre de la mejilla la arrojó al suelo de una bofetada. Un momento después debía desviar la pistola para detener a Ashton, que corría hacia él, bramando. Obviamente, Gaitling había olvidado atarle los tobillos.

-Vamos, dispare -lo desafió Ashton-. De un modo u otro, soy hombre muerto. Pero si dispara correrá el riesgo de que mis hombres oigan y vengan a investigar. Saben que hay problemas en esta casa. Vamos, ¿por qué no dispara? Dígales que está aquí.

Barnaby se interpuso entre los dos y empujó a Ashton contra el sofá.

-No me venga a estropear la fiesta. Me gusta la idea de recortarlo un poquito y quiero tenerlo a salvo mientras tanto. Así gritará de lo lindo.

Malcolm, presionando un pañuelo contra su mejilla ensangrentada, fulminó con la vista a la mujer, cuyos ojos despedían llamaradas verdes, y se volvió hacia el padre con un arranque de ira.

-¡Pedazo de borracho inútil! ¿No te dije que le ataras los tobillos? ¿No sabes hacer nada como corresponde?

-Lo siento, Marcus -se disculpó Edward, encogiéndose de vergüenza-. No estoy acostumbrado a estas cosas.

-¿Cómo, Marcus? -preguntó Ashton.

-Sí, Marcus Gaitling -respondió Malcolm-. Pero me cambié el nombre. Sinclair era el apellido de mi madre. -Con una mueca despectiva dedicada a su padre, agregó-: Ya mí me gusta más.

Tres hombres anunciaron su presencia con grandes pasos y atravesaron la puerta. Después de echarles un vistazo, Malcolm tomó a Edward por el brazo.

-Busca a Meghan y dile que vaya arriba, a preparar una maleta para la señora. Lenore va a subir con dos de estos hombres. Ellos vigilarán la puerta mientras ella se pone ropa adecuada para viajar. Si tenemos que atravesar Biloxi en un carruaje, quiero que todo parezca normal.

Mientras Edward salía precipitadamente, Malcolm levantó a su segunda esposa de un tirón y le gruñó en la cara.

-Voy a enviarte arriba, y si me das más problemas autorizaré a Barnaby para que comience a cortar. ¿Me entiendes?

Ella asintió brevemente y, echando un vistazo preocupado a Ashton, se retiró con sus dos custodios Éstos se instalaron ante las puertas de su cuarto, uno en el pasillo y el otro en la galeria. Cuando Meghan llegó, la señora ya tenia pensado un plan Tomó el revólver que Ashton le había dado a bordo del navío y verificó la carga, en tanto daba los detalles a la doncella.

-Di al guardia de galería que me he desmayado Cuando se incline hacia mi, golpéalo con esto -Conteniendo su estremecimiento de asco, la joven puso en manos de Meghan un atizador de hierro- No hay en este cuarto otra cosa que sirva para lo que necesitamos, es decir, para dejarlo inconsciente sin que el otro guardia se dé cuenta. -Temblaba tanto que apenas podía hablar- ¿Estás dispuesta, Meghan?

La criada no tenia ninguna pesadilla que le restara el coraje

-Señora, si en esto me va la vida, como creo, estoy muy dispuesta. Tomó el hierro, y la señora rechazó la tentación de pedirle que actuara con suavidad No estaba muy segura de poder resistir la repetición de un ataque ejecutado con un atizador, pero la vida de Ashton estaba en juego y ella debía someterse a la prueba.

Se acurrucó en el suelo, boca abajo, y cuando estuvo dispuesta hizo una señal a Meghan.

-Ahora llámalo... y ten cuidado.

Meghan abrió bruscamente la puerta y, con un gesto frenético que hubiera despertado la envidia de Edward, llamó al bandido apostado en la galería.

-¡Venga pronto! Mi señora se ha caído y tiene un golpe en la cabeza. Venga, póngala en la cama.

Tappy entró corriendo. Al ver la silueta femenina tendida en el suelo, guardó la pistola en el cinturón y se agachó para levantarla. Un momento después, un dolor tremendo le traspasaba la cabeza. Luego se hizo la oscuridad y él cayó, inconsciente, junto a la pelirroja.

Ésta había logrado sofocar el pánico al oír el golpe del hierro contra el cráneo. Con una mirada cautelosa, comprobó que el hombre todavía respiraba. Eso presentaba un problema que debían atender antes de dejarlo.

-Tendremos que atarlo y amordazarlo para que no pueda avisar a los otros -susurró a Meghan-. Después de eso, quiero que te escapes y vayas a pedir ayuda. Si no han apresado a Hickory, tal vez puedas acudir a él. Que el comisario venga con todos los hombres disponibles. Estamos tratando con una banda de piratas y asesinos.

La preocupación de Meghan aumentó al ver que la señora quitaba la pistola de su víctima.

-Pero usted ¿qué va a hacer, señora? ¿Dónde irá?

-Abajo. Amenazaron con mutilar al señor Wingate si yo intentaba algo. Espero poder impedir la carnicería y darles una sorpresa que no esperan.

-¿Va a volver a ese infierno? -se asombró la joven criada-. No saldrá con vida.

Una triste sonrisa curvó los labios de la joven, al recordar la imagen de un hombre alto aferrado a una barandilla de madera. Sabía, por experiencia, que no valía la pena vivir sin Ashton.

El sol se hundió más en el horizonte. Ashton, distraído, se dijo que era como la arena de un reloj: marcaba las escasas horas de su vida. Con tantos guardias apuntándole, comenzaba a perder las esperanzas de poder defenderse. Se animó un poco al oír que un carruaje ascendía por el camino. La presencia del vehículo sobresaltó a sus adversarios, hasta

que Malcolm vio que dos de sus hombres ocupaban el pescante. Los malhechores se relajaron y, un momento después, un hombre corpulento entraba en la sala, arrastrando a una mujer.

-Mirad a quién encontré en Biloxi -carcajeó, presentando a su cautiva.

Estaba enrojecida y furiosa; los ojos verdes centelleaban de indignación. Malcolm quedó boquiabierto, mientras sus compañeros lanzaban exclamaciones de asombro. Edward Gaitling se dejó caer lentamente en el sofá, tal vez más confundido que nadie.

Ashton se levantó, dando un paso adelante para mirar mejor.

-¿Lie...? -comenzó. Pero se interrumpió de inmediato. Las facciones, aunque similares, no eran tan refinadas. Con súbita certeza, sacudió la cabeza-. Usted no es Lierin.

-Por supuesto que no. Soy Lenore, la hermana. Y usted, ¿quién es, señor? -preguntó, secamente-. ¿Uno más de los rufianes que nos secuestraron en cuanto bajamos del barco?

Ashton comenzó a sonreír. Por fin rió entre dientes, con franco buen humor.

-Creo que alguien cometió un error y me envió el retrato que no correspondía. -Algo más serio, arqueó una ceja-. ¿La señora Livingston?

-Sí -confirmó ella, precavida-. ¿Y usted? -Su cuñado, Ashton Wingate -replicó él.

-¿Ashton? -Los ojos verdes se abrieron de par en par, llenos de duda y extrañeza-. ¡Pero si él murió!

-No. -El plantador sonrió ampliamente-. Estoy bien vivo.

-Pero Lierin estaba segura de que Ashton había muerto -insistió Lenore-. Ella lo vio morir... y Malcolm le mostró la tumba.

Ashton arqueó una ceja, mirando al otro, que había logrado, por fin, cerrar la boca.

-¿Mi tumba? ¿Y dónde fue eso? ¿Cuándo, exactamente, se la mostró?

-Lierin dijo que Ashton estaba sepultado cerca del sitio en donde los piratas atacaron al *Bruja del Río.* Malcolm le mostró la tumba poco después de rescatarla.

-Temo que Malcolm nos ha engañado a todos. Al menos, lo intentó. -Ashton dedicó a la señora una reverencia-. Le juro que estoy bien vivo y que soy la persona correspondiente al nombre de Ashton Wingate. Creo que su hermana lo atestiguará.

-¿Dónde está? ¿Dónde está Lierin? -preguntó Lenore-. Quiero verla.

Ashton estuvo a punto de hacer una mueca burlona dedicada a Malcolm.

-¿Le molestaría enviar a uno de sus hombres en busca de *mi* esposa?

Malcolm lo fulminó con la mirada. Luego, con un gesto de la mano despachó a un hombre con el encargo.

-Tráela abajo... y que la criada la acompañe. -En tanto su cómplice salía, el joven clavó una mirada curiosa en la mujer, que se estaba quitando los guantes-. ¿Qué hace usted aquí?

-Vine a ver a Lierin, Malcolm. Atentaron contra la vida de mi padre, y él estaba preocupado por ella. Viajó desde Inglaterra, pasan- do por las islas, y me pidió que lo acompañara hasta aquí.

-¿Su padre está aquí? -preguntó Malcolm, asombrado-. ¿Dónde?

-En el carruaje. No le gustó el modo en que ese payaso nos estaba tratando y se arrojó contra él. Esos dos matones lo dejaron desmaya- do a golpes y todavía no ha vuelto en sí.

Malcolm se enfrentó al hombre que la había traído y señaló la galería.

-¡Muévete, idiota! Trae a Somerton aquí, aunque sea: a rastras. Es demasiado peligroso para dejarlo solo.

Lenore mostró la misma extrañeza al ver que el hombre se apresuraba a obedecer. Luego levantó una mirada algo confusa hacia Malcolm.

-¿Me equivoco al deducir que usted es el jefe de esos malhechores? Ashton, de muy buen ánimo, aprovechó la oportunidad para presentar al hombre y sus cómplices.

-Su deducción es correcta, señora. Por si usted no conociera su verdadero nombre, el señor es Marcus Gaitling, hijo de... –Giró levemente el cuerpo para señalar al actor, que miró a la joven con ojos legañosos-. Edward Gaitling, actor shakesperiano. Estos son otros socios de Malcolm... y si no los presento es porque Malcolm no me ha dado todos sus nombres.

-No importa -le espetó el jefe de los piratas.

-Calma, calma -se burló Ashton.

Malcolm se volvió hacia él, en un arrebato iracundo.

-No tiene de qué vanagloriarse, señor Wingate. Aunque ella sea su esposa, de poco le servirá. Tampoco a ella, ni al niño que está gestando. Usted morirá pronto... y ella irá al manicomio.

Lenore ahogó una exclamación, apretándose el cuello con una mano.

-No hará semejante cosa...

-Lamento decir, señora, que Malcolm es capaz de hacer cualquier cosa, mientras sirva a sus propósitos -afirmó Ashton, irónicamente-. Lo que ahora me pregunto es cómo piensa deshacerse de usted y de su padre...

Malcolm hizo una mueca burlona. -Eso será cosa fá...

*-¡Sáqueme las manos de encima, pedazo de facineroso!*

El grito hizo que Malcolm diera un respingo y mirara en derredor, súbitamente horrorizado. Unos pasos vacilantes acabaron con un fuerte golpe contra la pared exterior de la casa.

-¡Puedo caminar solo, estúpido! Y ahora ¿dónde está mi hija? ¿Dónde está Lierin?

Unos pasos atronadores retumbaron en el vestíbulo de entrada haciendo tintinear los vidrios de la puerta como ni siquiera Malcolm lo había logrado nunca, con sus ruidosas entradas. Los piratas intercambiaron miradas de asombro, pero no tuvieron tiempo de obedecer a Malcolm, quien les indicaba salir al vestíbulo para sujetar al hombre: éste entró por cuenta propia.

Ashton había renunciado a la idea de encontrarse cara a cara con Robert Somerton, pero en cuanto puso los ojos en aquella cabeza gris y en las centelleantes pupilas verdes, comprendió que ése era, en ver- dad, el padre de Lierin Wingate. Uno de los malhechores se precipitó a sujetarlo, pero fue arrojado a un costado y cayó contra la pared, inconsciente. Robert giró sobre sus talones, con otro grito atronador.

-¡Tráiganme a mi hija!

El pirata que había sido enviado en busca de Lierin pasó junto a él y entró en la habitación, evitando cuidadosamente acercarse al iracundo desconocido. Corrió hacia Malcolm y susurró:

-No la encuentro, señor. Ella y su criada... han dejado inconsciente a Tappy... y lo dejaron atado.

-¡Búsquenla! -bramó Malcolm-. ¡Que esa zorra no salga de esta casa!

Ashton miró por sobre el hombro, pues había percibido cierto movimiento en la galería: una falda desaparecía junto a la puerta de cristales. Al mirar en derredor, precavido, vio que los piratas estaban reunidos junto a Malcolm, quien repartía furiosas órdenes. Enderezando la espalda, retrocedió cautelosamente hasta el umbral de la puerta y alargó hacia afuera las manos atadas. Unos dedos invisibles tiraron de las cuerdas. Era casi de noche y no quedaba mucho tiempo para ganar la libertad. Sus cejas se elevaron con sorpresa, al sentir el peso de una pistola grande en las manos. El momento era adecuado para agradecer al ángel oculto aquel presente, pero más tarde le de- mostraría toda su gratitud.

Con disimulo, sujetó la pistola a la cintura de sus pantalones y carraspeó para llamar la atención.

-Tal vez Lierin haya subido a la buhardilla para ocultarse.

Malcolm giró en redondo y, al ver que el hombre estaba cerca de la puerta, chilló a sus compañeros:

-¡Tráiganlo adentro!

-¡Ya voy, ya voy! -proclamó Ashton, mientras caminaba tranquilamente hacia el sofá, con las manos siempre a la espalda.

-Prometí a esa zorra que lo iba a castrar -gruñó Malcolm-. Es hora de que Barnaby se divierta.

-Vamos, Malcolm, qué aburrido te has puesto, últimamente –canturreó Lierin, entrando por la puerta de cristales.

Rezaba, con fervor, por parecer más serena de lo que se sentía. En su memoria, el dique se había roto por completo; los recuerdos fluían con vívidos detalles. Su entrada atrajo las miradas atónitas de los ladrones, confundidos por las gemelas, pero Lierin no les prestó atención.

-Ya no sabes hacer otra cosa que amenazar a la gente. Desde lo de Mary no has podido matar a nadie.

-Oyó la exclamación sorprendida de Edward Gaitling y se preguntó si, por fin, algo de lo hecho por el hijo había llegado a escandalizar al actor-. Si exageras tanto, acabaremos por no tomarte en serio.

-Maldita zorra -gruñó él-. Cuando te vi con Wingate, a bordo del barco, te tomé por un ángel. Dije a mis hombres que lo mataran; así yo podría quedarme contigo. Pero sólo me has traído tormentos.

Ella chasqueó la lengua, como si lo compadeciera, y se encogió de hombros con aire de inocencia. Llevando un chal cruzado sobre las manos, se acercó a su padre, inmovilizado por la boca amenazadora de un arma. Los ojos de Robert Somerton centellearon de placer al verla. Ella, con una risa algo estremecida, se dejó abrazar; al hacerlo deslizó en el bolsillo del anciano la pequeña pistola que llevaba, susurrándole al oído:

-El que está sin camisa es de los nuestros, papá. El resto puede irse al infierno.

Robert le puso un beso en la frente y la apartó para acercarse a Malcolm.

-Quiero saber qué diablos está pasando aquí. Cuando usted llevó a Lierin, a Inglaterra, creíamos que la había salvado de los piratas que mataron a su marido. Y aquí lo veo, con todo el aspecto de ser el villano de la obra

-Lo es -balbuceó Edward Gaitling, desde el sofá, sirviéndose una buena medida de whisky-. Mi hijo ha aprovechado el momento para sacar ventaja, así se pudra en el infierno.

Los ojos de Malcolm echaron chispas, pero sus labios se curvaron al mirar a Somerton

-De no haber sido por mis hombres, su hija se habría ahogado. Ellos la sujetaron por la cabellera cuando ya se hundía, cerca de la barcaza. La subieron a bordo y le salvaron la vida. Debería estar agradecida por…

-¡Agradecida! -le gritó Lierin-. ¡Grandísimo payaso! ¡Fue porque atacaron el barco que caí al agua! Dispararon contra mi esposo y lo di por muerto. Después, tú fuiste al campamento para cobrar tu parte y fingiste rescatarme. Oh, qué valiente eras, contra tantos... Lograste que me liberaran y después llevaste a la pobre viuda a ver la tumba de su esposo, cuya lápida habías comprado tú. ¡Una tumba vacía!

-¡Pude haberla llenado! -protestó él-. ¿Habrías sido más feliz así?

-¡Lo intentaste! -acusó ella-. Pagaste a tus asesinos para que lo mataran, pero él es demasiado hombre para esa gentuza.

Bamaby rió entre dientes. -Ya veremos si es tan hombre cuando yo comience a cortar rebanadas.

Lierin giró en redondo para enfrentarse a él.

-¡Bellaco sanguinario! ¡Lo enviaré al infierno antes de terminar con usted!

-Oh, qué ferocidad -se burló el sucio patán-. Tengo un poco de sangre india en la venas. ¿Y sabe usted qué les gusta a los indios? -le guiñó un ojo-. ¡Los cueros cabelludos! Y el suyo me parece muy bonito.

Lierin descartó su amenaza con una mueca despectiva y se volvió hacia Malcolm.

-Cuando me llevaste a la casa de mi abuelo, vimos allí algo que nos confundió a los dos. Había desaparecido el retrato de Lenore. Al llegar a Inglaterra, ni mi padre ni Lenore supieron decirnos dónde estaba. ¡Pero tú lo sabías! Es decir, lo suponías. Sabías que Ashton estaba con vida, y te diste cuenta de que, por error, le habían enviado el retrato de mi hermana. y volviste a buscar el mío. Querías pruebas para convencerme de que yo era Lenore... y creo que todavía estabas en la casa cuando Ashton y yo entramos.

-Sí -se burló Malcolm-. Os vi en la casa yeso me dio más ansias de separaros otra vez. Tu pérdida de memoria fue un golpe de suerte para mí. Wingate te había dado por muerta; bastaría con convencer- lo de que eras Lenore. Hasta hice que Samuel Evans cambiara tu nombre en el acta de matrimonio, para que dijera Lenore en vez de Lierin Wingate.

-Pero Ashton no era tan fácil de convencer, ¿verdad? -se jactó ella-. Desde el principio ha arruinado todos tus planes, volviendo tus maniobras a su favor.

-Ahora tengo el premio en las manos, tesoro -respondió el joven, con una risa cáustica.

Lo regocijaba pensar en la muerte de su enemigo, pero cuando se volvió hacia él, con una sonrisa de superioridad, vio en sus ojos un destello burlón. Eso puso a prueba su confianza, obligándolo a preguntarse si no había nada que asustara a ese hombre. Una vez más, hizo el intento:

-Dejaremos a Weill aquí, y Horace cargará con la culpa. Pobre señor Titch, qué bien me ha venido. Lo echaré de menos.

-Tal vez el jefe de policía no se deje engañar tan fácilmente -advirtió Ashton-. Anoche le advertí que todo parecía demasiado claro, que los ladrones podían estar utilizando a Horace como chivo expiatorio.

-Usted tendió una trampa para mis hombres. Y atrapó en ella a un conejito. Una vez que los zorros queden en libertad, será él quien pague las consecuencias.

-También fue usted quien se llevó las joyas que había regalado a Lierin -observó Ashton.

Ma1colm se encogió de hombros, sonriendo.

-Ella me sacó a puntapiés.

Una voz gangosa protestó desde el sofá:

-Marcus me aseguró que ella era Lenore...

-Al parecer, usted nos ha tomado a todos por tontos -lo acusó Somerton-. También a su padre. Ha llegado muy lejos para casarse con mi hija.

-Lierin tenía algo que yo deseaba. -Los labios gruesos esbozaron una sonrisa-. Fortuna. Era mi mejor oportunidad. La cortejé sin cesar, hasta convencerla de que se casara conmigo. -Arrugó el ceño- Pero en nuestra noche de bodas me abandono... para ir en busca de pruebas de que yo ya estaba casado. Ni siquiera me otorgó el beneficio de la duda. Creyó en la palabra de ese hombre.

-¡Porque él me mostró las pruebas! -exclamó Lierin, adelantándose-. Tu acta matrimonial, una miniatura que te mostraba con Sara y una carta, enviada a su hermano por el enfermero que habías contratado para vigilarla. El hombre comenzaba a tenerle cariño y no le gustaba lo que le estabas haciendo. El hermano fue a buscarte... y te encontró planeando tu boda conmigo. En la tarde de la ceremonia trató de advertirme; hasta me puso una nota en la mano. Pero yo estaba ocupada y sólo la leí más tarde.

-¡Y me abandonaste en nuestra noche de bodas! -gritó Malcolm.

-¡Sí! ¡Y no sabes cuánto me alegro de no haberme acostado nunca contigo!

En ese momento fue Ashton quien quedó boquiabierto de asombro, con la vista fija en la pareja que discutía a gritos. Y de pronto comenzó a reír entre dientes. Aquello era contagioso. Robert Somerton soltó una carcajada sorda. Lenore disimuló una risita tras las manos. La risa de Lierin tintineó en toda la habitación. Pero fue el regocijo de Ashton lo que más hirió a Malcolm.

Con los dientes rechinantes, se lanzó contra su rival y lo tomó por el cuello. Cuando iba a cerrar los dedos, oyó de pronto, inesperada- mente, un chasquido familiar. Algo se clavó contra su vientre. Al bajar cautelosamente la vista, quedó sin aliento ante el brillo opaco de una gran pistola. Las entrañas se le anudaron de miedo.

-Si no retira a sus criminales, dése por muerto -le advirtió Ashton, suavemente.

Malcolm hizo un inútil intento de acudir la cabeza. La negativa no le salió. Oyó el ruido de otra pistola amartillada y estuvo a punto de suspirar, aliviado. Pero en ese momento Barnaby chilló:

-¿Cómo diablos consiguió el viejo esa pistola? ¡A ver, sujétenlo! Como gracias a un milagro, de pronto aparecieron policías armados en las puertas. El jefe Coty iba al frente del grupo. Los delincuentes huyeron hacia el vestíbulo, tratando de escapar, pero otros agentes estaban apostados en la puerta principal. Un tercer grupo entró desde atrás.

-¡Meghan! -gritó Lierin, entre lágrimas de alegría-. ¡Bendita sea! ¡Logró salir y rescatamos!

El jefe Coty sujetó a Malcolm por el brazo. -Tengo entendido que usted ha estado causando muchos problemas. Para Titch será un alivio enterarse de que usted está arrestado por los crímenes que se le habían atribuido.

Robert Somerton se adelantó, en tanto el comisario se llevaba a Malcolm, y tendió una mano amistosa a Ashton.

-No sé quién es usted, joven, pero mi hija dijo que era un amigo.

Lierin rió con alegría, enlazando su brazo al de Ashton.

-Es más que un amigo, papá. -Sus ojos bailaron, atrayendo la atención de su padre-. Es mi esposo, Ashton Wingate, el hombre a quien amo con todo mi Corazón.

Robert Somerton miró a la pareja por un largo instante, con los ojos humedecidos. Por fin puso la otra mano sobre las dos que ya estaban entrelazadas.

-Me alegro de conocerlo, hijo. Es un verdadero placer recibirlo en la familia.

Lierin acarició el brazo de su esposo, murmurando:

-Me alegro de que estés conforme, papá. Ahora, tal vez, tu nieto tendrá un apellido y un padre del que estar tan orgulloso como yo lo estoy de ti.

# FIN